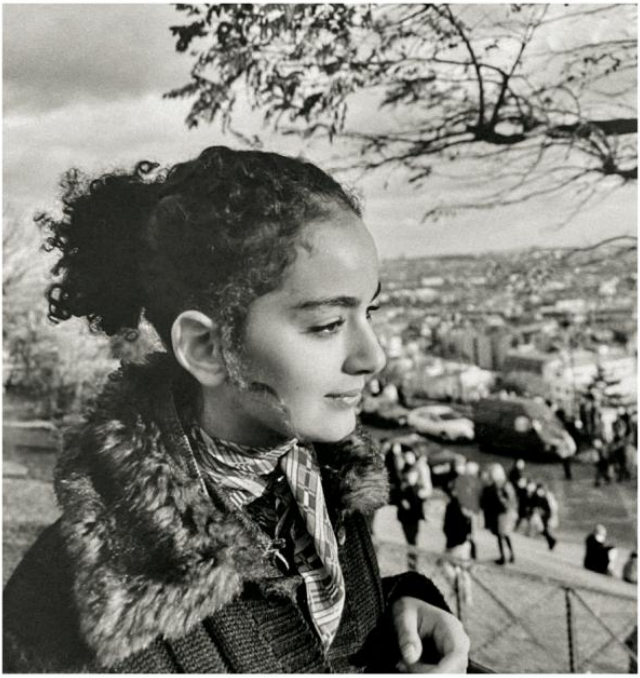
Leila Slimani

Me llevaré el fuego



CABARET VOLTAIRE

ME LLEVARÉ EL FUEGO

LEILA SLIMANI

ME LLEVARÉ EL FUEGO

EL PAÍS DE LOS OTROS III

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS (MARRUECOS)
MALIKA EMBAREK LÓPEZ

CABARET VOLTAIRE
2025

PRIMERA EDICIÓN *septiembre* 2025
TÍTULO ORIGINAL *J'emporterai le feu*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©2025 Éditions Gallimard
©de la traducción, 2025 Malika Embarek López
©de esta edición, 2025 Editorial Cabaret Voltaire SL

IBIC: FA
ISBN-13: 978-84-19047-86-1
Producción del ePub: booqlab

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA

Cubierta: Foto familiar. Cedida por Leila Slimani.
Derechos reservados.
Guarda: Leila Slimani por Francesca Mantovani
©2020 Éditions Gallimard.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Para mis hermanas, May y Hind, el clan.
Para Hakima, la mejor de las amigas.
Para los #Horslaloi.

—Si ardiera su casa, ¿qué se llevaría usted?
—Me llevaría el fuego.

JEAN COCTEAU

Se equivoca quien piense que la nostalgia de los orígenes resuena dentro de nosotros. Se ha perdido. A quien la abandona se lo expulsa, se lo excluye del registro civil, de la lista. No tenemos ni derechos, ni funciones que cumplir, ni memoria. Y si viajamos hacia ese lugar del que habíamos partido, no podemos utilizar ninguna forma del verbo «regresar». Regresar, no […]. Quien abandona el sur se convierte en un desertor.

ERRI DE LUCA,
«Giuseppe Caccavale», *Fresques / Affreschi*

ÍNDICE DE PERSONAJES

MATHILDE BELHACH: nacida en 1926 en Alsacia, conoce a Amín Belhach en 1944, cuando el regimiento de espahíes del ejército francés al que este pertenece acampa cerca de su pueblo. Se casan en 1945 y, un año después, se reúne con él en Meknés, Marruecos. Se establecen en una finca y Mathilde tendrá dos hijos, Aicha y luego Selim. Mientras su marido trabaja con ahínco para hacer de su plantación un negocio floreciente, ella abre un dispensario donde atiende a los campesinos de la zona. En cuanto llega a Marruecos, aprende el árabe y el amazigh, y, pese a las dificultades y a su rechazo de ciertas tradiciones, sobre todo las relacionadas con la condición de las mujeres, se encariña con el país.

AMÍN BELHACH: nacido en 1917, es hijo de Kadur Belhach, intérprete en el ejército colonial, y de Muilala. Hereda las tierras de Kadur, pero al principio de la Segunda Guerra Mundial decide alistarse en un regimiento de espahíes. Junto con su asistente, Murad, es encarcelado en un campo de prisioneros en Alemania, del que conseguirá escapar. Conoce a Mathilde en 1944 y se casa con ella por la iglesia en Alsacia en 1945. En la década de los cincuenta, mientras en Marruecos se viven disturbios, él se dedica con todo su empeño a su finca, convirtiéndola en una próspera hacienda. Apasionado por la agronomía y las técnicas modernas, desarrolla nuevas variedades de cítricos y de olivos. Tras varios años infructuosos, su colaboración con el médico húngaro Dragan Palosi le permitirá al fin obtener beneficios e integrarse en la burguesía de Meknés.

AICHA BELHACH: nacida en 1947, es hija de Mathilde y de Amín. Asiste a un colegio de monjas donde consigue excelentes calificaciones. A finales de los años sesenta, se va a Estrasburgo a estudiar Medicina y regresa a Rabat, donde se establece a finales de los setenta para especializarse en Ginecología. Se casa con Mehdi Daoud, un brillante economista y alto funcionario.

SELIM BELHACH: nacido en 1951, es hijo de Mathilde y de Amín. Ojito derecho de su madre, él también va a un colegio colonial. En el

verano de 1968, se une a una comunidad hippy en Esauira. Tras una breve estancia en Ibiza, acaba estableciéndose en Nueva York en 1973 y se convierte en fotógrafo.

SELMA BELHACH: nacida en 1937, es la hermana de Amín, Omar y Yalil. Adorada por su madre, es una joven de una belleza solar, constantemente vigilada por sus hermanos. Alumna distraída, falta mucho a clase en el liceo. En 1955 conoce a un joven piloto, Alain Crozières, del que se queda encinta. Para evitar el escándalo, Amín la casa con su antiguo asistente en el ejército, Murad. En 1956, da a luz a una niña, Sabah. A finales de los sesenta tiene una relación con su sobrino Selim; su marido, Murad, muere en un accidente. Decide entonces establecerse en Rabat.

MEHDI DAOUD: nacido en 1945, en Fez, es hijo de Mohamed Daoud, un modesto empleado en casa de unos franceses, y de Farida, una mujer violenta y adicta a la morfina. Alumno brillante en la escuela colonial, más adelante será el primero de su promoción en las oposiciones a inspector de Hacienda. Se establece en Rabat, olvidándose de su familia y de su infancia. Muy comprometido con la izquierda en su etapa de estudiante, y apodado Karl Marx, acaba aceptando un puesto en el Ministerio de Industria a principios de los años setenta. En 1972, se casa con Aicha Belhach.

MIA DAOUD: nacida en 1974, es la hija mayor de Mehdi y Aicha.

PRÓLOGO

Una noche de noviembre de 2021, perdí el gusto y el olfato. Una mujer dormía junto a mí en la cama. Lamí su hombro, hundí la nariz en su cuello, acerqué el rostro a su vulva. No sabía a nada. Ella se movió. Me abrazó, quería hacer el amor, pero yo estaba aterrorizada. Le di la espalda, cerré los ojos y me tapé la cara con el embozo de la sábana. Tampoco olía a nada.

Luego, me subió la fiebre. Temblaba como si tuviera paludismo y no conseguía entrar en calor. Por mucho que añadiera edredones y mantas, me seguían castañeando los dientes. Guardé cama durante varios días, sola en casa. Nadie vino a verme y no contesté al teléfono. Las pocas personas que me llamaron debieron de suponer que estaba escribiendo. Tosía muchísimo y, una noche, creí que me moría. Me costaba respirar y, hacia las tres de la mañana, pensé en llamar al SAMU. No lo hice por vergüenza. Vergüenza de ir a abrirles la puerta y recibirlos vestida con un pijama mugriento, en una casa sucia y sin ventilar. No me morí y me bajó la fiebre. Me puse a llamar a quienes me habían dejado mensajes. A mi editor. A mi madre. «¿Qué te pasa?», me preguntaron. Les contesté que no me pasaba nada. El cansancio, eso era. El cansancio.

En los días siguientes, intenté trabajar. Me levantaba de madrugada y me sentaba a mi mesa. Esperaba. Me quedaba horas sin hacer nada delante del documento de Word abierto. Me era imposible fijar la atención en la novela que estaba escribiendo. De vez en cuando, aspiraba fuerte, me daba un cachete en la mejilla e intentaba retomar el hilo de un capítulo. Pero enseguida la mente se ponía a divagar, sin pensar en nada concreto. Saltaba de una imagen a otra, unas ideas imprecisas nacían en mi cerebro y estallaban como pompas de jabón. No lograba concentrarme, retener alguna idea. Releía cinco, diez veces la misma ficha de trabajo y no recordaba nada, como si estuviera escrita en una lengua extranjera de la que conocía el alfabeto, pero no el vocabulario. Me sentía perdida, desbordada.

Tengo la costumbre de establecer listas. En esa época se había convertido en una auténtica obsesión. Anotaba en un bloc todo lo que debía hacer. Pretendía aclararme la mente, facilitarme la tarea, y ocurría lo

contrario. Me quedaba mirando lo apuntado y me echaba a llorar. No sabía por dónde empezar, qué libro leer, qué capítulo escribir; dudaba entre poner la lavadora o limpiar la casa. Era incapaz de tomar una decisión, tumbada, días enteros, metida entre las sábanas sucias. Dejé de ir al supermercado porque me quedaba inmóvil delante de las estanterías sin poder elegir, con la sensación de ahogarme en el mar. A veces me daba cuenta de que había pasado un día entero sin decidirme a quitarme la ropa y meterme en la ducha.

Todo me parecía un obstáculo insalvable. Veía series de televisión durante horas, con las persianas echadas y el teléfono apagado. El argumento, del que solo captaba algunas partes, daba igual. Me hacían pasar el tiempo, eran una diversión para mi angustia. Liaba unos canutos en plena tarde y comía, de pie en la cocina, unos platos insípidos que cubría con mostaza y tabasco. Siempre tenía un gusto metálico en la boca que me recordaba al de la vagina de algunas mujeres. Unas mujeres de las que había olvidado el nombre y el rostro. Dormía, aunque mi sueño ya no era el mismo. Como si hubiera fumado opio, me sentía aletargada y a la vez inquieta. Cada día me despertaba más cansada que la víspera.

Evitaba salir a la calle. Pero no podía impedir que la gente se preocupara por mí. A pesar de que insistieran, no respondía a sus mensajes. En Navidades, cedí. La cena en casa de mi hermana Inès fue un calvario. Intentaba mostrarme alegre. Bebí champán y, durante unos instantes, incluso me sentí feliz de estar allí observando a los niños rasgar con sus manitas el papel que envolvía los regalos y gritar al descubrir una muñeca o un camión. Pero, de pronto, sentía que desaparecía. Como si un cocodrilo me hubiera arrastrado hacia el fondo de una ciénaga y, antes de devorarme, me dejara pudrir en el fango. No conseguía seguir el hilo de las conversaciones, me quedaba rezagada, respondía a las preguntas con una sonrisa boba. Algo así les debe de ocurrir a los viejos. Los sientan en una butaca en una esquina del salón, la fiesta continúa, la gente se ríe, charla y, de vez en cuando, alguien acude a limpiarles la baba de la comisura de los labios. El cansancio, dijo mi madre. El cansancio, eso era.

Me encerré. El mundo de fuera dejó de existir. No era un sentimiento ajeno a mí. A menudo, cuando estoy escribiendo una novela, me aíslo, en mi apartamento o en una casa en el campo, y pierdo la noción del tiempo. Pero ahora no escribía. Me faltaban las palabras. Ante la página, estaba como congelada. Ya había experimentado lo que es sentirse bloqueada,

poco inspirada, con ataques de rabia y de desesperación. Ahora era distinto. Las palabras bullían en mi cerebro, era capaz de pensarlas, de elegirlas, pero no conseguía escribirlas ni pronunciarlas. Una madrugada me desperté sobresaltada. Se me había ocurrido una idea para mi novela. Cogí una hoja de papel y un bolígrafo de la mesita de noche y escribí a toda prisa unas notas para una escena. Mehdi en la cárcel y una tableta de chocolate. A la mañana siguiente, busqué lo que había apuntado. La hoja estaba a los pies de la cama. Le eché una ojeada. Era un sinsentido: trazos y rayas que ni siquiera formaban letras. Solté una carcajada. Me estaba volviendo loca.

En marzo de 2022, decidí llamar a un médico. Me atendió al teléfono una secretaria que hablaba como si estuviera comiendo algo. Me propuso unas fechas, unas horas, y me asaltó el pánico. No entendía nada de lo que me decía. Le pedí que me lo repitiera. Con la frente cubierta de sudor, tenía la impresión de que ella me podía ver y burlarse de mí. Le colgué el teléfono. Lo intenté una o dos veces más y, al final, conseguí una cita a través de internet con un médico generalista de mi barrio. La consulta estaba en el primer piso de un edificio en la Rue d'Amsterdam. Había anotado el código de acceso en la palma de la mano y no pude apartar la vista de este durante todo el trayecto. Era lo único que me importaba. Subí los peldaños de la escalera y empujé la puerta, que estaba entreabierta. En la sala de espera, tres personas sentadas con la cara cubierta por una mascarilla. Me apoyé contra la pared, a la derecha de los servicios. Frente a mí, una mujer con unos ojos muy bonitos observaba un cartel que advertía del peligro del tabaco. Tuve ganas de bajarle la mascarilla para ver cómo era. De tanto fijarme en la gente, me doy cuenta de que siempre es más fea de lo que te imaginas. La belleza de los ojos engaña.

Una mujer, que mediría un metro cincuenta, salió del despacho del médico sujetando una receta contra su pecho. Luego oí mi nombre. «¿Mia Daoud…?» Un hombre muy alto avanzaba por el pasillo. Me indicó con una señal que lo siguiera y me quedé mirando, angustiada, sus anchas espaldas, su bata algo grisácea. Mi madre jamás se hubiera puesto una bata así, con el bolsillo descosido. Me invitó a sentarme y se acomodó detrás de su escritorio. Solo me lanzaba miradas furtivas, y supuse que algo en mí lo incomodaba. Anotó mi fecha de nacimiento, mi domicilio y me preguntó mi profesión.

Escritora.

Dejó de mirar la pantalla del ordenador.

«Claro, ya decía yo que su apellido me sonaba. ¿No le dieron un premio?»

Asentí con la cabeza. Estaba sudando, pero no quise quitarme el plumas.

«Y bien, ¿qué la trae por aquí?»

Intenté explicárselo. Repetí la palabra «cansancio». Le hablé de mis crisis de llanto en el supermercado y del día en que no conseguí recordar el código de la puerta de entrada de mi edificio. No pareció preocuparlo demasiado. Sería de esas personas que piensan que los artistas están un poco chiflados.

«Está usted deprimida.»

No iba a llevarle la contraria. Estaba deprimida, claro, aunque no hasta el extremo de perder la memoria y el sentido de la orientación. Me aconsejó que pidiese cita con un psicólogo que él conocía.

«Es rápido y eficiente. Obra milagros.»

El psicólogo atendía en línea, y un lunes por la mañana vi aparecer su cara en la pantalla de mi móvil. Varias veces, en las horas previas a la consulta, pensé en anular la cita. Pero ahora yo estaba allí, tendida en mi cama y observando en la pantalla el rostro de un desconocido. Durante un buen rato reflexioné sobre lo que le iba a contar. Terminé hablando poco. Mencioné mi novela, las dificultades para escribir, los recuerdos que se me escapaban, la muerte de mi padre, y él asentía con la cabeza. «La voy a interrumpir un segundo.» Intentó explicarme algo sobre la disociación y la represión. Me comparó con las frutas que decoran a veces los pasteles, pequeñitas y redondas, cuyo nombre no consigo recordar. Teníamos que empezar la terapia lo antes posible. Sonaba categórico. Cogí cita para la semana siguiente. El pago era por adelantado: ciento cuarenta euros. Hice la transferencia y no me volví a conectar. Bloqueé su número.

Era la época en que veía una serie de televisión sobre un hombre aquejado de un tumor cerebral. Estaba convencida de que yo padecía lo mismo. El médico generalista había cometido un grave error de diagnóstico. El psicólogo no se había enterado de nada. Se lo comenté a Hakim por teléfono. Es mi mejor amigo, no le oculto nada; sabía que no

se burlaría de mí. Me dio el número de uno de sus catedráticos de Neurología, de cuando estudiaba en París. «Un médico brillante y excelente profesor.»

Me cayó bien enseguida. En cuanto lo vi en el pasillo del hospital, supe que podía confiar en él. Miraba a su alrededor como un niño extraviado en el tumulto de una feria. A menudo he notado lo mismo en las personas brillantes y de mente aguda. Juegan a extraviarse, como si estuvieran cerca y a la vez en otro lugar. Me senté frente a él. Su despacho estaba inundado de luz y él me observaba detenidamente. Su mirada era bonita y lejana, con ese azul del cielo de mi tierra; emanaba una sensación de franqueza y humanidad. Me escuchó con atención. Tomaba notas, pero levantaba a menudo la cabeza para fijar sus ojos azules en los míos. Era muy agradable esa manera de mostrar que yo le interesaba. A veces repetía el final de mis frases, «estar aquí sin estarlo», y empezaba otras. Me hizo algunas preguntas.

«¿Se droga usted?»

Le contesté que fumaba algún canuto de vez en cuando. No levantó la mirada de la hoja en la que tomaba apuntes.

«¿Solo eso?»

No me apetecía contarle la verdad. Lo acababa de conocer y, sin embargo, me preocupaba la idea de decepcionarlo.

«—Tomé cocaína durante algunos años.

—Mata las neuronas. ¿Lo sabe?»

A continuación, me planteó todo un cuestionario: si recordaba lo que había comido la víspera, lo que había visto en la televisión, si sufría trastornos del lenguaje.

«¿Confunde una palabra con otra? ¿Le cuesta encontrarlas a veces? En caso afirmativo, ¿qué olvida con más facilidad, los nombres comunes o los nombres propios?»

Me auscultó el corazón.

Mientras me examinaba, yo no dejaba de hablar. Temí que creyera que estaba loca o que era una hipocondriaca. Deseaba que me tomara en serio. Le dije que mi madre era médica. Que yo admiraba esa profesión y estaba muy familiarizada con ella.

«No hay nada peor para un escritor, ¿me entiende? Si pierdo la memoria y el lenguaje, estoy acabada.»

Sonrió y se volvió a sentar a su escritorio.

«Hace unos días, recibí a un artesano soplador de vidrio. Padecía los mismos síntomas que usted. Trastorno del lenguaje y déficit de atención. La diferencia es que él, en un segundo de despiste, puede sufrir quemaduras de tercer grado o incendiar su taller.» Sus preciosos ojos azules me miraban fijamente. «¿Sabe usted lo que es *brain fog*?»

Negué con la cabeza. «Niebla mental.» Yo no hubiera hallado una imagen mejor para describir lo que sentía. Con frecuencia, en estos últimos meses, había tenido la sensación de caminar a través de una densa bruma, la de las mañanas de Rabat en las que mi madre encendía las luces del coche y apenas se distinguía, en mitad de una rotonda, la silueta fantasmagórica del policía de tráfico vestido con su impermeable blanco.

«Vi los primeros casos en julio de 2020», continuó el médico. «Unos pacientes desesperados que ya no se reconocían a sí mismos. Traté a ingenieros incapaces de atarse los cordones de los zapatos. A políticos, o incluso a médicos, cada vez con menos capacidad para tomar una decisión. Mire usted», añadió, trazando un círculo con sus manos, «imagínese que cada personalidad fuera una especie de esfera más o menos armoniosa. Y, de pronto, estalla en mil pedazos que el paciente no consigue unir, y es como si corriera detrás de sí mismo y siempre llegara tarde a los sitios, sobrepasado por lo que ocurre a su alrededor».

El neurólogo cogió un trozo de papel y un bolígrafo y me explicó el modo en que el virus del covid afectaba las zonas del cerebro. Cuando utilizaba términos difíciles, se disculpaba e intentaba traducirlos al lenguaje común. Llegué a envidiar la poesía y claridad de sus imágenes. Yo procuraba llevármelo al terreno de las emociones, de la literatura también. Él estudiaba el cerebro, la memoria, el lenguaje: la materia misma de mi trabajo. Me entraron ganas de hablarle de Proust y de Perec, y, cuando lo hice, me sonrió. «Sí, claro, pero es distinto. El cerebro es una máquina compleja, ¿sabe?»

Quiso conocer mis antecedentes médicos.

«—¿Del lado de su familia materna?

—Ceguera, locura, demencia.

—¿Y del lado paterno?

—Cáncer.»

Yo solo sabía eso. Mi herencia era oscura, desconocida. El médico me prescribió una exploración por tomografía computarizada del cerebro y me aconsejó que tuviera paciencia.

«—¿Y si he perdido todos mis recuerdos?

—No, sus recuerdos siguen ahí, escondidos en algún sitio. Según mi experiencia, cuanto más utilizamos el cerebro, más lo acribillamos de información y más difícil resulta llegar a los recuerdos. La emoción permite restituirlos. El miedo, por ejemplo, es un marcador muy potente.»

Cuando me despedía de él, de pie en el pasillo, posó su mano sobre mi hombro y, con una voz que se había vuelto de pronto tímida, añadió: «Antes mencionó usted a Proust. Si me permite darle un consejo, señorita: encuentre su magdalena».

PRIMERA PARTE

A las cinco de la tarde, Mehdi se levantó de su escritorio. Ordenó las carpetas en el maletín, se puso el abrigo y salió del despacho. Cruzó el pasillo ignorando las miradas sorprendidas de sus compañeros. Nayat, una de las directoras, se acercó a él cuando ya se disponía a salir. Llevaba en la mano una libreta de contabilidad y la agitó delante de su rostro.

«—Señor presidente…

—Nos vemos el lunes, Nayat —la interrumpió.

—Hasta el lunes, presidente.»

Bajó a toda prisa por las escaleras —el ascensor seguía averiado— y salió a la acera de la calle de Reims. Le entró frío y hundió las manos en los bolsillos del abrigo. No recordaba en absoluto dónde había dejado el coche. Intentó concentrarse, pero lo único que le venía a la mente eran las columnas de cifras, los gráficos verdes y azules, los nombres de los clientes. El guardacoches corrió hacia él, vestido con la bata de trabajo desgastada y la gorra bien encajada tapándole la frente. «¿El Renault 12?», le preguntó, y Mehdi asintió. Lo escoltó hasta donde estaba estacionado. «Se lo he lavado, presidente», y le tendió la mano. Él deslizó en esta un billete y se sentó al volante. Dentro del coche flotaba un olor a fruta, a tabaco y a cerrado. Rebuscó entre los papeles amontonados en el asiento delantero y encontró una naranja cubierta de moho. Recogió un ejemplar de *Le Monde* con fecha 8 de marzo de 1980. En primera plana, destacaba el titular «Agresión racista». En algún lugar de Francia, a la salida de un liceo, quisieron apalear a un árabe. El 8 de marzo. Llevaba, pues, seis días sin ir a su casa. De tanto trabajar, encerrado en su despacho, había perdido la noción del tiempo. Seis días en los que se había alimentado de sándwiches de atún y cruasanes. Seis días durmiendo en el sofá, estrecho y demasiado corto, que había mandado colocar junto a la ventana de su despacho. Una noche no aguantó más y le dio una patada a uno de los brazos y lo rompió.

Intentó arrancar, pero el motor se ahogaba. El guardacoches golpeó en la ventanilla. «Se tiene que calentar», le dijo a Mehdi, quien se contuvo de contestarle que no necesitaba esos estúpidos consejos. Milagrosamente, el coche arrancó y enfiló en dirección a la carretera de

Rabat. Varios camiones llegaban del puerto, y, frente a él, ascendía el humo de las chimeneas de las fábricas. Unas adolescentes vestidas con uniformes escolares cruzaron por la calle, riéndose, y una de ellas le hizo una seña con la mano. Se dejó distraer por su sonrisa y por el tráfico, cada vez más denso. A pesar de llevar más de seis meses trabajando en Casablanca, esta seguía siendo un misterio para él. A veces temía perderse en el vientre de esa inmensa ciudad y no poder orientarse jamás. En un semáforo en rojo, dos chicos se precipitaron hacia el parabrisas del coche y lo rociaron con un agua jabonosa. «¡Largo de aquí!», les gritó, y, partiéndose de risa, siguieron limpiando el cristal con un trapo amarillo. Detrás, los conductores tocaban el claxon y lo adelantaron, irritados. Les dio a los muchachos las últimas monedas que quedaban en el coche.

Sí, esta ciudad le daba miedo. Casablanca y sus dos millones de habitantes. Los extranjeros se habían ido: los españoles del barrio de Maarif; los italianos del Belvédère; los profesores cooperantes franceses, como su amigo Henri, que confiaba en el porvenir de la juventud marroquí. A diario, llegaban a la estación de autobuses familias enteras de campesinos. Casablanca —donde se había utilizado por primera vez el término francés *bidonville*— se extendía muy deprisa; cada noche parecía que crecían nuevas chabolas de hojalata, que nuevas callejuelas se abrían paso. Y los mendigos buscaban su lugar cerca de los bares o restaurantes. Frente a los edificios de lujo, esperaban algunas calesas destartaladas de las que tiraban viejos caballos. No era raro ver a alguna chica, con los ojos enrojecidos por el hachís, herida por un navajazo en el paseo marítimo. Las construcciones no eran lo suficientemente altas ni blancas ni modernas para ocultar la miseria. Casablanca estaba atravesada por solares abandonados, y Mehdi se preguntaba si era la ciudad la que cercenaba el campo o el campo el que colonizaba la ciudad. Entre dos edificios pastaban unas vacas famélicas y, en el patio de una clínica de lujo, un gallo caminaba con orgullo despertando a los pacientes de madrugada. Allá, a lo lejos, en unos barrios donde la policía patrullaba de noche con las luces apagadas, unos jóvenes de melena rizada componían canciones prohibidas. Y, de mano en mano, circulaban casetes con sermones religiosos agresivos o fragmentos de música *rock*. La ciudad resistía, al modo de un organismo vivo que luchara contra una enfermedad. Resistía al silencio, a la represión, al orden que querían imponerle, como esos corsés que aprietan la cintura de las mujeres. La

ciudad blanca inquietaba y, a su vez, seducía a Mehdi. Le asqueaba el olor a yodo del mar y a basura estancada, el viento pringoso que te daba la impresión de ensuciarte, pero, al mismo tiempo, él ya no podía prescindir de esta ciudad. A veces, pensaba que hubiera bastado una chispa para que todo saltara por los aires, para que el caldero empezara a hervir, para que estallaran los motines, igual que en 1965. Todos los ingredientes estaban allí: la sequía, la costosa guerra en el Sáhara, la inflación. El país, de rodillas, exhausto por la miseria y las promesas incumplidas. Los tiempos de la utopía y del optimismo parecían lejanos. Los marxistas, los auténticos, se pudrían en las cárceles mientras los políticos de cualquier signo abogaban por el realismo, el pragmatismo, las concesiones.

En un semáforo en rojo, le hizo una seña a un taxista.

«—¿La autopista para Rabat?

—¡Está justo delante de ti! —Y se echó a reír.»

El acceso a la autopista estaba al final de una cuesta y se dirigió hacia allí acelerando a fondo su viejo R12. Era la primera construida en el país, y los burgueses veían en ella la señal de que Marruecos había entrado de lleno en la modernidad. Mehdi había discutido sobre ese tema con un antiguo compañero del Ministerio de Industria. Tenía el cutis graso y los labios algo entreabiertos siempre, y repetía con una voz gangosa lo que leía en la prensa financiada por Palacio: «Hay que invertir en infraestructuras». Mehdi le había contestado que lo prioritario era la enseñanza. «El país cuenta con un 65 % de analfabetos. A ti te gustaría que hubiera autopistas por todos lados; a mí, que la gente supiera leer los paneles de señalización.» Quizá no tendría que haber empleado ese tono perentorio que adoptaba cuando estaba harto. Aicha se lo advertía a menudo: «Hablas demasiado. Ofendes a la gente y eso se volverá contra ti».

El cielo se oscureció y unas nubes de color violeta se amontonaron sobre el océano. Iba a caer la noche y tenía sueño. Bostezó, abrió los ojos bien abiertos y se golpeó levemente las mejillas para espabilarse. Se hallaba en un estado extraño, agotado por haber dormido poco, excitado por el trabajo desarrollado y devorado por la ambición. Se acostaría en cuanto acabase el partido de fútbol. Tomaría unas cuantas cervezas con sus amigos, pero no les pediría que se quedaran a cenar. Solo deseaba darse una larga ducha, dormir en unas sábanas limpias y beber un café que no supiera a quemado.

La autopista no llegaba hasta la capital, tuvo que tomar la nacional que bordeaba la costa atlántica. Encendió la radio. Como había previsto, los periodistas comentaban el partido de la Copa de África que enfrentaría a la selección marroquí, los «Leones del Atlas», con la argelina, los «Zorros del Desierto». Tres meses atrás, en diciembre de 1979, los Leones habían perdido contra Argelia. Ante los cincuenta mil espectadores histéricos del estadio de Casablanca, los marroquíes habían sufrido una humillante derrota de cinco a uno, que causó una tremenda rabia y decepción en la muchedumbre. Los aficionados desfilaron por las calles llevando a hombros un ataúd sobre el que se leía: «Aquí yace el fútbol». En la radio, los comentaristas animaban ahora a tomarse la revancha. Esta noche, el equipo nacional debía salvar el honor, ganar no solo por la gloria o por la alegría del público, sino en nombre de la patria, que luchaba en el sur por las provincias del Sáhara. «¡Qué pandilla de cretinos!», se dijo, indignado. Los periodistas repetían unas palabras huecas, unos discursos aprendidos de memoria que avivaban el odio contra el equipo adversario. Mehdi no lo soportaba. Arengar a las masas, exigir de los atletas que se comportasen como soldados y jugaran a entrar en combate. Odiaba a esos seguidores fanáticos para quienes el rival es un enemigo. De hecho, los periodistas omitieron decir que, al día siguiente del fatídico partido de 1979, los comerciantes de la medina habían acogido con amabilidad a los futbolistas argelinos y se negaban a cobrarles los pequeños *souvenirs* que llevaban a sus familias.

En la pasión de Mehdi por el fútbol no calaba ningún ánimo nacionalista. Amaba a su equipo, por supuesto, y esta noche rezaría por los Leones de Zaki, pero también sentía simpatía por la selección de Brasil de Zico y lloró con auténticas lágrimas por los chicos de Cruyff durante la Copa del Mundo de 1974. El fútbol le inspiraba deseos de viajar, y, en sus sueños más alocados, se imaginaba cantando con el público en el estadio del Boca Juniors o en Maracaná. Daba igual la nacionalidad del equipo o el nombre del club, a él lo que le gustaba era el buen fútbol, el *jogo bonito*, esa emoción infantil que lo embargaba cuando un jugador, el que fuera, se echaba a correr por el campo con el balón pegado a los pies, cuando regateaba a alguien, se contoneaba y el estadio se llenaba de felicidad como si fuera el pecho de un solo hombre. Se creía las leyendas que le contaban —esas historias de chiquillos crecidos en las callejuelas fangosas de un barrio de chabolas, de una favela o de algún

suburbio— y se deleitaba con ellas y, a veces, se imaginaba a sí mismo en el lugar de esos genios. La muchedumbre lo aclamaba. Repetían al unísono su nombre: «¡Mehdi! ¡Mehdi!», y en sus sueños driblaba como un dios. En una cancha, el guion jamás está escrito por adelantado. Es posible que ocurra cualquier cosa. Hasta el último minuto la historia puede cambiar. El fútbol —que a veces él pronunciaba a lo brasileño, *futebol*— era el deporte de los pobres, del tercer mundo, el único por el cual las masas histéricas gritaban con amor el nombre de algún chico negro o humilde.

Ya había oscurecido cuando llegó al centro de la ciudad. Los cafés empezaban a llenarse de aficionados exaltados, y, en la avenida Mohamed V, unos niños vendían cigarrillos sueltos y cacahuetes tostados. Cuando llegó a su casa, Aicha y Fatima estaban doblando unas cortinas y metiéndolas en cajas. De pie, una frente a otra, agarraban los picos del tejido y se acercaban, doblaban la cortina y luego retrocedían, al modo de un baile de otros tiempos, una especie de minué. «¿Por qué no dejas que lo haga ella?», le preguntó. «Estás encinta de ocho meses, tendrías que descansar.» Deslizó la mano por la nuca de su mujer, se inclinó para besarla. Ella, molesta, giró la cara hacia el otro lado. «No delante de la criada.» Mehdi pasó la pierna por encima de una de las cajas, intentó esbozar una pirueta para hacerla reír, pero ella no pareció darse cuenta. Dejó su abrigo sobre una silla y bajó al sótano, donde se hallaba el salón con el televisor.

Aicha estaba enfadada con él y, si rechazaba esos gestos cariñosos, si se mostraba fría, no era por la presencia de Fatima. Le reprochaba sus ausencias, mientras ella se quedaba en casa por su embarazo. Le había suplicado a su jefe de servicio que la dejara ir a trabajar. Él se había reído abiertamente: «¡Atender a las parturientas cuando la propia médica está encinta de siete meses!». Así que tuvo que resignarse a quedarse en casa, encerrada con su hija de seis años y con Fatima, cuyas supersticiones y teorías de pacotilla la sacaban de quicio. Llevaba dos días ordenándolo todo para distraerse. Mandó limpiar a fondo su dormitorio, donde instalaría la cuna del bebé. Vació los armarios de la cocina, dispuso los libros de la biblioteca por orden alfabético y ese día se le antojó descolgar las cortinas, sucias por el humo del tabaco y el polvo. «Vas a dar a luz», declaró Fatima, levantando la caja. «Estás haciendo tu nido. Por muy culta que seas, yo te lo digo: cuando una mujer se pone a hacer una limpieza

general es porque el bebé está a punto de llegar.»

Aicha suspiró. «Subo al dormitorio de Mia.»

Mehdi cerró la puerta del salón. Se quitó la chaqueta, la corbata, los zapatos Church's burdeos y se tumbó en el sofá. Los caprichos de Aicha empezaban a irritarlo. ¿Era culpa suya que las mujeres se quedasen embarazadas? ¿Y acaso no había estado él mismo sin hacer nada durante dos años, un periodo que sus amigos denominaron con pudor su «travesía del desierto»? Después de dejar su puesto de jefe de gabinete en el Ministerio de Industria y haber dirigido, hasta 1976, la Federación de Fútbol, se había quedado sin empleo. Durante largas semanas, esperó a que lo destinaran a algún sitio, a un puesto en el que su inteligencia, su conocimiento en la materia y su capacidad de trabajo hubieran sido útiles. No ocurría nada. Podría haber contactado con algunos amigos influyentes en el entorno del majzén, pero él se enorgullecía de no seguirle el juego a la feudalidad. Quería deber su puesto únicamente a sus propias cualidades y, un buen día, por milagro, sin saber quién había podido hablar de él a Su Majestad, el rey le encomendó, en el verano de 1979, la presidencia del Crédit Commercial du Maroc, un oscuro organismo de crédito especializado en el sector inmobiliario y turístico. A mediados de julio, se presentó desbordante de entusiasmo en su nueva oficina en Casablanca. Al principio, creyó que se había equivocado de dirección cuando estacionó delante del edificio de la calle de Reims. «Un cuchitril de mala muerte», le dijo luego a su mujer. Las oficinas ocupaban tres pisos que habían pertenecido antaño a unas familias francesas. El vestíbulo de entrada olía a fritanga y a lejía. Lo recibió Farid, un tipo barrigudo de piel muy morena y con rostro de boxeador, asignado por Palacio para asistirlo. Se hubiera dicho que alguien le había aplastado la nariz en forma de pera y rajado, con algún objeto contundente, el labio superior. Mehdi entendió, por los rumores que corrían y las insinuaciones del propio Farid, que este había crecido en la Corte, en los círculos cercanos al poder. Había quien decía que su madre era la cocinera, y su padre, el chófer de un príncipe. Pero él no hacía caso de los cotilleos. Desconfiaba de aquel hombre misterioso y afable, más astuto de lo que parecía. Su inteligencia era la de los formalismos y la tradición, una inteligencia de cortesano capaz de negociar según las leyes ancestrales del majzén y teniendo en cuenta el humor de los poderosos, sus gustos y

costumbres. «Yo estoy aquí para facilitarle a usted las cosas», le dijo a Mehdi, que lo interpretó así: «Yo estoy aquí para vigilarlo a usted».

Farid le mostró las oficinas. Le presentó a Hicham Benomar, que ocupaba el puesto de director general, y luego fueron al piso superior, donde estaba el despacho del presidente. Le costó disimular su decepción. Se quedó en el umbral arrugando el entrecejo y torciendo un poco la boca, y se fijó en el retrato del rey que colgaba de un clavo en una pared de color amarillento. Tras el escritorio, dos ventanas daban a un patio ruidoso, de donde subían olores de comida y en el que unas amas de casa golpeaban las alfombras sacándoles el polvo. ¿Cómo concentrarse en semejante lugar? Se giró hacia Farid escrutando su rostro para intentar comprender si se trataba de una broma o, peor todavía, de una humillación. ¿Cómo podían tratarlo así, a él, que había sacado el número uno en las oposiciones a inspector de Hacienda? Los demás compañeros de promoción dirigían bancos o instituciones prestigiosas y tendrían, sin duda, grandes despachos con vistas, ayudantes, chóferes. Pero Farid se quedó impasible. «Me están poniendo a prueba», se dijo Mehdi. Y, como cada vez que le planteaban un desafío, se sintió lleno de orgullo, de energía y de rabia. Volvía a tener ocho años, unas gafas de cristales gruesos, una frente muy ancha y era el único alumno marroquí de la escuela colonial. Volvía a tener ocho años y estaba decidido a ser el mejor de su clase. En el mismo piso estaban los demás despachos de los directivos del banco. «¿Y ahí qué hay?» Farid abrió la puerta y Mehdi se quedó mirando durante unos segundos la enorme habitación desocupada, con pelusas de polvo por el suelo y la huella de una mosca aplastada sobre un cristal. Fue allí donde decidió reunir a los quince empleados del CCM. Se presentaron de mala gana y se colocaron enfrente de Mehdi, con la espalda casi pegada a la pared del fondo. Benomar no dejaba de estornudar. El presidente pidió que abrieran la ventana. Todos lo observaban con una mezcla de desconfianza y de hartazgo. ¿Quién era aquel tipo con la cara cubierta por una espesa barba y la camisa de manga corta empapada de sudor?

De la calle ascendía el ruido del tráfico. A lo lejos se oían las voces de unos niños jugando en el patio de algún colegio. Se aclaró la garganta, unió las manos delante de la boca e inspiró hondo. Cuando empezó a hablar, un escalofrío recorrió a los allí presentes, una reacción de sorpresa por la que desearon casi retroceder y empujar la pared a sus espaldas. La

voz del presidente, su voz cavernosa, los había dejado estupefactos, como niños extraviados en la oscuridad de un bosque, temblando al oír la voz de un ogro. Mehdi se servía de metáforas deportivas —«Somos un equipo»— que a Hicham y a otros más les dieron ganas de aplaudir. Juntos, iban a «sudar la camiseta» y a construir el porvenir del país. Por supuesto, era consciente de que los tiempos eran difíciles. El Fondo Monetario Internacional había implantado un programa de estabilización, y la deuda y la miseria eran enormes. «Pero no estamos obligados a someternos», afirmó, haciendo un movimiento con el cuerpo como si regateara en un campo de fútbol. «No estamos condenados a depender de la lluvia, de la caridad internacional o de los emigrantes.» El presidente quería devolver a Marruecos su orgullo, convertirlo en una nación moderna, sin complejos. Siempre había estado convencido de que su país podría ser un paraíso, y no solo para los turistas que venían a disfrutar de los kilómetros de costas soleadas, de la majestuosidad de las montañas y de la legendaria hospitalidad de sus habitantes. «¡No tenemos petróleo, pero sí turismo!», repitió varias veces ante la mirada encantada de Farid. Para eso estaba el CCM: para financiar los grandes proyectos del mañana, los hoteles con piscina, los campos de golf y los clubes de vacaciones, y también los programas de vivienda social para los habitantes de los barrios de chabolas. En un país donde el acceso a la propiedad estaba reservado a una élite, él soñaba con que surgiera una clase media que poseyera su propia casa, su coche y que educara a sus hijos en unas escuelas dignas de ese nombre. «¡Sed audaces!», les dijo, y Farid miró hacia atrás. «¡Dejad de ser dóciles!», y Farid aplaudió.

De nuevo, la sala se sumió en el silencio. Los empleados no sabían qué pensar ni qué hacer. Algunos aplaudieron sin entusiasmo, otros se limitaron a asentir con la cabeza. Mehdi notó cómo se lanzaban miradas sorprendidas. Parecían tratar de entender si todo aquello era verdad o simplemente palabras, palabras que, por cierto, eran complicadas y cuyo sentido algunos no captaban. Nayat Goumine, la única mujer del comité de dirección, dio un paso al frente y alzó la mano, al modo de una alumna aplicada. Preguntó si los permisos que había solicitado la víspera seguían vigentes, pues había prometido a sus hijos que los llevaría de viaje al sur. Un hombre, cuya camisa transparente dejaba ver unos pezones oscuros, preguntó sobre los salarios. Mehdi se crispó. «Ya lo veremos más adelante.»

Durante los días siguientes, se encerró en su despacho y apenas se dirigía a ellos. Los expedientes se amontonaban sobre su escritorio. Había hojas esparcidas por el suelo. Mandaba que le llevaran cruasanes y café, y fumó tanto que una capa amarillenta se depositó sobre su lengua. Y una tarde salió de su despacho con los ojos enrojecidos por el cansancio y el humo, y volvió a reunirlos en la gran sala. Recorría a grandes pasos el cuarto en silencio ante las miradas desconcertadas de los empleados. Les expuso lo que había descubierto. Tenía la voz ronca y dolor de garganta. «He leído atentamente cada dosier. He escudriñado a fondo las cuentas de los clientes y lo menos que se puede decir es que esta empresa no se ha gestionado desde hace años.» Algunos se pusieron tensos, inquietos, a la espera de recibir el rapapolvo correspondiente. Otros mostraron nerviosismo o sonrieron, dispuestos a exclamar: «¡Es lo que no dejamos de repetir!». Mehdi siguió hablando: «Los clientes no pagan las letras y los créditos se conceden sin garantía. Si seguimos así, acabaremos cerrando la empresa dentro de seis meses». Apoyó la mano en la pared y dio tres palmadas sobre esta. «Por ese motivo, vamos a crear aquí una sala de informática.» El personal enmudeció ante la noticia. Algunos, entre los cuales estaba Nayat, pensaron que se irían a la calle. Si invertían en máquinas sería para quitarse de en medio a las personas, y este presidente iluminado estaba decidido a librarse de ellos.

En enero de 1980, un equipo de técnicos de IBM se presentó para instalar servidores mainframe en la sala del tercer piso, y todos los empleados del CCM tuvieron que asistir a cursillos para aprender a utilizarlos. Mehdi contrató a jóvenes ejecutivos motivados, procedentes de todas las regiones de Marruecos. «En los comités de dirección de los demás bancos solo se concentran burgueses de Fez», le comentó a Hicham Benomar. «Yo quiero contratar a jóvenes originarios de cualquier lugar, que reflejen a toda la sociedad marroquí.» Ascendió a Nayat, pues había mostrado un sorprendente dominio en el uso de los ordenadores. Pidió a cada cual que introdujera en el ordenador los datos de los expedientes de créditos a su cargo. Era una tarea larga y cansina. A veces la máquina tardaba toda una noche en calcular si un cliente estaba al día con sus pagos. Cuando terminaron de introducir los datos, Mehdi encargó a los directores que convocasen a los clientes, para recordarles sus obligaciones, y compartió con sus empleados su experiencia de antiguo director en el Ministerio de Hacienda.

«Los clientes primero les soltarán la lista de gente influyente que conocen. Si este argumento no les funciona, van a llorar por una madre enferma, un hijo escolarizado en la misión cultural francesa o a saber qué. Y, luego, si siguen ustedes sin ceder, intentarán deslizarles un sobre. Y les advierto, eso no lo toleraré.» Durante aquel invierno, el equipo hizo piña con Mehdi, a diferencia de lo que ocurría con el jefe anterior, que se presentaba en la oficina a las once de la mañana y, a menudo, ya no volvía después de comer. Mehdi era un trabajador incansable. Parecía vivir por y para el trabajo. A veces pasaba catorce horas diarias detrás de su escritorio o en la sala de informática. Jamás tuteaba a nadie ni comentaba su vida privada, pero conocía el nombre de todo el personal y su situación familiar. Aunque podía mostrarse cortante, lograba que cada cual desarrollase a fondo sus habilidades. «Igual consigue lo que se ha propuesto», comentó un día Hicham a Nayat, «y convierte al CCM en el primer banco de crédito del país».

Fatima abrió la puerta. Llevaba una bandeja con cervezas, cuencos llenos de aceitunas negras y unas *briuat* humeantes. «Gracias, Fatima. Esta noche ganará Marruecos, ya verás.» La criada asintió, como si le hubiera dado una orden o comentado una de esas verdades que solo los hombres cultos saben. ¿Quién era ella para afirmar lo contrario? A las ocho de la tarde, empezaron a llegar los amigos. Abdellah, que seguía dando clases en la Facultad de Rabat; Rachid, el socio de Aicha en la clínica; y Hicham Benomar, el director general del banco.

Desde el dormitorio de Mia, donde estaba clasificando ropa, Aicha los oía reír y animarse cada vez más. Su hija estaba tumbada en la cama y la observaba. Sacó del armario un pequeño pantalón con peto de la marca Oshkosh que Mehdi le había traído de un viaje.

«—Me queda pequeño —dijo Mia, que, a sus seis años, era con mucho la más alta de su clase—. ¿Se lo vas a dar a los pobres?

—No. Lo vamos a guardar para tu hermanito o hermanita.»

Aicha se pasó la mano por la barriga, deteniendo la mirada en el ombligo. Hasta ese momento, Mia no se lo había creído. Por más que la gente dijera que pronto tendría un hermano o una hermana y que su madre le explicara que llevaba dentro a un bebé, no se lo creía. Pero el día antes, Aicha se desabrochó la blusa y tomó la mano de Mia en la suya. La posó sobre la piel tensa de su vientre, ejerció una ligera presión y le dijo: «¿Ves? Este es el piececito. ¿Lo notas? Creo que este bebé está muy

impaciente por conocerte». Mia retiró enseguida la mano. Su madre estaba habitada por dentro. Un ser crecía en ella, un ser que solo ella podía sentir y con quien parecía tener ya una relación tierna y especial. A veces, la sorprendía hablando sola, y ahora había entendido que se dirigía al bebé con esa voz dulce y una sonrisa tranquila en los labios. Le hubiera gustado tirarse sobre el montón de ropa y rasgar cada prenda, una por una. Se negaba a que otra niña las llevara. No quería que ese bebé impaciente viniera al mundo. Quizá Aicha notó la intranquilidad de su hija, pues le pidió que le hiciera sitio en la cama y se echó a su lado. La niña hundió la cabeza en el pecho de su madre. Era lo único que le había gustado de ese embarazo: los senos se le habían hinchado, volviéndose tan grandes y blandos como los de Mathilde, su abuela. Aspiró el olor de Aicha y supuso que, si la abrazaba muy fuerte, si rezaba con fervor, quizá podría introducirse en ella de nuevo y expulsar a ese bebé que la estaba amenazando. Pero, a los pocos minutos, Aicha se levantó. Posó las manos sobre su vientre, agachó la barbilla y una fea mueca desfiguró su rostro.

«—¿Estás bien, mamá?

—Estoy bien, cariño. No te preocupes. No es nada.»

«Es el bebé ese, que le vuelve a dar golpes», pensó, llevada por un arrebato de odio. Su madre la besó en la mejilla, la arropó con el edredón rosa y salió del cuarto, sujetándose el costado derecho con la mano. «Sobre todo, no bajes. Sabes que a tu padre no le gusta que lo molesten las noches en que hay partido.»

Cerró la puerta y se quedó un rato de pie en la penumbra, con la espalda apoyada en la pared. El bebé llegaba. La muy condenada de Fatima estaba en lo cierto. Le faltaban tres semanas para dar a luz, aunque se había movido tanto, sin hacer caso de las recomendaciones que ella misma daba a sus pacientes —«No carguéis con objetos pesados, descansad»—, que no le sorprendería que el parto se le adelantase. Bajó al sótano. El partido acababa de empezar. Debieron de darse dos oportunidades de gol para Marruecos, puesto que había oído gritos («¡Venga, venga!») y, luego, clamores de decepción («¿Y ese no ve que es fuera de juego?»). Los hombres se pusieron de pie para recibirla. Abdellah quiso cederle su sitio, pero ella lo rechazó. «Como me siente, no estoy segura de poder ponerme de pie.» Le hizo una seña a Mehdi, que se levantó de mala gana.

«—¿Qué ocurre?

—Tengo contracciones. Creo que será hoy.

—¿Qué quieres decir?

—¿Que qué quiero decir? Que estoy a punto de parir. Deberíamos irnos a la clínica.»

Con el botellín de Heineken en la mano, giró el rostro hacia la pantalla de televisión. Durante unos segundos parecía completamente absorto en la carrera de Labied y su tiro, que paró el portero argelino.

«—¿Me estás entendiendo?

—le repitió Aicha. —Sí, sí, claro. Nos iremos. Como siempre dices que un parto tarda horas, podríamos esperar un poco, ¿no? —Mehdi se dirigió al grupito allí reunido—: Chicos, esta noche Marruecos va a ganar y yo voy a tener un hijo. —Y gritó—: ¡Champán!»

Casi en el acto apareció Fatima por las escaleras llevando una botella en la mano. Mehdi tendió una copa a Aicha. «No puede hacerte daño.» Ahora ya nadie estaba atento a ella. Tarjeta amarilla para Labied, y en el sofá los hombres discutían sobre la decisión del árbitro. Aicha apoyó las manos en la mesa y, cuando sintió que le llegaban las contracciones, retuvo la respiración. El vientre se le endureció, todos sus músculos se tensaron y se mordió el labio para no gritar de dolor. Después de todo, Mehdi tenía razón: los partos duraban mucho, y ella a menudo había mandado de vuelta a casa a sus pacientes. «Caminad un poco», les aconsejaba. «Volved a casa y dormid. Todavía no estáis listas.»

Le recorrió un escalofrío al imaginar que dentro de unas horas estaría tumbada y abierta de piernas en una de esas salas de partos que tanto odiaba. Su larga experiencia le impedía creerse esos cuentos de acontecimientos dichosos. Había visto y oído bastante como para pensar que la felicidad de parir a un hijo borra la temible crudeza del parto. Demasiados úteros desgarrados, senos deformados, sangre en las batas y en los zuecos de plástico. En carne viva, en plena carne viva. No, los bebés no nacen en las rosas, y las cigüeñas se contentan con cagar sobre el parabrisas del coche durante las interminables guardias. A medida que pasaban los años, aumentaba la repugnancia de Aicha al entrar en la gran sala de partos, donde había a veces cuatro o cinco mujeres, separadas únicamente por una sábana colgada del techo. El olor, sobre todo, era insoportable; a un fétido líquido amniótico, a mierda y a sangre. En verano, hacía más de cuarenta y cinco grados en el paritorio. Por mucho que abrieran las ventanas o encendieran un pequeño ventilador, la

atmósfera era asfixiante, y las mujeres, con el rostro empapado de sudor, se desmayaban en pleno trabajo de parto. En invierno, por el contrario, reinaba un frío glacial. Aicha se ponía un grueso jersey debajo de la bata blanca y dos pares de calcetines. Algunas enfermeras llevaban guantes de lana. Más que el olor, más que la suciedad y el hacinamiento, lo que la agotaba eran los gritos. Las mujeres chillaban hasta desgarrarse la garganta. Gemían, se desgañitaban, berreaban como bestias a las que estuvieran degollando. Algunas repetían medio enloquecidas el nombre de Dios como quien grita «amor mío» en el momento del orgasmo. A veces, sobre todo de noche, se desataban las crisis. Podía ocurrir que una parturienta mordiese a una enfermera, hincándole los dientes en el pecho. En una ocasión, un médico perdió la calma. Abofeteó a una paciente que lo había arañado y, fuera de sí, le soltó: «¿Cuando él estaba sobre ti gritabas de ese modo?».

Aicha, incluso en medio del caos, se esforzaba por concentrarse en sus pacientes, aterrorizada ante la idea de que alguna se desangrase y muriera sin siquiera haber conocido a su bebé. Ella no era de las que minimizan los riesgos, de las que niegan el dolor y comentan: «Nadie le ha pedido tener un quinto hijo, ¿de qué se queja esta?». Pero Aicha no contaba con nada para aliviar su sufrimiento. Les decía que fueran valientes, les recordaba los millones de mujeres que habían alumbrado antes que ellas. Su ternura y las explicaciones científicas eran inútiles. Con las piernas abiertas y los pies encajados en los estribos de la camilla, con el rostro descompuesto, parecían haber perdido el decoro, la sensatez. Querían que las atendiesen solo a ellas y consideraban una injusticia que el médico se atreviese a dejarlas un momento para ocuparse de otra parturienta.

Se sirvió otra copa de champán. «No quiero ir a la clínica», se dijo a sí misma. Se imaginó muerta, desgarrada desde la vagina al ano. Vio charcos de sangre sobre el linóleo del suelo del hospital y el cordón viscoso que unía a todas las mujeres entre sí desde la noche de los tiempos. Quizá podría evitar ese mal rato y traer al mundo a su bebé de otra manera. Se le estaba subiendo el champán a la cabeza. Tenía ganas de hablar y no se atrevió. A Mehdi le molestaría que los interrumpiese o, peor aún, que fingiera que le interesaba el partido.

En el segundo tiempo, Fatima entró a recoger los botellines de cerveza y los ceniceros repletos de colillas. Trajo otra botella de champán,

pero Mehdi sirvió un whisky a sus invitados. Rachid le propuso a Aicha examinarla. Subieron al dormitorio, ella se tumbó en la cama y Rachid introdujo la mano en su vagina.

«—Un dedo de dilatación. ¿Las contracciones son regulares?

—Cada veinte minutos, o quizá algo menos.

—Todavía es pronto. Ven, bajemos, que empieza la segunda parte. Yo no soy tan optimista como tu marido. Los Leones están un poco flojos. No se presenta bien la cosa.»

Rachid bajó al salón con los demás y Aicha cogió el teléfono para llamar a Selma. «Ojalá esté en su casa, ojalá no haya bebido demasiado», rogaba para sus adentros, y, milagrosamente, su tía respondió. «¿Te molesto?» Oyó a lo lejos carcajadas de mujeres y música árabe. Selma solía organizar en su casa de la avenida de Temara las fiestas más alegres de la capital. «¿Podrías venir ahora a quedarte con Mia? Tenemos que ir a la clínica.» Selma, alto y claro, gritó: «¡Amigos, las fiesta ha acabado! ¡Nos vamos todos!».

Aicha regresó al sótano, se sentó delante del televisor y pidió champán. Se bebió dos o tres copas y fumó varios cigarrillos. El tiempo parecía haberse detenido y la invadió una sensación de calma. Una nube de humo flotaba en el salón y, de vez en cuando, Mehdi se giraba hacia ella. Le respondía con una sonrisa tranquilizadora. Estaba convencido de que sería un varoncito y se alegraba ante la perspectiva de que lo acompañara viendo los partidos en la televisión. Fingía estar preocupado y le solía decir: «Ya verás, un niño es más revoltoso que una niña», pero le costaba disimular la alegría ante la idea de tener un heredero.

Los argelinos reclamaban un penalti. El grupito de amigos estaba ahora de pie, con las manos tendidas hacia la pantalla, como si se dirigieran al árbitro. Aicha no se hubiera atrevido a decirlo: temía que ganara Marruecos. La gente saldría a las calles a celebrar la victoria, con los coches tocando el claxon bien alto, e incluso se concentraría en el barrio. No quería que su bebé naciese en medio de tanta agitación. Cogió la botella de champán y vació en su copa lo que quedaba. «Ojalá pierdan, ojalá pierdan», deseó internamente. Y, en medio de la bruma en la que el champán la había sumido, pensó que era justo que su marido se disgustara y que sufriera igual que ella.

La frente se le cubrió de sudor. No podía dejar de apretarse las manos. Las contracciones eran menos espaciadas y cada vez más intensas.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo y le vino el recuerdo de la capilla helada del colegio, en la que rezaba de pequeña, de rodillas con los brazos en cruz. «Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.» Se disponía a avisar a Rachid, pero este, completamente borracho, gritaba y se llevaba las manos a la cabeza. Mehdi le dio una patada a la mesa.

«—¿Qué ocurre? —preguntó Aicha con un hilillo de voz.

—¿Acaso no lo ves? Los argelinos han metido un gol. En el tiempo de descuento, ¿te lo puedes creer?»

En ese instante, Selma apareció por las escaleras.

«¿No os habéis ido aún a la clínica? ¿No te habrán obligado estos a esperar el final del partido?»

Cuando su madre regresó de la maternidad, Mia declaró: «Es el peor día de mi vida». Aicha estaba de pie en la entrada, pálida y sonriente, con el bebé en brazos. Se negó a mirarlo. Su madre insistió. Le propuso que se sentara en el sofá y tomara a su hermanita en brazos. Ella siguió negándose. «Es un monstruo. No la voy a tocar.» Durante los días siguientes, no quería dormir ni comer. Cuando su madre daba de mamar a Inès, ella se agarraba a sus piernas llorando. Entre sollozos, decía que le habían quitado a su mamá y que ese bebé, ese monstruo, se lo había robado todo. Se tiraba al suelo y se retorcía de dolor. Juraba que estaba enferma, que tenía ganas de vomitar, y Aicha le daba cucharadas de jarabe Vogalène. Fatima intentó consolarla. «Podría haber sido peor», le decía. «Imagínate que el bebé fuera un varón.»

Nadie la tomaba en serio. Solo tenía seis años y los adultos se burlaban de que dramatizara tanto. Selma soltó una carcajada cuando, en un ataque de rabia, la niña tiró al váter el permiso de conducir de Aicha, las llaves del coche y un par de pendientes con forma de mariposa que Mehdi le había regalado en Navidad. Y, para colmo, para avivar su sufrimiento, Inès era perfecta en todos los sentidos. El parto había transcurrido sin dificultad y casi sin dolor. Mientras que Aicha conservaba del nacimiento de Mia un recuerdo abominable, la llegada al mundo de Inès, en cambio, fue grata. La recién nacida que posaron sobre su vientre estaba tranquila, su cuerpecito rollizo se acurrucó contra ella, abandonándose con una confianza total. La frecuencia de las tomas era la habitual, se reía cuando la metían en el agua templada del baño y nunca lloraba. Era tan calladita que Amín, en una de sus visitas a Rabat en la primavera de 1980, se preocupó. «¿Es normal que no chille?» A medida que pasaban las semanas se confirmaban los miedos de Mia. Esa niña la había expulsado de un paraíso donde había sido querida y había vivido feliz. Le había robado su vida.

Fue durante esa visita de los padres de Aicha cuando estalló el drama. Estaban tomando un aperitivo en la terraza, bajo el níspero que lucía sus frutos. Desde que habían llegado, Mathilde no dejaba de criticar la casa. Hizo comentarios sobre el ruido de la calle y la falta de privacidad.

Alegaba que la vecina los espiaba y que no era normal vivir amontonados unos sobre otros. En la finca, Mia podría bañarse en una piscina de verdad en lugar de chapotear en esa de plástico ante la vigilancia de la criada. «¿No es verdad, Amín?» Aicha se mordió el labio. Temía que Mehdi estallara. Discutía continuamente con su suegra. Le reprochaba que acaparase tanto protagonismo, que hablara sin ton ni son, que fuera una racista por haberse atrevido a criticar la música marroquí y por haber dicho en una ocasión que la pascua del Aid-el-Kebir, con el sacrificio de los corderos, la asqueaba. Incluso la había amenazado con no dejar que se llevara a la niña a la finca: conducía demasiado mal y le enseñaba unas groserías que no eran propias de su edad.

Amín se encogió de hombros. Lo que le molestaba a él eran los nombres de sus nietas. Ya cuando nació Mia había mostrado su desacuerdo y había insistido en que le pusieran un verdadero nombre marroquí: Hind o Latifa, por ejemplo. «¿Pero Inès? ¿Qué significa Inès…?» Aicha le explicó que eran unos nombres fáciles de pronunciar en cualquier idioma y que eso las ayudaría en el futuro. «¿Os avergonzáis de ser árabes o qué? ¿Las educáis para ser extranjeras y que acaben dándoos la espalda?», soltó en dirección a su yerno. Amín había bebido mucho, el vino rosado se le subía a la cabeza, y todos sabían qué era lo que en realidad le preocupaba. Su hijo, Selim, se había instalado en Nueva York. «Una ciudad de putas y de golfos», según Amín. Se hacía llamar Sam, ya tenía treinta años y ningún oficio reconocido —«¡La fotografía es un pasatiempo, no un trabajo!»—, ni esposa, ni hijos, y jamás había manifestado el menor interés por la finca.

Aicha se levantó. «Voy a ocuparme de la cena.» Pasó delante de la cocina, donde Fatima estaba atareada con la comida, y subió a su dormitorio. Quería echarse un rato junto a su bebé. La sacaría de la cuna, la pondría sobre la cama y acercaría su rostro al suyo. Aspiraría su olor, que la aturdía más de lo que la había aturdido el de cualquier hombre. Sabría, en ese momento, que ya nada más contaba para ella. Únicamente el amor por sus hijas. Un amor tan inmenso, tan devorador que ella misma se había sorprendido. Desde que había sido madre, su mente solo estaba ocupada por ellas, y se asombraba de que se hubiera escrito tanto sobre el amor, sobre el sexo, que se hubieran contado tantas historias sobre hombres y mujeres enamorados, cuando en realidad estaba convencida de que únicamente existía un amor verdadero. Le habría

gustado construir para sus hijas una casa sin ventanas, nada más que paredes, lo más altas y gruesas posible. Unos muros infranqueables, tras los cuales crecerían sin ver a nadie, y así serían ellas mismas. Mehdi la llamaba la Loba, Mamá Osa, Madre Primate. Se burlaba de ella, de su modo de querer a sus hijas, siempre pegadita a ellas. «Te devorarán viva.»

Entró en su dormitorio, donde dejaba encendida una lamparita con forma de gato. Se llevó las manos a la boca para ahogar el grito que le subía por la garganta. Salió del cuarto corriendo, regresó a la terraza y le lanzó a Mehdi una mirada tan aterrorizada que él se incorporó de un salto derramando la botella de vino rosado. «¿Qué ocurre?», le preguntó. «¡Dime! ¿Qué te pasa?» Aicha, enmudecida, indicó con un gesto de la cabeza la dirección del pasillo y Mehdi se precipitó hacia allí. Se quedó mirando la cuna. No se distinguía el cuerpo de la bebé, que descansaba bajo un montón de cojines y de mantas dobladas en cuatro. Primero, se giró hacia Aicha. No entendió por qué había salido corriendo de ese modo y había sido tan cobarde. Ella, la madre, la médica, le encargaba a él que descubriese si la hija de ambos vivía aún. Mehdi agarró los cojines, el edredón, las mantas, los lanzó fuera de la cuna y apareció Inès. Puso la mano sobre el pecho de la pequeña y casi se pone a llorar de alivio al comprobar que aún respiraba. No parecía que ella se hubiera dado cuenta de lo que ocurría. Aparentemente, no le había pasado nada ni se había quedado sin aire. Tenía buen color, y el sueño era apacible. Aicha, que permanecía en la puerta, se acercó y, durante unos instantes, ambos admiraron a la niña, inclinados sobre la cuna. Luego ella palpó con tres dedos el cuello de la pequeña y le tomó el pulso. La mente se le vació de cualquier pensamiento. El pulso de Inès vibraba en ella, y Mehdi tuvo que agarrarla por la cintura y decirle «la vas a despertar» para que aceptase salir de la habitación.

Regresaron a la terraza. Mathilde, de pie y con las manos cruzadas, los esperaba. Y fue al ver el rostro de su madre y adivinar su preocupación cuando Aicha estalló de rabia. Mia era una asesina. Se propuso matar. Intentó asfixiar a la pequeña con todo lo que había encontrado: cojines, edredón, mantas. Aunque dijeran que solo tenía seis años e intentaran convencerla de que no sabía lo que hacía, Aicha estaba segura de ello: Mia quiso matar a su hermana. Fatima llegó con el cubo y la aljofifa. Limpió el vino rosado derramado en el suelo. «¿Dónde está Mia?», le preguntó Mehdi. «Está durmiendo», respondió la criada. Y,

mientras él se dirigía al dormitorio de la niña, Fatima lo agarró del brazo. «Por favor, *sidi*, por Dios, es una niña pequeña. Perdónela, del mismo modo que Dios nos perdona.» Él no le hizo caso y, con un gesto brusco, la empujó contra la pared. Esa noche Mehdi sacó a Mia de su cama. Y durante cinco días, ella conservó en sus nalgas la huella morada de las manos de su padre.

No por ello disminuyó el odio hacia su hermana ni extrajo ninguna lección de aquel fracaso. Cuanto más la odiaba, más motivos le daba el mundo para odiarla. A medida que crecía, la belleza de Inès era más deliciosa y cautivadora. Todos sentían lástima de la pobre Mia, a quien en aquella época le cortaban el pelo casi como a un chico por lo crespo que lo tenía. Había heredado la estatura de Mathilde y sus hombros anchos, pero tenía la piel tan oscura como la de las aceitunas de los olivares de la finca. Sus ojos achinados y su nariz aguileña la hacían parecerse a esos jefes pieles rojas fotografiados por los blancos tras una derrota. Inès, en cambio, lucía un pelo ondulado muy bonito, una piel de un tono caramelo y unas piernas finas y musculosas. Sus ojos, sobre todo, suscitaban admiración. Unos ojos vivos, llenos de inteligencia, oscuros, del color de la tinta, rodeados de largas pestañas. «¡Qué ojos tiene!», exclamaban los amigos, la familia, la gente por la calle al verla. «¡Qué ojos tiene!», repetían, antes de fijarse, algo confundidos, en la hermana mayor, que agachaba la cabeza. Los más indulgentes —o los más inoportunos— le pellizcaban la mejilla a Mia y, creyendo que la complacían, le comentaban: «Es muy guapa tu hermanita, ¿verdad?». Sí, Inès era guapa, a la manera de las muñecas de porcelana que Mathilde les había regalado un día, aunque les prohibía jugar con ellas.

No había forma de que diese su brazo a torcer, de que cediera. Se había mostrado indiferente cuando su hermanita empezó a balbucear y su primera palabra no fue «mamá», sino «Mia». Inès alzaba hacia su hermana mayor sus ojos inundados de amor, como si le suplicara que la perdonase. En cuanto aprendió a hablar, siempre se ponía de su parte. No la delató el día en que la dejó sola en mitad de un camino desierto, alejado de la finca, con la esperanza de que se extraviase. No se quejaba si su hermana escondía unos escarabajos negros en su merienda o le daba patadas debajo de la mesa. Inès decía que era por su culpa si había tragado agua en la piscina y no porque Mia había intentado ahogarla. «Estábamos jugando», decía. «Jugando.» Se abalanzaba sobre su padre cuando este

reñía a su hermana. Le gritaba fuerte —«¡Déjala tranquila!»—, y Mehdi, furioso, amenazaba a la mayor: «No te mereces una defensora tan buena». No le gustaba que Inès fuera tan débil con Mia. Le preocupaba: «Incluso los perros evitan encariñarse con quienes no los quieren».

Aicha sospechó que si Mia había empezado a imitar el comportamiento de los chicos era por odio hacia su hermana. A partir de los diez años, se negó categóricamente a llevar faldas o a dejarse crecer el pelo. «Que Inès se ponga vestidos», pensó, «pasadores en el pelo, faldas de volantes y blusas de nido de abeja, que se luzca delante de las miradas encantadas de Mathilde o de Aicha». Inès se sabía de memoria todas las canciones de la película *Sonrisas y lágrimas* e iba a clases de *ballet* al Centro Cultural Ruso, en la avenida de la Victoria. Le quitaba a su madre los zapatos de tacón, se ponía dos mandarinas para simular que tenía pecho o se embadurnaba la cara con maquillaje. En las Navidades de 1984, pidió una muñeca, un moisés y un cambiador de bebé.

Mia, en cambio, se enorgullecía de parecerse a su padre: la misma frente abombada, la piel morena, los dedos largos y finos. Hacía lo imposible por desvincularse del mundo femenino. Despreciaba la forma de ser, el humor y los gustos de las mujeres. Sus preocupaciones le resultaban vulgares —«El kilo de patatas está a cuatro dírhams, ¿te das cuenta? Y el de zanahorias, a tres»—, y huía de esas voces que sonaban tan alto en la casa. Las despreciaba por pasar tanto tiempo en la cocina, con la espalda encorvada sobre la encimera y el pelo impregnado de un olor a salsa de azafrán. Ella prefería ver los partidos de fútbol en la televisión, sentada junto a su padre, concentrándose para retener los nombres de los jugadores y de las jugadas. Fue la única de la casa en mostrar interés por el coche que su padre acababa de comprar —un Jeep Grand Cherokee con una barrera protectora para el perro— y le preguntó si podría ir de caza con él algún día y si le enseñaría a disparar con la escopeta. Quería consolar a Mehdi: albergaba la secreta e inconfesable esperanza de convertirse algún día en el hijo varón de su padre. Se sentía herida por los comentarios de sus amigos: «¿Solo tienes hijas…? ¡Deberíais ir a por el varoncito!». La idea de que pudiera nacer un heredero la aterrorizaba más que cualquier otra cosa.

Aicha y Mehdi discutían con frecuencia a propósito de la educación

de sus hijas. Ella le reprochaba que viviera exclusivamente dedicado al trabajo. «¿Por qué has fundado una familia si estás devorado por la ambición profesional?» Le suplicaba que hicieran planes con las niñas, que mostrara más entusiasmo. Pero a él no le gustaba jugar. Odiaba las cartas y los juegos de mesa. Nunca las acompañaba cuando iban de pícnic, le parecía ridículo eso de sentarse a comer en la hierba, cuando en una mesa se está más cómodo, además de que te atendía el servicio. En unas vacaciones en la finca, en el verano de 1985, aceptó enseñar a nadar a Inès. Ató una cuerda a la cintura de la pequeña y le dijo que se zambullera en la piscina. «¡Mueve los brazos!», le gritaba mientras ella se debatía en el agua helada. «¡Mueve las piernas!», y la niña intentaba no hundirse. En mitad de la piscina, donde no hacía pie, se giró hacia su padre. Este había soltado la cuerda y, sentado en la tumbona de color naranja, estaba encendiendo un cigarrillo.

En diciembre de 1985, unos días antes de Navidad, el Crédit Commercial du Maroc inauguró su nueva sede en la prestigiosa avenida Hassan II, en el centro de Casablanca. En cinco años, el banco se había convertido en una entidad respetada en el sector, cuyo crecimiento —del 10 % al 15 % anual— despertaba la envidia de la competencia. Mehdi Daoud había conseguido lo que se había propuesto. Durante tres años, Nayat Goumine no tuvo vacaciones, pero se le aumentó el sueldo y pudo matricular a sus hijos en una escuela privada. Mehdi era considerado como un jefe con ingenio y audacia, moderno y apasionado por la tecnología. Un visionario. En apenas unos meses, automatizó la concesión de créditos a particulares. Para evitar los lamentos, las súplicas y los chanchullos, el ordenador era el que a partir de entonces se encargaba de todo y generaba los contratos, que los directores de agencia no podían modificar. Los plazos pasaron de varias semanas a solo unos días. Creó un sistema de seguros de defunción para tranquilizar a los padres de familia y puso en marcha una gran campaña de publicidad destinada a las clases medias. Dentro del banco luchó para que cada empleado pudiese suscribir un crédito con intereses favorables y adquirir una vivienda o un coche. Mehdi le regaló su R12 azul a Selma y se compró un Mercedes tapizado por dentro con ante marrón. Mustafa, el guardacoches de la calle, pasó a ser su chófer y cambió su bata de trabajo azul por un traje. Y una noche de febrero de 1986, tras unas cuantas copas, Mehdi le preguntó a su hija mayor: «¿Quieres ver dónde trabaja papá?».

Un miércoles por la mañana, Mia se subió al asiento de atrás del Mercedes. Llevaba un pantalón de pana beis y una camisa vaquera cuyas mangas, demasiado largas, le tapaban las manos. Su padre sacó de su maletín, que olía a cuero nuevo, un montón de expedientes. Ella lo admiraba porque leía en el coche sin marearse. Mehdi le dijo que lo practicara ella también. Tenía casi doce años, y se imaginó el tiempo que ganaría con los deberes del colegio si pudiera leer en cualquier sitio. Puso en su regazo el ejemplar de *El húsar en el tejado* que su padre le había regalado, pero dudó si abrirlo o no. Si vomitaba sobre el asiento, él se iba

a enfadar, y habría fastidiado el día.

Siempre se sentía algo incómoda con su padre. Temía portarse mal o decir cualquier tontería. No estar a la altura de lo que él esperaba de ella. Cuando él la miraba, a veces Mia intuía con tristeza que la consideraba fea o que la juzgaba. No la trataba como a una niña pequeña, a quien se le prodigan cariño e indulgencia. No, con ella era exigente. Debía saber cuándo callar y cuándo hablar. Enfilaron la carretera de la costa. No se atrevió a preguntar qué iban a hacer. ¿La llevaría a un restaurante? ¿Le presentaría a sus compañeros de trabajo? ¿Y cómo sería Casablanca?

Por primera vez en su vida, iba por la autopista y sintió miedo cuando Mustafa aceleró para fundirse en la marea de coches. Se quedó mirando el expediente que estaba a su lado en el asiento, donde se leía en la carátula: «Construcción de un túnel hispano-africano bajo el estrecho de Gibraltar/Candidatura de Marruecos CEE». Mustafa adelantó a un camión cuyo tubo de escape desprendía un humo negro.

«—¿Qué es esto? —preguntó Mia acariciando la carátula de cartón.

—¡Ah, esto! Es un proyecto extraordinario, como en los libros de Julio Verne.»

Le tendió la hoja en la que estaban dibujados los planos. Ella la movió en todas las direcciones. No entendía nada.

«—Según los ingenieros japoneses, hoy en día contamos con unas técnicas hipersofisticadas para construir un túnel flotante entre África y Europa. Si logramos convencer a la opinión internacional y los banqueros conseguimos atraer capitales extranjeros, en el año 2000 iremos de Casablanca a Madrid en solo unas horas.

—¿Así que construyes túneles?

—Bueno, no exactamente. Yo busco el dinero y lo redistribuyo entre quienes lo necesitan. Para edificar casas, hoteles. Para que la gente viva mejor y Marruecos se desarrolle. ¿Lo entiendes?»

Mia asintió con la cabeza.

A la derecha de la autopista, el campo, por lo general verdeante, estaba triste y gris. El país vivía una interminable estación que no era ni invierno ni verano: la peor de las pesadillas para los campesinos. Unas madrugadas con unas temperaturas glaciales que quemaban las flores y los brotes de las plantas. Unos mediodías ardientes en los que el sol agostaba los valles y el llano. Llevaban tres años sin lluvia y el suelo estaba tan seco que los agricultores se habían resignado a guardar los

arados y habían renunciado a trabajar la tierra y a sembrar. Los viernes, en todas las mezquitas se rezaba para que soplara el viento y aparecieran por fin las nubes. Pero la lluvia no caía y, bajo el modesto puente que el coche ahora cruzaba, el ued Cherrat estaba seco, y los árboles, cubiertos por una espesa capa de polvo blancuzco. Mia vio a lo lejos unas cuantas vacas escuálidas. Vagaban por el campo buscando algo que pacer. Si continuaba la sequía, habría que sacrificar rebaños enteros. Y si no morían asesinadas, las vacas acabarían masticando alguna de esas bolsas de plástico negro que flotaban como banderas en las ramas de los árboles y se asfixiarían.

Giró la cara hacia el otro lado y siguió con la mirada al tren que los adelantaba. Luego bordearon una tapia alta que no estaba construida de manera continua. No se sabía el motivo, si era porque habían parado las obras o porque alguien había abierto una brecha para que el ganado pasara. Mustafa conducía muy deprisa, y Mia, con la nariz pegada al cristal de la ventanilla, pudo entrever detrás de la tapia unas chabolas, callejuelas fangosas, un burro y a una niña, con un vestido azul y un pañuelo atado a la cabeza, que llevaba en brazos a un bebé mofletudo. A un hombre sentado en la parte trasera de una carreta llena de naranjas y cebollas, calzado con unas chanclas de plástico. De pie sobre el muro, unos chiquillos hacían cortes de manga a los coches, que respondían tocando el claxon.

Mia salía poco. Su país le era desconocido. La mayor parte del tiempo su hermana y ella estaban solas en casa, bajo la vigilancia de las criadas. Aicha pasaba muchas horas en el hospital y a veces se tenía que ir en mitad de una comida o un domingo por la tarde. «Un parto no se puede aplazar.» Las niñas crecían como mascotas, gatos domésticos, animales del zoológico que, a fuerza de estar en cautividad, ya no sabían que podían rugir o saltar. «Dichosas las madres con hijos miedosos.» Fiel a esta máxima, Aicha ponía en guardia a sus hijas sobre los peligros del mundo. El riesgo de caerse, de asfixiarse, de dedicarse a los «juegos de mano, juegos de villano», de ahogarse en el mar, de extraviarse en los lugares llenos de gente donde algún depredador las secuestraría. Les inoculó el miedo del mismo modo que se inyecta una vacuna. En cada edad de la vida surgían nuevos temores: los hombres, los embarazos, los accidentes de tráfico. Enseñó a sus hijas a hablar bajito, a no expresar

jamás su opinión, a odiar cualquier forma de imprudencia, a ser desconfiadas, pues los soplones de la policía se ocultaban por todos lados y te podían hacer desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, arrojarte a lo más oscuro de una celda donde nadie te encontraría. Esperaba que esas palabras se les metieran en la cabeza, que desarrollaran una aversión por el riesgo. Quería que sus hijas fueran unas cobardes, que no se les ocurriera indignarse, rebelarse, levantar la voz. Unas niñas dóciles con los poderosos, unas pequeñas Sherezade que seducirían a los tiranos y sobrevivirían, sanas y salvas.

Pero Mia era una niña inteligente, despierta y muy observadora, con curiosidad por la vida de los otros. A veces, los domingos por la mañana, acompañaba a su madre al mercado central a hacer la compra. Caminaba detrás de ella, por los pasillos en sombra donde flotaba un olor a basura y a pan recién hecho. Oía a la gente quejarse. Las naranjas estaban secas y sin jugo. La leche escaseaba. Unos críos de su edad se ofrecían para cargar con las bolsas. Aicha se negaba. Le preguntaba a alguno: «¿Vas al colegio?», y el pequeño, con unas pestañas inmensas y un tono de piel macilento, se la quedaba mirando, riéndose. Mia entendía que la miseria era eso. Todos esos niños vagabundeando por las calles y las patrullas de la policía echándolos de allí y golpeándolos como si fueran adultos. Hijos de campesinos, separados de sus familias. Niñas pequeñas vendidas para trabajar de criadas y bebés alquilados por mujeres que pedían limosna en los bulevares del centro de la ciudad. Limpiabotas, niños de los recados que corrían por las calles para entregar algún paquete, o aprendices sentados con las piernas cruzadas cosiendo en los altillos de las tiendecitas de la medina. Mia sabía que existían infancias sin escuela y sin juguetes. Infancias sin infancia. En la entrada del Zoco Sebbat, delante de la vieja mezquita, unos hombres en cuclillas pedían limosna. Un ciego con los ojos blancos hacía sonar las monedas en su cuenco de cobre. Un hombre de edad incierta exhibía su cuerpo deforme, sus piernas flacas como palos. Aicha le explicaba a Mia: «Padece corea, es muy grave». Los europeos decían a veces: «Marruecos es un país bellísimo, aunque demasiado pobre».

Su abuelo Amín le contaba unas historias terribles sobre los bolcheviques y la revolución, sobre levantamientos de campesinos y motines sangrientos. Hablaba del campo y de los pozos secos, y del trigo, que se había puesto tan caro que la gente se moría de hambre. Estaba

preocupado porque los aduares se vaciaban de sus habitantes, que se marchaban a las ciudades o emigraban a Europa. En las ciudades ya no había trabajo, aunque siempre podían conseguir algo en las basuras, y esa imagen se grabó en la mente de la niña. La imagen de gente rebuscando en los restos de comida y también la de la policía, que, según su abuelo, irrumpía hasta en los portales de algunos edificios donde se refugiaban para echarlos de allí. Dentro de ella anidó un sentimiento de amenaza, de una injusticia a la que no era totalmente ajena. Los periódicos se referían, alarmados, a la enfermedad de las manos sucias, el cólera, que proliferaba en los barrios de chabolas por la falta de higiene. Y Amín terminaba diciendo: «¿Te das cuenta de la suerte que tienes tú?».

Fatima se lo decía siempre. Se pasaba el tiempo repitiéndole: «Agradece a tus padres la educación que te dan». La criada se sentaba junto a Mia cuando esta hacía sus deberes y le preguntaba: «¿Qué hay escrito ahí?». Y ella le leía: «Cuando Robinson volvió en sí, yacía con la cara en la arena». Fatima se reía. Entendía el francés más de lo que decía y deslizaba sus dedos, con marcas de quemaduras o irritados por la lejía, por las redondeces de una B o de una G. Con Fatima, las niñas veían la televisión en el salón del sótano cuando sus padres estaban en el trabajo. Les encantaba la serie *Dallas*, y la criada le decía a Inès que ella sería algún día tan guapa como Sue Ellen. Las emisiones de la televisión arrancaban siempre con una lectura del Corán, el himno nacional e imágenes de Hassan II. El rey estaba por todos lados, algo que fascinaba a las niñas. El rey inauguraba un pantano, cortaba una cinta, rezaba en el azalá del viernes. El rey vestido con traje europeo, con la indumentaria de golf o con chilaba. El rey caminando sobre una alfombra en medio de una pequeña ciudad de la costa o saliendo de su Rolls-Royce para recibir a dirigentes del mundo entero. Fatima se sentía orgullosa de ese rey respetado por Occidente. Decía que el sello de oro que lucía en el dedo anular llevaba dentro unos polvos mágicos de cráneo de hiena y que por eso subyugaba a su auditorio. Mia temía a ese rey cuyo retrato estaba en todas partes, incluso encima de los puestos de verdura del mercado o en el local del tendero amazigh de Meknés.

Dos años antes, en enero de 1984, la subida de los precios había provocado unos disturbios reprimidos con violencia en Marrakech y en el norte del país. Mia había escuchado el discurso de Hassan II, sentada sobre las rodillas de la criada. El rey estaba decepcionado con su pueblo.

Había mostrado en la televisión unos panfletos con la foto de Jomeini y acusó a la muchedumbre de estar manipulada por los marxistas y los sionistas. «¿Os habéis vuelto todos unos chiquillos?», repetía. Había tratado a los manifestantes de apaches, y Fatima se puso a aplaudir. El rey tenía razón. La criada jamás se atrevería a decir lo contrario, ni siquiera a pensarlo, de lo convencida que estaba de que los poderosos contaban con los medios para ver lo que ocurría hasta en el fondo de su alma. No ignoraba los casos de corrupción, las penurias de la gente, la violencia cotidiana que ejercían los pequeños mandamases, el almocadén del barrio, el policía de turno. «Apaches», decía una y otra vez, mirando al vacío. «Unos apaches.»

Cuando había invitados, Mia dejaba a Inès delante de la tele y se iba a espiar a los adultos. Sabía pasar desapercibida y los escuchaba hablar, con el entrecejo fruncido, sobre la revolución iraní, sobre el hecho de que Marruecos era diferente o sobre la condición de las mujeres. Se acostumbró a oír la palabra «Palestina» («¡Resiste a la opresión de tus enemigos, amada Palestina!»), los nombres de François Mitterrand o de Visconti. Se esforzaba por recordar esas palabras raras que ellos utilizaban. Unas palabras que a veces estaban en los libros que leía con avidez y que le provocaban una sensación extraña. Como si los libros no fueran tan distintos de la vida, como si fueran su eco y ella pudiera hallar en ellos una respuesta a los miles de preguntas que la atormentaban. Aicha la alejaba de allí. Los adultos bajaban la voz. Su madre le hacía reproches a su padre: «¡No hables de eso delante de las niñas! ¿Y si van contándolo por ahí…?». Y Mehdi, sobre todo si estaba algo bebido, se enfadaba. No soportaba que se tratara a sus hijas como si fueran unas ignorantes. «Son seres que piensan», insistía, «capaces de argumentar y de recibir críticas». No soportaba que alguna de ellas se echase a llorar si les recriminaba algo: «Lo que estás diciendo es estúpido, no has entendido nada».

No le importaba responder a las preguntas de Mia, incluso a las más metafísicas. «¿Por qué nos morimos o por qué hay ricos y pobres?» Pero en cuanto le preguntaba por su vida, se cerraba. Un día, después de regresar de unas vacaciones en la finca de Meknés, le preguntó por qué ella no conocía a sus abuelos paternos. Quería saber si tenía tíos o tías, o, al igual que sus compañeros del colegio, un montón de primos con los que podría jugar. ¿No había fotos de su familia? ¿Se parecía a ellos?

Mehdi se levantó y sacó la novela *Martin Eden* de la biblioteca.

«Esta es mi historia», le dijo. A partir de ese momento, cada vez que Mia mostraba curiosidad por su pasado, le entregaba un libro. «Deja ya de preguntar y léete esto.»

No había forma de entender a su padre. Le entraban manías y gobernaba su casa con altibajos, con arranques de ira o de alegría. De pronto se encolerizaba porque las niñas no eran lo bastante disciplinadas o, por el contrario, decidía que podían acostarse tarde, aunque hubiera clase al día siguiente. Ponía a todo volumen un disco de Paul Anka y les enseñaba a bailar el *rock*. O luego se volvía de nuevo distante y apenas escuchaba a Mia contar que en el colegio la habían felicitado por sus calificaciones. Cuando ella se pegaba a su cuerpo, reclamándole cariño, lo notaba tenso y la apartaba de él. «Ve a jugar por ahí», le decía. «Voy a fumar.» ¿Quién era su padre? Sobre la consola del salón, una fotografía de él, de joven, lo mostraba con un pelo rizado, una barba poblada y vestido con un pantalón de campana. Pero su padre no se parecía en nada a aquel hombre. Ahora llevaba la barba muy cuidada, el pelo corto y canoso, trajes italianos y corbatas que solo se desanudaba a la hora de comer.

Delante de las visitas era como un actor que intentara impresionar a su público. Contaba sus viajes a Rusia, donde había cenado caviar y vodka con las bailarinas del Bolshói. O que de niño casi perdió la vista, o que mató a un perro porque se le antojó y luego lo tiró a un agujero. A veces, cuando bebía demasiado o estaba de buen humor, se ponía algo pesado recordando su juventud. Contaba que tocaba muy bien la guitarra o la trompeta y que tenía la misma voz que Louis Armstrong. Había recorrido Europa con diez francos en el bolsillo y había dormido al raso en las playas españolas. Decía que había formado parte de los jóvenes que querían cambiar el mundo y estuvo a punto de hacer la revolución. Mia sabía que su padre había nacido en Fez y también que coleccionaba grandes vinos, exclusivamente de Burdeos. En ocasiones ponía un disco de Jacques Brel y cantaba a voz en grito: «Los burgueses son como los cerdos, cuanto más viejos, más…». A menudo se contradecía en las anécdotas que contaba y en la imagen que daba de sí mismo. Liberal y, de pronto, autoritario; indignado ante las injusticias y, luego, aconsejando paciencia; feminista y asqueado por las mujeres. Era todo lo opuesto a Aicha, que era tan fácil de entender, tan tenaz, y que nunca hacía una

promesa si no la iba a cumplir. A Mia le costaba comprender las lecciones que su padre intentaba enseñarle. Hablaba de la libertad de expresión, de la igualdad de las mujeres, del derecho de cada cual a llevar su propia vida. Luego concluía, con una mirada severa: «Pero aquí las cosas funcionan de otro modo».

Estaban entrando en Casablanca. Mia esperaba encontrarse una ciudad sucia y caótica, llena de gente. Una ciudad que se parecería a los suburbios de Londres que describía Dickens en sus novelas, con obreros con las caras tiznadas por el hollín y mujeres que deambulaban con un bebé llorando en sus brazos. Lo que más le llamó la atención fue la luz. La intensa y espléndida luminosidad que llegaba del océano y se reflejaba en las fachadas blancas de los altos edificios de estilo *art déco*. Pasaron por delante de la plaza de Naciones Unidas, la Torre del Reloj, el parque de la Liga Árabe. Unas avenidas sucedían a otras, un restaurante se erigía junto a una tienda de alguna marca extranjera o a un club privado donde los ricos iban a distraerse o a nadar. La ciudad le dio una impresión de libertad que jamás había sentido en Rabat. Observó que allí las boutiques y los restaurantes tenían nombres americanos. Mientras que en Rabat se iba a comer al Bourgogne o al Café de France, en Casablanca se tomaba una copa en el Rick's, en el Sun o en el Oklahoma.

Llegaron al barrio financiero. Frente al banco de su padre, Mia se quedó mirando el escaparate de una heladería con nombre italiano y vio salir de un hotel de lujo a dos señores vestidos con traje y corbata y un maletín de ejecutivo en la mano. Mehdi bajó del coche, la cogió de la mano y, juntos, entraron en el edificio. En el vestíbulo se desencadenó un baile extraño. Tras el mostrador de recepción, las telefonistas se quedaron en silencio. Una de ellas se retocó el peinado, se levantó de su asiento y se puso en posición de firmes. Dos hombres jóvenes se pegaron a la pared para dejar pasar a Mehdi y a la adolescente que lo acompañaba. Subieron en el ascensor. En el tercer piso, la puerta se abrió y, frente a ellos, dos hombres en traje gris, como si los hubieran pillado cometiendo un delito, agacharon la cabeza, inclinaron los hombros y entraron en el ascensor. «Señor presidente.» Era la primera vez que veía a su padre lejos de casa. Penetraba en su mundo, el mundo de afuera donde él era el presidente.

El despacho de Mehdi estaba en el décimo piso. Cuando la secretaria los vio llegar, se precipitó hacia el presidente para ofrecerle un café y

entregarle un montón de notas. Colocó las manos en los hombros de Mia y hundió la mirada en la suya, como alguien que llevara tiempo sin ver a la otra persona y se alegrara del encuentro. «Tú debes de ser Mia. Me apetecía mucho conocerte.» Wafa era una mujer guapa, con el pelo teñido de rubio y con permanente. Se había pintado los labios de un tono marrón cuya textura algo pegajosa le dio asco. Mia entró, detrás de su padre, a un inmenso despacho. Era más grande que el salón de su casa de Rabat. A la izquierda, un escritorio imponente de madera clara sobre el que había una pila de carpetas de distintos colores y un bote de cuero marrón lleno de plumas estilográficas; se fijó en las hojas con un membrete en el que se leía en la parte superior derecha, con una bonita letra de color celeste: *Le Président-Directeur Général*. Frente a la mesa, cuatro sillones de cuero rodeaban una mesita baja de cristal sobre la que Wafa dejó el café. Lo que fascinó a Mia —y se quedó grabado para siempre en su memoria— fueron las vistas. Su padre le hizo una seña para que se acercara a la ventana y, juntos, observaron el *ballet* del tráfico; desde esa distancia, los coches parecían de juguete. Nunca había visto el mundo desde tan alto. La calle tenía unos tonos pastel, naranja claro, verde agua, y no le pareció una ciudad real, sino una escena inventada para ella por un director de cine. «He aprendido a amar esta ciudad», dijo Mehdi, mientras tragaba un sorbo de café. «Es única, ¿sabes? En Fez o en Meknés te preguntan siempre de qué familia eres. Aquí, puedes ser el hijo de nadie. Casablanca es una ciudad sin memoria, es El Dorado para los bastardos, los ambiciosos, la gente anónima. Similar a lo que ocurre con Balzac, ¿lo entiendes?» Mia negó con la cabeza. «Recuérdame que te lo regale. Y ahora tengo que trabajar. ¡Wafa!»

Mia salió y cerró la puerta. ¿Ese era el secreto de su padre? ¿Era el hijo de nadie? La secretaria abrió un cajón, sacó un paquete de hojas en blanco y rotuladores de colores. «¿Quieres dibujar?» Se la quedó mirando y seguramente se sintió ridícula ante esa jovencita de doce años tan alta como ella. «Gracias, me he traído un libro.» Se dejó caer en el sillón y se sentó con las rodillas flexionadas contra el pecho. Durante toda la mañana estuvieron las dos, la una frente a la otra, sin hablar. El libro era difícil y ella subrayaba a lápiz las palabras que no entendía. Gente entraba y salía del despacho del presidente con expedientes en la mano. Mehdi pidió café varias veces. Cuando Wafa respondía al teléfono, se quitaba el pendiente chapado en oro y lo utilizaba para limpiarse las uñas. Más

tarde, Mia se enteraría de que era ella quien compraba sus regalos de cumpleaños y los de Inès y Aicha, quien se acordaba del Día de la Madre, quien encargaba los mejores dulces de ramadán para que los entregasen en casa del presidente y quien avisaba cuando este se iba a retrasar.

«¿Qué estás leyendo?» Mia alzó los ojos. Wafa se había inclinado sobre ella, se había puesto el abrigo y sujetaba el bolso contra su vientre. Le mostró la cubierta de *El húsar en el tejado*, y la secretaria se encogió de hombros. «¿Nos vamos?» No se atrevió a preguntar qué hacía su padre y por qué no había vuelto a aparecer. Siguió a Wafa por las calles del barrio financiero y se sentaron en una terraza a comer pollo asado con patatas fritas. La secretaria, que esperaba que sus palabras llegaran al interesado, no dejaba de elogiar al señor presidente. Le contó a la niña cuánto le debía a él. Había creído en ella, había luchado para que la subieran de categoría y, cuando su marido la abandonó dejándola sola con sus hijos, la había ayudado. El presidente se enfadó mucho con ese hombre «irresponsable», con ese «cobarde» que no se había tomado en serio sus funciones, y ella casi se murió de felicidad al oírlo pronunciar esas palabras. Y, además, añadió, era distinto de los demás jefes con los que había trabajado. «Lo entenderás cuando seas mayor.» Se acercó a Mia y, con una voz suave, le contó que una vez habían pillado a un director de agencia agrediendo a una empleada. «La molestaba. ¿Entiendes lo que quiero decir? Cuando el presidente se enteró, se indignó mucho. Era la primera vez que yo lo veía así, loco de rabia. Convocó al director a su despacho. ¿Y sabes qué le dijo?» Mia masticó la pajita que había metido en la botella de yogur líquido Jamila. «Pues bien, le dijo: "¡Mientras yo sea presidente, no admitiré el derecho de pernada!".» Wafa se echó a reír y se limpió las manos llenas de grasa en una servilleta de papel. «¡El derecho de pernada! Tu padre habla como en los libros.» Le hizo una seña al camarero para que le diese la cuenta y añadió: «Él es distinto de los demás marroquíes. Por cierto, tu madre es francesa, ¿verdad?».

Después de comer, fueron a caminar por el paseo marítimo y por la playa, y Wafa no quiso sentarse para no ensuciarse la falda. Mia jugó al fútbol con unos chicos que, a pesar del frío de la tarde, iban con el torso desnudo. Le dio las gracias a la secretaria, que le compró unas chocolatinas y un globo que llevaba dentro granos de arroz. Al final de la tarde, regresaron al despacho y se quedó dormida en el sillón de cuero. Cuando la despertó su padre, ya era de noche. Por la ventana, divisó,

como en un sueño, las luces de la ciudad, que atravesaban la espesa bruma. Entró con él en el ascensor y se repitió el espectáculo de la mañana. Los hombres agacharon la cabeza y las mujeres parpadearon nerviosas. Uno de ellos le acarició la barbilla a Mia. «¿Qué tal, muchachito, acompañando a papá al despacho?» Luego soltó una larga frase en árabe y ella, todavía algo adormilada, alzó los ojos hacia su padre y le preguntó: «¿Qué ha dicho?».

En el coche, de vuelta a Rabat, reinó un espeso silencio. Su padre parecía enojado, y Mia no se atrevió a hablar. Estaba muy oscuro para poder leer y apoyó la cabeza contra la ventanilla. A través de la niebla, apenas distinguía las palmeras que se balanceaban al borde de la carretera y las murallas ocre de la alcazaba, sobre una colina frente al mar. El paisaje era tan irreal como el de los cuentos de hadas que su madre le leía a Inès antes de dormir. Le habría gustado conocer la historia de esa alcazaba, aprender más cosas sobre el océano, tan cercano que se oía el estallido de las olas contra las rocas. Se preguntaba qué recordaría de ese día, qué impresiones se grabarían en ella. Mehdi encendió un cigarrillo y le preguntó: «¿Sabes por qué Angelo no se contagia del cólera?». Mia se giró hacia él. Intentó reflexionar rápido para darle una respuesta. Temió no haber entendido nada y decepcionarlo. Él alzaría las cejas, diría: «Eres demasiado joven para comprender», y ya no le regalaría más libros. Pero él sonrió y, con una voz suave, afirmó:

«—Porque es inocente.

—¿Inocente de qué?—preguntó la niña.»

Expulsó el humo del cigarrillo, lo apagó en el cenicero desbordante de colillas y pasó la mano por la mejilla de su hija. «Yo empecé a querer a la gente en los libros, ¿sabes?» Y Mia se preguntó hasta qué punto la quería a ella, que no vivía en una novela.

Esa noche, en el dormitorio que compartían, Mia le contó a Inès cómo había pasado el día con el presidente. A oscuras, con el embozo de la sábana por encima de la barbilla, no veía el rostro de su hermana, y eso la frustraba, pues estaba segura de que la pequeña de seis años tendría los ojos como platos y la boca abierta. Le dijo que el trabajo de su padre iba de dinero. Que él conseguía dinero en cualquier lugar para todos aquellos que lo necesitaban. Sí, ella misma lo había visto, con sus propios ojos, contar gruesos fajos de billetes detrás de su enorme escritorio. Le habló de Wafa, quien, en su relato, se había vuelto tan rubia como las actrices de las comedias musicales que a ellas dos tanto les gustaban. La secretaria la había llevado a un parque de atracciones, le había comprado todos los caramelos que ella quería, unos caramelos que Inès nunca había probado porque solo se vendían en Casablanca. Y un helado que no tenía nada que ver con los que les compraba su madre a un dírham en el barrio de Agdal. Venían directamente de Italia, y añadió: «Papá prometió que un día nos los traerá de Italia y podrás probarlos». Entusiasmada por su relato, se levantó y se sentó en el borde de la cama de su hermana. Encendió la lamparita de la mesita de noche y le puso la mano sobre el hombro. «Papá es una especie de rey», murmuró. «En el ascensor los empleados le hacían una reverencia, te lo juro», e inclinó la cabeza imitándolos.

Odiaba a Inès por costumbre, y, del mismo modo que la costumbre le quita la gracia al amor, también debilita el odio. Una parte de ella, que jamás reconocería que existía y contra la cual luchaba, estaba encariñada con esa niña de ojos de novilla que se creía todo lo que le contaba y la trataba como a un ídolo. Pero le gustaba molestarla. Se mostraba hipócrita con ella y disfrutaba provocándola. Incluso Aicha se moría de risa con las rabietas de la pequeña. La abrazaba y sonreía a Mia, mientras Inès, sofocada, pataleaba con furia. «¡No os riais de mí!»

Pero, en la soledad en la que a menudo las dejaban, era una compañera de juegos conciliadora, dócil. Sus padres les alquilaban cintas en el videoclub del barrio de Souissi y ellas pasaban horas delante del televisor. Pusieron tantas veces *Sissi Emperatriz* que la casete se estropeó. Aprendieron la expresión «etiqueta cortesana» y comprobaron que las

mujeres desgraciadas se desmayaban con frecuencia. Les encantaban las comedias musicales, las de Cyd Charisse, Audrey Hepburn o Marilyn Monroe. Inès no entendía nada del argumento, aunque se sabía la letra de todas las canciones. Mia se preguntaba a menudo si, de pequeñas, esas actrices de Hollywood habrían estado tan acomplejadas como ella por sus cejas espesas, por la pelusa del bigote o por el vello negro que les cubría sus largas piernas. Un día, le robaron a Mehdi una maquinilla de afeitar y, en el cuarto de baño, con el pie apoyado en el borde del bidé blanco, Mia intentó depilarse las piernas. Juntas, las hermanas Daoud preparaban unos espectáculos que interpretaban luego delante de los amigos de sus padres. Mia era una directora tirana. Le exigía a Inès que se aprendiera de memoria fragmentos de la ópera rock *Starmania* e hizo que cantara delante de los adultos *El blues del hombre de negocios*. A Mehdi se le saltaron las lágrimas.

Algún día, quizá jugarían a «dar dinero, al igual que papá», pero, por el momento, el trabajo de Aicha era el que las fascinaba. Su madre ayudaba a que nacieran los bebés y miraba dentro del cuerpo de las mujeres. La mayor asignaba los papeles que debían interpretar. Inès siempre era la paciente. A veces, Mia deslizaba bajo el vestido de su hermana un muñeco de peluche para imitar el vientre de una mujer encinta. Otras, le decía que se tumbara, se quitara las bragas y separara las piernas. Un día, Mia se puso una bata blanca de Fatima y le pidió a su hermana que se echara en la cama y no se moviera. Le palpó la garganta, los brazos, el pecho. «Usted está enferma», anunció con gesto grave. Luego, se sacó del bolsillo un *tee* de golf de color naranja, robado a su padre de la bolsa de deportes. Lo introdujo lentamente en la vagina de su hermana.

«—¿Te duele? —le preguntó.

—No, no siento nada —le respondió.»

Desde su habitación, las niñas no oyeron la pelea de sus padres. Mehdi estaba furioso. La niña lo había humillado y le pedía cuentas a Aicha.

«—¿Por qué le cortas el pelo tan corto? Todos la toman por un chico. A su edad hay que dejarle el pelo largo.

—A ella le gusta así. No voy a obligarla a llevar melena.

—Por cierto, dime, ¿Mia ya es…?

—¿Ya es qué?

—¿Ya es púber?»

Ella soltó una carcajada.

«—¿Tanto te cuesta pronunciar esa palabra? Pues no, para que te enteres, no le ha venido la regla todavía, pero con doce años…

—Está bien, está bien; no quiero saber nada más. —Encendió un pitillo con la colilla sin apagar del anterior y siguió hablando—: ¿Te das cuenta de cómo me sentí? No solo la confundieron con un chico, sino que además fue incapaz de responder a un compañero que le dijo cosas amables en árabe. La culpa la tiene tu madre.»

Y le soltó el discurso habitual. El mismo que había pronunciado en el coche, al volver de Meknés, donde habían festejado las Navidades. No soportó el disco de Tino Rossi, las ostras, el salmón y al pobre Amín disfrazado de Papá Noel y encaramado a un burro que se resistía a seguir adelante. Mehdi acusaba a Mathilde de montar un escenario de teatro barato con la criadita amazigh vestida con un delantal de volantes y la indecente montaña de regalos sobre la que las niñas se habían abalanzado a gritos. Mathilde y Mehdi se enzarzaban en una guerra perpetua. La abuela daba de comer salchichas de cerdo a las niñas durante el mes de ramadán. Criticaba a los hombres por el desprecio y la violencia que mostraban hacia las mujeres. «Morir soltera no hace daño a nadie», repetía Mathilde, y, en el fondo, Mehdi estaba convencido de que por su culpa Mia era lo que era. A diferencia de él, a Mathilde le gustaba hablar de sí misma y de aquella Alsacia irreal que a las nietas les parecía un decorado inmovilizado en una bola de cristal con nieve. Les contaba su infancia, las tardes en las que iba de excursión al cementerio con su

hermana y comían salchichas *cervelat* y ciruelas *quetsches.* Estaban fascinadas por aquella mujer alta y rubia que había vivido la guerra y recitaba en alemán poemas de Goethe. Ante ella, Mehdi asistía, desarmado, a la deriva de sus hijas hacia la matriarca. Acabarían creyéndose que ellas también eran unas alsacianas, a pesar del pelo rizado, la piel tostada y las largas pestañas negras.

Sí, por supuesto, insistió ante Aicha. Estaba orgulloso de tener una esposa como ella, ambiciosa, moderna e independiente. Y estaba convencido de que era mejor para sus hijas que dominaran la lengua y la cultura de un país que no se podía eludir, Francia, adonde irían a estudiar sus carreras. ¿Acaso el propio rey no se enorgullecía de haber sido educado en una doble cultura y de disfrutar, gracias a ello, de una mejor comprensión del mundo? «Pero no al precio de renunciar a uno mismo.» Mehdi se mordió el labio, como si quisiera devolver esas palabras a su boca.

Aicha alzó la mirada al cielo. Estaba harta de la mala fe de su marido. ¿Era culpa de Mathilde que él no supiera leer el árabe clásico? ¡Vamos, hombre! Y, después de todo, su ciudad, Fez, solo estaba a una hora y media de Meknés: si deseaba realmente que sus hijas conocieran sus raíces, no tenía más que llevarlas allí, enseñarles la casa familiar, presentarles a sus hermanos y hermanas, hablarles en *dariya*, contarles historias de su infancia, acompañarlas a la mezquita en la Noche del Destino y comprar un cordero para sacrificarlo en la pascua del Aid-el-Kebir.

«—¡Vamos a ponerle un profesor de árabe! —soltó Mehdi, dando una palmada en el brazo del sofá.

—De acuerdo, pero no seré yo quien se ocupe de ello. Ya tengo bastantes cosas que hacer.»

Aicha contrató a un profesor. Estaba harta de oír a Mehdi quejarse de Mia, así que pidió consejo a las secretarias del hospital y a una paciente cuyo marido era director de una escuela primaria. Una tarde de marzo de 1986, llamaron al timbre y Fatima gritó: «¡Mia, tu profesor de árabe ha llegado, sube enseguida!». Estaba furiosa. Hasta el último momento creyó que se iba a librar y que el dichoso profesor no se presentaría. Había rezado para que tuviera un accidente, se pusiera enfermo, se muriera. Quería quedarse con su hermana delante de la tele y ver, por centésima vez, *Cómo robar un millón y…*

En la escuela francesa todos odiaban la asignatura de Árabe. Los alumnos se burlaban de los profesores, de la ropa pasada de moda que llevaban, de su acento cuando se expresaban en francés y de sus anticuados métodos de enseñanza. Por la tarde, los alumnos entraban de mala gana en las aulas de la planta baja, donde muchos se quedaban dormidos sobre sus pupitres o se ponían a dibujar en sus cuadernos. Los profesores escribían sus nombres en la pizarra, de derecha a izquierda, y preguntaban a algún alumno al azar. Estallaban las risas. Cada año, los niños se aprendían de memoria versículos del Corán. Los balbuceaban sin entenderlos y competían para ver quién recitaba más rápido. Al igual que sus compañeros, Mia había quedado traumatizada en tercero de primaria por Madame Dukkali, una maestra casi calva, de apenas un metro cincuenta de estatura, que aterrorizaba a los niños. Un día les dijo que los musulmanes eran los únicos que entrarían en el paraíso. «¿Y los cristianos?», le preguntó. «Irán al infierno», zanjó la maestra. Mia se puso a llorar y, en lugar de consolarla, la maestra le dio un fuerte tirón de orejas y la echó de clase. Cuando regresó a casa, les contó lo ocurrido a sus padres. Estaban indignados. Mehdi acababa de descorchar una botella de vino de Burdeos y estalló contra esa docente fanática y esa escuela donde más les valdría enseñar Historia en lugar de Religión. Le dijo a Aicha que fuera a pedirle explicaciones a Madame Dukkali. Ella fue al colegio al día siguiente, pero frente a aquella señora bajita, con unos ojos globulosos tras unas gafas enormes, solo pudo farfullar unas disculpas. Mia era una niña muy sensible, no debía tenérselo en cuenta. Cuando

pasó a la enseñanza secundaria, Mia apenas sabía el alfabeto árabe y escribir su nombre.

Fatima acompañó al profesor Sliman a la habitación de Mia. Vestía un traje beis y calzaba unos zapatos de cuero de punta. Era un hombre que cuidaba su indumentaria, iba bien peinado y lucía un bigote recortado. En la mano llevaba una cartera de cuero llena de libros. La criada no dejaba de llamarlo con respeto *al-ustad*, maestro, y parecía muy impresionada. Cogió su abrigo, le propuso beber o comer algo. El profesor dudó y luego, con una voz clara separando cada sílaba, le pidió un vaso de leche caliente y miel.

Mia y el profesor se quedaron inmóviles en el marco de la puerta. En el alféizar de la ventana, Inès había sentado a sus Barbies, desnudas, con las piernas separadas y sus bellos cabellos rubios cayéndoles por los hombros. El profesor alejó la mirada de estas y vio en la pared un póster de Marilyn Monroe y una repisa llena de libros, todos en francés. «¿Solo hay una silla?», preguntó señalando el pequeño escritorio de Mia. Le había hecho la pregunta en árabe marroquí y la niña se encogió de hombros. Se giró y gritó en *dariya*, ella también: «¡Fatima, trae una silla!».

Fatima regresó con el vaso de leche y la silla. «Pórtate bien, hija mía, *benti*», y salió. Mia observó cómo el profesor vertía, poco a poco, la miel en el vaso y se bebía el líquido ardiendo mientras sorbía ruidosamente. A ella le resultó extraño que un adulto bebiese leche caliente.

Sliman sacó de la cartera unas hojas multicopiadas y le preguntó en qué clase estaba.

«En primero de secundaria. En la escuela francesa.»

Masculló algo y acarició las hojas que tenía delante.

«—Os darán clase de Lengua Árabe, ¿no? ¿Sabes leer el árabe clásico?

—Un poco —dijo—. Es difícil.

—¿Y cómo te va en las demás asignaturas?

—En las demás soy siempre la primera.»

El profesor Sliman daba clase a Mia todos los jueves. Era una alumna sensata y obediente, aunque sus progresos con el árabe eran muy lentos. Lista lo era, sin duda alguna. Pero no estudiaba y hacía los ejercicios de gramática a última hora. Él era consciente de que no se portaría del mismo modo en el liceo si se tratase de un ejercicio de Historia o de una

redacción de Lengua Francesa. Sus padres la regañarían si hiciera mal los deberes de Matemáticas, tan importantes para su futuro. Durante algunos años, Sliman había dado clases en una escuela de la Misión Cultural Francesa y sabía cuánto despreciaban allí la lengua árabe. A los alumnos no les enseñaban ni la historia ni la geografía de Marruecos. Entre ellos, los profesores franceses conversaban sobre sus «vacaciones de Navidad» y sus «vacaciones de Pascua», y, un día, un profesor de Historia se había enfadado mucho porque se vio obligado a regresar antes de lo previsto de su fin de semana en Ualidía a causa de una fiesta musulmana. «Es de locos tener que estar pendiente de la televisión para enterarte de si apareció o no la luna. ¿No hay otra manera de calcularlo? ¡Ni que estuviéramos en la Edad Media!» En la sala de profesores, los marroquíes formaban un grupo aparte. Ninguno de los franceses intentaba conocerlos, salvo a veces los jóvenes docentes idealistas que acababan de llegar y querían aprender la lengua del país. Enseguida se desanimaban. «Enseñan muy mal el árabe», decían. «Y, además, ¿qué sentido tiene aprenderlo si todos te hablan en francés?» Por su parte, los padres de los alumnos no se presentaban a las reuniones cuando los convocaban; les daba igual que sus hijos no obtuvieran la nota media en Lengua Árabe, siempre que aprobasen las demás asignaturas. «¿Para qué sirve el árabe clásico?»

Sliman, pues, regresó a la enseñanza pública, pero para redondear su sueldo daba clases particulares a los niños de los barrios elegantes. Le gustaba y, cuando regresaba a su casa, anotaba en un bloc lo que había visto u oído en esas mansiones del barrio de Souissi o de la avenida de Zaers. Muchos libros en las estanterías, un piano contra la pared, la criada a menudo más joven que la alumna a quien daba clases. Algún día haría algo con esos apuntes, un relato corto, una novela. Penetraba en un mundo desconocido del que no dominaba los códigos, aunque le despertaba curiosidad. No lo movía ningún deseo malsano, ni sentía envidia o rencor, más bien la extraña impresión de que el país estaba constituido por bloques que no se comunicaban entre sí, por pequeños mundos que protegían celosamente sus secretos.

Un jueves, anunció a Mia que esa tarde iban a prescindir de la gramática. Había llevado un libro que olía a viejo. Se puso a contar en *dariya* la historia del rey Idris I. Su huida de Arabia, su asesinato por orden de Harún al-Rashid, y Mia, en contra de su costumbre, se atrevió a

hacerle preguntas. Anotó algunas palabras de vocabulario y, la semana siguiente, milagrosamente, se acordó de ellas. Él continuó durante tres sesiones con una clase sobre los corsarios de Salé y, de vez en cuando, utilizaba alguna palabra en francés para retener la atención de la niña. Le gustaba cómo lo miraba, absorta en su relato, como si ejerciera sobre ella un inmenso poder. De vez en cuando, retomaba la conjugación de los verbos y los ejercicios de gramática, y volvía a ser ese personaje gris y aburrido que giraba despacio la cuchara en el vaso y al que, después de beber, le quedaba un poco de nata en el bigote. Pero cuando se salía del marco de esas clases formales y le relataba leyendas y hechos históricos, se le iluminaba el rostro. Se permitía quitarse la chaqueta y, en ocasiones, se reía de sus propias bromas.

Una tarde, le puso a Mia un ejercicio de conjugación y, mientras escribía, con el rostro inclinado sobre el cuaderno, se la quedó mirando, enternecido al ver que ella se pedía un vaso de leche caliente y le echaba dos cucharadas de miel.

«—¿Sabes que pronto Marruecos tendrá la mezquita más alta del mundo?

—Sí —le respondió—. Papá dice que no es normal que los marroquíes tengan que pagarla. Que más valdría construir escuelas y ocuparse de la miseria.

—Muy bien, muy bien. Tu padre tiene toda la razón… Aunque, ¿sabes?, también había miserables cuando construyeron la catedral de Notre-Dame de París.»

Le sorprendió la libertad con la que la niña le había contestado y se contuvo para no decirle que debía ser más prudente. En otra ocasión, le preguntó:

«—Dime, ¿tu madre es francesa?

—Sí. En realidad, la que es alsaciana es mi abuela. Cristiana —insistió, y se lo quedó mirando.

—Muy bien, muy bien. Todos los pueblos del Libro son criaturas de Dios, y los marroquíes siempre han vivido en armonía con ellos. Aquí nadie quemó jamás a las brujas en una hoguera.»

El maestro sonrió. Su alumna intentaba escandalizarlo o enfurecerlo. Pensó que quería desanimarlo, que desistiera de darle clases para que al fin ella pudiera recuperar la tranquilidad de los jueves por la tarde. Pero, en realidad, si era insolente, si procuraba alterar al profesor, era para

ocultar su vergüenza. Intentaba distraerlo, ganar tiempo, pues no se perdonaba a sí misma su incapacidad para memorizar las palabras, las expresiones, las conjugaciones. Se le encogía el estómago cada vez que él le hacía alguna pregunta sobre sintaxis o le pedía que escribiera unas líneas sobre unos temas tan pueriles como «un recuerdo de vacaciones» o «describe a tu familia». Balbucía unas palabras, mordisqueaba el bolígrafo hasta el extremo de que los labios se le manchaban de tinta azul. El árabe clásico se le resistía. Por mucho que se esforzara, esa lengua, que era sin embargo la suya, se deslizaba por ella como el agua por la gran cristalera. No dominaba una parte de sí misma, y eso la disgustaba. Deseaba más que nada ser de aquí, del mismo modo que algunos de sus compañeros de clase. Le habría gustado tener un montón de primos en distintas ciudades del país. Asistir a bodas donde las mujeres vestían caftanes y los hombres chilabas. Le habría gustado reírse de las bromas y de los juegos de palabras, y conocer la letra de las canciones que todos tarareaban. Donde el maestro veía soberbia y descaro se ocultaba la melancolía.

El profesor Sliman jamás perdió los nervios. En el mes de ramadán, la clase empezaba antes, a primera hora de la tarde. A medida que avanzaba el mes del ayuno, el maestro estaba más pálido. Profundas ojeras moradas le marcaban el rostro, parecía agotado. Una o dos veces se cruzó con Mehdi por el pasillo. El padre de Mia le preguntó, con su voz cavernosa, qué tal iban las clases, y el maestro, leal para con su alumna, dijo que estaba muy satisfecho. El mes sagrado les brindó la ocasión de comentar los cinco pilares del islam. La profesión de fe. El azalá. El azaque. El ayuno. La peregrinación a La Meca. «El musulmán debe ir a La Meca al menos una vez en su vida.» Mia le contó que su abuelo había ido, y Mathilde también, y que habían traído de allí el agua del pozo de Zamzam, en pequeñas botellas, y madera olorosa. En cuanto al azalá, ella nunca había aprendido a rezar. Ni siquiera sabía si su padre creía en Dios. «Solo lo he visto rezar durante los partidos de fútbol en la tele. Dice que Maradona es un dios.»

En cuanto a la mezquita, había ido en una ocasión con Selma, en la vigésimo séptima noche de ramadán. La Noche del Destino. Habían caminado por la explanada, en medio de la gente. Con ese motivo, le compraron ropa nueva, pero no un vestido; los odiaba. Sliman le explicó que la ropa no tenía importancia. El ramadán es lo opuesto a la soberbia, y si se ayunaba era para ponerse en el lugar de las personas que pasan

hambre.

«Tú eres joven todavía, no estás obligada a hacerlo. Un día cumplirás con el ayuno. Cuando seas mujer.»

Se echó a reír. «¿Yo? Yo nunca seré mujer.»

Selma no creía en el mal de ojo. No creía en el destino. En fin, había dejado de creer. Quizá en el pasado, cuando era joven e ingenua, cuando Alain Crozières le acariciaba las caderas y le hablaba de los aviones, había llegado a pensar que tendría un destino a su medida. No lo habría reconocido ni muerta, pero Mathilde, su cuñada, tenía razón cuando decía que el destino no se decreta y que se construye a base de sudor y trabajo. Sí, Selma había pecado de pereza y ahora, a sus casi cincuenta años, se habían acabado sus sueños de adolescencia y las promesas de Alain Crozières. El aviador había muerto. Se enteró una tarde de mayo de 1986, estando en la cocina, tras jurarse a sí misma que se portaría bien y comería unas lentejas con tomate frente al televisor. Estaba pelando unas cebollas, secándose con la manga de la blusa las lágrimas que le corrían por las mejillas, cuando leyó, en el periódico que estaba usando para dejar las cáscaras, el nombre de su antiguo amante. «Lamentamos informarles de que Dios ha llamado a su seno al coronel Alain Crozières. Deja tras de sí a una esposa y tres hijos. El 13 de mayo de 1986, se celebrará una misa por su descanso en la iglesia Sainte-Eugénie, en Biarritz.» Una esposa y tres hijos. Una iglesia a orillas del mar. Un coronel. En ese instante, Selma no sintió pena, ni siquiera una leve nostalgia. No, se apoderó de ella un sentimiento de rabia y de envidia. Jamás perdonaría a Crozières, lo odiaba por haber tenido una vida, por haberse casado con una mujer con quien había fundado una familia. Sola, en la cocina, con un cuchillo en la mano, se dirigió a él: «¡Me abandonaste con una hija tuya en mis entrañas! A ella no la han invitado al entierro». Le entró un imperioso deseo de saber. ¿Qué aspecto tendría Madame Crozières? ¿Los hijos serían chicos o chicas? ¿De qué edades? ¿Quisieron a su padre? ¿Y era rico? ¿En qué lugar vivió? Selma tuvo el extraño sentimiento de que le habían robado su vida. Habría podido, mejor que cualquier otra, interpretar el papel de viuda desconsolada y, enfundada en un vestido negro, con un velo sobre el rostro, llorar por su marido adorado. Se levantó, tiró las cáscaras a la basura y con el dorso de la mano alisó la hoja intentando quitar las manchas moradas dejadas por la cebolla. No sabía qué hacer con el periódico. Le habría gustado enseñárselo a alguien. ¿A Mathilde? Ni

hablar. Su cuñada fingiría no entender la noticia o diría cosas irritantes como «no hay que remover el pasado». Entonces, ¿a su hija Sabah? La llamaría por teléfono a Francia, le revelaría el nombre de su verdadero padre y le pediría que fuese allá, a casa de los Crozières, a decirles quién era, y a lo mejor su destino daba un giro. ¿Acaso era vergonzoso reclamar una herencia? Pero Sabah era demasiado inestable. ¡Si al menos no se alterara tanto cuando bebía alcohol y no tuviera diez kilos de más! Se había marchado a Amiens, detrás de un fracasado, un tipo mediocre y perezoso con quien ella ni siquiera quería casarse. «No te digo que lo hagas por amor, hazlo al menos para tener los papeles», había intentado convencerla Selma. La pareja vivía con los padres de él, ninguno de ellos trabajaba y tenían un perro con la lengua azul. Los suegros habían telefoneado a Selma en una ocasión y le habían suplicado: «Sabemos que nuestro hijo está loco, no decimos lo contrario, pero venga usted a por su hija. No se hacen mutuamente ningún bien».

Selma se quedó de pie en mitad del salón con la hoja del periódico que apestaba a cebolla en las manos. Su apartamento se había vuelto un mausoleo. Todo había envejecido. En el bote de nácar desconchado, su colección de cajas de cerillas acumulaba polvo, y la tapicería azul de los divanes había perdido su brillo. En las estanterías de libros y por las paredes, grandes retratos de ella parecían decir a las visitas: «Mirad lo guapa que era yo». En una fotografía captada en la plaza de San Marcos, en Venecia, Selma se reía por las palomas que se le habían posado en la cabeza y en sus brazos en cruz. Había viajado, sí, acompañando a unos hombres que esperaban de ella que los entretuviera. Recordó las sonrisas forzadas en la terraza de uno de esos hoteles de lujo donde todo imprevisto era imposible, el espejo en el techo de un dormitorio y su deseo, por momentos, de salir huyendo, de no regresar a Marruecos. Y luego estaban las fotografías de Nueva York que Selim le enviaba de vez en cuando y que pinchaba con una chincheta en el tablero de corcho que había encima del teléfono. El retrato de una prostituta riéndose, divertida, sentada a horcajadas sobre un banco. Un paisaje del río Hudson al caer la noche y la silueta fantasmal de un puente que atraviesa la bruma. Selma soñaba con marcharse a Estados Unidos, ese país del que uno no regresa jamás. Allí no sería una paleta, una humillada, una miserable como los *zmagris*, los que emigran a Europa. Un océano la separaría de sus fantasmas y podría reinventarse. Selim le había prometido que le

facilitaría todo, que le encontraría un cuarto donde hospedarse y la ayudaría con los papeles. Llevaba varios meses ahorrando para ese viaje y pronto reuniría la cantidad para un billete —solo de ida— a Nueva York.

Puso un disco de Asmahan y regresó a la cocina. Echó en una cacerola las cebollas y los tomates y picó un ramillete de cilantro. Sonó el teléfono. Más adelante, especularía sobre qué habría sucedido si no hubiera contestado, si se hubiera limitado a escuchar la voz melancólica de Asmahan y a remover las cebollas para que no se pegaran en el fondo de la cacerola. Qué habría sucedido si, por una vez, hubiera sabido quedarse quieta, hacerle caso a su instinto, tomarse un baño e irse a dormir. Pero en lugar de eso, apagó el fuego y descolgó el teléfono. Naryis la llamaba desde los locales de la emisora de televisión donde la habían contratado hacía poco. Su amiga la invitaba a una fiesta. «Habrá una orquesta.» «¿Una orquesta? ¿Y a mí qué?», pensó Selma. Conocía todas las canciones y era capaz de recitar las letras incluso dormida. Había bailado al son de todas ellas en medio de un corro de admiradores, dominando cada cambio de ritmo y girando sobre sí misma sin perder el equilibrio. No, le importaba un bledo la orquesta; tendría a Asmahan para ella sola, no necesitaba salir. En Rabat había visto de todo, escuchado de todo; nada la asombraría ya. Por tener una sorpresa, una sorpresa de verdad, hubiera dado lo más valioso para ella: sus joyas, su chaqueta de piel de conejo e incluso su bolso preferido, el de cuero gris.

Naryis no le dejó tiempo para rechazar su oferta y añadió: «También habrá franceses». Desde hacía unos meses, la televisión nacional vivía una auténtica revolución. Para celebrar los veinticinco años del reinado de Hassan II, el poderoso ministro del Interior Dris Basri quería darle un barniz moderno y atractivo a la propaganda habitual. Fomentar el culto al rey y que Marruecos pareciera un país abierto, distinto de los demás del mundo árabe, un país donde el monarca jugaba al golf con los más grandes campeones y les explicaba los misterios del mundo musulmán a Reagan y a Gorbachov. Basri no escatimó en gastos, contrataron a equipos de Francia, de TF1 y Antenne 2. Modernizaron las cabeceras, les quitaron el polvo a los programas y despidieron a los viejos periodistas. Naryis solo era una ayudante, aún estaba lejos de viajar en jet privado o ir a París de compras, como las presentadoras estrella de la cadena. Le habían propuesto hacer unas pruebas para encargarse de las previsiones meteorológicas. «Tienes futuro», le había asegurado un compañero.

Selma se quedó mirando el recorte del periódico, que había dejado sobre el velador, y el apellido Crozières. «En el fondo», pensó, «nunca sabes lo que te reserva el destino. Hay que aprovechar las oportunidades». «Pasa a buscarme dentro de media hora.» Se puso un vestido azul con lunares blancos y se recogió el pelo en un moño alto para dejar al descubierto la nuca. Cuando bajó a la avenida de Temara, Naryis le tocó el claxon y le hizo una seña con el brazo. Llevaba un vestido negro de tirantes con un enorme broche dorado en el escote. Dejaron atrás el centro de la ciudad y enfilaron la avenida de Zaers, casi desierta en ese momento. Cerca del campo de golf de Dar Essalam, vieron una larga fila de coches estacionados delante de un edificio blanco. Desde la calle se oía la orquesta tocando una mezcla de canciones populares marroquíes y música de Estados Unidos. «¿Estás segura de que no es una boda?», bromeó Selma. En la entrada, unos camareros vestidos con chaqueta negra las recibieron ofreciéndoles champán. Sobre el suelo de mosaico, habían desenrollado una alfombra de terciopelo rojo. La fiesta transcurría en el jardín, donde la gente se agolpaba delante de la tarima de la orquesta. Unas mujeres bailaban lanzando besos a los músicos. Selma las observó: unos vestidos muy ceñidos les marcaban las nalgas. Deseó con todas sus fuerzas marcharse a su casa. En realidad, la acechó un presentimiento, y se volvió a ver a sí misma de pie en su salón, con el teléfono en la mano y unas hojitas de cilantro pegadas a los dedos. En ese momento, habría podido estar tumbada en el diván con la manta naranja sobre sus rodillas, dejándose vencer por el sueño. Pero Naryis la agarró del brazo y se unieron a un grupo de hombres sentados en unos bancos en el jardín. Su amiga se los presentó. Eran franceses y parecían contentos de su estancia en Marruecos. Selma sonrió, asintió con la cabeza; sí, por supuesto, la luminosidad; y, sí, la gente es amable, la hospitalidad marroquí no es una leyenda, y la gastronomía no tiene igual; se vive bien, de eso no hay duda, se está mejor aquí que en cualquiera de los países árabes. Uno de ellos, cincuentón y con una espesa cabellera gris, miraba a todos lados y preguntó dónde estaba el anfitrión. Quería darle las gracias. «¡Nos han recibido tan bien…!» Jamás en la vida había visto un bufé semejante. «Y créame, no se imagina la cantidad de fiestas a las que he asistido», dijo dirigiéndose a Selma. «Me han dicho que incluso han fumigado el jardín para proteger de las picaduras de mosquitos las piernas de las bellas invitadas.» Selma sonrió, y el tipo, que se llamaba

Thibault, la agarró de la cintura riéndose.

Ellas bebieron champán. Luego, ginebra muy helada y con limón. Naryis esperaba a su amante, que tardaba en llegar, y, cuando lo vio —bajito, barrigudo, pero con un bello rostro y mirada de pícaro—, apenas le hizo caso a ella; al igual que los demás invitados, parecía estar en guardia. Se comentaba que iba a llegar una princesa o quizá un primo del rey; en fin, alguien de Palacio, alguien importante, y eso cambiaría por completo el ambiente de la fiesta. Pasaban las horas. Falto de inspiración, el cantante interpretó por segunda vez un éxito de Otis Redding. La gente de Palacio no se presentó, y las dos amigas siguieron bebiendo. Naryis estaba desesperada, reclinada en su asiento, con los tacones hincados en el césped, furiosa con su amante, que estaba acariciando con la punta del dedo índice la barbilla de una joven. No, más bien de una jovencita, de una puta, y Selma le ordenó a Naryis que dejara de gritar. «Estás borracha», y se la llevó dentro de la casa. El salón estaba tan oscuro y el techo era tan bajo que tuvieron la impresión de penetrar en una tumba. Deambularon por los pasillos hasta dar con el cuarto de baño. Naryis se miró en el espejo: estaba pálida, con los ojos enrojecidos; escupió en el lavabo el chicle que tenía en la boca. Se refrescó la cara con agua. Selma registró los cajones y robó una muestra de perfume y una lima de uñas. «¡Menudo canalla!», gimió Naryis, y Selma se mostró indignada: «¡Estoy harta! Ese tipo es una basura, ¿qué haces perdiendo el tiempo con él? Venga, vámonos, has bebido mucho y yo también». Naryis se quitó los zapatos y caminó descalza hasta el vestíbulo. Los camareros les dieron sus chaquetas, y se disponían a marcharse, pero Naryis se giró. «Un segundo solo. Quiero mirar a ese sinvergüenza a los ojos.» Pero el sinvergüenza no estaba por ningún lado, al igual que la jovencita de adorable barbilla. Hecha una furia, con los pies cubiertos de tierra, atravesó el numeroso grupo de invitados. Los franceses la miraban —ay, las mujeres, son iguales en todos lados— y les excitaba un poco aquella joven sin dignidad. Ella corrió hasta el coche. «¡Perro asqueroso, *kelb*!», gritó, y, unos años más tarde, Selma seguiría preguntándose cómo consiguió Naryis abrir la puerta del coche, meter la llave de contacto y, sobre todo, por qué, sí, por qué la siguió. En la acera, un guardacoches se fijó en ellas y se echó a reír. Puso la mano en el hombro de Naryis. «Venga, hija, cálmate. Voy a buscaros un taxi en la avenida, ¿quieres? Fúmate un cigarrillo y me esperas, ¿de acuerdo?» Naryis lo apartó con

violencia. «¡Vete a la mierda, tú y todos los hombres…!» Le costó arrancar, se le caló dos veces el motor ante la mirada preocupada del guardacoches. Sentada a su lado, Selma trató de convencerla.

«—¿De qué te va a servir? ¿Qué haces?

—Vamos a seguirlo. Sé adónde la lleva. Ya no me importa, Selma, te lo juro. Lo que quiero es matarlo.»

Le costaba articular las palabras y, durante un instante, Selma creyó que su amiga iba a vomitar sobre el volante. Pero enfiló la avenida de Zaers saltándose dos semáforos en rojo. El coche iba haciendo eses y, de pronto, Naryis perdió el control. Selma oyó un ruido, un claxon, quizá, o el chirrido de los frenos sobre el asfalto. Se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos. Luego le contarían que el coche había dado varias vueltas de campana, y creyó recordar cómo se golpeó contra la puerta y el techo, las tinieblas invadiéndolo todo y la sensación de caer en el vacío.

Estuvo inconsciente mucho tiempo dentro del coche volcado en el arcén, con las piernas inmovilizadas bajo la guantera. Oyó un ruido que provenía de lejos, un tintineo o quizá el sonido del péndulo de un reloj de pared, algo muy cerca del oído, y le costó una barbaridad reunir las fuerzas necesarias para abrir los ojos. Primero creyó que tenía los párpados pegados, debía de ser a causa de la sangre. La oscuridad era tan negra como la de las noches en el campo, y, por un instante, pensó que estaba debajo del coche y que tendría que arrastrarse para salir. Frunció los ojos, consiguió ver una luz débil, se giró hacia el cristal y distinguió una silueta. Alguien golpeaba en la ventanilla, un hombre de contornos imprecisos que la alumbraba con una linterna. Sintió miedo, un miedo tan intenso y extraño que se dijo: «Esto es una pesadilla, solo en las pesadillas se siente un miedo así». El hombre le hizo una seña para que esperara. Se marchó, la luz se alejó con él y Selma se encontró de nuevo en la oscuridad. ¿Había cerrado los ojos? Quería gritar, pero ningún sonido le brotaba de la garganta. Le dolían los pulmones, parecía que algo le oprimía el pecho. El hombre regresó acompañado de una mujer con la cabeza cubierta por un *hiyab*. Ella sujetaba la linterna mientras iluminaba a su compañero, que intentaba abrir la puerta del coche. El desconocido llevaba una barba negra y larga, y en la cabeza, un bonete de croché. En el estado de confusión en el que se hallaba, un pensamiento cruzó por la mente de Selma: «Estoy en el paraíso y ellos son musulmanes». La sangre le latía en las sienes como cuando te quedas mucho tiempo bajo el agua y

juegas a ahogarte. Luego se disipó su malestar y tuvo la sensación dulce, tranquilizadora, de que se iba, de que se deslizaba lejos, muy lejos de aquel coche, de aquella avenida, de aquella ciudad, y, en caso de haber tenido una conciencia más clara, quizá habría pensado que aquella sí que era una sorpresa de verdad. El hombre se puso a rezar con el rostro inclinado y las palmas de las manos abiertas a la altura de su sexo. Rezaba como si estuviera ante la tumba de un muerto, muy rápido, tragándose las sílabas. La policía no tardó en llegar, y, luego, una ambulancia. Necesitaron varias horas para sacar los cuerpos del coche. Naryis había muerto en el acto. Alguien le había robado su broche.

Dos días después, Selma se despertó en una cama del hospital Avicena. Una luz débil penetraba en la habitación y no supo distinguir si eran los primeros reflejos del alba o del atardecer. Si alguien se presentaría en algún momento o si tendría que enfrentarse a la interminable soledad de la noche. Poco a poco, giró la cabeza hacia la enferma de al lado, una mujer obesa que se quejaba; un brazo le colgaba fuera de la cama. Gemía, con las mejillas cubiertas de lágrimas, invocaba el nombre de Dios y llamaba a su madre. Selma sentía dolor, un dolor insoportable; le hubiera gustado gritar, pedir ayuda, pero sus facciones estaban paralizadas. Tampoco podía mover la pierna derecha, escayolada por completo. Su cuerpo era un amasijo de dolor, el más mínimo movimiento la hacía sufrir y cuando respiraba era como si unas agujas finas se le clavasen en el pecho y en la garganta. Uno de los cristales de la ventana estaba roto y una corriente de aire helado entró en la habitación y le quemó la cara. Los mocos le goteaban de la nariz y ni siquiera encontraba fuerzas para sorberlos. Selma entendió por qué la enferma de al lado se quejaba: la señora gorda tenía frío bajo la áspera sábana del hospital.

Una pena inmensa invadió a Selma, un dolor como el que solo sienten los niños y los ancianos. Un desasosiego, una vergüenza por estar viva, un miedo primitivo. Una enfermera entró en la habitación y vio sollozar a Selma. «¡Venga, venga, dale gracias a Dios de estar viva!», la sermoneó. «No tiene sentido llorar ahora.» Durante unos minutos, se movió por la habitación sin que Selma entendiera lo que hacía. Tendida en la cama, se sentía terriblemente vulnerable. Oyó el sonido de la cisterna de un cuarto de baño y el de un carrito con las ruedas

desencajadas. La enfermera la trató con brutalidad, y Selma sospechó que no era porque estuviera cansada o descontenta con las condiciones laborales del hospital. Si se mostraba tan arisca, si le apretaba la muñeca con esos malos modos, no era solo porque le disgustaba trabajar sin los medios necesarios, en unos edificios sucios y mal aislados del frío o del calor. Ni tampoco porque se viera obligada a enviar a casa a unas pobres personas por las que no se podía hacer nada. No, había algo más en el comportamiento violento de esa enfermera que le daba derecho a burlarse de su tristeza y a hacer caso omiso de su dolor. Se inclinó sobre ella, examinó durante unos instantes el rostro de Selma y luego, con el ceño fruncido, le anunció: «Ellos quieren verte». Selma oyó voces en el pasillo, distinguió que hablaban de ella. Dos hombres uniformados comentaban algo y entraron en la habitación. Uno era el médico, con su bata descolorida, que se colocó a la derecha de la cama. Y, al otro lado, se plantó un comisario de policía, con la gorra en la mano.

Fue lo primero que vio Amín cuando, convencido por Mathilde, decidió visitar a su hermana. Un policía, de guardia fuera de la habitación, sostenía entre los dedos un cigarrillo apagado. También fue a través de la policía y no del hospital como se enteró del accidente. «Estaban borrachas, *hachak*, con perdón», le contó el agente por teléfono y rezó para que Dios ayudara a la enferma a encontrar el camino recto. La otra mujer, la que conducía el coche…, Dios ya no podía hacer nada más por ella, más que acogerla entre los pecadores y perdonarla. El tipo fue amable. Reconoció el apellido de Selma: «Belhach, ¿como el comisario…?». A Amín le hubiera gustado que todo se resolviera así, fácilmente, por teléfono. Le hubiera gustado no tener que ir a Rabat para afrontar ese espectáculo desolador.

«¡Qué humillante!», se indignó Amín, de pie en el corredor del hospital, donde unas bombillas peladas, sin pantalla, colgaban del techo alumbrando con una luz lúgubre. «Mi pobre madre se estará revolviendo en su tumba.» Mathilde había traído una gruesa manta de lana, toallas, unas hogazas de pan y unos huevos duros. También había llevado cosas para la compañera de habitación, para evitar robos y peleas. Mathilde se acercó a la cama y puso la mano en la frente de su cuñada. «Aquí hace mucho frío. ¿Cómo te vamos a dejar así?» Extendió la gruesa manta sobre Selma y se quedó mirando su rostro tumefacto y su mirada perdida en el

vacío. Le vino a la mente aquella niña de ocho años con costras en las rodillas por las caídas en los callejones de la medina de Meknés y que una vez había tropezado en las escaleras de la casa y se había abierto la frente y el puente de la nariz. En esa ocasión, su suegra, Muilala, había sentenciado: «Es demasiado guapa, la gente le echa el mal de ojo». Y Mathilde, en árabe y con la mano todavía sobre el rostro de Selma, repitió: «Eres demasiado guapa, la gente te echa el mal de ojo».

Los dos funcionarios observaban a aquella mujer grandota y rubia, la seguridad de sus gestos. Se miraron, asombrados, al oírla hablar *dariya* con acento alemán, y el médico se inclinó respetuosamente cuando ella se dirigió a él. «¿Qué le pasa?», preguntó Mathilde, y, de pronto, él volvió a asumir su papel, estiró con las manos las mangas de su bata y, en un perfecto francés, le explicó su diagnóstico. Además de las costillas rotas, hematomas y laceraciones en la cara, Selma había sufrido una fractura del fémur que había requerido una operación larga y compleja. Si era valiente, podría volver a caminar. «Ella es valiente. ¿Verdad que eres valiente?» El inspector, por su parte, mantuvo sus ojos fijos en Amín. Había conocido al comisario Omar Belhach en una ocasión, al principio de su carrera, y ahora buscaba un parecido en los rasgos del hermano. Pero aquel hombre de campo se mantenía impenetrable. «¿Podemos hablar un momento?», le preguntó, y salieron al pasillo. Mathilde seguía sentada en el borde de la cama y acarició el brazo desnudo de Selma. «Lo resolverán todo. Ya verás. Ellos lo resolverán.»

La enferma de al lado se quedó dormida y Mathilde dejó sobre su mesita de noche una *kesra*, una hogaza de pan, y un cartón de leche, además de un número antiguo de la revista *Paris Match*. Cuando Amín regresó, Mathilde agarró su bolso y se levantó: «Tengo que ir a comprar las medicinas antes de que cierren. Y pasar por el carnicero. Ahora vuelvo». Y, sin darle tiempo a su marido a responder, salió. Allí estaban el hermano y la hermana, en la habitación ahora sumida en la penumbra e invadida por el aire frío de la noche. Amín, molesto, irritado, andaba de un lado a otro. Daba vueltas alrededor de la cama de Selma, como alguien que desconfía de un animal salvaje y, sin embargo, se prepara para enfrentarse a él. Luego se detuvo ante ella, que no conseguía mover los labios ni abrir los ojos por completo, pero sí percibía la presencia de Amín, casi el peso de su sombra sobre su propio cuerpo.

Examinó el rostro de Selma, las laceraciones moradas en la mejilla

derecha y los labios donde la sangre se había secado. Y en ese momento se preguntó: «¿He sido yo quien le ha hecho eso…?». Se giró y vio, de espaldas, al policía de guardia en el pasillo. La angustia se apoderó de él: estaba seguro de haber hecho algo malo, de haber golpeado con los puños el rostro de una mujer, de haber notado los huesos crujir bajo sus nudillos. ¿Quién era la enferma que yacía frente a él? Al principio pensó: «Soy su padre», y se culpó por no haberla cuidado mejor. Se mordió el labio; tenía las manos congeladas y sabía, en el fondo de sí mismo, que solo debía esperar. Agachar la cabeza, respirar, no tomar ninguna decisión y esperar, con la impresión de llegar tarde a algo. Alguien se iba a presentar allí, de eso estaba seguro, tendría tiempo de ordenar sus ideas, pero antes de eso, parecía que se estaba deslizando, deslizando en un torbellino sin fin. ¿Aquel policía del pasillo estaría apostado allí por él? ¿Conocían acaso la furia de la que era capaz, la ceguera en la que podía caer, hasta el extremo de ignorar los gritos suplicantes de una mujer? Amín miró el cristal roto y le entraron ganas de echarse a reír, como un niño o un idiota, imaginándose que huía por la ventana y saltaba al césped amarillento del hospital. Selma emitió un quejido y él se sobresaltó. Ella intentó mover una mano y él colocó la suya en el brazo de su hermana. Brotaron lágrimas de sus ojos, unas lágrimas incontenibles, y, por primera vez en muchos años, sintió sus mejillas mojadas y un sabor a sal en la boca. Se debatía por recordar, por recuperar la calma. No, no había forma, no sabía quién era ella, pero, progresivamente, otra verdad salía a la superficie. Él la quería. Quería a aquella mujer. Entonces se inclinó y, con suavidad, le susurró al oído: «Perdóname. No pretendía hacerte daño. No sé qué me ha ocurrido. Ya me conoces». La hubiera besado en las mejillas y estrechado contra él con tanta fuerza que habría podido tragarla. Pero en ese momento Mathilde abrió la puerta. Se lo quedó mirando y reconoció en él esa especie de velo que a veces le cubría la mirada, cada vez con más frecuencia en los últimos meses. Sacó unas cajas de medicamentos de una bolsa de plástico, se puso dos pastillas en la palma de la mano y se volvió hacia su marido: «¿Me ayudas?». Incorporaron con cuidado a Selma, quien, como una niña buena, se las tragó.

Aicha también fue al hospital. Había ido a recoger a Inès de su clase de piano y a Mia de casa de su amigo Hakim. «Solo tardaré un minuto.

Podéis esperarme en el coche.» Pero las niñas se negaron. «Está muy oscuro, no puedo leer», respondió Mia. «Tengo miedo», lloriqueó Inès. Caminaron por el aparcamiento y Aicha, probablemente porque estaba acostumbrada, no evaluó el efecto de esos lugares sobre sus hijas. No prestó atención al olor a amoniaco y a agua sucia en el vestíbulo. Había una camilla en la puerta del ascensor y un anciano, tumbado allí con la cabeza echada hacia atrás y los labios pálidos, parecía dormir. En la sala de espera, una mujer vestida con una chilaba marrón lloraba en silencio y, debajo de su asiento, una gata amamantaba a una camada de gatitos sobre el suelo de linóleo. Inès tiró del brazo de Aicha. «Quiero acariciarlos», pero ella la retuvo. «Nunca se debe tocar a los bebés recién nacidos, porque la madre no reconoce luego su olor y los mata.» Se le encogió el corazón de angustia y se acurrucó contra el muslo de Aicha. Llevaba en la mano el dibujo que le había hecho a su tía: una casa con un tejado en punta, un sol anaranjado y unas flores voladoras.

Entraron en la habitación. El hermoso rostro de Selma, ese que Inès tanto había admirado, estaba cubierto por una masa espesa y roja. Se quedó mirando las uñas de la mujer herida, redondeadas y pintadas con un esmalte nacarado. Le encantaban esos detalles de Selma que hacían de ella una mujer, una mujer de verdad, no como Mathilde, con el cabello pegado por el sudor, o Aicha, con los zapatos manchados a menudo de sangre, incluso los negros de lunares blancos, que esperaba heredar algún día, de mayor. Selma guardaba sus cigarrillos en un estuche con estampado de leopardo y coleccionaba cajas de cerillas de bares de todo el mundo. Siempre usaba carmín en los labios y en su bolso escondía un botecito de crema de rosas para las manos.

«—¡Qué asco! —exclamó Mia—. ¿Por qué le han puesto ese filete de carne en la cara?

—Para evitar la inflamación, aunque no creo que sea muy eficaz… Fue la abuela quien se lo puso.»

Aicha agarró el trozo de carne y lo arrojó dentro de una bolsa de plástico. Se inclinó sobre Selma, le puso la mano en el brazo y la besó en la frente. «Es porque soy demasiado guapa», murmuró Selma. «Me han echado el mal de ojo.»

«Primero, comprar flores. Mamá siempre ponía flores en las mesas cuando venían invitados. Así que debo comprarlas, aunque el mes de noviembre no sea el ideal. Comprarlas en el último momento, la misma mañana. Levantarme temprano, antes que Fatima, Mehdi o las niñas. Madrugar y acercarme al zoco de las flores para ver qué hay. De todos modos, prefiero ir sola de compras. Con las niñas, me siento apurada y a menudo me olvido de algo. Siempre se queja alguna o coge rabietas. ¿Acaso se creen que me divierte estar pendiente de todo? Acabo cediendo y tendría que parar de una vez. Ejercer mi autoridad. ¿Habrá rosas en noviembre? Con esta lluvia no veo nada. Anda que este, que no ha encendido las luces. Parece que va a chocar conmigo. ¡Oye, imbécil! Ya sabía yo que el día se fastidiaría. Cuando me desperté a las cuatro de la mañana, supe que no volvería a dormirme. No debería haberme quedado en la cama. Si lo hago, dar vueltas y más vueltas entre las sábanas, solo empeora mi ansiedad. Tendría que haberme levantado, coger papel y boli y anotarlo todo. Ahora ni siquiera puedo pensar. El día no ha empezado y me muero de sueño. Y, además, cómo confesarle a Mehdi que duermo mal si ya no dormimos juntos. Le dije que era porque él roncaba (y ronca, es verdad) y, claro, con todo lo que fuma, más el whisky que se bebe, no es de extrañar. Por mucho que se lo diga, él pasa de todo, y a veces me gustaría arañarlo cuando lo veo dar una calada intensamente como si estuviera mamando del pecho de su madre. Me gustaría decirle: "Si no lo haces por mí, hazlo por las niñas; no eres invencible, Mehdi; incluso los presidentes de quién sabe qué país contraen cáncer", pero a él le da igual, y también cuando le digo que tenga cuidado con lo que dice. "Hablas demasiado, Mehdi, no desconfías. ¿Cómo se te ocurre comentar lo de la fuga de los hijos de Ufkir delante de las niñas? Los niños repiten lo que oyen en sus casas y eso nos puede acarrear disgustos. ¿Crees que la gente no va contando las bromas que haces sobre fulano y mengano? ¿Y cuando presumes de ser el más brillante y el más incorruptible? Los haces reír, pero ya verás, el que ríe último ríe mejor, ya te lo dije, nunca se arrepiente uno de medir sus palabras. A veces quedarse callado es resistir, es negarse a exponerse. Ah, sí, claro, yo y mi mentalidad de campesina,

mi paranoia de paleta de la cabila; sí, me parezco a mi padre, ¿pasa algo? No me avergüenzo." Ya está bien. Esta vez se lo voy a decir: "Es mi cumpleaños y no quiero líos, no quiero que hables con mis amigos como si fueran imbéciles, y todo porque consideras que los médicos son unos catetos, vulgares y sin pudor. La realidad es que te molesta que hablemos de cosas que no entiendes y, para colmo, no haces ningún esfuerzo por entender. Llevan quince años conociéndote, ¿te crees que no han notado tu mirada de fastidio cuando alzas los ojos al cielo, y tus caras largas, como las de un niño que se viera excluido de las conversaciones de los adultos? No soportas el no poder opinar, te altera que la vida de la gente esté en nuestras manos, y presumirás cuanto quieras, pero nadie te besará el hombro en señal de gratitud, al igual que nos lo besan los enfermos a mí y a Rachid, porque nosotros salvamos vidas; sí, nosotros. Por tu culpa, Umaima casi no viene a mi fiesta; tuve que suplicarle, decirle a Rachid que convenciera a su mujer, aunque él también estaba enfadado, y si ha aceptado venir es por mí, por su amistad conmigo. '¡Pobre loca!', ¿cómo se le puede decir eso a alguien…? Y, simplemente, porque no estaba de acuerdo contigo. '¡Pobre loca!' ¿Qué pasaría si alguien le dijera eso a tu hija, eh?". Debo comprar flores, y no hay suficientes manteles. Llamaría a mamá, ella tiene manteles hasta decir basta, pero empezará a hacerme preguntas, a decirme que todo lo hago mal, le pondrá peros al menú porque no le gusta la cocina marroquí, con el pretexto de que no la digiere bien. ¡Menudo charco de agua, el coche no lo va a poder cruzar! Llevan meses rezando para que llueva y cuando por fin llueve, las calles están inundadas y los conductores hechos una furia porque se les ahoga el motor. Déjeme pasar, hombre, solo quiero pasar, gracias. No me apetecía nada organizar este cumpleaños, no sé cómo se me ha ocurrido ni quién dijo "los cuarenta se celebran por todo lo alto", seguro que fue alguien que quiere disfrutar a mi costa, con lo bien que estaría en casa con mis hijas viendo una película, tan feliz, pero acepté celebrarlo y ahora me tocan a mí las flores, el menú y los manteles porque, aunque Fatima diga que sabe hacerlo todo, que ella es la que lleva la casa —y eso saca de quicio a Mehdi, sí, se pone malo, me echa en cara haber perdido el control de mi propio hogar, dejar que ella dirija y eduque a nuestras hijas; no sabe lo que dice—, todo recae sobre mí y, además, a mis cuarenta años debería dejar de tenerles miedo a mi madre y mi marido, debería darme igual que mamá entre en casa y se quede mirando en silencio los

muebles que acabamos de comprar. Yo no quería mudarme. Fue él quien insistió después de aquella cena desastrosa con el comité de dirección de su empresa. Farid analizaba minuciosamente nuestro salón, y le expliqué que el ruido de la chimenea provenía de un nido de ratones y le dijo a Mehdi: "Eso no es posible, señor presidente". El asunto se convirtió en una obsesión. Mudarnos allá, al barrio de Los Embajadores. Le encanta decirlo, porque todo el mundo entiende lo que significa "vivo en Los Embajadores, y las casas ni siquiera tienen número"; decimos "vivimos en Los Embajadores, en el kilómetro 5" y todos entienden que es una mansión y que nuestro vecino es un embajador polaco o americano, y yo sabía que me tocaría encargarme de la mudanza. Por supuesto, Mehdi contrató al arquitecto, y Rabat entero estaba al corriente de que había hecho la carrera en Estados Unidos y que nuestra casa sería de "estilo californiano"; si lo vuelve a decir, juro que lo araño, y, para colmo, no vino ni a una sola reunión con el contratista de la obra, y tuve que azuzar a este y al arquitecto para que cumplieran los plazos, sí, yo, mientras Mehdi se contentaba con insistir en que había que separar el ala de los padres del ala de las niñas. "Y quiero un despacho inmenso, con estanterías de madera de cedro; un despacho que esté lejos, muy lejos de las niñas." Las mujeres deberían vivir en casas pequeñas. Deberíamos vivir en nidos. Este semáforo rojo es interminable. Jamás me gustó conducir y, desde que vivimos en Los Embajadores, tardo un montón, al menos media hora, en llegar a la clínica, y a él le da igual, no le importa que conduzca de noche por la avenida de Zaers cuando me llaman por una urgencia, y, a pesar de que asegure con cerrojo las puertas del coche y vaya lo más rápido que puedo, siento miedo, quizá porque me recuerda la finca de Meknés, cuando era pequeña, de noche, los gritos de mamá. Prefiero no pensar en eso. Si no hubiera dormido tan mal, seguro que no me vendrían estas ideas. Por fin los coches avanzan un poco; venga, hombre, muévete, que se va a poner en rojo de nuevo; pero de qué sirve angustiarme, ya no hay vuelta atrás, y la fiesta saldrá preciosa y servirá a la vez como inauguración de nuestra casa, las flores las pondré sobre el bufé. Debo pedir cita con el peluquero, es el problema con este corte, no tendría que haberle hecho caso, todas adoran a Jean-Marie, "el mejor peluquero de la ciudad", sí, supuestamente, y luego añaden "aunque sea marica" y se ríen; y yo, siempre igual: voy a cumplir cuarenta años y sigo sintiendo miedo de los peluqueros, es sistemático; tengo cuarenta años,

he hecho una carrera de diez y, en cuanto se me pone delante un peluquero, pierdo la calma, no consigo decir lo que quiero. No me apetecía nada ese corte a lo Lady Di. Me dijo: “Vamos a aligerarle la nuca”, y por poco me echo a llorar cuando vi caer mis largos mechones de pelo sobre el suelo de baldosas. A Mehdi no le gustan las mujeres de pelo corto y sabía que pondría mala cara al verme. Lo que no me esperaba era que Inès se echara a llorar como si me hubieran desfigurado para toda la vida, y no estoy nada mal, la verdad, lo único es que ahora tengo que estar más pendiente del peinado y quizá sea por eso por lo que Jean-Marie me propuso este corte, para ir dos veces por semana a la peluquería para un *brushing*, y sonrío como una boba cuando me dice una y otra vez: “Es que tiene usted una melena muy densa, un cabello espeso”. Sobra decir que Lady Di no padecía ese tipo de problemas. Y es absurdo, pero me da un poco de vergüenza ir yo misma a la pastelería. Entraré a La Petite Duchesse y la dueña me preguntará “¿para quién es?” y le contestaré “es para mí” y escribirá mi nombre y “16 de noviembre de 1987” sobre la tarta, y seré yo también quien compre las velitas; Mehdi estará demasiado bebido a la hora del postre, así que seré yo quien apague las luces, sí, de verdad, me da un poco de vergüenza y, si fuera por mí, hubiera prescindido de esta fiesta, los sábados estoy molida. Debo encargar hoy las paletillas de cordero; si no, seguro que me quedaré sin ellas el sábado y, ¡mierda!, como alguien se haya metido en mi plaza de aparcamiento, me va a oír, todos piensan “ah, Aicha es tan buena gente, nunca se enfada”, y es que no veo por qué voy a dar vueltas por el barrio si tengo una plaza reservada para mí delante de la clínica, y nadie se mete en la de Rachid o en la de Mojtar, el anestesista. Mehdi repite una y otra vez que no sé imponerme: “No sabes decir no, ni a tus hijas ni a tus pacientes ni a nadie”. Cuando me comentó: “Francamente, ¿estabas obligada a aceptar esa formación para comadronas en Marrakech, Aicha la Mártir?”, le hubiera arrancado los ojos, sobre todo cuando me llama así delante de Mia. A ella se le queda en la cabeza. Por eso se viste como un chico, cree que así escapa de la maldición de las hijas y de las madres, que acaban siempre haciendo de mártires. Pues claro que no estaba obligada a hacer ese curso, y claro que no sé decir no, ¡mierda!, y por eso tomo ahora esta resolución, ahora que voy a cumplir los cuarenta: decir no, imponerme y no perder la calma cuando le anuncie que voy a pasar diez días al mes en París este invierno para una formación sobre el cáncer de

mama. Soltará una risita, dirá que estoy loca y luego gastará bromas sobre Fatima. Gritará: "¡En todo caso, ni se te ocurra traer a tu madre aquí, encuentra a otra persona para cuidar de las niñas!". Ya se lo pedí a Selma; a Mehdi le cae bien y, desde el accidente, ya no es la misma, está más seria, no sé, la noto cambiada. Ayuna durante el mes de ramadán, da limosna, la *sadaka* por los muertos. A las niñas también les cae bien, ya verán cómo se las arreglan sin mí. Ya lo verán.»

Estacionó delante de la clínica. Cogió el bolso, que estaba sobre el asiento delantero, y la chaqueta azul marino y, cuando se disponía a cerrar la puerta, oyó unas carcajadas. Inès y Mia estaban sentadas detrás, tronchándose de la risa. «¡No me lo creo! ¿Cómo es que no me habéis dicho nada? ¡Llegaréis tarde!» Arrancó el coche y salió disparada. Llovía cada vez más fuerte y se sintió tremendamente cansada. «No le digáis nada a papá.» No era la primera vez que se olvidaba de dejar a las niñas en el colegio. En ocasiones, estaba tan absorta en el trabajo que tenía por delante, en la larga lista de cosas pendientes, que seguía automáticamente la ruta hacia la clínica. Unos días después de que se mudaran a la villa grande de la avenida de Zaers, se olvidó a las niñas en el supermercado. La pequeña aprovechó para robar un paquete de chicles. Mia se chivó al dueño, y este, incómodo, le dijo a Aicha que no tenía ninguna importancia. «Son cosas de niños, doctora.»

Dejó a Mia delante de su colegio, pero tuvo que estacionar frente al de Inès para suplicar que le abrieran. «No volverá a ocurrir, se lo prometo.» Unas gotas de agua le caían por el cuello y estuvo a punto de echarse a llorar. Cuando llegó a la clínica, pasadas las nueve, las secretarias se precipitaron hacia ella. No sabían qué hacer. Dos mujeres insistían en que las recibieran sin cita: decían conocer a Aicha. Se puso la bata y suspiró: «De acuerdo, las ubicaremos en algún lado».

Se lavó las manos a fondo con agua caliente, formando mucha espuma con el jabón. Durante su descanso, a la hora de comer, pasaría por la carnicería a hacer el pedido de las paletillas de cordero. Y al día siguiente, a primera hora, iría al mercado central a comprar las flores y el pescado. Estaba pensando en unas doradas frescas, unos calamares brillantes, una ensalada de gambas con tomate, cuando entró la primera paciente. «Desnúdese», le ordenó y, mientras la joven, que tendría unos veinticinco años, se quitaba la ropa detrás del biombo, anotó sus ideas

para el menú en una receta. «Tiéndase.» La paciente tenía un cuerpo muy bonito. Aicha se fijaba en ese tipo de detalles y, por extraño que pareciera, sentía un cierto placer auscultando a mujeres de físico agradable. Esta tenía unas tetas bonitas, firmes y doradas, un vientre rellenito sobre el que entraban deseos de posar la mejilla, unos muslos cubiertos de un ligero vello castaño. «Abra las piernas.» La paciente estaba tensa, y Aicha entendió que era la primera vez que iba a una consulta de ginecología. «Relájese.» Se frotó las manos para calentárselas y las puso sobre los muslos de la joven. Respetaba el pudor de sus pacientes y, de hecho, se preocupaba por ese motivo. Al sentir vergüenza de abrir las piernas o mostrar los senos, de manifestar lo que sentían cuando hacían el amor u orinaban, esas mujeres se privaban de la posibilidad de descubrir una enfermedad o de prevenir un embarazo no deseado. *Hchuma*, vergüenza. Aquí, morir de vergüenza no era una mera expresión gráfica. Incluso el lenguaje estaba mancillado y, con los ojos bajos, las mejillas encendidas, decían *hachak*, con perdón, antes de designar una parte íntima del cuerpo. «Mis senos, *hachak*.» «Mi vagina, *hachak*.» Nunca pronunciaban la palabra «cáncer» y movían con nerviosismo la cabeza cuando Aicha se atrevía a exponerles un diagnóstico tan sombrío. La vergonzosa enfermedad que roía sus ovarios, su vulva o sus senos y ahuyentaba al marido.

Le hizo preguntas a la joven. «¿Fecha de la última regla? ¿Es usted activa sexualmente? ¿Cuáles son sus antecedentes familiares?» La paciente se vistió, mientras Aicha pensaba que de postre prepararía un pastel de nuez o una pavlova de fresa. Para los platos principales elegiría recetas marroquíes. Lentejas con *jlii*. Un tayín de cebolla o de tomate que exigiría varias horas de cocción. Las paletillas de cordero confitadas. Entró la segunda paciente. La recibió con calidez. Llevaba años tratando a Rokía, la llamaba por su nombre y conocía los de sus hijos. En la sala de espera vio al marido de la paciente, que ocultaba su rostro tras una vieja revista. Siempre acompañaba a su esposa y, al final de la consulta, se acercaba a Aicha, con los ojos desbordantes de gratitud, y le decía: «Gracias, doctora, que Dios la bendiga». Menos de un año antes, le había diagnosticado a Rokía un cáncer de mama y la había derivado hacia el mejor cirujano de Rabat, quien le había practicado una mastectomía con legrado ganglionar. Era una cirugía mutiladora, atrozmente dolorosa. La mujer había soportado los efectos secundarios con un valor admirable. Rokía se tendió en la camilla. Había adelgazado mucho, pero tenía los

brazos hinchados desde la operación y la piel más gruesa.

«—¿Te duele? —le preguntó Aicha.

—En realidad, no. Solo tengo la impresión de que me aprieta la ropa y, a veces, al final del día, me siento sin fuerzas. Lo que me fastidia es no poder llevar a mis hijos en brazos.»

Las pacientes fueron pasando una tras otra. En la cubierta de cada expediente, en la parte superior derecha, Aicha anotaba unas letras, un código conocido solo por ella. H de «hipocondriaca», MV de «marido violento», C de «charlatana», CC de «muy charlatana». Luego estaban las muy angustiadas, las lloronas, las tímidas, las originales. Las que se sumían en un abismo de tristeza tras un parto —«Me gustaría estar enamorada de él, pero no puedo»— y también había algunas iluminadas que creían en los poderes mágicos de la luna y del plomo sobre el aparato genital. Mehdi decía: «Te traes a casa gérmenes y penas». A él no le gustaba que hablara de su trabajo delante de las niñas. Que contase, durante las comidas, unas historias que les quitaban el apetito. Incluso si se trataba de anécdotas divertidas —como cuando extrajo de la vagina de una mujer un pepino pequeño—, la desairaba. «¿A quién le interesan las historias de vaginas?»

En Rabat y sus alrededores se sabía que la doctora Daoud no ambicionaba el dinero. Atendía a sus pacientes con independencia de sus ingresos y su estatus, y, en esa época, se presentaban unas enfermas inusuales. Prostitutas, criadas, obreras de fábricas, vendedoras del zoco, costureras del barrio de Takaddum e incluso campesinas del interior o que vivían cerca de las playas, en la periferia de la capital. Las secretarias de la clínica y Rachid, su socio, estaban desconcertados ante la afluencia de aquellas mujeres miserables que desprendían un olor a alheña y a tomillo seco que inundaba la sala de espera; unas mujeres que, a modo de pago por el servicio, le entregaban a Aicha un conejo o una docena de huevos frescos. Se sentían divididos entre la admiración hacia Aicha —«Aicha la Santa»— y un cierto hartazgo —«Aicha la Mártir»—. Temían que la clínica perdiera prestigio y las pequeñoburguesas del centro de la capital se escandalizaran al oír los quejidos de esas pacientes en lengua amazigh.

No trataba a hombres, pero reconocía sus huellas en el cuerpo de las mujeres: un cardenal en la mejilla, un chupetón en el cuello, lesiones

vaginales. De modo indirecto, informaba a las pacientes sobre las infidelidades del marido, puesto que si les costaba orinar era por alguna enfermedad contagiada por él. Aicha entraba en el lecho de aquellas mujeres y en sus pensamientos secretos. Se deleitaba oyendo a alguna contar que estaba loca por su amante, y se preocupaba con ella por sus citas clandestinas, por las cartas deslizadas en el fondo de un bolso, por esa añoranza del otro que devora el cuerpo y el alma. Compartía con ellas su pena y entendía su hastío. «¿No podría tener la regla siempre y así él no me tocaría?»

Estaba examinando a la enferma cuando sonó el teléfono.

«—Perdone un momento —dijo antes de descolgar el aparato. Era Mia.

—Necesito pliegos de papel cuadriculado grande. Y no de papel marroquí, porque absorbe la tinta. Tiene que ser de papel francés.

—¿No podrías habérmelo dicho antes? —le susurró.

—Se me olvidó.»

Por mucho que les explicara a sus hijas que no podían telefonear al trabajo así como así, estas no le hacían caso. Inès la llamaba sobre todo por la tarde: «¿Vas a terminar pronto? ¿Cuándo llegas a casa?». Habían entendido que su madre estaba a su entera disposición, que podía hacer milagros para satisfacer los deseos de sus hijas. Inès era una niña angustiada, y Mia, una egoísta como Mehdi. Con el desdén propio de sus trece años, se creía que el mundo entero giraba a su alrededor, sometido a sus caprichos. Y, al igual que su padre, en un futuro tendría el talento de rodearse de gente entregada cuyo único objetivo sería garantizar su bienestar.

A las cuatro y media de la tarde volvió a sonar el teléfono.

«—¿Y ahora qué pasa? Perdona, Yamila, lo que quería decir es quién me llama.

—Es del colegio. En relación con su hija pequeña, creo.»

Se quedó pálida y paralizada durante unos instantes, con los ojos fijos en la puerta. Se imaginó lo peor. Se había asfixiado, se había caído de un árbol, alguna compañera la había estrangulado, se había abierto la cabeza, se había fracturado una pierna, estaba vomitando sangre. Siempre se imaginaba lo peor. Cuando a alguna de sus hijas le dolía la cabeza, se ponía a pensar en las clases de la facultad y en los casos de cáncer infantil. Por cualquier cosa, les mandaba hacer una radiografía o un análisis de

sangre.

«¡Pregúntele qué ha ocurrido! Por favor, pregúnteselo», gritaba al teléfono, ante la mirada asustada de la paciente, quien, para ocultar su desnudez, se había colocado una mano sobre su vulva y la otra sobre un seno.

La secretaria la tranquilizó: «Dicen que tenía usted cita con la maestra a las cuatro de la tarde. La está esperando».

A las cinco, se presentó en la escuela, desierta ya a esa hora. La tranquilizaba haber llegado con retraso y así evitar cruzarse con las demás madres llevando seguramente en la mano bolsas de papel manchadas de grasa de la merienda de sus hijos. Un sabor a infancia mal digerida le subió por la garganta y sintió deseos de echarse a correr, como hacía de pequeña por las colinas de la finca de Meknés. Un supervisor la acompañó a la clase de tercero de primaria B. La maestra estaba en la puerta con Inès agarrada de la mano. «Espéranos ahí», ordenó a la niña indicándole un banco del pasillo e hizo una seña a Aicha para que la acompañara. En la clase, unos troncos ardían en una vieja estufa y los dibujos de los alumnos colgaban de una cuerda para secarse. Buscó el de su hija, pero la maestra la invitó a sentarse delante de su escritorio. Iba vestida con una chaqueta vaquera de mangas muy cortas, y la melena gris con reflejos amarillos le caía sobre los hombros. Colocó sus enormes manos abiertas sobre la mesa. «Unas manos de hombre», pensó Aicha. «¿Buscaba usted el dibujo de Inès? Ahí está», y señaló una hoja cubierta por completo de colores, de formas poco identificables. «Es una mariposa», le aclaró la maestra. «Dice que ustedes comen mariposas en casa. Curioso, ¿no?» Hincó su mirada verde en la de Aicha, una mirada casi líquida, y esta sonrió tímidamente. «Mire, Madame Daoud, quería hablarle de Inès. Quizá esté usted al corriente de la visita médica de hace unos días. ¡No, no hay de qué preocuparse…! No es nada grave, Inès está sana. No se trata de eso. Solo que, por razones prácticas, separamos a las niñas de los niños. Las niñas se desnudaron aquí, en esta clase, y los niños, en la de Monsieur Caroube. Yo estaba muy ocupada consolando a algunas alumnas que estaban asustadas porque creían que les iban a poner una inyección y se negaban a quitarse el jersey. Usted sabe bien lo que temen los niños a los médicos, se imaginan cosas. De pronto, me di cuenta de que Inès no estaba en clase. Creí que ella también se había asustado y se habría escondido en algún sitio. La busqué por todos lados,

debajo de las mesas, en los servicios, y, cuando crucé el patio, la vi. En camiseta, descalza, delante de la puerta de la clase de Monsieur Caroube.» La maestra se calló, esperaba la reacción de Aicha. Ella seguía en silencio. «Allí estaba, de puntillas, mirando a través del cristal de la puerta. Yo me acerqué mientras Inès estaba de espaldas y, al verme, no se sorprendió. Le pregunté qué hacía allí. Me dijo: "Miro". Quise averiguar el qué: "¿Qué miras?", y, riéndose, me contestó: "A los niños". Si quiere que le sea sincera, Madame Daoud, no supe cómo reaccionar. Sin duda, tendría que haberla regañado por salir de clase sin avisar y haberme preocupado. Pero ella estaba allí, sonriente, con su camiseta blanca y sus enormes ojos negros; costaba regañarla. La cogí de la mano, regresamos a la clase y, antes de entrar, le pregunté: "¿Por qué mirabas a los niños?".»

Aicha tragó saliva. La maestra separó sus enormes manos, a la manera de un actor que se dispone a crear el efecto dramático.

«—¿Y qué contestó ella? —preguntó, humillada por aquella conversación.

—No me va a creer usted. Me dijo: "Porque siento el corazón en mi toto", y se colocó la mano, ya sabe, ahí.»

No, Inès no temía a los médicos ni las inyecciones, ni siquiera el dolor. Cuando los primeros dientes de leche se le empezaron a mover, decidió arrancárselos ella misma para conseguir lo antes posible la recompensa anunciada. De pie delante del espejo del cuarto de baño, con un poco de algodón en la mano, movía de delante hacia atrás su dientecito. Notaba que se iba despegando de la encía y que el algodón se empapaba en sangre. Se consideraba a sí misma muy valiente. Cuando el diente se le caía, se tragaba la saliva con sabor a metal y corría al salón con el trofeo en la mano. «¡Esta noche pasará el ratoncito!»

Inès insistía en ir a ver a Selma todos los fines de semana. Siempre se llevaba un paquete de folios en blanco y dibujaba sobre el ataifor del salón mientras los adultos hablaban y Selma descansaba. Muy pronto, todo el apartamento se llenó de dibujos de ella. Sobre la fotografía de Venecia, Selma pegó el dibujo de la casita con el tejado en punta y un enorme sol anaranjado. Las imágenes de Nueva York desaparecieron detrás de los ingenuos bocetos infantiles, y ella abandonó su sueño de marcharse a América. Ahora, incluso para Europa, se necesitaba un visado. Inès dibujó las manos de Selma y el jarrón con flores que había sobre la mesita de plástico. En una ocasión, intentó reproducir la larga cicatriz que recorría el muslo moreno de su tía y que parecía una constelación. Selma le preguntó: «¿Pintarás mi retrato algún día…?». Ella negó con la cabeza. «No me gusta dibujar caras.»

Un sábado, Inès ayudó a Selma a teñirse el pelo porque le había aparecido un mechón de canas. Le limó las uñas, aprendió a aplicar el esmalte sin desbordarse e incluso a pasarle un lápiz negro sobre la pequeña cicatriz que tenía en la ceja derecha. Desde el accidente, el rostro de Selma había cambiado. No estaba desfigurada, pero era como si sus rasgos se hubieran endurecido; sus labios, afinado; y sus ojos, que antes te invitaban a conocerla, ahora te alejaban. Había adelgazado mucho y le dolía terriblemente la pierna. En las Navidades de 1987, Mathilde le regaló un bastón, comprado en un mercadillo de viejo, que databa «de la época de los franceses». Era de madera oscura, con un pomo redondo que llevaba incrustada una piedra tan brillante como un espejo.

Cuando hacía los ejercicios de estiramiento, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas por el dolor, Selma se preguntaba si había sido un sueño o si su hermano realmente había ido a verla al hospital y había hablado con ella; si se había mostrado cariñoso o cruel, quizá ambas cosas a la vez, como si alguien pudiera abrazarte y golpearte al mismo tiempo. Pasadas unas semanas, empezó a caminar de nuevo y su cojera la favorecía aún más. Selma era igual que esas actrices de cine negro que les mostraba Mehdi. Lauren Bacall, sí, esa era, con un bastón y fumando en boquilla. Sin llegar a entenderlo ni poder expresarlo con palabras, Inès intuía en su tía Selma mucha fuerza —vivía sola y libre— y una tristeza desesperada —vivía sola y libre—. La admiraba. Quería ser ella o, más bien, deseaba corregir el destino de Selma, parecerse a ella, pero en mejor, perfeccionar ese destino. Es lo que sentía Selma en aquella niña de ocho años. Intentaba animarse con el reflejo que veía en sus ojos. Aquello era más potente, sí, mucho más potente que el amor de los hombres que tantas veces la había atravesado, una corriente de aire caliente o glacial. Era más intenso de lo que jamás había sentido por Sabah. Su propia hija, Sabah. Selma nunca le había enseñado nada a nadie, nunca había transmitido nada a nadie. Ni siquiera una receta de cocina. Nunca le había regalado ropa a Sabah, con esas caderas anchas y esos pies diminutos. Observaba a Inès y sabía que la pequeña la poseía a ella, gracias a esa ciencia de la seducción imposible de enseñar, a ese arte que no se puede reducir simplemente a teatro o a manipulación.

Durante el invierno de 1988, mientras Aicha estaba en París siguiendo una formación sobre el cáncer de pecho, cada sábado Selma iba a recoger a Inès a su clase de danza. A la pequeña le encantaba ver aparecer a su tía en los vestuarios, que olían a sudor y a linóleo mohoso. Selma era la más guapa de todas las madres. Llevaba jerséis de *mohair*, blusas transparentes con estampado de leopardo, faldas de cuero de color ciruela y, a menudo, botas camperas o zapatos de tacón bajo cuadrado. Las alumnas estaban intrigadas por aquella mujer con bastón dorado que cogía a Inès de la mano y se la llevaba por la avenida de la Victoria. Selma le decía: «Vamos a dar un paseo por la Quinta Avenida». Fingía que su coche, el viejo R12 de Mehdi, era una limusina, y su edificio con su fachada carcomida por la humedad, «un hotelito particular». Pero lo que prefería Inès era la tienda donde Selma trabajaba. Una boutique de ropa y

accesorios, detrás de la plaza Pietri, cuyo alquiler pagaba Amín. «Así tendrá una ocupación respetable.»

Un sábado de febrero, subieron por la avenida de la Victoria, bajo la sombra de las acacias, que temblaban sacudidas por un fuerte viento. En la acera, la lluvia de la mañana había dejado unos enormes charcos sobre los que flotaban colillas de cigarros. Selma frotó la espalda de su sobrina para que entrara en calor. «Te tendrías que haber quitado las zapatillas de *ballet*», le dijo. «Se te van a estropear.» Le dio a la niña un bollo de chocolate y ella se puso a mordisquear un sándwich. «No he tenido tiempo de comer a mediodía.» Mientras pasaban delante de la catedral de Saint-Pierre, unos jóvenes lanzaron a Selma piropos obscenos. «Son unos pervertidos. Da igual que seas vieja y coja. Intentan ligar con cualquier cosa que tenga culo y tetas.»

Selma abrió la puerta de la tienda e Inès se sentó detrás del mostrador. Casi al instante, vio entrar a un camarero que llegaba del café de enfrente trayendo una bandeja con una tetera. Con mucha habilidad, vertió el té desde lo alto, haciendo espuma, en unos vasitos de cristal azules. «Invitación del jefe», y se marchó enseguida. El local constaba de un espacio estrecho y profundo, con percheros de cada lado y, en el centro, una vitrina de madera donde se exponían joyas de fantasía. Para la niña, ese lugar era el más extraordinario espacio de juegos. Podía probarse vestidos en la cabina polvorienta. Ayudaba a doblar ropa, a colgar las etiquetas, a vaciar las cajas de los pedidos recién llegados. Le encantaban el tacto del papel de seda y el olor a cuero de los zapatos nuevos en los que deslizaba sus pies regordetes. Se solía sentar detrás del mostrador y tecleaba a toda velocidad en la calculadora. «Son cien dírhams», le decía a la clienta imaginaria.

Inès estaba terminándose el vaso de té cuando entró una clienta, una de verdad, tímida y con las manos aferradas a su bolso de cuero. Se inclinó sobre la vitrina donde brillaban las joyas. Era la tercera vez que se presentaba en esa semana. «Bueno, ¿entonces todavía no está usted decidida?», le preguntó Selma, y sacó del expositor una gruesa cadena de oro con un colgante. Se puso detrás de la clienta, que se alzó el pelo, se miró en el espejo poniendo la boca en forma de corazón y, con la mano en el pecho, dijo:

«—No, sinceramente, no estoy decidida.

—¿Por qué duda usted? —le preguntó Selma—. El collar le gusta,

¿verdad?»

La clienta bajó la barbilla para ver de nuevo el precio que figuraba en la etiqueta.

«—¿No podría usted hacer un esfuerzo? —le preguntó, y Selma ya estaba colocando la cadena en su sitio.

—Aquí tenemos precio fijo.»

Selma prefería mil veces someterse a los caprichos de los hombres, a su vulgaridad, antes que estar allí sentada viendo pasar las horas. Odiaba la boutique, el barrio, y no dejaba de pensar en su sueño de vivir en Nueva York. Seguía equivocándose con las cuentas y se olvidaba de llevar al día las columnas de ingresos y gastos en la gran libreta. Les regalaba vestidos a sus amigas: «Pues claro, te lo aseguro, llévatelo, te sienta fenomenal». En una ocasión Inès presenció una pelea con una clienta. Una morena de pelo encrespado insistió en ver el vestido negro expuesto en el escaparate. Hablaba francés con un ligero acento. Selma estaba de mal humor… Sin mirar a la clienta, repetía como una niña testaruda: «No está en venta». La clienta se sorprendió: «Entonces, ¿por qué lo expone en el escaparate?». Y es que Selma había decidido quedárselo para ella.

En las horas siguientes, no entró nadie en la boutique. Fuera, Selma caminaba de un lado a otro de la calle. Fumaba cigarrillos e Inès la admiraba por no importarle lo que dijera la gente. Era muy distinta de los demás Belhach. Se burlaba de quienes opinaban que las mujeres de mala vida eran las únicas que fumaban en público, y se sentaba de vez en cuando en alguna de las terrazas de los cafés de la avenida Mohamed V, frecuentadas solo por hombres. Le contaba secretos familiares a la niña. Gracias a ella, Inès descubrió la existencia de Yalil, el viejo tío que había muerto de hambre, y loco. Le enseñó fotografías de Omar, un hombre alto y delgado con gafas gruesas que se había volado los sesos en la playa de Sjirat en 1978. Eso era lo que ella había dicho, y esa expresión, «volarse los sesos», se le quedó grabada a la niña. «En esta familia todos acaban perdiendo la cabeza. A mí un día también se me caerá la baba y ya no te reconoceré.» A Selma le gustaba presumir y evocaba la época en la que era tan guapa que los hombres se volvían locos por ella. «Tenía la melena hasta aquí y las cejas así», y hacía unos gestos ampulosos con los brazos. Selma era toda ella un lenguaje, una manera de hablar. De Aicha decía: «Tu mamá es una *lady*», y a Inès le sonaba a *laide*, fea.

La niña se acercó al expositor de joyas. «¿Te gusta esta cadena?»

Selma se la puso al cuello y ella no dejaba de sonreír y de tocarla, al igual que si llevara un collar de diamantes. Una vecina del barrio asomó la cabeza por la puerta. Las saludó y prometió que volvería más tarde. «Esta no vuelve.» Selma se aburría. Había tirado el sándwich a la basura y en la tienda olía a cebolla y a sardinas. «Ven, acércate», le dijo a Inès. Fue a buscar el taburete de mimbre del probador y lo utilizó para subir al escaparate. Rodeó con ambos brazos el maniquí expuesto allí: pálido, desarticulado, con un vestido de algodón rojo y una peluca de color castaño. Lo retiró, puso en su lugar el pequeño taburete y le pidió a Inès que se sentara sobre él. Sacó de su bolso una pintura de labios, esbozó una sonrisa forzada para que la niña la imitara y le aplicó el carmín rojo y perfumado. Con una brocha, le extendió un poco de colorete rosado en las mejillas y delineó con un lápiz negro el interior del párpado inferior de cada ojo. «¿Te hago daño?», le preguntó. Se echaron a reír como si hubieran tenido una idea brillante o cometido una travesura. Los piececitos de Inès colgaban en el vacío. Se veía reflejada en el cristal. Miró al otro lado de la calle, al escaparate de una zapatería. Descifró el cartel: *Bata*. Los transeúntes que pasaban delante de la boutique se detenían enseguida. Se quedaban mirando a la pequeña, sorprendidos o divertidos, y algunos le hacían un gesto para comprobar si estaba viva o si era un maniquí muy bonito expuesto allí. Desde la calle, los niños la señalaban con el dedo, como se señala en las jaulas del parque zoológico a la pantera o al tapir, cuando se dignan a salir por fin de su escondrijo. Durante toda la tarde las clientas entraban y salían. Los vecinos del barrio, con quienes Selma nunca había hablado, acudieron. ¿Dónde había encontrado a una niña tan guapa, con un cabello tan hermoso, rubio y rizado, parecido al de las europeas? ¡Y luego esos ojos! Esos ojos tan grandes, negros y de mirada penetrante. «Esta niña romperá corazones.» Algunas clientas siguieron la broma y querían saber cuánto costaba la pequeña y si, comprando además un vestido o una joya, Selma les haría un descuento.

Inès no se dejó distraer. A pesar de la incomodidad de la postura, permaneció toda la tarde sentada en el escaparate, erguida y tranquila. Apenas se permitía sonreír o mover la mano cuando alguien le hablaba. «¿Cuántos años tienes?», preguntó una señora gorda con los párpados cubiertos de un maquillaje rosa fuerte. «Pronto cumpliré ocho años.» Ese día se sintió como Reina en *La dama y el vagabundo*, una perrita de pelaje

brillante con un lazo rojo atado a la cabeza. Una mascota pequeña, bonita y dócil a la que todos querían. Una clienta entró en la boutique. No parecía haberle gustado el espectáculo.

«—¿No te da vergüenza exponer al mal de ojo a la pequeña de este modo?

—El mal de ojo me trae al fresco —le contestó Selma.»

En septiembre de 1989, Mia pasó a cuarto de secundaria en el liceo Descartes. «*Lycée dial fluss*», el liceo de los que tienen dinero, decían los habitantes de Rabat, que conocían el imponente edificio blanco en torno al cual giraba el barrio de Agdal. El antiguo liceo Gouraud, fundado en 1963, se enorgullecía de contar entre sus antiguos alumnos con una larga lista de ministros, empresarios, artistas y deportistas de élite. ¿Cuántos catedráticos de Matemáticas, cuántos ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, cuántos egresados de las prestigiosas École Normale Supérieure o École Polytechnique parisinas habían estudiado entre sus muros? El centro se extendía por varias calles, entre la avenida de Naciones Unidas y el siniestro bosque cerca del hotel Hilton, donde crecían eucaliptos con los troncos pelados. En la parte baja, un aparcamiento acogía los coches de los profesores —matrículas amarillas para los franceses— y los de los chóferes que iban a recoger a los alumnos y a veces cargaban con sus mochilas. En la entrada, frente a la enorme puerta negra, en un puestecito de chucherías, se vendían regalices con forma de cabeza de jefe indio y gominolas de menta. En primavera, los vendedores de gusanos de seda colocaban en el suelo unas cajas de cartón llenas de insectos y hojas de morera. Dentro del edificio, decían algunos, era como estar en Francia, el país de la secularidad y de los derechos humanos —los auténticos—, y la policía tenía prohibida la entrada allí.

El liceo ofrecía lo mejor a sus estudiantes, que habían sido rigurosamente seleccionados. Campos de fútbol y canchas de baloncesto. Un estadio de atletismo donde se entrenaban para los cien metros y el *cross*. En la parte de atrás de las aulas de idiomas había una piscina y se rumoreaba que te podías bañar entre dos exámenes de bachiller cuando el calor se volvía insoportable. Los profesores eran franceses, altamente cualificados, felices de haber sido elegidos para enseñar en esta prestigiosa institución, símbolo de la amistad franco-marroquí. Los alumnos, hasta los más pequeños, eran conocidos por ser estudiosos, dóciles y ambiciosos. El objetivo era lograr la excelencia, sobre todo en Matemáticas, asignatura que los padres situaban por encima de cualquier otra. También había un club de teatro y varios grupos de música, incluido

uno que versionaba éxitos de la banda Les Rita Mitsouko. A los profesores recién llegados, el liceo y su entorno podían producirles una impresión extraña, una ilusión de familiaridad. A algunos padres marroquíes les gustaba mostrar su amor por Francia y sus valores. Decían que les encantaban Brassens, Aznavour y la laicidad. Todos se habían enterado por los medios del famoso «asunto del velo» en el colegio de Creil y se desvinculaban por completo de esos «árabes de Francia» que los avergonzaban y con los que no tenían nada que ver. «Por suerte, el rey convenció a la familia de las niñas para que no fueran a clase con *hiyab*. En Marruecos, las adolescentes no lo llevan. Esa gente no entiende nada de nuestra religión, que es abierta y tolerante.»

A medida que transcurrían los meses, los profesores sentían, cada vez más, el peso del miedo y la propaganda. Descubrían, a veces por haberlo vivido, que era mejor no hablar de ciertas cosas. Ni de política ni de mujeres ni de dinero. Siempre, algún profesor francés mayor, con más experiencia, les explicaba las líneas rojas que no había que cruzar: la religión, el rey, el Sáhara. Y luego, Palestina y la intifada. Los más veteranos lo sabían: el liceo Descartes no era más que la continuación de las Escuelas de Hijos de Notables, tan del gusto del mariscal Lyautey y fundadas por él durante el protectorado. Un enclave donde se formaba una élite educada a la manera extranjera, en una lengua extranjera, y que, disociada del país donde vivía, podía dominar sin sentir mala conciencia. Los alumnos del Descartes vivían en una especie de isla, parcialmente aislados del mundo. Se preguntaban cuál era su lugar y cómo los veían los otros. No tenían idea de quiénes eran. ¿Guapos o feos? ¿De aquí o de allá? ¿Contaban para alguien?

En esa época, se decía que el rey había instalado en su palacio un potente receptor de televisión que permitía captar todos los canales extranjeros y del que podían disfrutar algunos habitantes de Rabat. Cuando salía de la ciudad, el rey se llevaba el receptor y entonces eran los habitantes de Fez o de Marrakech quienes disfrutaban de las cadenas extranjeras. Mia nunca supo si fue gracias al rey por lo que pudo ver la televisión francesa, pero, a partir del verano de 1989, los Daoud instalaron una antena parabólica en el tejado de la casa. En la ciudad, aquellos platos blancos o grises eran cada vez más numerosos. Se veían en azoteas y balcones. Y quienes no podían permitirse el lujo de comprar

de contrabando ese aparato mágico, se agenciaban unas soluciones extravagantes. La vaporera para hacer cuscús, una bolsa de plástico negra amarrada a la antena o un filtro delante de la pantalla para dar color a una programación desesperadamente en blanco y negro. La gente decía: «La televisión sin antena parabólica es como un coche sin ruedas». Por las tardes, mujeres desnudas penetraban en los hogares, rubias de labios carnosos, unas infieles llamadas Kelly o Susan, con unos dientes enormes y blanquísimos. En las cocinas, en el zoco o cuando iban a hacer algún recado, las amas de casa hablaban de ello. Comentaban su forma de vestir, odiaban al amante infiel, llamado Rick. Conocían las sintonías. Aquellas mujeres americanas vivían a orillas de un océano inmenso, bajo un cielo siempre azul. Conducían sus propios coches y los hombres estaban locos por ellas. Los defensores de la moralidad se sentían ofendidos. Escribían artículos contra estas antenas «paradiabólicas» y declaraban la guerra a los demonios que pervertían a la juventud y a las púdicas madres de familia.

Comenzaba una nueva era. Fue Mehdi quien lo anunció. Una tarde de noviembre de 1989, Mia estaba sentada en la alfombra a los pies de su padre y juntos veían las noticias sobre la caída del Muro de Berlín. Mehdi lanzaba gritos de alegría. Llamó a Aicha, que estaba en la cocina: «Ven, no te lo pierdas. ¿No crees que es más importante que el menú de la cena?». Cientos de personas se agolpaban frente al Muro. Algunos, sobre todo los jóvenes, se habían subido a él y saludaban, como si esperaran ser vistos desde muy lejos. La multitud pasaba una y otra vez delante de las cámaras, una chica de pelo rubio y rizado sonrió al objetivo e hizo la señal de la V. El periodista le hacía preguntas a un chico vestido con una chaqueta vaquera y con la voz ronca de tanto gritar. Parecía feliz, a punto de llorar de alegría. Esa tarde, Mehdi pasó furtivamente una mano por el pelo corto de su hija de quince años. «La libertad siempre acaba triunfando», declaró. «Ahora que el Muro ha caído, solo queda esperar. Pronto será Polonia, luego Hungría y la Unión Soviética.» Le predijo un mundo donde se restablecería la paz, y la democracia se extendería por todos los continentes. «Ningún muro resiste ante los sueños de la juventud.» Esa noche, ella recordó el túnel que su padre quiso construir una vez bajo el Estrecho de Gibraltar. Y se imaginó un mundo donde ya no habría muros, sino túneles.

A sus quince años, sentía que por primera vez tenía unas ambiciones

propias, unos deseos singulares que le pertenecían a ella y que nadie comprendería. Hasta ese momento, lo que conocía de sí misma era lo que le habían contado: una serie de anécdotas que sus padres, abuelos y hermana referían año tras año, cambiando a veces algún detalle o una palabra. Por supuesto, recordaba aquella vez que quiso matar a Inès. O el día que, a los ocho años, puso en marcha ella sola un tractor y empezó a arar un campo en la finca. A Aicha le gustaba evocar el comentario que su maestro anotó en el boletín de calificaciones en primero de primaria: «Mia llegará lejos». A veces los oía hablar de ella. Sus padres estaban felices de tener una hija seria y aplicada. Una niña inteligente que nunca les había causado problemas y pasaba la mayor parte del tiempo metida en sus novelas. Mehdi y Aicha estaban encantados de verla penetrar, año tras año, en esa burbuja de ficción. ¡Qué bien se portaba y qué memoria tenía! ¡Era capaz de citar fragmentos de *El extranjero* o de *La confusión de los sentimientos*! Ella misma sería escritora, fue Mehdi quien lo había declarado durante una cena familiar, y nadie se lo discutió. Sus padres creían, ingenuamente, que los libros eran una capa de invisibilidad que volvía a su hija inmune a las desgracias y a los peligros. No entendían que Mia buscaba en las novelas otra cosa y que estas habían alimentado en ella un inmenso apetito de libertad, una acritud frente a su vida aburrida y monótona en la periferia del mundo.

Hasta ese momento, nunca había pensado realmente en los que escribían los libros, o, más bien, para ella eran figuras tan irreales como los personajes que ellos creaban. Baudelaire deambulando entre la niebla de los bulevares parisinos. Tolstói vistiendo su camisa holgada y blanca, gobernando su finca. Balzac bebiendo litros de café en un altillo. Pero en el otoño de 1989, una tarde, mientras hacía sus deberes en la mesa del salón, vio por primera vez el rostro de Salman Rushdie en la pantalla del televisor. Se había dictado una fetua contra el escritor, y en las calles de Pakistán unos fanáticos con las barbas teñidas de rojo quemaron su libro. No sabía lo que significaba la palabra «fetua» y, a sus quince años, se preguntó si sería capaz de morir por unas ideas.

Sentía que algo la arrancaba de su burbuja familiar, calentita y cómoda. Ya no le bastaba con ser Mia, la hija de sus padres. Quería una vida propia, unos amigos, unos secretos. En el liceo, surgieron nuevas preocupaciones. A las chicas les empezó a crecer el pecho, y a los chicos, una pelusilla encima del labio. Observaba con cierto asombro cómo

cambiaba el mundo a su alrededor. La mitad de sus compañeros fumaban Kent o Camel. Las chicas ahora se dividían entre las que lo hacían y las que no. Alguien le había contado que Afaf, que había estado con ella en tercero de primaria y que se quedaba dormida sobre sus cuadernos manchados de tinta, había abortado. O esas historias de chicas tan delgadas que acababan ingresadas en el hospital. Ya no intercambiaban canicas ni cromos de fútbol Panini. Ya no se peleaban por una chocolatina. Ahora se sufría por penas de amor y por mantener la popularidad.

Mia necesitó analizar durante varios meses el orden social que reinaba en el liceo para entenderlo. Al fondo del patio, cerca de la cafetería, se colocaba el grupo de los tipos duros, los que fumaban desde las ocho de la mañana y liaban porros después del almuerzo. La mayoría eran malos estudiantes a los que los profesores auguraban un futuro oscuro y cuya libertad ella envidiaba. Algunos incluso habían recibido avisos del director o habían sido expulsados durante dos días. Tenían apodos —«la Llama», «Criss-Cross»— o los conocían por el apellido: Kamouta o Drissi. Se reían cuando los profesores les devolvían sus ejercicios con pésimas notas. Faltaban a clase y Mia, encerrada en las aulas sobrecalentadas del primer piso, levantaba a veces la vista de su cuaderno de Matemáticas para observar por la ventana a los malos estudiantes con sus amiguitas. Le encantaba la forma en que ponían las manos en la espalda de las chicas, justo encima de las nalgas, y los besos que duraban una eternidad, con la cabeza inclinada hacia un lado y la lengua girando, girando, girando. Era repugnante y maravilloso.

Entre los dos castaños, alrededor de la mesa de piedra, se reunían los hijos de los cooperantes franceses, cuyos padres enseñaban en el liceo o en la escuela primaria al otro lado de la calle. No se mezclaban con los marroquíes y, a decir verdad, nadie se preguntaba el motivo. Su forma de vivir, de pensar o de vestir era distinta. La mayoría residía en el barrio de Agdal —conocido también como «la pequeña Francia»–, ubicado en las calles adyacentes al liceo, al que iban a pie. Sus padres hacían la compra en Madame Cochon, la tienda de embutidos de cerdo, y dejaban allí pequeños anuncios clavados en un tablón de corcho: «Busco criada seria» o «Camada de gatitos criados a la europea». A diferencia de los musulmanes, ellos podían comprar alcohol durante el ramadán. Los fines de semana, sus padres organizaban pícnics en la playa o visitas culturales

a la medina de Fez o a Tánger. Mathilde comentaba que esos franceses no entendían nada de este país: andaban por la medina en pantalones cortos y regateaban unos céntimos en las tiendas. En invierno, las chicas llevaban forros polares y Kickers verdes o negros. Se traían de Francia cuadernos de la marca Clairefontaine, chocolate Toblerone y ejemplares de la revista para adolescentes *Jeune et Jolie*. Comentaban: «Aquí no encuentras de nada».

El lugar que ocupaba cada cual en esa jerarquía dependía de unos elementos aparentemente caricaturescos: tus notas en clase, tu físico, el barrio donde vivías. «Puede parecer sencillo», le explicó un día Mia a su hermana pequeña, «pero en realidad es muy complicado». Se consideraban mil criterios. Si tu familia era religiosa. Si tu casa tenía jardín. Si uno de los padres era de otra nacionalidad. Si sufrías de acné o de algún defecto físico repulsivo. Si consumíais en casa productos locales (chocolate Aiguebelle, gaseosa La Cigogne y galletas Henry's) o importados. Había quienes hablaban *dariya* y no solo con las criadas o con el chófer. Luego, los que eran capaces de leer el periódico e incluso entender los discursos del rey en la televisión. Después venían los otros, los de doble nacionalidad, cuyas madres eran francesas, alemanas, rusas e incluso vietnamitas o japonesas. La extranjera siempre era la madre. El padre era de aquí y se traía a una esposa de la otra punta del mundo. Mia había visto varias veces a la japonesa en el mercado central donde compraba pescado fresco para preparar platos que le recordaran a su país natal. Mathilde frecuentaba a las alemanas que se reunían los sábados por la tarde para comer pasteles rellenos con nata y organizaban las Navidades más bonitas. Esos niños tenían otro pasaporte, otro país, y, si se les obligaba a aprender árabe, era solo como segunda lengua. Sus padres comentaban: «El árabe clásico no es importante. Es una lengua que no se habla». Estaban también los hijos de diplomáticos que no se quedarían mucho tiempo en Rabat, no establecían vínculos y por ese motivo eran muy deseables. Por ejemplo, Aissatou, la hija del embajador de Senegal. Los chicos no querían reconocer que era guapa porque se suponía que no te debían gustar las negras. O Gilles, el hijo del embajador belga, un rubio alto y de apellido impronunciable que había vivido en Estados Unidos y escuchaba *heavy metal.* Y, además, había alumnos judíos que se llamaban Ronit, Mike o David y que eran marroquíes, aunque no exactamente del mismo modo. El liceo contaba

también con algunos niños pobres, y te preguntabas qué estaban haciendo allí. ¿Cómo había conseguido matricularse en el Descartes aquella chica de Kenitra que llevaba las plantas de los pies teñidas con alheña y utilizaba cuadernos fabricados en Marruecos, cuyo papel absorbía la tinta y acababa rompiéndose?

Nadie cuestionaba ese orden social, y los adolescentes se adaptaban a las injusticias, dentro y fuera del liceo. Mia no se situaba en el nivel inferior, en el limbo, con los feos, los horteras, los mediocres. O con Bayan, de quien todo el mundo se burlaba porque llevaba ropa que le quedaba pequeña. O con ese grupo de chicos con el cutis lleno de granos, que sudaban con sus jerséis de lana de cuello vuelto que llevaban debajo de las camisas y que nunca habían viajado al extranjero. Ella tampoco formaba parte del círculo de los admirados por todos. Era demasiado buena estudiante para eso, demasiado seria y obediente. Había empezado a fumar —sin tragarse el humo—, pero sus padres no le permitían salir de noche y no había cometido ninguna de esas gamberradas que te hacen ganar puntos entre el grupo. Nunca habría podido aspirar a un lugar en las escaleras. La famosa escalinata que daba a las instalaciones deportivas y en la que, en virtud de una ley casi sagrada, solo se sentaban los estudiantes más modernos del liceo. A diario, Mia se fijaba en los privilegiados. En la parte baja se colocaban las chicas guapas que, por la mañana, antes de que sonase el primer timbre, se ponían rímel frente a los espejos de los servicios y se prestaban entre ellas el *gloss* labial de fresa. Unas chicas con uñas largas y pintadas que podían encumbrarte a la fama o arrastrarte por el suelo. En lo alto de la escalinata se sentaban los chicos guapos, los que tocaban algún instrumento de música y conducían el coche del padre sin permiso. En su mayoría eran del último curso y poseían lo que ella envidiaba: una vida sexual, una pandilla y popularidad.

Los primeros meses que pasó en cuarto de secundaria fueron abominables. En octubre de 1989, Mia sufrió un tremendo brote de acné en la cara y en la espalda. Unos enormes granos terminados en una punta amarillenta que la desfiguraban. Quería rascarse sin cesar, apoyar los dedos para reventar las espinillas y ver salir el líquido viscoso. Pero su madre la había advertido sobre las cicatrices, por lo que se contenía y rezaba para que desaparecieran lo más rápido posible. Unas semanas más tarde, en clase, tuvo la desagradable sorpresa de descubrir una mancha de

sangre en su silla, en mitad de un examen de Matemáticas. Alzó el brazo: «¿Puedo ir a la enfermería?» y, avergonzada, se anudó a la cintura la sudadera azul. Sentía el líquido deslizarse entre las piernas y empapar sus vaqueros. Le parecía tan injusto tener que pasar por aquello… Llevaba dos o tres años oyendo a sus compañeras de clase alardear de haberse convertido en mujeres. Obtenían un ridículo placer describiendo los calambres menstruales o sacando de la cartera compresas, nunca tampones, porque podrían desgarrar el himen. A ella le daba igual el himen, y ese día, un frío día de diciembre, fue a la tienda del barrio, frente a la rotonda. Un francés estaba comprando verdura. «¿Me pones unos tomates?», y Mia tuvo ganas de preguntarle por qué tuteaba al tendero amazigh.

La tienda olía a serrín y a jabón de Marsella. El dependiente, un joven originario del Suss que vestía una bata de trabajo azul añil, le preguntó qué quería, pero Mia no sabía cómo se decía en *dariya* «compresas higiénicas». Cogió del mostrador un paquete de chicles y unas galletas Henry's y, mientras el chico hacía la cuenta, ella añadió: «Y unas Always». Era el nombre de la marca que usaba su madre. El tendero se subió a una escalera y, de un estante al fondo de la tienda, tomó un paquete rosa y azul. «¿Cuántas quieres?», le preguntó. Sonrió maliciosamente, sorprendido quizá de que una chica como ella, que apenas merecía el nombre de chica con esa gorra y el pelo tan corto, pudiera tener la regla. Mia se encogió de hombros. «No sé, ¿tres?» Él sacó tres gruesas compresas del paquete, las envolvió en papel de periódico y luego las metió en una bolsa negra de plástico como si fueran una botella de vino o un arma que había que ocultar. Mia le sonrió con orgullo y regresó al liceo. En los servicios, limpió los vaqueros con agua y un poco de jabón y luego pegó la compresa en las bragas. Era tan gruesa que tuvo la impresión de llevar un pañal, y entendió por qué las chicas se giraban, mirándose las nalgas, y preguntaban a las demás: «¿Se me nota algo?».

Sí, ella era una chica, aunque a veces tendía a olvidarlo. Sus amigos también lo olvidaban. La veían como una compañera de juegos, una buena delantera de fútbol, y los lunes les gustaba escucharla comentar los partidos del día anterior. Sin duda, pensaban que tenía un pene entre las piernas y que por la mañana se ponía dos calzoncillos para evitar que se le notaran las erecciones. Medía un metro ochenta y, vista de espaldas, la habrían podido confundir con Yasin o Ismael. Solo se quitaba la gorra,

gris o negra, en clase. Mia no era de esas a las que les gustaba hablar sobre trapitos o maquillaje. Se vestía como ellos o, más bien, como ellos hubieran soñado. Llevaba vaqueros Levi's que Mehdi le traía de Estados Unidos y zapatillas Reebok altas, con una raya roja y otra azul. Sus compañeros se conformaban con deportivas de marcas falsificadas compradas en alguna alcaicería. Con vaqueros que desteñían y con unas Nike de imitación que, al cabo de una semana de usarlas, despedían un olor a pies insoportable. Por mucho que se metieran con ella, las notas que sacaba en todo los impresionaban y le valían su respeto. Su amigo Hakim era el único que a veces la superaba, pero solo en Matemáticas. Era el hijo de Abdellah, el amigo más antiguo de su padre, el único que se mantuvo fiel a sus convicciones marxistas. Ella conocía a Hakim desde siempre y entre ambos reinaba una competencia feroz.

Los chicos no se privaban de gastar bromas delante de ella, incluso las más escabrosas o vulgares. Historias de chicas que se dejaban lamer por su perro o de criadas expertas en cocinar tayines y en mamadas. Un día, su amigo Adil contó que en Tiflet, durante unas vacaciones, él y su hermano habían compartido a una puta. Describió con un sinfín de detalles cómo la habían tendido sobre el asiento trasero del coche, los ruidos que hacía y el hecho de que fuera ella quien había decidido darse la vuelta. Adil, como siempre, añadía cosas de su cosecha. «¡Fantasma!», le gritó Badr cuando Adil se puso a detallar sus proezas y juró que la chica había vuelto a su casa al día siguiente para pedirle más sexo. Cuando estaba acabando cuarto de secundaria, a Mia le parecía que todo giraba en torno al sexo. Ese era el rito de iniciación fundamental, esencial, y, para poder considerarse un adulto, era obligatorio haberlo hecho al menos una vez. Gracias a su madre, ella tenía una visión científica y anatómica del sexo. Sabía cómo te quedabas embarazada, y también le había hablado del sida, contra el que había que protegerse. Sin embargo, siempre la obligaba a mirar para otro lado cuando salían escenas de cama en la televisión.

En el patio del liceo circulaba la enciclopedia del sexo, en la que los chicos se basaban para practicar el arte de la masturbación. Con sus amigos, Mia vio por primera vez una película porno, *DallaX*, en el sótano de la casa de Badr. Sus padres estaban fuera y ella propuso liar un porro. Había practicado durante varios días y ahora dominaba la técnica a la perfección. Sacó dos finas hojas de papel del paquete naranja Zig-Zag y, con un movimiento rápido de la lengua, las pegó. En la pantalla, una

mujer se dejaba penetrar en un granero. Con los ojos fijos en los pechos de aquella extraña criatura, Mia deshizo lentamente la china de hachís que había comprado al salir de clase. Sentados en el sofá, los chicos se reían. Adil se puso la mano en su pene y Hakim, a quien esas cosas desagradaban, dijo que prefería marcharse a su casa. «¡Eres un gallina!», le gritó Adil, y Mia encendió el porro. Dio una profunda calada que la hizo toser y siguió mirando al hombre, que ahora estaba al volante de un Mercedes al que una nueva criatura se acababa de subir, y se echó a reír. Debajo de la manta, Adil se hacía una paja.

A Mia le encantaban los porros y más aún el sabor de la cerveza y del vodka con naranja. Para celebrar el fin de curso y sus excelentes notas, le permitieron ir a una fiesta. Cuando le pidió permiso a Mehdi —«Después de todo, pronto cumpliré los dieciséis»—, al principio le dijo que no. Luego, ante el rostro descompuesto de su hija mayor, añadió: «Pregúntale a tu madre», y todo se arregló. Aicha había traído de Francia un remedio milagroso para el acné y Mia llevaba varias semanas siguiendo el tratamiento. Los primeros días sufrió muchísimo y le suplicó a su madre que la dejara faltar a clase. «¡Cómo me voy a presentar con esta cara!» Las manos y el cutis estaban tan secos que creyó que la piel se le iba a cuartear y estallar en pedazos. Incluso la lengua se le descamó. Pero, al cabo de unas semanas, los granitos de acné habían desaparecido y el cutis se volvió igual de liso que antes.

La fiesta tenía lugar en Amnesia, la única discoteca decente del centro de la ciudad, donde antaño bailaron Mehdi y Aicha. Se comentaba que allí acudían el príncipe heredero y los alumnos del Colegio Real. En la acera, un enano disfrazado de Charlie Chaplin vendía rosas rojas. Una mujer, que vestía una chilaba gris y llevaba un bebé amarrado con un paño a su espalda, tendió la mano a Mia, pidiendo limosna. «¡Largo de aquí!», le gritó el portero de la discoteca. Ella sacó un billete del bolsillo y se lo dio a la mujer. Aicha la había advertido de los peligros de la noche. «No te subas al coche de alguien que vaya bebido.» «Ten cuidado con los niños que inhalan pegamento.» «No saques el dinero delante de todos.» Pero Mia no tenía miedo. Mientras hacía cola frente a la discoteca, pensó: «Ya no quiero seguir siendo inocente». Deseaba el peligro, y le vino a la mente el recuerdo de la novela *El húsar en el tejado* y la carta que había escrito la madre a su hijo Angelo, el joven protagonista: «Temo que cometas alguna locura».

Bajaron los peldaños sumidos en la oscuridad, pasaron por delante del guardarropa y se sentaron a una mesa al borde de la pista de baile, justo enfrente del enorme autobús que colgaba del techo como elemento decorativo. Badr y Adil se habían puesto camisa y cinturón de imitación Armani o Calvin Klein. Hakim era el más guapo. Había heredado los ojos verdes de Abdellah y la piel blanca de su madre rifeña. Sus rasgos eran tan finos, tan delicados, que de pequeño a menudo lo confundían con una niña. Se untaba el espeso cabello negro con gel fijador y se peinaba hacia atrás, como Andy García en *Los intocables de Eliot Ness*. Y todas las chicas soñaban con acariciar ese pelo acartonado. Mia no se alejó de la barra. Había gente pasando por delante, y ella invitaba a copas a algunas chicas a quienes hacía reír a carcajadas. Bebió vodka con naranja, pero no bailó. Todo le agradaba. La vibración de los altavoces y la música ensordecedora. El humo del tabaco, que irritaba los ojos. Incluso le gustaron la moqueta de terciopelo rojo y los sillones de escay negros, en los que los chicos estaban repantingados, con una botella delante. Los camareros corrían en todas las direcciones, llevando en una mano una gran cubitera con hielo y en la otra unos vasos apilados unos sobre otros.

Al cabo de una hora, los adolescentes estaban borrachos. Las chicas gritaron: «Me encanta esta canción», y dos de ellas se subieron a los podios para bailar contoneándose como en las películas y provocar a los chicos. Mia no se dejó arrastrar a la pista, ni por Michael Jackson ni por la *Lambada*. El *disc-jockey* puso a los Bee Gees y Mia oyó que la llamaban por su nombre. En la zona VIP, donde ella y sus amigos nunca se habrían atrevido a ir, vio a Selma. Su tía, con la mano apoyada en el bastón, le hizo una seña: «¡Ven!». Y, ante las miradas envidiosas de sus compañeros del liceo, se acercó a ella. Selma le presentó a sus amigos, pero no retuvo ningún nombre. ¿Qué más daba, de todos modos? «¿Qué estás bebiendo?», le preguntó su tía y, sin esperar respuesta, le sirvió un vaso del mejor vodka. «Di a tus compañeros que se vengan, si quieres; no me molestan.»

La zona VIP estaba algo apartada, con entrada desde la calle para proteger a las personalidades de las miradas de los demás. Desde allí, se podía ver sin ser visto, y Mia, cada vez más bebida, admiraba al público, que se contoneaba al ritmo de una canción de Donna Summer. Se sintió querida, emocionada, embargada por una alegría pura, dispuesta a dejar de contenerse, a revelar sus secretos. Se giró hacia Selma. Su tía le sonrió

y levantó su copa en su dirección. En su mente confusa, Mia pensó: «Ambas somos gente de la noche. La noche en la que ya nada importa».

Miraba a las chicas y estas la miraban. Se acercaban a ella y, a veces, las tomaba por los hombros y les murmuraba unas palabras muy dulces, muy tiernas, unos piropos que no asustaban, a diferencia de los de los chicos. Le encantaban las chicas que hablaban de trapitos y maquillaje. Le parecía bonito el *gloss* de fresa que se ponían en los labios. Admiraba sus vientres bronceados, los *piercings* que algunas se habían hecho en el ombligo, a escondidas de sus padres. En un momento dado, vio, al moverse la minifalda de una chica que bailaba, el brillo de sus bragas fucsia. Ella le hizo un gesto con la mano y la chica le devolvió el saludo, encantada de haber llamado la atención de Mia, una de las estudiantes mayores. Pronto —estaba segura de ello— ocuparía un lugar en lo alto de las escalinatas del liceo.

Durante el invierno de 1945, mientras estaba en Francia con las tropas bajo el mando del general De Lattre de Tassigny, luchando contra los alemanes, Amín conoció en la primera línea del frente a unos soldados estadounidenses. Unos tipos impresionantes que compartían con ellos los alimentos sin los cuales no habrían sobrevivido al frío glacial. Un día, en Mannheim, un encargado del almacén —de Wyoming o Montana, ya no lo recordaba— se ofreció a tomarles una foto a él y a sus hombres, de pie sobre su carro de combate Tiger. Habían hablado, en un francés chapurreado por parte del chico americano de apenas veinte años, y este les había contado que pronto regresaría a su pueblo, donde sus padres regentaban una granja con caballos. «Un verdadero *cowboy*», recalcó, golpeándose el pecho. Decía que si los hombres habían conseguido domar a los caballos, era porque estos nos veían a nosotros más altos de lo que éramos. «Sus ojos», insistía el vaquero, llevándose las manos a las sienes. Sus ojos sufrían un defecto óptico por el cual su visión distorsionaba la realidad.

Últimamente, Amín pensaba mucho en la guerra… Cuando caminaba entre las hileras de olivos de la finca, cuando sus noches estaban atravesadas por el insomnio o durante las interminables cenas en las que se aburría junto a Mathilde, se sumergía en sus recuerdos. Lo hacía a gusto, no para huir del presente, sino porque estaba convencido de que para él ya no había futuro. A sus setenta y tres años, todavía era un hombre vigoroso, capaz de caminar varios kilómetros y de leer sin gafas. Pero se sentía inútil. «Ya nadie me necesita», repetía para sí, sumido en la nostalgia. Cómo añoraba los tiempos en que ambos luchaban contra las humillaciones, totalmente volcados hacia un porvenir que debían construir para sus hijos. Lo habría dado todo, y en especial su tranquilidad, a cambio de volver a librar una batalla y de afrontar nuevos retos. Le disgustaba la forma en que Mathilde quería «disfrutar de la vida». Le avergonzaba vivir en una casa repleta de bibelots, sentarse en esos mullidos sillones de terciopelo cuyas borlas le hubiera gustado arrancar. Se sentía como una fiera salvaje atrapada en una casa de muñecas, y se repetía: «Se echa de menos la guerra. Se echa de menos».

La guerra era el ADN de este país, su identidad. Durante siglos, la guerra había otorgado un sentido a la vida, había decidido el orden del mundo. Luego llegaron los franceses, desarmaron a los hombres de las cabilas y estos se encontraron sin nada que hacer, sin trabajo, sin objetivos. También era verdad que habían sobrevivido. ¿Con qué fin? «Y ahora», refunfuñaba Amín, «somos demasiados. Demasiado numerosos».

Mathilde le tiró de la manga. «No te pares», le dijo, «estás bloqueando a los demás pasajeros». Avanzó por el estrecho pasillo del avión hasta la parte delantera y dejó que Mathilde se sentara cerca de la ventanilla. En su juventud, Amín había sentido una auténtica fascinación por Estados Unidos. Una tierra de pioneros y hombres valientes. Soñaba con convertir su finca en una pequeña California y se imaginaba en la piel de Cary Grant o Burt Lancaster, con mujeres tan bellas como Deborah Kerr de su brazo. Pero desde que Selim se había ido a vivir a Nueva York, todo había cambiado. Empezó a odiar ese país, las mentiras de Hollywood, y estaba convencido de que, al igual que el caballo, había visto a los americanos más grandes de lo que eran. Mathilde se descalzó y se puso unos calcetines de compresión. El comandante hizo un anuncio. Aterrizarían en Nueva York tras un vuelo de ocho horas. A la llegada, el tiempo estaría claro y soleado.

Era la primera vez que Amín iba a ver a su hijo. Hasta aquel momento, siempre había puesto excusas. El trabajo, evidentemente. La cosecha de aceitunas, de almendras, de naranjas; los abonos que había que esparcir, el sistema de riego que había que instalar. «De todos modos, él acabará regresando a casa.» Pero Selim no regresaba y Mathilde insistía. Durante un tiempo, alegó su miedo al avión. Le era imposible meterse allí dentro, la mera idea de volar sobre el océano le provocaba náuseas. Ella le comentó que, en cambio, no le molestaba volar a Oriente Medio, donde estaba explorando nuevos mercados, ahora que España y Portugal habían ingresado en la Comunidad Europea y las exportaciones de cítricos habían disminuido drásticamente. Sí, justo a Oriente Medio, y él le daba lecciones de geopolítica internacional a su esposa. Le decía: «Es que a los americanos no les caen bien los árabes, excepto los del petróleo. Nunca pondré un pie allí», pero Mathilde le había suplicado. ¿Qué tenía que ver su hijo con Bush y la política exterior estadounidense? ¡Ni que Selim fuese el culpable de que hubieran bombardeado el Líbano y abandonado a los palestinos a su suerte!

Durante el verano de 1990, Selim insistió. Pidió hablar con su padre por teléfono, algo que solo hacía, por lo general, el día de su cumpleaños o en la pascua del Aid-el-Kebir. Le contó que una galería de moda estaba organizando una retrospectiva de su obra y que no podía imaginar que sus padres no vinieran a verla. Les envió dos billetes en clase *business*, y Amín no pudo negarse. Y ahora tenía miedo. Miedo de hallarse ante ese hijo desaparecido desde hacía tanto tiempo, ese muchacho rubio y alto ante el que siempre se había sentido como un extraño. ¿De qué hablarían? ¿Qué los unía ahora? Selim vivía en el mismo edificio que Thomas Barrett, el hombre a quien le debía su carrera de fotógrafo. Un financiero y coleccionista de arte al que mencionaba en todas sus cartas y cuyas aventuras fascinaban a Mathilde. Amín no conocía a ese hombre y no deseaba conocerlo. Su hijo se refería a él como a un padre, un verdadero padre, e insistía en sus cualidades, su fortuna y su erudición. En su fuero interno, pensaba: «¿Y mi fortuna? ¿No es lo suficientemente buena para ti?». Estaba alterado por la ingratitud de su hijo y juzgaba su estilo de vida superficial y decadente.

La azafata, vestida con traje de chaqueta azul marino y tacones altos, pisó el freno del carrito. Amín miró sus pantorrillas, sus gruesas pantorrillas enfundadas en unos pantis de color carne. «¿Les apetece algo…?» Mathilde, emocionada, inició la conversación. Le contó que su hijo vivía en Nueva York. «Ha viajado por todo el mundo.» Mencionó su nombre. «Seguro que le suena», y la azafata, con una botella de champán en la mano, no tuvo tiempo de responder. «Han publicado sus fotos incluso en el *Paris Match*», y agitó ante ella un ejemplar de la revista con Carolina de Mónaco en la portada. Amín se pidió una Schweppes, que le sirvieron en un vaso de plástico, y comió, sin gusto alguno, la loncha de salmón y la rebanada de pan húmedo que yacían en su bandeja. Ligeramente bebida, Mathilde acabó quedándose dormida, con la cabeza apoyada en el hombro de su marido. Amín recogió la revista que se le había caído a ella al suelo y miró las fotografías de su hijo. Se detuvo en el retrato de una mujer de pelo rubio, muy corto, al estilo de un soldado de infantería, con unos ojos azules tan penetrantes como los de un animal salvaje y pecas en la nariz. Con un cigarrillo en la mano, le salía humo de sus fosas nasales. Pensó que una mujer así no podía existir y sintió una intensa excitación. No es que tuviera una erección, no, solo apenas. Y el sueño se apoderó de él mientras se imaginaba el cuerpo de aquella mujer

de rostro felino.

Aterrizaron en Nueva York al final del día. Amín tenía jaqueca y a Mathilde le costó calzarse. En la sala de llegadas se había formado una larga fila de pasajeros. Mientras esperaban para presentar sus pasaportes a la policía, Amín notó que un hombre alto y musculoso lo observaba fijamente. Llevaba una gruesa cazadora de cuero negra y, cuando se cruzó con su mirada, se bajó poco a poco la cremallera. Amín intentó apartar los ojos, pero se sintió irresistiblemente atraído por ese tipo extraño y vio brillar algo en el interior de su solapa. Negó con la cabeza. Se cruzó de brazos. Él no era estúpido. Quizá esos americanos creían que por venir de África él era bobo y manipulable. Se imaginaban que estaban aún en la época de las colonias, cuando sometían a pueblos enteros entregándoles baratijas o espejos rotos. Aquel tipo —aquel pervertido— estaba intentando venderle su chatarra. Un reloj de imitación, una cadena de chulo. Desvió la mirada. «Que busque a otro al que estafar», pensó, y empujó a Mathilde en la fila. Pero, por el rabillo del ojo, vio que el hombre se le acercaba. «Bueno, empieza el lío», dijo furioso. Mathilde no tuvo tiempo de preguntarle qué lío iba a empezar. El tipo se plantó delante de ellos. Se abrió un poco la cazadora y, enseñando algo que llevaba en el forro, susurró: «*Sir, please, would you follow me?*». Amín agarró a Mathilde del brazo.

«—Venga, déjanos tranquilos, no nos interesan tus baratijas.

—*Sir, please. New York Police. Do you understand?*»

Amín bajó los ojos y distinguió entonces la placa brillante en el bolsillo interior y, colgado del cinturón del funcionario, un revólver. Al principio, sintió miedo, miedo de que el agente le hiciera pagar por su actitud despectiva. Había visto películas policiacas y ya se imaginaba tendido en una celda mugrienta o esposado a una mesa en una pequeña habitación oscura, donde constantemente entrarían unos hombres a hacerle las mismas preguntas agotadoras. El policía, en cambio, resultó ser amable. Hablaba despacio, sonreía y los escoltó por un laberinto de pasillos. A la entrada de un cuarto, bajó la cabeza y extendió el brazo como un *maître* de un restaurante de lujo que te conduce a tu mesa. Parecía no darse cuenta de que Amín no entendía ni una palabra de inglés. «Esta gente se cree que todo el mundo conoce su idioma», le diría más tarde a Mathilde. Los hicieron esperar en una oficina de un sótano, repleta de expedientes y con olor a café barato y a tabaco. El agente se

había quedado con sus pasaportes y les indicó que esperaran en una silla. Amín fingió tranquilidad. Puso las manos sobre las rodillas y trató de pensar en otra cosa. En la próxima cosecha de almendras. En el estanque que iba a construir en la entrada de la finca. A un funcionario que pasó delante de ellos le preguntó si podía ir al servicio. El tipo se lo quedó mirando con los ojos como platos, y Amín, avergonzado, se dijo que era evidente que no iba a imitar con gestos lo que pretendía hacer en un váter. «El servicio», repitió, y el funcionario, sonriendo, lo condujo allí. Y fue entonces, al ver su reflejo en el espejo mientras se lavaba las manos, cuando lo entendió todo. Por eso lo habían detenido. Era obvio. Parecía el malo de las películas. Con el abrigo negro, el rostro moreno por el sol, el cabello gris y rizado, podría haber sido un espía iraní, un terrorista de Hezbolá, un palestino en el exilio que llegaba para preparar una toma de rehenes o un atentado.

Amín regresó a la oficina, donde Mathilde, con los ojos entornados y los labios pálidos, luchaba contra el sueño. El hombre de la cazadora de cuero regresó acompañado por una joven uniformada, cuyas enormes nalgas casi le impedían caminar. Nunca había visto a una mujer tan gruesa. Ella era quien llevaba su pasaporte. «¿Hablan ustedes francés?», preguntó. Daba vueltas y más vueltas al documento como si fuera ilegible. Mathilde puso la mano sobre el muslo de su marido. Temía que se enfadara, que se lanzara a gritar: «¿Ustedes no me quieren aquí? ¡Pues, entérense, yo tampoco tengo nada que hacer en su país!». La joven, que se expresaba en un dudoso francés, les preguntó dónde se alojarían y cuánto tiempo iban a quedarse en Estados Unidos. ¿Conocían gente aquí? Mathilde sacó entonces la revista del bolso y se la puso delante a la mujer. «Hemos venido a ver a nuestro hijo. Es un fotógrafo famoso. Incluso lo han publicado en el *Paris Match.*» Probablemente no fuera ese argumento el que convenció a la policía de fronteras, pero Amín recuperó su pasaporte y el agente le dio una palmada en el hombro. «*Have a nice time in America.*»

Lo ocurrido había puesto de mal humor a Amín. En la fila de espera de los taxis, advirtió a Mathilde: «No nos dejaremos engañar. Le pides que ponga en marcha el contador». Tuvieron suerte. El conductor era de origen libanés y les hizo muchas preguntas sobre Marruecos, adonde soñaba ir algún día. El trayecto les resultó interminable y en medio del tráfico se sentían como niños perdidos en un mundo demasiado grande

para ellos. Al cabo de una hora, el taxi paró delante de un gran edificio negro que parecía más un hangar o un almacén que un alojamiento decente. Descargó el equipaje del coche, Mathilde le pagó, y él esperó, con las cejas arqueadas, a que ella le diera una propina. Tardó un tiempo en entenderlo y se la dio. Y allí estaban, en mitad de la acera, en aquella calle inundada por un olor a cebolla frita y a alquitrán. A lo lejos se veían unos muelles abandonados, y ante ellos pasaron tres muchachos riéndose y vestidos con una ropa provocativa. Mathilde, desamparada, tenía en la mano el papel en el que había anotado la dirección de su hijo. «¿Estás segura de que es aquí?», preguntó Amín, y ella podría haberlo matado por hacer una pregunta tan tonta. Le sonrió, a pesar del cansancio y la ansiedad que la invadían. «Sí, debe ser aquí. Es el número correcto, no lo entiendo.» Estaba a punto de echarse a llorar cuando oyó la voz de su hijo. Se giró. «¡Aquí arriba, mamá!» Selim estaba asomado al balcón del segundo piso y agitaba la mano. «Ten cuidado, cariño, no te inclines tanto, no te vayas a caer.»

Mathilde abrazó a su hijo. Le dijo que lo encontraba demasiado delgado y que parecía cansado. Le acarició la cara. «Todos te mandan besos», y citó los nombres de los vecinos, de los amigos de Meknés, del viejo médico y del dentista. Según su madre, estaban preocupados por Selim y lo echaban de menos. «¡Qué detalle!», respondió, aunque los nombres de Amrani, Slimani o Kabbaj no le sonaban de nada. «¿Qué tal el viaje?», les preguntó. Y Amín, que no quería quitarse el abrigo, le contó el episodio con el policía y que el taxista les había exigido una propina, aunque apenas los había ayudado. «Estaréis cansados», concluyó Selim, y les pidió que lo acompañaran dentro. Cargó con sus maletas y los precedió por la gran escalera blanca, sin barandilla, que ocupaba el lado derecho del salón. Entraron a la habitación y ambos se miraron. Les saltó a la vista el cuarto de baño separado del dormitorio por una fina cortina de gasa transparente, con el váter justo a la derecha de la cama. ¿Su hijo realmente pensaba que iban a hacer pis uno frente al otro? ¿Se imaginaba que Amín se ducharía ante los ojos de su esposa o que la miraría mientras ella se lavaba? Mathilde acarició la palma de la mano de su marido. Un gesto furtivo, cariñoso, familiar, que significaba «contrólate». Abrió su maleta y empezó a sacar los regalos que le había traído a Selim. Una bolsa de naranjas del huerto, cuernos de gacela —la entristeció que la mitad de las pastas de té se hubieran roto en la caja— y miel de almendro. Se sentó

en la cama de espaldas al váter, mirando a la pared. «Estoy agotada. Creo que si apoyo la cabeza en la almohada, me quedaré dormida enseguida.»

A la mañana siguiente, mientras bajaban por las escaleras a desayunar —Amín se había duchado a oscuras, se había enjuagado mal el pelo y le picaba el cuero cabelludo—, creyeron ver a una mujer en el salón. De pronto, desapareció, como un antílope al oír el crujir de una mandíbula, y se quedaron solos frente a su hijo. Selim estaba de pie, en un rincón que hacía las veces de cocina y, detrás del mostrador, echaba agua hirviendo en una cafetera italiana. Mathilde no podía quedarse quieta mirándolo preparar el desayuno, así que empezó a moverse de un lado a otro. «Siéntate», insistió Selim. Pero ella abrió la nevera, sacó una caja de huevos blancos y enormes y le propuso hacer una tortilla. Mientras colocaba los platos sobre el mostrador de la cocina, Selim les preguntó qué planeaban hacer durante el día. «Hoy no puedo quedarme con vosotros. Tengo que estar pendiente de los últimos detalles en la galería para asegurarme de que todo esté perfecto para mañana por la noche.» Se giró sobre el alto taburete en el que estaba sentado y, mirando a su padre, añadió: «El caso es que os sintáis orgullosos de mí». Hablaba francés de un modo extraño. Sus frases estaban salpicadas de palabras en inglés y a veces dudaba antes de conjugar un verbo. Amín incluso se preguntó si no tendría un ligero acento. ¿Era posible que alguien se olvidase de su idioma? ¿El idioma en el que te criaste, el idioma de tus padres y el de las primeras palabras de cariño?

Estuvieron caminando por la ciudad. Mathilde llevaba una guía en la mano, sabía con precisión los lugares que visitar. Broadway, Times Square, la Quinta Avenida. Había hecho una lista de las personas a quienes debía comprar algún regalo. Mia, Inès, Aicha y también las chicas de la finca, las amigas de Rabat y el dentista, que siempre era muy amable con ella. En la Quinta Avenida se volvió medio loca. Se comportaba como una drogadicta a la que hubieran llevado a un fumadero de opio. Quería entrar en todas las tiendas, verlo todo, probarlo todo, comprarlo todo. Mathilde temblaba ante tanta belleza, ante la amabilidad de las dependientas, ante lo deseables que eran los objetos. Vaqueros y zapatos, vestidos de lino lo suficientemente acampanados para ocultar sus curvas, una chaqueta safari de Ralph Lauren, unas sudaderas que llevaban escrito *I love New York*. Con el paso de las horas, perdió el control. En las tiendas,

Amín esperaba en una silla mientras ella se probaba blusas o elegía un regalo. De vez en cuando, se giraba hacia él: «¿Y esto qué te parece? Le gustará a Inès, ¿verdad?». Pero a ella no le importaba en absoluto su respuesta y se giraba de nuevo hacia la dependienta, dirigiéndose a ella en inglés con acento alemán. Almorzaron en Times Square, en una pizzería abarrotada de gente donde había que hacer fila cargando con la bandeja de plástico, entre turistas y estudiantes que hablaban en voz muy alta. A Amín no le gustó la ciudad. Las sombras proyectadas por los altos edificios y el viento helado que soplaba en las calles. Pensó: «A pesar de sus coches enormes y sus rascacielos, siguen pareciéndose al tercer mundo». Ellos también tenían a sus miserables, tirados en las aceras, con las pupilas dilatadas y empapados en su propia mierda.

Regresaron a casa de Selim agotados, con las piernas pesadas y los brazos llenos de paquetes. Amín solo quería una cosa: descalzarse y tumbarse en la cama. Pero Selim los esperaba en el salón. Una mujer estaba sentada en el sofá claro, y sobre la mesita baja había copas, una botella de vino blanco y verduras crudas cortadas en trocitos. Amín dedujo que era la mujer de rostro felino y se inclinó para estrecharle la mano a Cynthia Barrett. Sus muñecas eran tan finas que él podría habérselas roto. De una delgadez casi irreal, era más alta que Mathilde. Esta no dejaba de observarla. Aquella mujer la fascinaba, porque intuía que había algo entre su hijo y ella, y porque venía de otro mundo. Nunca había visto a mujeres así, salvo en las películas. Les habló en francés. «Me encanta Francia. De pequeña íbamos allí todos los veranos.» Se quedó mirando las bolsas que llevaba Mathilde y sonrió: «Por lo que veo, habéis estado de compras». Mathilde pensó que se trataba de una invitación a que le enseñase lo que había comprado y se puso a sacar todo de las bolsas. No se imaginaba que luego Cynthia se burlaría de ella, que le diría entre risas a Selim: «¿Dónde viven tus padres, detrás del Telón de Acero?».

Selim elogió el buen gusto de su amiga, era ella quien había decorado la casa, y Mathilde, mojando un trocito de coliflor en una salsa espesa, asintió. «Sí, todo es muy bonito», dijo, «muy sencillo». Cynthia le sonrió. «Depurado», puntualizó, «odio los bibelots». Mathilde se levantó. Recogió sus cosas esparcidas por el sofá y las metió en las bolsas. «Odio los bibelots», se dijo a sí misma durante toda la velada, convencida de que Cynthia lo había dicho por ella. Para ofenderla. «Odio los bibelots», y

aquella jirafa rubia probablemente creía que tenía mucho mejor gusto que ella. La jirafa no comió nada en la cena, apenas una o dos hojas de lechuga, y no paró de hablar. De sus viajes, de su marido —al que llamaba por su apellido, Barrett—, cuyo talento elogiaba. Thomas Barrett había conocido a Selim en Ibiza, donde vivía entre los hippies. «Ibiza, ¿han estado allí?», preguntó. Poseían una casa en esa isla, que habían adquirido por una miseria. Ella la había decorado por completo. A Barrett le hubiera gustado acompañarlos esa noche, pero estaba en Trancoso, un antiguo pueblo de pescadores en la costa brasileña donde acababa de comprar treinta hectáreas de terreno. Cuando evocaba a su marido, sus propiedades, sus éxitos y su increíble olfato para los negocios, su voz adquiría un tono estridente, como si hubiera aspirado un globo de helio. A Mathilde le molestó aún más que Amín sonriera por primera vez en todo el día, con una sonrisa de bobo, a la mujer de rostro felino. Barrett había comprado este edificio, en la Décima Avenida, entre las calles 20 y 21, y también unos antiguos talleres de confección en Chelsea para alquilarlos a artistas. Cynthia se quejó del barrio. «Exceptuando el International Market, que solo tiene de internacional el nombre, no hay comercios. Tengo que caminar varios kilómetros para encontrar una panadería.» Tres meses antes la habían asaltado en el portal. «Eran unas niñatas de apenas doce o trece años. Negras.» Amín y Mathilde se miraron. «Me siguieron y, cuando entré en el edificio, una de ellas me apuntó con una pistola y me quitaron el bolso, el reloj y mi anillo de compromiso. Puse una denuncia y a los pocos días la policía me llamó. Habían localizado mi monedero en casa de las chicas. Con el dinero se habían comprado hamburguesas. En cuanto al arma, en realidad era de juguete.»

Por la noche, acostados en la cama, Mathilde y Amín pensaron en las chicas y en la pistola. ¿Cómo podía su hijo vivir en un lugar así, caminar por unas calles infestadas de ratas debido a los muelles cercanos? ¿Soportar el ruido, esa especie de vibración continua que salía de los bares de la esquina? Y luego estaban esos hombres que pasaban por debajo de sus ventanas, vestidos con una ropa que Amín nunca hubiera imaginado, ni siquiera en sus peores pesadillas. ¿Selim se había olvidado por completo de dónde venía?

La exposición tenía lugar en una galería del Soho. Mathilde llevaba un

vestido nuevo que le comprimía el estómago y se juró que comería lo menos posible. De todos modos, allí no había nada que comer. El local, bastante estrecho, estaba lleno de gente y, al fondo de la sala, sobre una mesa cubierta con un mantel blanco, se servían copas de champán. Amín y Mathilde se abrieron paso entre el público. Una mujer gigantesca, vestida con un traje de chaqueta oscuro, se mordisqueaba las patillas de las gafas, ensimismada. Unos chicos filiformes y melenudos se agarraban de los hombros e iban al servicio en pareja. Por primera vez en muchos años, Amín cogió la mano de su esposa y la apretó. ¿Qué estaban haciendo ellos allí? Ella debería haber intuido que sería humillante, que parecerían dos paletos, dos imbéciles, y la responsabilizó de aquel desastre. «Buscamos a Selim y nos vamos.» Allí estaba su hijo, rodeado por unas diez personas —Cynthia, la galerista, algunos admiradores—, y, cuando vio a sus padres, les hizo una seña para que se acercaran al grupo. Mathilde, que hablaba bien inglés, intervenía en la conversación. Amín se quedó allí unos minutos, con la sonrisa congelada; luego, discretamente, se fue alejando. Volvió a cruzar la galería, ahora más despacio, prestando atención a las fotografías colgadas de las paredes. No sabía nada de arte. Nunca había llevado a sus hijos a un museo y era incapaz de citar el nombre de algún fotógrafo famoso. Le llamó la atención el retrato de un anciano con una túnica gris y la cabeza cubierta por un turbante. Se acercó y no pudo evitar descubrir que se parecía a él. La misma cara morena, como una estatua de arcilla que hubieran dejado secar al sol. Las mismas manos gruesas y la misma decoloración del iris. Aunque la cartela estaba en inglés, entendió que la foto había sido tomada en Egipto, a orillas del Nilo. «Ese tipo es un campesino, apostaría a que lo es», se dijo. Al igual que él, era un provinciano inculto y torpe.

Amín no sabía gran cosa de la belleza. Para él no era más que una emoción, un calorcito en el pecho imposible de traducir o justificar. Pese a que se sentía incapaz de juzgar si su hijo tenía talento, sintió ese calor al ver el retrato. La cabeza le daba vueltas. Estaba sofocado y temía perder los estribos, sufrir una de esas crisis en las que no se controlaba. Salió a la calle a respirar el aire de la noche. Una mujer cruzó corriendo por el paso de peatones. Llevaba bigudíes de plástico en el pelo. Por primera vez desde su llegada, sintió la agitación de la ciudad, que parecía estar gestando algo constantemente.

Selim apareció frente a él, con una copa en la mano.

«—Te buscaba. Mamá estaba preocupada. ¿No quieres entrar?

—No entiendo lo que dice la gente. Y necesitaba tomar un poco el aire.»

Selim se apoyó contra la pared, junto a su padre.

«—¿Qué te parece la exposición?

—Está muy bien. Me gusta la foto del campesino del Nilo.

—Sí. A mí también me gusta mucho. —Selim sacó un paquete de Marlboro del bolsillo. Extrajo un cigarrillo y jugó con él, girándolo entre el pulgar y el índice. A sus cuarenta años, todavía temía la mirada de desaprobación de su padre—. Inicialmente, era un reportaje para una revista. Pero es difícil vender estos temas a los periódicos americanos.

—No les caen bien los árabes.»

Selim sonrió.

«—Es verdad que no se interesan mucho por el resto del mundo. Aparte de las fotografías del hotel La Mamounia de Marrakech, nunca he conseguido publicar mis reportajes sobre Marruecos. —Bebió un sorbo de champán.

—¿Te vas a quedar aquí? —le preguntó Amín.

—Me gustaría, pero debo entrar. Toda esa gente ha venido a verme.

—No, me refería a Nueva York. ¿Te vas a quedar aquí?»

Selim se giró hacia su padre. Se quedó mirando sus hermosos ojos tristes y, por primera vez, notó que Amín era tímido, que estaba impresionado. No sabía qué decirle.

«—Porque está la finca, ¿me entiendes? Y yo no soy eterno. Así que me planteaba que hablásemos de ello…

—Claro, lo hablaremos. Entremos. Mamá se preguntará por dónde andamos.»

Mathilde ni siquiera había notado la ausencia de ambos. Estaba charlando con una pareja —potenciales compradores— absorta por completo en lo que les contaba. «Aquí está», dijo, señalando a su marido. «*The romantic soldier*», y se echaron a reír. Amín alzó las cejas, como diciendo: «Sí, soy yo». Sin embargo, le había advertido a Mathilde que no bebiera demasiado champán porque el alcohol enseguida se le subía a la cabeza. De hecho, era extraño considerando que estaba rellenita. ¿Acaso la grasa no absorbía el alcohol? Estaba hablando muy rápido. Decía una y otra vez «*Morocco*», y Amín entendió que estaba describiendo su llegada a Meknés en 1945. «*It's like a novel!*», exclamó una mujer con el cabello

recogido con una diadema de terciopelo granate. «Dice que parece una novela», tradujo Mathilde, como si acabaran de hacerle el mayor cumplido. «No, no es una novela», se dijo Amín, rabioso por dentro. No soportaba el modo que tenía su esposa de deformar sus vidas, de expresarlas con palabras. A saber qué más había inventado, qué detalles había omitido o, por el contrario, añadido. Siempre era una mentira. En cuanto contaba una historia, se convertía en una mentira. Mathilde era tan romántica. Tan desesperadamente romántica. Incluso a su edad, sesenta y cuatro años, reaccionaba como una niña pequeña. Aquel invierno, había llorado mucho la muerte de una de sus amigas y se había desesperado por Hamza, el viudo, que había visto partir a su gran amor. Mathilde juraba que él no sobreviviría a su esposa y, durante varias semanas, le había llevado platos gratinados y pasteles de nata. Y, luego, hacía apenas un mes, coincidió con Hamza en un restaurante y lo vio acompañado de una chica más joven que Aicha. Mathilde se llevó un disgusto enorme y le dijo a Amín: «Tú también te consolarás enseguida».

Para el fin de semana, Selim propuso visitar el nuevo Museo de la Inmigración en Ellis Island y la Estatua de la Libertad. Tomaron un transbordador en Battery Park. Hacía un tiempo estupendo, el sol reverberaba en el agua, y, a Amín, la ciudad de acero y hormigón le pareció más suave, más armoniosa. Selim llevaba una cámara de fotos colgada del cuello y, de vez en cuando, se la acercaba a la cara, hacía un ajuste rápido y sacaba una fotografía. En la parte delantera de la embarcación se había sentado un grupo de turistas franceses. Era una familia, supuso Amín, pues creyó identificar a los abuelos, a dos hijas con sus respectivos maridos y a los nietos, dos adolescentes pendientes de su flamante Game Boy. El abuelo, cuyo vientre era tan redondo como el de una mujer embarazada, leía un folleto al resto de la familia. De vez en cuando alzaba la voz y dirigía una mirada desilusionada a los chicos. Cuando apareció la Estatua de la Libertad, el grupito se agitó, al igual que el resto de los pasajeros. Los adolescentes se levantaron y dejaron de jugar. La estatua era aún más grande, más imponente de lo que Amín se había imaginado. Allí se erguía, como un faro, y en el ferri los turistas dieron gritos de entusiasmo. El abuelo, a la manera de un buen guía, repitió lo que había leído sobre ese «símbolo de Estados Unidos» y agregó: «Es como si estuviéramos en una película, ¿verdad?».

Selim se acercó a su padre. Le puso la mano en el hombro, mientras dirigía la mirada hacia el rostro de la estatua. «¿Recuerdas al campesino del Nilo?», le preguntó. «Pues cuentan que Bartholdi, el escultor, tomó de modelo a una campesina egipcia. A una árabe. Originalmente, la estatua debía estar en el Canal de Suez.» Amín sonrió y Selim agarró la cámara de fotos. «No te muevas, papá», y, antes de que Amín pudiera reaccionar, pulsó el disparador.

Desembarcaron en Liberty Island. Junto al muelle, una tienda vendía antorchas de plástico y diademas en forma de corona. «¿Queréis subir hasta la corona?», les preguntó Selim, pero Mathilde soltó una carcajada y se negó. «Bueno, al menos subid al pedestal. Desde ahí hay bonitas vistas.» Amín buscó con la mirada a la familia francesa y, especialmente, a los dos adolescentes. Se preguntó si habrían guardado su videoconsola y se habrían dejado llevar, como él, por la magia del lugar. ¿Qué representaba Estados Unidos para aquellos franceses de quince o dieciséis años?

Se acercaron al pedestal. Allí estaba el abuelo, seguido de sus nietos.

«—¿Sabéis por qué la corona tiene siete puntas? —Los adolescentes se encogieron de hombros—. Representan los siete mares y los siete continentes…

—Creía que había cinco continentes —añadió uno de los chicos, con una risita sarcástica.

—Por una vez, podríais intentar aprender algo, ¿no? Escuchad esto —dijo, y les habló del poema de Emma Lazarus, grabado en una placa de bronce al pie de la estatua. Se aclaró la garganta y leyó el texto que figuraba en la guía—: "Dadme a vuestros pobres, a vuestros agotados, / a vuestras innumerables masas que aspiran a vivir libres, / los desechos de vuestras costas superpobladas. / Enviadme a los desheredados, que me los traiga la tempestad. / ¡Alzo mi luz junto a la puerta dorada!".

—¡No he entendido nada! —Y los dos adolescentes se echaron a reír.»

Los «desheredados». La palabra impresionó a Amín. La libertad y su antorcha, Nueva York y sus rascacielos, todo aquello estaba bien para quienes no tienen nada. ¿Pero su hijo? Su hijo no era uno de ellos. No huía ni de la guerra ni del hambre ni de la pobreza ni de la persecución. Amín no lo entendía. ¿Por qué se había ido Selim de Marruecos? ¿Y por

qué no sentía deseos de regresar? Los inmigrantes, los desgraciados no habían dejado tras ellos más que desolación. ¿Pero su hijo…? ¿Acaso él mismo no había estado a la altura de la herencia de su padre? Había cumplido con su deber y, en lugar de ser libre, se había arraigado en un lugar. Había labrado la tierra, la había hecho fructificar, había sufrido y luchado. Ese era el orden de las cosas. Todo el mundo quiere heredar. Era el motivo por el que se desgarraban las familias, por el que los hermanos no se hablaban con las hermanas y los nietos se ignoraban entre sí. Quizá algún día esos dos adolescentes franceses se peleen por el reloj de pulsera de su abuelo, por algún viejo reloj de pared o por una cómoda de madera noble. ¿Qué había hecho mal para merecer esto, para tener unos hijos que no querían saber nada de él?

Durante el resto de la visita, Amín permaneció en silencio. Ensayaba en su mente lo que le diría a su hijo antes de regresar a Marruecos. No se trataba de suplicarle, sino de invitarlo a asumir su responsabilidad. A comportarse como un hombre. Regresaron a Manhattan pasadas las dos de la tarde. «¡Me muero de hambre!», exclamó Mathilde, y Selim sugirió que se sentaran a comer en el Empire Diner. Amín pidió un filete —«Dile que lo quiero bien hecho»—, y Mathilde, unos huevos con beicon. «En Marruecos la charcutería no es muy allá, que digamos.» Al día siguiente volarían de regreso a Casablanca y Amín tuvo reparo en iniciar una conversación seria y arruinar la comida. Pero había que enfrentarse a la realidad. Él era el hombre más longevo de su familia. Todos habían muerto en la flor de la vida —su padre, sus hermanos—; él era el único que había disfrutado de la protección de Alá. ¿Por cuánto tiempo más?

«Tenemos que hablar de la finca.»

Mathilde, con la mirada puesta en los huevos al plato que se estaba comiendo, les echó kétchup.

«—Me gustaría que resolviéramos nuestros asuntos, que vinieras a Meknés para ponerte al corriente de la marcha del negocio. Desconocemos qué puede pasar. Marruecos atraviesa un periodo difícil. Por el momento, el rey nos protege, aunque él tampoco es eterno.

—¡Ah, claro, ese es el problema con la monarquía! Es como esos sobres sorpresa. ¡Nunca se sabe qué nos deparará el próximo rey!»

Selim creyó que los haría reír. En lugar de eso, vio a su padre darse la vuelta hacia su madre y a esta gesticular abiertamente.

«¡Qué imprudencia decir algo así…!», susurró Mathilde, como si el restaurante estuviera plagado de micrófonos ocultos o como si detrás de la barra se escondiera un espía. Selim entendió entonces que sus padres tenían miedo. Sus cuerpos, sus gestos estaban impregnados de miedo. No sabían lo que era ser libre. Alzar la voz. Decir lo que cada cual opina. «La libertad», pensó, «es una memoria del cuerpo, de los músculos; un movimiento», y recordó la primera vez que presenció una manifestación en las calles de Nueva York, a principios de los años setenta. Se había acercado al grupo de jóvenes que protestaba contra la guerra y, despacio, alzó la mano e hizo la V de la victoria con los dedos medio e índice. Y no había sentido miedo.

Amín se aclaró la garganta y continuó hablando: «Tu madre y yo hemos trabajado toda nuestra vida para daros este patrimonio. Y no puedo tolerar que, tras nuestra muerte, la finca quede abandonada. Tienes responsabilidades, ¿lo entiendes? En la vida, uno no hace lo que quiere, y nuestra tierra debe seguir siendo de los Belhach».

Selim cogió el bote de kétchup y lo agitó suavemente. ¿Un campesino? ¿Así lo veía su padre? «Como quieras, papá. En cuanto termine la exposición, me sacaré un billete.»

Hakim cruzó el patio y bajó a los servicios de los alumnos. Se apoyó contra la pared de las aulas de idiomas y vio a Mia en lo alto de la escalinata que conducía a las instalaciones deportivas. Ella le hizo un gesto para que se acercara, pero no se movió y encendió un cigarrillo. Experimentaba sentimientos contrapuestos por su amiga de la infancia, una mezcla de admiración y de celos, un deseo de protegerla y de castigarla a la vez. Le encantaba hablar con ella de libros y de política. Era la única que estaba interesada en la literatura y que leía por placer y no para sacar buenas notas. La única a quien podía mostrarle un pasaje subrayado al final de un capítulo. Alzaba sus ojos brillantes hacia Hakim, con la expresión de entender lo que a él le emocionaba en esas frases. La envidiaba por ser a la vez una chica con carisma, a la que invitaban a todas las fiestas, y una estudiante brillante, a quien los profesores colmaban de elogios. En los guateques no era de las que se contoneaban o se maquillaban en el baño. Por lo general, se la podía encontrar al fondo de una callejuela, bebiendo latas de cerveza, sentada sobre el maletero de un coche. Nunca se emborrachaba y aguantaba el alcohol mejor que la mayoría de sus compañeros de clase. Inventó un juego que consistía en aspirar una calada de un grueso canuto cónico cada vez que Bob Marley decía *jamming* en la canción del mismo nombre. En el momento del estribillo, la mayoría de los chicos se ahogaban. Mia se reía. Hakim también envidiaba su confianza en sí misma e incluso su virilidad, la manera de sujetar a las chicas por los hombros o la cintura, de llevar la mochila o de sentarse con las piernas abiertas y la gorra echada hacia atrás. Al igual que los chicos, caminaba sacando pecho y parecía decir que nada podía afectarla y que estaba hecha para dominar. Nadie se hubiera atrevido a burlarse de ella como se burlaban de Yanis, a quien todos trataban de mariposón, mariquita, afeminado, y al que incluso encerraron toda una mañana en el armario escobero del colegio. A las chicas les caía bien Mia. Confiaban en ella. La abrazaban, la besaban en el cuello o incluso en los labios, rápidamente, antes de soltar unas risitas tímidas o ruborizarse. Hakim solo había besado a una chica el verano anterior en la playa de Buznika. Besos con lengua largos, torpes y babosos. Se llamaba

Muna y, entre dos bungalós, únicamente le había acariciado los pechos, pues era inconcebible llegar más lejos. Muna era de gente bien, como ella misma recalcaba, una *bent nass* que no perdería su virginidad antes del matrimonio y que creía en el amor verdadero. Las chicas de gente bien se dejaban besar, lamer, acariciar, pero no penetrar. Y precisamente porque había chicas de gente bien era por lo que los chicos se veían obligados a hacerlo con prostitutas o incluso entre ellos. Mia, se dijo Hakim, era la chica sin consecuencias. Una especie de chico. Con ella no había riesgo de que perdiera el himen ni la reputación.

Sonó el timbre de inicio de clase. Hakim señaló su reloj, dándole unos golpecitos. Mia se quitó la gorra y, cuando se le iba acercando, él pensó que todavía tenía una cara de niña pequeña. Un rostro inocente que contrastaba con su gran estatura, sus anchos hombros, su seguridad al andar. Los pómulos altos, la mirada triste y oscura lo devolvían cada vez a ella, lo conmovían. Las chicas en minifalda se levantaron y ellos las siguieron por los pasillos y luego por las atestadas escaleras donde los alumnos de primero de bachillerato, como un dócil rebaño, se dirigían a sus aulas. El profesor Duchamp estaba en el pasillo, sosteniendo con el pie la puerta que conducía a las escaleras de emergencia. Estaba fumando un cigarrillo liado y, al ver a los alumnos de su clase, hizo un gesto de impaciencia con la mano: «Venga, venga, deprisa». Llevaba su impecable pantalón de algodón azul celeste y una fina camisa de lino beis abierta hasta la mitad del pecho, por donde asomaba un vello pelirrojo.

Duchamp era nuevo en el liceo Descartes. Había llegado a finales de agosto de 1990 para enseñar Historia y Geografía, y sus colegas le habían advertido a propósito de la clase de primero de bachillerato, más rebelde e insolente que la media. Esos niñatos de dieciséis años eran un verdadero incordio. Colette Rivière, la profesora de Lengua Francesa, le había contado la broma pesada de la que había sido víctima el curso anterior. En una de sus redacciones, Yasin, un alumno mediocre, citaba una y otra vez al escritor marroquí Abdellah Muchtachfin. Eran unas citas incomprensibles y pomposas que sospechaba que eran de su propia cosecha. Cuando ella le devolvió su ejercicio, en el que había subrayado en rojo la nota de cinco sobre veinte, él protestó y la acusó de racista y de no interesarse por la literatura marroquí.

«—Estoy deseando aprender —lo desafió Colette Rivière—. Tráeme

un libro de ese Muchtachfin y estaré encantada de darte mi opinión.

—Voy a hacer algo mejor. Conozco al escritor y lo voy a invitar a la clase.»

Colette Rivière se sintió culpable. Se cuestionó a sí misma, acusándose de falta de curiosidad por sus alumnos y por el país que la acogía. Y cuando el famoso escritor se presentó en su clase, ella lo recibió con deferencia y sincero interés. El novelista no hablaba francés y Yasin se ofreció a hacer de intérprete. En el aula, los alumnos se reían y Madame Rivière dedujo que era por el traje barato del escritor, su aspecto descuidado, sus zapatos cubiertos de polvo. Solo unos días después supo que el hombre de mirada asustada que se había sentado en la tarima y que se limitaba a responder sí o no era en realidad el chófer de Yasin. Un pobre tipo analfabeto al que los niños ricos habían obligado a representar aquel desolador espectáculo.

Tras aquel incidente, Duchamp se mostraba, pues, desconfiado, y, desde el inicio del curso escolar, imponía una férrea disciplina en su clase. Al menor ruido, ponía un castigo o blandía el borrador de la pizarra, dispuesto a tirárselo a la cara a algún alumno. Ese día, la lección versaba sobre el tercer mundo y el profesor puso varias veces a Marruecos de ejemplo. Mencionó la tasa de analfabetismo, las estadísticas sobre la extrema pobreza y comparó la situación del reino con la de los llamados países desarrollados. Con los ojos fijos en los diagramas rosas y verdes de sus libros, los alumnos parecían molestos, enfadados. Al fondo del aula, algunas chicas empezaron a armar jaleo. «¡Cállense!», gritó Duchamp. Le pidió a Hakim que se cambiara de sitio y obligó a Abla, que siempre se sentaba en la última fila junto al radiador, a que se pusiera al lado de Mia. Harían una presentación juntas.

Abla soltó un hondo suspiro para hacer reír al resto de la clase y se dirigió, sin mucho entusiasmo, a la primera fila. Mia se quedó mirando su estuche de plástico transparente, los bolígrafos con los capuchones mordisqueados y el cuaderno, con una letra redonda y uniforme. Era guapa, una de las que se situaban entre las tres primeras de la lista de *tías buenas* del curso. Tenía la piel muy clara, el pelo tan liso como el de las europeas y las piernas ligeramente arqueadas. Su hermano, Kamel, era una celebridad. Se pasaba el día en la cafetería con los últimos de la clase y había suspendido el examen de bachiller. Se decía que le gustaban las peleas y que, al salir de las discotecas, llevaba llaves entre los dedos para

golpear a la gente en la cara. Hasta aquel momento, Mia nunca había prestado atención a Abla. Se portaba bien en clase, era algo aburrida, sacaba una notas mediocres. Era una de esas chicas protegidas por sus padres como si fueran un tesoro, y no la dejaban salir de noche ni ir a la playa los sábados con sus amigas.

Mia la invitó a su casa para que prepararan la presentación y descubrió que era muy diferente fuera del liceo. Sentada en el coche, detrás del chófer que enfilaba la avenida de Zaers, le confesó a Mia que la admiraba por sus notas y que también le gustaría ser una buena alumna. «Los libros no son lo mío», le dijo, y Mia no pudo evitar sorprenderse. No le gustó el tono con el que dijo «libros». Se instalaron en la habitación de Mia, que fue a buscar una silla de la cocina y la colocó frente al escritorio. El mes de octubre comenzaba, y en el jardín los álamos habían adquirido un tono marrón dorado. Coco, el loro, estaba sobre una rama de las buganvillas y gritaba: «¡Fatima!». Mia abrió su cuaderno de Historia y le habló del libro *El África negra ha empezado mal* de René Dumont, que su padre le había dado a leer, y de la hambruna en Etiopía, sobre la que Michael Jackson había compuesto una canción. Abla la miraba fijamente como si le hablara en un idioma extranjero. «¡Cuántas cosas sabes!», dijo.

Obtuvieron una buena nota en la presentación. Mia no le confesó que, si la hubiera escrito con Hakim, como de costumbre, habría sacado mejor calificación y el profesor los habría felicitado. ¡Pero Abla parecía tan contenta cuando recibió su ejercicio con la nota de diecisiete sobre veinte escrita en rojo! A partir de entonces, a menudo le pedía a Mia que la ayudara con sus deberes. Vivían a pocos metros la una de la otra, y el chófer las acompañaba casi todas las tardes. Escuchaban casetes de Patricia Kaas, y Abla cantaba a pleno pulmón con Inès *Les hommes qui passent*. Mia no podía evitar pensar que Abla era a veces tonta y superficial. Le costaba entender ejercicios muy sencillos y, aunque ella le decía «no es culpa tuya, soy yo la que explica mal», lo seguía pensando. Abla no había leído nada, solo veía series americanas por televisión y mascaba chicle con la boca abierta. No tenían nada en común. Su amiga vivía en una casa sin calefacción, decorada con un mal gusto que habría provocado sin duda las burlas de Aicha. Unos divanes con una tapicería de organza brillante, lámparas de vidrio soplado multicolor y grandes sillones con reposabrazos dorados. No había biblioteca, y de la pared colgaba una placa de mármol negro en la que estaba grabada, en letras

doradas, una sura del Corán. Los padres de Abla eran muy diferentes de los de ella: habían peregrinado a La Meca, no bebían alcohol y estaba claro para todos que Abla nunca se casaría con un no musulmán. Trataban a Kamel, el hermano mayor, como a un semidiós y, aunque había repetido curso y acumulado avisos del liceo, le habían regalado un coche y una tabla de surf. Mia le contó cosas de su familia y a Abla parecieron gustarle esas historias de una abuela alsaciana, de Navidades en el campo, y se quedó boquiabierta cuando le comentó que su padre a veces la dejaba beber un poco de champán.

Mia estaba dispuesta a todo por complacerla. Perdía el tiempo con ella y sus amigas en el recreo, y, un día, Hakim le preguntó qué veía en esas niñatas bobas de diecisiete años que no pensaban más que en difundir rumores y comprarse ropa. «Ya no te reconozco», y tuvo que admitir que no era ella misma. O más bien, que la presencia de Abla, la evocación de Abla, desdibujaban la idea que se hacía de sí misma. Tenía la impresión de no ser más que una materia blanda y moldeable, una especie de ectoplasma sin identidad ni convicciones. Se sentía dispuesta a renegar de todo, a contradecirse, a humillarse. Un sábado por la tarde estaba en el dormitorio de Abla con sus amigas. Bebieron Poms y Fanta tendidas en la cama. Sobre la manta yacía un viejo peluche azul. Las paredes de la habitación, fría y desangelada, eran de color blanco crema, y de ellas colgaban algunos dibujos infantiles hechos con rotulador. Mia se imaginó que los padres de Abla debían de haberla regañado por eso. El somier estaba colocado en pleno suelo, de baldosas y helado, y a la derecha había un tocadiscos Sony azul oscuro. Las chicas miraron a Mia con extrañeza, como si su presencia entre ellas estuviera fuera de lugar. Ella asistía, casi ausente, a sus conversaciones, en las que criticaban a las demás alumnas y contaban chismes sobre los chicos más atractivos del liceo. Karima habló de su nueva dieta, que consistía en comer una manzana a mediodía, y de cena, judías verdes cocidas al vapor. Se levantó el suéter y dejó al descubierto su barriga regordeta. «Bajé dos kilos. ¿No se me nota?»

Escucharon sin parar *Straight Up* de Paula Abdul e intentaron reproducir la coreografía. Abla balanceó su melena de un lado a otro, imitando la mezcla de claqué y flamenco tan característica de la cantante americana. Mia no podía quitarle los ojos de encima. Abla era una chica. Una chica de verdad. La más guapa de todas, y sentía por ella lo que

había sentido por Isabelle Adjani cuando vio a escondidas *Verano asesino*. La manera en que chasqueaba los dedos y los guiños que le dirigía cuando giraba sobre sí misma. Movía los labios, sus labios carnosos y rosados, y tarareaba el estribillo: «Papapapapa».

Al rato, Abla propuso una sesión de maquillaje. Fue al dormitorio de su madre a buscar un estuche grande de sombra de ojos de todos los tonos y unos frasquitos de esmalte de uñas. «Me voy a casa», dijo, y las chicas se echaron a reír. «¡Venga, Mia!», insistió Abla. «Confía en mí. Eres tan guapa.» La miró fijamente con sus ojos de color avellana y le sonrió. Mia no se lo creía. Era la primera vez que alguien le decía que era guapa, la primera vez que se lo decían de ese modo. Con los demás, sus amigos, su familia, ella no tenía cuerpo, o, más bien, hacían todo lo posible por ignorarlo. Algo en ella los molestaba, y a menudo había captado las miradas afligidas o despectivas que se fijaban en ella. Compadecían a sus padres por tener una hija así. Una chica que no era una chica de verdad. Abla hizo que Mia se sentara y le puso las manos en los pómulos. Le extendió un párpado y, luego, con delicadeza y una exacta precisión, dibujó un trazo de delineador a lo largo del borde de las pestañas. «Tienes unos ojos preciosos.» Luego le aplicó un tono carmín sobre sus labios cortados. Mia se transformó y, de repente, las chicas gritaron: «¡Ven, tienes que ver lo bien que has quedado! ¡Ven al cuarto de baño!». La agarraron del brazo y la llevaron frente al espejo. Quiso resistirse, apartarlas con violencia y huir lo más lejos posible, pero se quedó mirando su reflejo y las lágrimas asomaron a sus ojos. «Parezco un monstruo», pensó, «un payaso o una atracción de feria». Era ridículo, no tenía motivos para llorar y, sin embargo, sintió una inmensa tristeza, como si la hubieran ensuciado o abofeteado. Las palabras de Hakim resonaban dentro de ella —«Ya no te reconozco»— y, con el dorso de la mano, se limpió el carmín de los labios. «¿Por qué haces eso? Se te está corriendo por la cara.» Se fue sin despedirse y llegó a su casa sofocada. Pasó por el garaje, atravesó la cocina. Quería correr al cuarto de baño y limpiarse antes de que alguien la viera, pero se cruzó con su padre por el pasillo. Él la sujetó por la barbilla y la miró fijamente. «¿Ahora te maquillas?» La encontraba fea, Mia lo sabía.

Cuando llegaba a casa después del liceo, se tendía en la cama con el *walkman* encendido. Pensaba en Abla. Escuchaba a los Guns o a Tracy

Chapman —*Oh, you better run, run, run, run*—, y el rostro de Abla flotaba a su alrededor en la habitación. Ese rostro algo asimétrico, mágico gracias a sus defectos. Con los dientes de delante que se superponían un poco y una cicatriz en forma de estrella en mitad de la mejilla. «Tendré que preguntarle cómo se la hizo.» Cada día, Mia esperaba con más impaciencia y emoción las sesiones en las que estudiaban juntas. *And I had a feeling that I belonged, I had a feeling I could be someone, be someone*. La observaba estudiar y copiar los ejercicios de Física o Matemáticas con esa letra redonda y corazones sobre las íes. «Tengo hambre», decía, y Mia corría a buscar un cuenco de patatas fritas y de aceitunas deshuesadas, que Abla sostenía entre las yemas de los dedos y devoraba. Mia deseaba esos dedos. Y descubrir el hueco de su cintura. La deseaba, y su deseo era como una ola que arrastra o una sensación de hambre después de haber nadado mucho. Quería probar el sabor de su sudor. No sabía cómo decirle que la deseaba enormemente. Cómo decirle que la amaba, porque, en efecto, esas eran las palabras que le llegaban, que le subían desde el estómago hasta la boca y que tanto le costaba retener. Temía que Abla se diera cuenta de todo lo que pasaba por su mente y su corazón. Escenas vistas en películas o leídas en libros. Escuchaba en su interior notas de piano y recordaba versos de un poema que sintió que entendía por primera vez. Le hubiera gustado regalárselos, arrojárselos; las palabras eran como manos deslizándose sobre su piel. Ahora comprendía a todas esas chicas que se pasaban las horas en clase escribiendo el nombre del chico que les gustaba en el reverso de un cuaderno con un bolígrafo importado que olía a manzana verde o a grosella negra. Su madre decía que lo peor eran las historias de amor: distraían de los estudios y de la ambición.

La víspera de las vacaciones de Navidad, Abla se quedó a dormir en casa de los Daoud. Mehdi estaba de viaje en Estados Unidos y a Aicha la habían llamado de la clínica por una urgencia: «desgarro vaginal». Las chicas comieron pulpetas de *kefta* a la plancha mientras veían *Flashdance*, e Inès se quedó dormida en el sofá.

«¿Dónde esconden tus padres el alcohol?»

Mia tomó a Abla de la mano y la llevó a la cocina. Abrió el armario, cuya madera estaba carcomida por la humedad. «Vamos a ver», y sacó tres botellas de un estante. «Lo mejor es mezclarlas.» Y Abla, que no sabía nada, dejó que Mia combinara las bebidas. Sirvió un poco de ginebra,

vodka y Malibú en dos copas. Se acercó al frigorífico americano y echó algunos cubitos de hielo en el cóctel. Brindaron, riéndose, y se bebieron de un trago la mezcla con sabor a coco. Mia tosió. El líquido le quemó el esófago, lo sentía deslizarse por su estómago y calentar sus entrañas. Le encantaba esa sensación. Volvió a mezclar las bebidas. «Ahora, un poco más de Malibú.» Se sentaron en el suelo de la cocina, con la espalda apoyada en la despensa, y les entró un ataque de risa. En realidad, no sabían por qué se reían; tal vez por Karima, de quien se burlaban, o simplemente porque estaban vulnerando una prohibición, en ausencia de las criadas y los padres. Mia empezó a hablar muy rápido. En el liceo nadie la entendía. Eso no importaba porque un día les mostraría quién era en realidad. Nunca se lo había contado a nadie, sentía demasiado miedo de hacer el ridículo, pero desde que tuvo edad para pensar estaba convencida de que algo grande la esperaba.

«—¿Ah, sí? —se rio Abla—, ¿y qué es lo que te espera?

—Seré escritora y seré famosa en todo el mundo.

—Entonces leeré tus libros. ¿Crees que algún día me mencionarás?

—Quizá. No lo sé.»

Mia, a quien el alcohol había vuelto atrevida o inconsciente, se inclinó hacia Abla y la besó despacio en la mejilla. Abla se estremeció. Se dejó resbalar contra la despensa y se tumbó en el suelo. La cabeza le daba vueltas. Gotas de sudor le corrían por la nuca y, en ese momento, deseó acurrucarse y quedarse dormida.

«—¿Qué te ocurre? Estás muy pálida —le dijo Mia, preocupada.

—Solo quiero dormir, eso es todo. Cerraré los ojos un poco y se me pasará.

—No, no, tienes que levantarte. No puedes quedarte ahí. Mi madre no tardará en llegar.»

Volvió a guardar las botellas en el armario, enjuagó los vasos y ayudó a Abla a incorporarse. Cruzaron el pasillo sumido en la oscuridad. Abla se tendió en la cama, con los brazos a lo largo del cuerpo. Mia le quitó los zapatos. «¿Te encuentras mal? ¿Vas a vomitar?» Abla permaneció en silencio. «Hay que dejarse llevar por el torbellino. Sobre todo, no te resistas. Olvídate, abandónate y todo irá bien.» Mia se tendió a su lado. Le puso la mano sobre la frente y le acarició el pelo. La respiración de Abla se hizo cada vez más lenta. Giró la cabeza hacia un lado y Mia se dio cuenta de que se había quedado dormida. A través de la ventana entraban

las luces del jardín. Se oía croar a los sapos. Mia le rozó la parte baja de la espalda y luego hundió su rostro en el cuello de Abla. Olía a jabón Cleopatra, el que usaba Selma, y sintió deseos de morderle la piel, arrancar un pedacito y llevárselo. Le pasó el dedo índice por el hombro y le deslizó el tirante de su camiseta. Abla ya tenía pecho, como ella. Estómago, como ella, y, entre las piernas, la misma vulva, pero su cuerpo no se parecía al de Inès ni al de ninguna otra mujer. Ni a la imagen que le devolvía el espejo. Nada era más misterioso que ese cuerpo similar al suyo. Besó el hombro, huesudo y dorado. Abla seguía sin moverse y Mia le susurró dulces palabras al oído. «Todo irá bien, ya verás.» El cabello de su amiga estaba empapado de sudor, y Mia, con delicadeza, se lo recogió hacia atrás. Ella también estaba borracha, aunque convencida de que nunca había tenido tanta lucidez. Todo la había llevado hasta allí. De repente, su vida, la que le pertenecía, se despegaba de ella. Su existencia comenzaba, y sentía una especie de euforia ante la idea de que la esperaba un destino que narraría sus propias peripecias. Con delicadeza, deslizó la camiseta de Abla y aparecieron sus senos. Pequeños, firmes y lechosos, apuntando hacia el cielo. Por un momento, se quedó inmóvil contemplándolos. Quería acurrucarse allí, comérselos y, cuando con las yemas de los dedos acarició el seno derecho, Abla comenzó a gemir suavemente. Mia tuvo deseos de llorar y se acostó sobre el frágil cuerpo de su amiga. Temió aplastarlo, así que se apoyó en su brazo derecho y, sin pensar, sin calcular, comenzó a frotarse contra ella. Se quitó la camiseta y pegó su piel sudorosa contra la de Abla, que, entre despierta y dormida, soltaba pequeños gemidos y puso sus manos en las caderas de Mia, que lo interpretó como una invitación. Comérsela y perderse en ella. Tomar de ella todo el amor del que era capaz, no negarse nada.

Mientras Mia fumaba a escondidas en su habitación, Mehdi dormía, con la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás. Por la ventanilla del avión se filtraban los rayos de un sol incandescente y en su camisa brilló una manchita naranja, como una pequeña hoguera festiva. Una azafata le puso delicadamente la mano en el hombro. Estaban iniciando el descenso, había que abrocharse el cinturón de seguridad. Apoyó la frente en la ventanilla y vio las costas marroquíes. Percibía con claridad la arena dorada de una playa y la superficie lisa y gris del océano. El tiempo estaba despejado, y el cielo, muy azul para un 21 de diciembre. El avión viró. A lo lejos se veían campos cultivados —quizá de trigo o de maíz— y extensos solares vacíos. Distinguió casas separadas entre sí por sencillas barreras de madera y caminos pedregosos por los que rodaba maquinaria agrícola levantando nubes de polvo. Casablanca estaba allí, muy cerca, y Mehdi pensó que en un plazo de diez o veinte años esos campos habrían desaparecido. Esas casas serían sustituidas por urbanizaciones, instalaciones deportivas, escuelas. Allí, junto al aeropuerto, se podría construir una universidad de Aeronáutica y luego un gran hotel para viajeros en tránsito. Un día, alguien le dijo que para ver una isla había que salir de ella, alejarse mar adentro, porque solo a una buena distancia se aprecian sus contornos, el relieve, la belleza. Desde su asiento, se preguntó si entendía mejor a su país visto desde el cielo.

Era el tercer avión que cogía en una semana y estaba agotado. Sin embargo, durante mucho tiempo creyó que una vida exitosa estaba hecha de viajes, de desplazamientos continuos de un extremo a otro del globo. Según el guion que había imaginado, su pasaporte estaría cubierto de sellos de países exóticos y atesoraría un montón de anécdotas que contar a sus envidiosos y sedentarios amigos. Viajar era una señal de éxito o, mejor aún, la prueba de gozar de privilegios. Pero esa tarde tenía prisa por estar con los suyos, deshacer el equipaje y cenar una comida casera. De tanto ir a restaurantes, se sentía constantemente hinchado y le dolía el estómago. En las habitaciones de hotel no podía conciliar el sueño y se pasaba las noches viendo programas de televisión extranjeros. Su cansancio no era solo físico. Sentía una especie de malestar moral, una

incomodidad a la que no lograba ponerle nombre. Vergüenza y rabia a la vez. El acuciante deseo de encontrarse ante caras conocidas, de no verse obligado a hablar por cortesía. Durante aquella larga semana de viaje se había sentido como el personaje de una película de Buñuel cuyo título había olvidado. Sí, era ese embajador de un país imaginario que, durante una recepción, debe soportar las críticas que los invitados le hacen a su país: «Dicen que hay mucha corrupción»; «Leí en la prensa que encarcelan a los opositores al régimen»; «Su país es muy pobre, ¿verdad?». El piloto anunció turbulencias. Junto a Mehdi, una pasajera comenzó a rezar, apretando con los dedos su rosario de madera clara. Él abrió mucho la boca y bostezó. Se le habían taponado los oídos. Recordó que en aquella película, el embajador —interpretado por el gran Fernando Rey— sacó una pistola del bolsillo y empezó a disparar a quienes lo habían ofendido.

En Washington se había enfrentado a un riguroso invierno. Las previsiones del tiempo eran de veinticinco grados bajo cero para Navidad, y Mehdi había enviado a Farid a comprarle una bufanda y unos botines forrados de piel antes de ir a su reunión en el Banco Mundial. En los pasillos de la prestigiosa institución se había topado con los mismos amigos de siempre. Brillantes productos de la posindependencia que vivían en regímenes autoritarios y llegaban a Washington para mendigar créditos o para que les reprogramasen la deuda. En esa capital helada, se decidía el destino de un continente sometido a los dictados del Fondo Monetario Internacional. Un exministro gabonés, que había acudido para defender la causa de su convulso país, le dio una palmadita en el hombro. «¿Qué tal estás, hermano de los viejos tiempos?»

Mehdi le estrechó la mano. Se ajustó la corbata, se abotonó la chaqueta del traje y se dirigió a la sala de reuniones del piso superior. Aicha le había puesto el mote, entre risas, de *The Great Pretender*, y no solo porque se habían besado mientras sonaba esa canción. También se refería a su don para seducir y convencer, a su capacidad para atraer a los demás. Un año antes había obtenido una línea de crédito del BIRD, y la reunión que iba a tener lugar era para evaluar la calidad de los proyectos y su adecuación a la demanda del mercado.

Las mesas estaban dispuestas en rectángulo en una sala grande con la calefacción a tope. Mehdi, Farid y Hicham Benomar se sentaron de cara a

la ventana. Y, frente a ellos, los analistas del Banco Mundial. Les sirvieron un café pésimo en grandes tazas blancas, y Mehdi observó a los estadounidenses tomar asiento. Llevaban camiseta debajo de la camisa y trajes con un mal corte. A través de los cristales veía caer la nieve. Pensó: «Estoy en Estados Unidos. Soy un morito con gafas, pero es a mí a quien escuchan». Su traje estaba perfectamente confeccionado y sus gafas de carey eran de una boutique de moda de Nueva York. Los pies le sudaban dentro de sus botines forrados de piel.

Se pasaron toda la mañana estudiando los proyectos puestos en marcha por el CCM. Viviendas sociales en Casablanca y en Rabat. Una clínica, una alcaicería e incluso un *hamam.* Unos estudios de cine en Uarzazat. El barrio Hivernage de Marrakech, destinado a acoger a turistas de todo el mundo. Un gran complejo hotelero en las afueras de Agadir, con campo de golf, inspirado en el del Aga Khan en Cerdeña. Alrededor de la mesa se habló de porcentajes de ocupación y gastos operativos, de tasas de endeudamiento y rentabilidad de la inversión. Finalmente, Mehdi anunció que el CCM había sido designado por Palacio para participar en el proyecto Gran Enlace, una avenida real que partiría desde la mezquita de Hassan II hasta el centro de Casablanca, siguiendo el modelo de la Via della Conciliazione entre Roma y el Vaticano. El banco financiaría la reubicación de las personas expropiadas de la antigua medina y recuperaría la inversión a través de los proyectos inmobiliarios que se desarrollarían.

«En el programa Lotus funciona, pero en la vida real se necesitarían décadas para recuperar ese dinero», interrumpió Curtis O'Hare, el economista jefe.

El entusiasmo de Mehdi se detuvo en seco. Se palpó el bolsillo:

«—¿Puedo fumar?

—Hagamos una pausa en mi despacho. Fumarás en la ventana.»

Y Curtis lo acompañó por un largo pasillo enmoquetado. Era un auténtico gigante, pelirrojo y con unas mejillas regordetas. Le caía bien el banquero marroquí y admiraba el trabajo que realizaba.

«Ven, te abriré la ventana. Instálate aquí.»

Mehdi encendió un cigarrillo:

«—Sé lo que vas a decir.

—Mira, Mehdi, estoy preocupado. El contexto es difícil y no creo que sea el mejor momento para embarcarse en esos proyectos faraónicos.

Con la crisis inmobiliaria vuestros impagos aumentan y la guerra que se avecina no ayudará en nada. —En agosto de 1990, el presidente Saddam Hussein había invadido Kuwait, y los estadounidenses, apoyados por una coalición internacional, se preparaban para atacar al ogro iraquí—. ¿Quién querría invertir en un país árabe o viajar allí en este momento?

—¡Por favor, no me compares Marruecos con Irak! Y te recuerdo que el rey Hassan II se ha alineado con los occidentales en esta guerra.

—Quizá, aunque la mayoría de la gente no los distingue. Me atengo a los números y solo intento alertarte. Marruecos es muy inestable y los indicadores no son buenos.

—¿De quién es la culpa? Llevamos seis años viviendo con este plan de ajuste estructural, que no ha hecho más que aumentar las desigualdades. Ya no se invierte en salud, en educación. Sabes muy bien lo que pienso de esas estúpidas teorías neoliberales.»

Apagó el cigarrillo en el alféizar de la ventana y la cerró. Estaba muerto de frío. Era cierto. Marruecos no iba bien. El precio del fosfato caía, el dírham se devaluaba y la deuda se disparaba. El reino tenía siete millones de pobres, y en Fez, el 14 de diciembre, unos jóvenes habían prendido fuego al hotel Les Mérinides. En la televisión, periodistas extranjeros intentaron entrevistar a los alborotadores, pero ellos se taparon la boca con las manos: «Prohibido hablar». Otros, por el contrario, gritaban delante de la cámara: «¡Nos están robando, queremos honradez!». Expresaban su odio hacia la élite occidentalizada y corrupta, esa élite que se beneficiaba de una liberalización que estrangulaba al pueblo. El Estado, sometido al FMI, ya no contrataba a gente y cada año había más titulados en paro.

«—Necesitamos crear empleos para luchar contra la desesperación y el integrismo. Debemos poner en marcha grandes proyectos para hacer de Marruecos un país turístico importante. ¡El turismo es nuestro petróleo! —exclamó.

—¿Quieres fumarte otro o volvemos?

—Regresemos.»

Reanudaron la reunión. Farid, preocupado, lanzó a Mehdi unas miradas inquisitivas. «¿Qué te ha dicho…?», le susurró, pero este respondió con un gesto de hartazgo. Durante dos horas, revisaron columnas de cifras, compararon gráficos y establecieron previsiones a diez y veinte años. Acordaron que un equipo del BIRD llevaría a cabo

visitas de inspección *in situ*. «Haremos un balance de la situación para identificar los éxitos y los fracasos de la línea anterior y decidiremos en consecuencia», concluyó Curtis.

Mehdi caminó por las aceras heladas en dirección al hotel Quarters. Llevaba varios meses sintiendo que todos intentaban advertirle, frenar sus ambiciones. Farid, sobre todo, lo instaba a ser menos agresivo, menos mordaz con aquellos que, con el pretexto de tener conexiones con las altas esferas, exigían créditos sin garantía o le echaban el ojo a alguna parcela en la que el CCM ya había invertido. «Son gente rencorosa. Sería un error ponértelos en contra.» Se sentó en el bar del hotel y pidió un whisky. Estaba muy orgulloso de su acento cuando hablaba inglés y convencido de que podría pasar fácilmente por un americano. El televisor estaba encendido y retransmitían un partido de béisbol. ¿Cómo podría alguien interesarse por un deporte tan aburrido, en lugar de por el fútbol? Miró a su alrededor. Una pareja bebía cerveza en la barra. En una mesa detrás de él, compañeros de trabajo o amigos comentaban entre ellos el partido. Se preguntó cómo lo verían a él. Intentó salir de la isla, alejarse e imaginar qué pensarían del árabe de gafas y frente ancha, vestido con un traje italiano. ¿Qué pensaría de él el camarero al que acababa de pedir otra copa? Por mucho que Mehdi les dijera a sus hijas que no hay que ser esclavo de las opiniones de los demás, que lo único que importa es lo que eres realmente, en su interior sabía que eso era una estupidez. Solo somos lo que los demás perciben, lo que les mostramos. Los secretos del corazón, las cualidades ocultas del alma, las buenas intenciones, nada de eso contaba en el mundo real.

En París, se repitió el mismo numerito. Se reunió con un cliente para comer en el hotel Le Meurice. Jean-Pierre Delambre había creado un club de vacaciones en el sur de Francia y pensaba abrir otro en el palmeral de Marrakech. El CCM llevaba seis meses apoyándolo para conseguir financiación. Pidieron un plato de ostras y un guiso de ternera. Mehdi eligió el vino, una copa de riesling para el entrante y una botella de montrachet para acompañar el plato principal.

«—No sé si te lo conté… Nací en Argelia… —dijo Jean-Pierre—. No recuerdo gran cosa, yo era un niño de apenas diez años cuando tuvimos que marcharnos… Todavía conservo los olores, la luz, la dulzura de la vida. Por eso Marruecos me resulta familiar.

—Sí, entiendo… —opinó Mehdi—, pero no olvides que Marruecos

y Argelia son muy diferentes.

—Me alegra oírte decir eso.»

Sacó un cigarrillo del bolsillo. La comida había sido deliciosa y, si no hubiera temido escandalizar a su cliente, Mehdi habría pedido un digestivo u otra copa de vino.

«—¿Te molesta que fume? —preguntó, encendiendo el cigarrillo.

—No, por favor, adelante. Mira, no te voy a ocultar que las entidades bancarias con las que trabajo están un poco preocupadas. Con lo que está pasando en Argelia e Irán, se preguntan si Marruecos no es el siguiente país de la lista.

—¿De qué lista? —se burló Mehdi.

—¡Los islamistas, Mehdi, los islamistas! ¿Qué hacer para vender hoteles con piscina y acceso a la playa en un país donde las mujeres no pueden salir a la calle y donde se les corta la mano a los ladrones?

—Estarás de broma, ¿no? Un poco de seriedad, por favor. Marruecos no es ni Sudán ni Arabia Saudí. Es un país pacífico donde el islam es abierto y tolerante. —Y entonces se vio a sí mismo repitiendo su discursito para turistas, que si Marruecos era un país aparte y que si estaba inmunizado contra los peligros del fanatismo.

—No te equivoques. Marruecos tiene un enorme potencial turístico, soy el primero en estar convencido de ello. Pero basta con encender el televisor para que se escuche la letanía del momento: los árabes contra el mundo civilizado. ¿Te suena?»

Se despidieron en la puerta del hotel. «Te mantendré informado», le prometió Jean-Pierre antes de meterse en un taxi. Mehdi decidió caminar un poco. Subió por la Rue de Rivoli y se dirigió hacia el Palais-Royal. Había bebido demasiado y tenía frío. París estaba nimbado de gris, incluso los transeúntes tenían una tez cenicienta. Se sintió muy cansado. Había enviado a Farid a comprar lo que le habían encargado su mujer y sus hijas. Le habían dado una lista muy detallada, las marcas de los vaqueros y de los zapatos, unos CD y videocasetes, cremas y medicamentos que no se encontraban en Marruecos. Se detuvo frente a la Comédie-Française. Levantó la cabeza y se quedó mirando un rato el edificio construido en sillería. Luego se dio la vuelta lentamente. Observó la terraza del café Le Nemours, la entrada de la estación de metro, la fachada del hotel del Louvre y el propio Louvre; unos pasos más y ya

estaba frente a la Avenue de l'Opéra. A lo lejos, las Tullerías, y si hubiera sido verano, habría caminado hasta allí, se habría manchado de polvo blanco sus zapatos Church's y se habría echado un sueñecito, sentado en una de las sillas verdes, ligeramente inclinadas, frente al estanque. Se sintió minúsculo.

Se preguntó cómo sería vivir en una ciudad como aquella. Ir en metro al trabajo, caminar por lugares donde nadie te llama «hermano» o «hermana», tomarte una copa en una terraza después de salir del teatro, besar a tu mujer en la calle o en la parte trasera de un taxi y, de vuelta a casa, hacer una parada en una librería. Casualmente, allí había una y, al entrar, descubrió que estaba hasta los topes de gente. Una mujer agachada, con las bolsas de lo que había comprado en el suelo, buscaba un libro de cuentos infantiles. Un señor mayor, apoyado en su paraguas, le explicaba al librero que quería regalar algún autor clásico para Navidad. «Porque siempre hace ilusión.» En la caja, una joven con un abrigo beis escribía algo en la primera página de una novela. Aquel espectáculo lo alegró y podría haberlos abrazado a todos. Se abrió paso entre los estantes. Ahora tenía demasiado calor con el abrigo y estaba sudando con los botines forrados de piel. Deseaba comprarlo todo: novelas y ensayos, libros de historia e incluso de poesía. Se imaginó una vida con tiempo libre para leer todas esas obras, una vida cuyo único objetivo sería penetrar en el alma de los demás y donde los viajes serían inmóviles. Ese era el problema, se decía, la imposibilidad de elegir una existencia, de aferrarse a ella; el deseo persistente de una vida distinta de la propia. Ahora estaba frente a la sección de novedades. Sobre una mesa vio lo que buscaba. Un montón de ejemplares de *Nuestro amigo el rey*, prohibido en Marruecos, aunque todo el mundo hablaba de él. Se comentaba que el ministro del Interior, Dris Basri, había comprado cientos de ellos con la esperanza de agotar las existencias, logrando, en cambio, un éxito rotundo para el autor. Cogió tres y casi se echa a reír al descubrir los otros títulos allí expuestos. A la derecha, *La mujer lapidada*; a la izquierda, *El velo del silencio*; y, detrás de un cartel de «Libros más vendidos», *No sin mi hija*. «Si tuviera una pistola…», pensó, y volvió a ver la imagen de Fernando Rey.

Aeropuerto Mohamed V de Casablanca. Mehdi entregó su pasaporte al policía. En el formulario de entrada, en la casilla de profesión había

escrito «presidente de banco».

«—*Salam juya, kulchi labess?*

—*Al-hamdulilah*.»

Tras los saludos de rigor, el policía se reajustó el cuello del uniforme, examinó rápidamente el documento y lo dejó pasar. Cruzó la sala donde los pasajeros esperaban su equipaje. Por un momento temió que algún aduanero le hiciera una seña para que abriera su maleta, que contenía los libros prohibidos. Pero el tipo no le preguntó nada. Por el contrario, agachó la barbilla ante aquel señor elegante, vestido con un traje de importación, que tiraba de una maleta americana con ruedas.

Mustafa lo esperaba en el aparcamiento. El chófer le abrió la puerta del coche y Mehdi le pidió noticias de la familia. «Todos están bien, presidente.» Uno de los informáticos del CCM había instalado un teléfono en el Mercedes. «Quiero estar accesible cuando me necesiten.» No quería que le llegaran reproches por nada ni de nadie. No soportaba la idea de cometer algún fallo.

Llamó a Aicha.

«—Cariño, estaré allí dentro de una hora.

—Dile a Mustafa que no conduzca demasiado rápido. La gente va por la carretera como loca.»

Justo antes de colgar, le preguntó:

«—Por cierto, ¿cómo se llamaba esa película de Buñuel, la del embajador, que vimos en el Odéon?

—¿*El discreto encanto de la burguesía*?

—Sí, esa. No recordaba el título.»

Cuando cruzó la puerta de su casa, sus hijas se abalanzaron sobre él. «¡Papá!» Se pelearon por quitarle la maleta. Querían saber si pesaba mucho y tratar de adivinar cuántos regalos les había comprado. Él se echó a reír. «En cuanto a los regalos, tendréis que esperar hasta Navidad, aunque tengo una sorpresa para vosotras. Venid.» Lo siguieron al dormitorio y lanzaron una mirada inquisitiva a su madre cuando él se encerró en el cuarto de baño. «Estoy como vosotras, ni idea de lo que está tramando.» Se sentaron en la cama y esperaron un buen rato. Mehdi las oía reír e impacientarse y, cuando Aicha finalmente llamó a la puerta —«¿Qué estás haciendo?»—, les dijo que solo le quedaba un minuto. La puerta se abrió, pero él seguía sin aparecer. Ellas se incorporaron en la cama.

«—¿Estáis preparadas? —preguntó Mehdi.

—¡Venga, sal de una vez!

—Cerrad los ojos y no los abráis hasta que os lo diga.»

Obedecieron y, en el momento en que él dijo «¡ya!», ellas dieron un grito del que no se podía saber si era de sorpresa, de espanto o de desagrado. Inès soltó una risa nerviosa. Aicha mantuvo la mano pegada a la boca abierta, y los ojos, sus bellos ojos, también abiertos como platos. Mia se acercó a él. Le tocó la mejilla lampiña. La piel la tenía allí más pálida que en el resto de la cara y se había hecho un pequeño corte en la comisura de los labios al afeitarse.

«—Demasiado extraño. No se te reconoce.

—¿Por qué te has quitado la barba? —añadió Inès con voz afligida.

—¿Mi barba? Pues resulta que me la robaron.»

«¡Saddam, *ia habib*, el corazón de los marroquíes está contigo!» Estados Unidos llevaba dos semanas bombardeando Bagdad, y en Rabat los manifestantes gritaban por las calles: «¡Bush criminal y Mitterrand su perro guardián!». Al principio, avanzaban despacio, atentos a las cámaras que los filmaban y a los agentes de policía que parecían estar tranquilos, demasiado tranquilos. Enarbolaban enormes retratos de Yasser Arafat y de Saddam Hussein. Por un lado de la avenida desfilaban los partidos de izquierda, reclamando la solidaridad árabe, mostrando así su oposición al poder. Algunos habían vivido los disturbios de 1965 en Casablanca y no podían evitar pensar que se darían órdenes de reprimir la marcha con violencia, disparar contra la gente y que todo acabaría en sangre una vez más. Pero los policías no hicieron ningún movimiento. Mantenían los brazos cruzados y las porras en su sitio. Se les había ordenado no intervenir. Que gritaran, que se concentraran, que expresaran su ira, puesto que, al fin y al cabo, somos un país libre, casi una democracia. La calle con los árabes y la élite con Occidente. Por el otro lado de la avenida, hombres barbudos y mujeres con *hiyab* blandían ejemplares del Corán y gritaban «*Allahu akbar*». Daba igual que Saddam, héroe de la causa árabe, hubiera liquidado a la izquierda y a los islamistas en su país, eso no importaba, allí estaban ellos, apoyados por los estudiantes, pues sus profesores los habían animado a faltar a clase. Cuando llegaron a la altura del Parlamento, comenzaron a gritar, como si la persona a quien se dirigían estuviera allí dentro, en ese edificio ocre, y pudiera oírlos. Insultaron a las grandes potencias y quemaron, con expresiones de alegría, las banderas de Francia e Israel. «¡Saddam, *ia habib*, destruye Tel-Aviv!» Las mujeres arrojaron *scuds* de cartón. «Saddam tiene *scuds*, y nosotros, *skut*, silencio.»

Después de las vacaciones de Navidad, el liceo francés no reanudó las clases. Se temía un atentado, y la dirección aconsejó a los profesores prolongar sus vacaciones en Francia. «Maldita guerra», pensó Mia. Maldita guerra que la obligaba a pasar un mes en Meknés con su hermana pequeña y sus viejos abuelos. «Tu hermana y tú estaréis mejor en el

campo.» A ella el campo ni le iba ni le venía. Lo que quería era ver a Abla, ir al liceo y fumar cigarrillos con sus compañeros detrás de las canchas de baloncesto.

«Ay, estos adolescentes, siempre descontentos», se quejaba Mathilde. Por la mañana, empujaba los muebles de la sala de estar junto a la pared, para dejar espacio libre, colocaba una toalla sobre la alfombra y ponía una cinta de vídeo de Jane Fonda. Pese a que se burlaba de la delgadez de las chicas Daoud, le hubiera gustado perder los kilos que le sobraban y volver a lucir sus vestidos de verano. Inès se colocaba detrás de ella y decía «qué dolor», mientras levantaba la pierna derecha. Por la tarde veían la serie *El pájaro espino.* Mathilde languidecía de amor por el padre Ralph. En esa época, la finca solo contaba con un generador. Varias veces al día sonaba una sirena para avisar que iban a cortar la electricidad. Pero desde mediados de enero de 1991, Amín exigió que dejaran encendido el generador y pasó la mayor parte del tiempo viendo la televisión. Él, que siempre había sido un defensor de la vida al aire libre, permanecía encerrado en la sala de estar y contemplaba la guerra. A veces, sus nietas entraban en el cuarto y las dejaba sentarse con él. Ellas se decían para sus adentros: «La guerra es verde y cuánto ruido hace». No se parecía a la guerra de él, a las historias que les había contado, donde los hombres se enfrentaban cara a cara y disparaban. No, era una guerra de otro tipo, una guerra de gente aficionada a los ordenadores, como Mehdi. Aprendieron la expresión «precisión quirúrgica», y, una noche, en los informativos, un soldado estadounidense se reía: «Bagdad está iluminada como un árbol de Navidad». Amín se levantó del sofá y profirió insultos en árabe, unos insultos que Mia nunca pensó que escucharía de la boca de su abuelo.

Sus abuelos eran de otros tiempos y vivían según unos valores ancestrales ya superados. Mathilde criticaba los vaqueros rotos y a las chicas con ropa atrevida y descuidada. La música de los jóvenes le resultaba ensordecedora. «¡Esta juventud!», se lamentaba Amín. «Ya no hay valores, ni educación, ni respeto. Para ellos solo existen las drogas y el dinero.» Inès se reía y Mia se enfadaba. Sí, pertenecían a otra época y les gustaba jugar a las cartas y beber una copita de oporto al final del día, sentados en las escaleras del jardín. Mathilde cosía frente al televisor y escuchaba la radio hasta altas horas de la noche. Hacía las camas a la antigua usanza, con mantas de lana que picaban y provocaban estornudos. Y, además, creían en Dios. Antes de comer, se cogían de la

mano y recitaban una ingenua oración que Mathilde se había inventado: «Algunos tienen hambre y no tienen qué comer. Otros tienen qué comer, pero no tienen hambre. Nosotros tenemos comida y hambre. Demos gracias al Señor por los buenos alimentos».

Efectivamente, Mathilde creía en Dios y en el *mektub*, en el destino. Ella era únicamente la escriba de un escritor más grande que ella, que adornaba el mundo con magia y le confería profundidad y misterio. Creía en muchas cosas y juraba que, una mañana, mientras pelaba patatas, vio aparecer, a través de la ventana empañada de vapor, al fantasma de un primo suyo, muerto en la guerra. Afirmaba que sabía hacer sesiones de espiritismo y que uno podía vivir varias vidas. Miraba a alguien y decía: «Este es un alma antigua». Y añadía que, si ella temía los cuchillos y la montaña, era porque había muerto, en otra vida, en unas cumbres nevadas, y, en otra ocasión, la habían asesinado con un sable. Les contaba esas historias a sus nietas. Por la noche, antes de quedarse dormidas, y, durante el día, para aliviar el aburrimiento y distraerlas de algún golpecito que se hubieran dado o de alguna rabieta. A veces eran historias reales, «de cuando era pequeña», y versaban sobre el río Rin —que las niñas nunca habían visto—, sobre las clases de alemán y sobre un profesor muy severo. A Inès le gustó especialmente la historia de aquella tía anciana que vendía su pelo para alimentar a su familia; y a Mia, la de la bisabuela que se murió de risa. Amín también era un personaje: había matado a hombres, luchado contra tigres y escapado de un campo de prisioneros, como en las películas. Y luego estaban los otros relatos, los que se inventaba, los cuentos crueles que reservaba para la noche, donde un padre abominable clavaba hojas de col en la piel de sus hijos, o esa epopeya sobre una aldea feliz, aislada del resto del mundo, que un grupo de soldados terminó conquistando. Todos los habitantes fueron asesinados, incluso la pequeña heroína del cuento, y Mathilde insistía: «Murió con una sonrisa en los labios…». Cuando Mia le preguntaba de dónde le venían esas ideas, ella se encogía de hombros y miraba al cielo. «Me vienen solas. No pienso en ellas.» Leía mucho, unos libros que Mehdi no consideraba lo suficientemente nobles y que ella había comprado al por mayor a un viajante de comercio. Novelas encuadernadas en cuero violeta que contaban historias de familias y amores imposibles. Narraba a sus nietas relatos de aventuras, *Los viajes de Gulliver*, *Trolls y hombres* de Selma Lagerlöf y *Mujercitas*, sobre las cuatro

hijas del doctor March, «aunque vosotras seáis dos».

Mia leía otros libros. Ese invierno, devoró las novelas de Marguerite Duras y de James Baldwin. Había encontrado un ejemplar de segunda mano de *La habitación de Giovanni* en una librería de viejo, por menos de diez dírhams. Algunos pasajes estaban subrayados, y no los que ella consideró más bellos o más emocionantes, y seguía intrigándole quién los habría leído antes y por qué le habrían llamado la atención. Pasó parte de enero de 1991 encerrada en su dormitorio, sin despegarse del *walkman*. Se preguntaba dónde estaría Abla, qué estaría haciendo en ese momento. ¿Pensaría en ella? Tejía y volvía a tejer el hilo de sus recuerdos, que le parecían a veces maravillosos; otras, inquietantes. En varias ocasiones llamó a su amiga, pero la criada siempre decía que había salido y, un día, incluso con mucha brusquedad, que se había ido de Rabat. Estaba segura de que mentía y pensó que ella tal vez había hecho algo mal. Sintió un peso en el pecho, volvía a ver el rostro de Abla aquella mañana, cómo se había marchado, sin una sola mirada. «Me duele la cabeza.» Se sintió culpable, y desconocía el motivo. Luego trató de tranquilizarse; habían jugado a las mariposas, y esos gestos, los gestos de esa noche, eran infantiles e inocentes. Todas las chicas sabían eso.

Un día, Mia se despertó por el chasquido de los postigos. Un viento glacial soplaba entre los árboles y hacía silbar las tuberías. Fue a la cocina en pijama y comió una tostada con miel. Atravesó el pasillo. Desde allí podía oír el sonido de la máquina de escribir de su abuela. El repiqueteo de las teclas, constante, rápido. Entró en el despacho y se sentó en la butaca que estaba pegada a la pared. Mathilde no se dio cuenta y Mia permaneció allí casi un cuarto de hora, mirando la espalda de su abuela. Esta sacó las hojas de la máquina, las colocó en un montón y luego introdujo dos más, separadas por papel carbón. Escribía muy rápido y, con la mano derecha, tiraba de la palanca cuando acababa la línea. Admiraba su destreza, su concentración y se sentía tranquila observándola.

«—¿Estás escribiendo un libro? —le preguntó.

—¡Ah! ¿Estás ahí? —Mathilde se sobresaltó—. Deberías ponerte unas zapatillas, te resfriarás.»

Mia se levantó y se inclinó sobre la hoja que Mathilde intentaba ocultar con una mano.

«—¿Qué es?

—Nada. Historias. Recuerdos. Es solo para no olvidarme.

—¿Podré leerlo?

—Tal vez. Algún día. Pero, por favor, no se lo digas al abuelo. Este es mi momento para mí sola.»

A Mathilde le fastidió que su nieta hubiera irrumpido en su soledad. Le había costado levantarse al alba, tomarse el café de noche para aprovechar el silencio, para no tener que justificarse ante su marido, que le habría dicho que más le valdría concentrarse en las facturas. Mia se dejó caer en la butaca. En la mano llevaba su ejemplar de *El amante* y declaró:

«—Yo también quiero ser escritora.

—Yo no soy escritora —la interrumpió bruscamente Mathilde—. Y esas cosas no se decretan sin más. Esa soberbia te viene de tu padre —añadió, lanzando una mirada contrariada a la novela de Duras. Nunca había leído nada suyo, pero la había visto en televisión y la encontraba patética, repugnante—. Las novelas de hoy no me dicen nada. La gente cuenta su vida, expone su intimidad. No te conviertes en escritor mirándote al espejo. Las historias comienzan cuando cruzas ese espejo.»

Durante las semanas siguientes, entre abuela y nieta se libró una guerra rara. Mia robó un cuaderno del armario donde Mathilde guardaba los artículos de escritorio y, sin importar la hora, en mitad del salón o en el comedor, se ponía a escribir en las hojas cuadriculadas unos textos dedicados a Abla. Lo hacía abiertamente, delante de su abuela, para mostrarle que no se avergonzaba, que, aunque ella no hubiera vivido la guerra ni el desarraigo, tenía una vida interesante que valía la pena contar. Le tomó el gusto al reto y, sentada en las escaleras del jardín, envuelta en una manta, se dejó conmover por sus propias metáforas. «Si escribo a Abla, ella podrá conocerme mejor», se decía una y otra vez. «Me entenderá y me perdonará.» Escondió el cuaderno debajo de la almohada y, mientras dormía, construía frases. Se imaginaba a Abla bebiendo sus palabras, gota a gota, devorando las letras; creía que la embrujaría, pero era a sí misma a quien hipnotizaba. Quería que fuera bonito y olvidó que debía ser auténtico. Le contaba la historia de lo que habían vivido las dos, aunque escribirlo era muy diferente, más intenso, y se regodeaba en los sentimientos. Empleaba palabras que le quedaban grandes, palabras que eran como si vistiera una ropa ridícula en la que se ahogaba. No lo admitió: la ausencia de Abla ya no le pesaba tanto. Escribirle era casi

mejor que estar con ella.

El día en que se reanudaron las clases, Mia se puso su sudadera blanca de Fruit of the Loom y sus vaqueros. Llegó muy temprano al liceo y se sentó en la escalinata a esperar a Abla. La vio unos segundos después de que sonara el timbre. Salía de los servicios de alumnas, seguida por su pandilla. No giró la cara hacia ella, y se preguntó si la había ignorado a propósito o si simplemente llegaba tarde a la primera clase. Su reencuentro no se pareció en nada a lo que ella había imaginado, a la película que había reproducido mil veces en su mente. Abla se fue a su sitio al final de la clase, cerca del radiador, y, al acabar la mañana, cuando Mia le pidió que fuera a su casa a estudiar, levantó las cejas. «No, gracias, no hace falta.» Su frialdad le dolió tanto que se habría echado a llorar delante de todos como una niña pequeña. Quiso pedirle explicaciones, agarrarla fuerte del brazo para obligarla a hablar con ella. Pero se contuvo. Sacó el cuaderno de espiral de su cartera y se lo dio.

«—¿Qué es?

—Lo escribí para ti.»

Abla se encogió de hombros y se fue.

Esa tarde, mientras caminaba hacia el aparcamiento donde la esperaba el chófer, a Mia le costaba respirar. No entendía lo que estaba pasando. La maldad de Abla. La forma en que sus amigas se reían. Aunque nadie le había comentado nada, aunque no la habían insultado ni humillado, sentía que debía mantenerse alejada, como si una onda eléctrica protegiera ahora a Abla y la apartara de ella. Se cruzó con Hakim delante del aparcamiento. Él le ofreció unas gominolas de menta. «¿Quieres un poco?» Mia pensó que era realmente bobo. Un crío que no entendía nada de lo que le ocurría a ella y que se pasaba el tiempo juzgando a los demás porque él no fumaba, no se acostaba con nadie y no bebía hasta perder el conocimiento. «No, no quiero», le contestó, y lo empujó con rabia. «Tengo que irme a casa.»

Durante toda la semana, le costó conciliar el sueño y, por la mañana, sentía tanta angustia que iba a clase con un nudo en el estómago y en la garganta. Suspendió en un control de Matemáticas y, cuando el profesor le comentó que se había sorprendido por sus malos resultados, Mia se

encogió de hombros: «No pude repasar, eso es todo». A la hora de comer, apenas si respondía a sus padres y no ocultaba el hastío que le provocaban sus conversaciones. Alzaba la vista al cielo, mostrando su hartazgo, y se decía a sí misma que la vida de los adultos era una verdadera mierda. Se pasaban el tiempo hablando de tonterías. «¿Quieres dejar de poner esas caras largas?», le gritaba su madre. Ah, claro, les hubiera gustado que ella fuera risueña y dulce como Inès, que colgara en su dormitorio pósteres de Claudia Schiffer y Patrick Swayze, que siguiera haciendo carantoñas a su mamá, sentada sobre su regazo. Mía habría deseado que desapareciesen todos y tener la casa para ella sola… Soñaría en paz.

Llegó el viernes y ya no pudo aguantar más. Durante la clase de Gimnasia, llevó a Abla aparte. «¿Tienes un momento?» Se alejaron del resto de la clase y caminaron hacia la tapia de hormigón que separaba las pistas de atletismo del bosque de eucaliptos. A veces se colocaba allí algún exhibicionista que introducía su pene en un hueco de la pared. Abla, con un chándal gris, mascaba chicle y mantenía los brazos cruzados. De repente, Mia no supo qué decir. Durante días había soñado con estar a solas con ella y ahora que se presentaba la oportunidad, se quedó sin palabras. Fue Abla quien comenzó:

«—Escucha, soy tu amiga, pero debes dejar de pegarte a mí de ese modo. Deja de llamarme por teléfono a mi casa y de escribirme cartas.

—Si eras tú quien…

—Yo solo quise ser amable contigo.

—¿Leíste el cuaderno?

—Mira, vamos a dejarlo aquí, ¿me entiendes? No quiero hacerte daño, así que no insistas más. —Escupió el chicle, sacó un paquete de cigarrillos Kent del bolsillo y encendió uno.

—No deberías fumar aquí. Si te ve el profe de Gimnasia, se cabreará.

—Deja de meterte donde no te llaman, ¿vale?»

A las cinco de la tarde, Mia salió por la puerta de la verja del liceo. Como cada viernes, los estudiantes se quedaban un rato más en la explanada de delante. Comentaban sus planes para el fin de semana. Las parejitas se daban besos con lengua ante la mirada lujuriosa de los pequeños traficantes de hachís. Alguien había puesto una casete de Bob Marley. Enfilaba la calle que conducía al aparcamiento cuando oyó la voz

de Kamel. «¡Eh, tú!» Se dio la vuelta y lo vio acercarse a ella sonriendo, con las manos en los bolsillos. «¿Qué pasa?», le dijo él, y le dio una palmadita en la espalda. Era igual de alta que Kamel, y, desde que se conocían, él había adoptado con ella esa actitud viril, algo violenta. Un coche pasó casi rozándolos. Agarró a Mia del brazo y la empujó hacia la acera. Ella se dio cuenta de que todos sus amigos estaban allí, apoyados en un Renault Espace, mirándolos. Kamel se acercó a su rostro con un ademán de ir a besarla, pero le susurró: «Tú no estás bien, ¿eh? ¿Quieres que les cuente a todos las guarradas que le escribes a mi hermana?».

El corazón de Mia se puso a latir muy rápido. Estaba aterrorizada, como si en lugar de aquellos adolescentes flacuchos y con el cutis lleno de espinillas, tuviera frente a ella una manada de lobos hambrientos. Quería decirles que se calmaran, que todo tenía una explicación; ella no entendía nada, lo juraba, no estaba fingiendo, no se estaba haciendo la despistada. Retrocedió poco a poco. Kamel seguía mirándola fijamente y ella tropezó con un adoquín que estaba suelto. Cayó de espaldas y gritó de dolor. Uno de los chicos se agachó, la ayudó a levantarse y, mientras se limpiaba la tierra de los vaqueros, sintió la bofetada en la mejilla. Casi pierde el equilibrio, y se agarró al maletero del coche. «¿Qué pasa?», repitió Kamel. Mia tendría que defenderse. Podía darle una patada o salir corriendo, ella, que era más veloz que la mayoría de los chicos. Cuando se peleaba con su hermana, era de una brutalidad incontrolable. Una vez la golpeó con un diccionario, le rompió el dedo meñique y le arrancó mechones enteros de pelo. Su madre le decía: «No dominas tu fuerza, un día la vas a matar».

Los alumnos se agolparon a su alrededor. Oía sus arengas: «¡Venga, pelea!». Los latidos del corazón se le aceleraron y sintió un intenso arrebato. De pronto, se había convertido en una bestia. Su campo de visión se encogió, como si estuviera atrapada sin escapatoria, y la escena se cubrió de gris. A pesar de la rabia, sus piernas estaban paralizadas, y se repetía: «Debo moverme». Moverse a la manera de los combates de boxeo que había visto con su padre en la televisión. Desplazar las piernas, de derecha a izquierda, de adelante hacia atrás. Protegerse la cara con los brazos, defenderse, contraatacar. Alrededor de ellos, los demás alumnos animaban a los chicos. Alguien la empujó por la espalda y ella giró como un trompo. Todo le pareció oscuro, confuso, caótico. A lo lejos, Bob Marley cantaba *Get Up, Stand Up* y casi se echa a reír de lo nerviosa que

estaba. Esto no debería estar sucediendo. Carecía de sentido y, en unos pocos segundos, lograría escapar del círculo que la aprisionaba y la ocultaba de las miradas de los transeúntes. «Nunca he golpeado a una chica», se rio Kamel, «pero en realidad tú no lo eres. ¿Crees que eres un tío? Entonces, pelea como un tío». Saltó sobre ella, que levantó las manos en el aire. Kamel le dio un puñetazo en la cara. El mundo se puso a girar a su alrededor. Los árboles, la acera, los coches y el carrito del vendedor de chucherías flotaban en el aire. Se desplomó en el asfalto. Se tocó la mejilla con la mano. Sentía menos dolor del que había imaginado. Uno de los chicos vigilaba mientras los demás gritaban: «¡Aplástala, aplástala!». De lejos, oía la risa de Kamel y el sonido de sus deportivas deslizándose por el suelo. Le zumbaban los oídos. Perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, Hakim le sujetaba la cabeza bajo el grifo de agua fría en los servicios de alumnas. Mia se hurgó la boca con la lengua: le faltaba un diente. Vio hilos de sangre en el lavabo. Inès también estaba allí y repetía: «¿Estás bien? ¿Cómo estás?», mientras apoyaba el peso en un pie y luego en el otro. Mia no conseguía hablar ni abrir el ojo derecho. Cuando la vio, Mustafa empezó a gritar. «Lala Mia, ¿qué ha pasado?» Le acarició el brazo, murmuró una oración, dijo que había que llamar a la policía y avisar al director del liceo. Tenía miedo y se sentía culpable. El señor presidente lo responsabilizaría a él, lo culparía por quedarse dormido en el aparcamiento o charlando con los demás chóferes, en lugar de preocuparse por la seguridad de sus hijas.

En el coche, no pensó en el dolor, en el diente roto, en los labios hinchados, en el ojo entrecerrado, sino en Fatima, que la recibiría gritando y a punto de desmayarse. En su madre, que le haría preguntas, incluso en la oscuridad de la noche, y le diría: «Te escucho. Cuéntamelo todo». Pero sabía que eso no era cierto y que Aicha no acogería su confesión.

No, su madre no quería saberlo. Su madre habría odiado que Mia pronunciara la palabra. La palabra que decía lo que ella era y que flotaba constantemente entre las dos, y que, al no pronunciarla, parecía aún más grave, más preocupante. Se habría tapado los ojos, los oídos, habría huido si hubiera empezado a contarle los detalles de su amor por Abla.

Mia admiraba a sus padres. A diferencia de sus amigos, a quienes les gustaba quejarse de los adultos, ella solía insistir en la mentalidad abierta, en la cultura y la inteligencia que tenían. En el hecho de que se interesaran por los demás. En su generosidad. Sin embargo, se vio obligada a admitir que algo no estaba funcionando. Detrás de esas bonitas palabras, sus padres eran miedosos, conformistas, poco naturales. Había llegado a comprender que vivía entre dos mundos. El del hogar, donde sus padres eran modernos, se preocupaban por el éxito de sus hijas y su emancipación. Y el mundo exterior, peligroso e incomprensible. En casa, se podía criticar el *hiyab*, el fanatismo, enfadarse con esos horribles barbudos que habían amenazado al escritor Salman Rushdie. «Pero aquí las cosas funcionan de otro modo.» Fuera, no hay que hacer comentarios ni provocar, hay que simular que se respeta el decoro. Sus padres eran unos hipócritas, y se sentía humillada porque no eran libres.

No hablar de Sabah, que vive con un hombre sin estar casada.

No decir que Aicha no hace el ramadán.

No hablar del alcohol que se bebe en casa, de los embutidos de cerdo que come Mathilde, a veces incluso durante las fiestas musulmanas.

No contar que un día, en Nochevieja, papá se disfrazó de mujer.

No comentar que se ríen cada vez que leen el diario *Le Matin du Sahara* y se burlan de la propaganda y de los halagos de los aduladores.

No hablar de los amantes de Selma.

No describir la forma en que se vive, se come o se bebe en casa, ni lo que decimos o en qué creemos.

No contar que Omar se pegó un tiro en la boca, unos pocos días después de Navidad, en 1978. Mia acababa de cumplir cuatro años.

No ir contando los chistes de Selma sobre los árabes. Sus bromas sobre la corrupción, el subdesarrollo y la mojigatería religiosa.

No hablar jamás del rey, de las elecciones amañadas, no mencionar el nombre de Ufkir, ni el de los encarcelados allá, en el sur del país.

No revelar que, a veces, Mehdi duda de la solidez del régimen.

Sus padres habían aceptado vivir en medio de esa confusión moral, se la habían transmitido a sus hijas, y ahora sabía que nunca podrían ayudarla a responder a la pregunta: «¿Quién soy yo?».

Aquí, la gente suele decir: «El paraíso está bajo los pies de las madres». Mia quería a su madre, la quería hasta la muerte, dolorosa e intensamente, y a veces se preguntaba si ese amor no sería un infierno en lugar de un paraíso. De pequeña, de muy pequeña, incluso antes de que naciera Inès, a veces se escondía en casa solo para oír a su madre llamarla, para oírla pronunciar su nombre y percibir el pánico que se apoderaba de ella al no encontrarla. Sí, sentía el amor de su madre, lo sentía físicamente a todas horas. Por supuesto, Aicha nunca diría nada violento, nada abyecto; no era de las que insultan o echan a sus hijos de casa acusándolos de sentir deseos contra natura. Mia podía considerarse afortunada: no la enviarían al manicomio y nadie vendría a exorcizarla en mitad de la noche. No, se trataba de algo más insidioso, quizá más cruel. Algo similar, por ejemplo, a la reacción de Aicha cuando sonó la canción de Aznavour en la radio del coche. «Soy un *homo*, como dicen», y, de pronto, ella cambió de emisora. Un día, durante la cena, habló de Jean-Marie, el peluquero gay, al que un adolescente había agredido en su apartamento. Le había roto la ceja con un cenicero, y Aicha había comentado: «Pobre hombre, la gente como él jamás será feliz». Mia nunca olvidó esa frase. Giró tanto en su mente que se volvió incomprensible.

La gente como ella. Ella pertenecía a algo. En algún lugar, había gente que se parecía a ella, y se obligó a olvidar que lo único que tenían en común era la desgracia. La gente como ella. Y fingía desconocer a qué se refería su madre. Mia, incluso para sus adentros, no se permitía decir la palabra. Calificarse a sí misma. Se repetía: «Soy normal y no he hecho nada malo». Aunque su madre quería que fuera feliz, no creía en su felicidad. «Tiene miedo», pensó, «de que yo sea rara, una travesti, una sidosa, una marginal. Ella preferiría mil veces que yo fuera conformista y del montón. Ella me quiere», se repetía a sí misma, «pero querer no tiene nada que ver con las palabras». Querer significaba no hacer preguntas, no abrir los armarios que la otra persona se había cuidado de cerrar con

llave. No empeñarse en desenterrar los secretos. Querer era guardar silencio juntas, dejar flotar en el aire las preguntas sin respuestas y darse cuenta de que no importa. Querer y saber eran dos cosas muy diferentes.

¿La reconocería la gente como ella? ¿Esas personas se le acercarían y la invitarían a formar parte de su grupo? ¿Dónde vivían? Estaba segura de haberse cruzado con alguna. Un día, en la terraza de un hotel, durante unas vacaciones en Marrakech, se había quedado mirando a dos mujeres que estaban comiendo. Una de ellas empezó a llorar, se sonó la nariz con una servilleta y Mia supo, sin ningún género de duda, que aquellas mujeres eran como ella. Ahora entendía que ese secreto, ese secreto incluso para ella misma, había salido a la luz. A partir de ese día, le pareció que todo había cambiado. Se sentía desnuda y como si el mundo la espiara. Viviría privada de toda armadura, vulnerable, desamparada. Avanzaría, al modo de los niños de los cuentos, por un bosque oscuro y helado, con la niebla hasta el pecho. Y quién sabe si no se toparía con un oso, o un lobo, si no dormiría en una casa hecha de chocolate donde alguien intentaría cocerla en un horno. Tendría que ir ella sola al encuentro con los monstruos.

Unos días después de la pelea en el liceo, Mehdi entró en la habitación de su hija mayor. Mia estaba acostada en la cama con la cara hacia la pared. Le dejó *Cien años de soledad* sobre el edredón rosa. «Toma.»

Ella se incorporó, agarró la gruesa novela y pasó algunas páginas.

«Cualquiera que sea el motivo de tu disgusto, cuando termines de leer esto, lo habrás olvidado.» Antes de irse, la besó en la frente.

Se negó a regresar al liceo. Se le desinflamó el labio, el dentista le puso una funda, pero ella dijo que no se sentía preparada. No quería volver a verlos, no quería que la observaran, que se burlaran y murmuraran a su paso. Incluso pensó en el suicidio. Cortarse las venas en la bañera. Robar matarratas del armario de la cocina para triturarlo y echarlo a un yogur. Colgarse del álamo plateado. Y se le llenaron los ojos de lágrimas al imaginarse la tristeza de su madre. Rogó a sus padres que la enviaran a Francia. «Metedme en un internado, lo que sea. Solo quiero salir de aquí.» La disuadieron.

«—Entonces enviadme a Meknés. Trabajaré con el abuelo, aprenderé a cuidar la finca.

—¿Quieres pasarte el día tratando con obreros? Eso no es vida para alguien tan brillante como tú. Sé razonable —le rogó Aicha.»

Una noche, Inès entró en la habitación de Mia y se acostó a su lado. «Hazme un sitio.» Frotó sus piececitos contra los de su hermana. Fuera, el viento sacudía los álamos y se oían los ladridos inquietos de los perros del barrio. «Un tiempo de fin del mundo», habría dicho Mathilde con su acento alsaciano. Inès le dijo, en un susurro, que había denunciado a Kamel ante la dirección del liceo.

«—¿Qué? ¿Que hiciste qué?

—Espera, no te enfades. Llamé desde el teléfono de la cabina de la escuela. Dije que Kamel vendía droga frente al liceo. Que llevaba encima una gran cantidad.

—¿Y eso qué más da? Todos saben que es un gamberro.

—¡Por eso! Solo esperaban una ocasión para librarse de él. Registraron su mochila y encontraron una china de hachís enorme. ¡Expulsión definitiva!»

Por primera vez en varias semanas, Mia sonrió.

«—¡Vaya! ¿Y de dónde salió la china?

—Aún tienes amigos, ¿sabes? Hakim y Adil me ayudaron. —Inès estaba feliz—. Te alegras, ¿no? Dime que te alegras.

—¿Cómo se le puede ocurrir a una niña de tu edad semejante idea? ¿De dónde sacasteis la china? ¿Y el teléfono?

—Selma nos echó una mano. Conoce a mucha gente rara. ¿Y sabes lo que dice? "Hay tres cosas importantes en la vida: beber bien, comer bien y vengarse bien."»

Mia se reincorporó a las clases. Su única ambición ahora era aprobar, sacar las mejores notas. Se convirtió en su propia torturadora, en su supervisora, como en los internados. Se impuso un régimen, un horario para acostarse y levantarse, y sesiones de ejercicio físico. Hacía flexiones por la mañana, antes de ducharse, y abdominales por la noche. Tres veces por semana corría por el bosque que había cerca del hotel Hilton para abstraerse y dispersar sus disgustos, que corrían, ellos también, a su lado. A veces giraba la cabeza y los veía.

En el liceo Descartes, ella solo se trataba con un círculo restringido: Hakim y Adil, «los veteranos», como ella los llamaba. Hizo listas de libros que quería leer, películas que quería ver, sueños que cumplir. Durante su último año de secundaria, aprendió a ser paciente. A ser paciente para no participar en las conversaciones, para contenerse. Se imaginó su vida, su vida futura. Lograría triunfar en su carrera universitaria, sus éxitos serían tan extraordinarios que algún día regresaría para restregárselos por la cara a quienes la habían humillado. En enero de 1992, anunció a sus padres que se había matriculado en un curso preparatorio para escuelas de comercio en París. Se sorprendieron. Estaban convencidos de que su hija estudiaría Letras, Filosofía. Les dijo: «Seré banquera, al igual que papá». Deseaba trabajar lo antes posible, ganar dinero y no depender de nadie. Había enterrado para siempre el absurdo sueño de escribir y, en sus noches de insomnio, nunca dejaba de pensar en aquel cuaderno. ¿Dónde estaría? ¿Se lo habría mostrado Abla a sus amigas? ¿Se habrían burlado juntas de su forma de escribir, de sus frases, citas y confidencias? ¿Estaría guardado en un cajón o lo habría tirado a la basura?

En junio hizo el examen de bachiller. En Filosofía el tema era: «¿Aleja la pasión de la realidad?». Durante los primeros diez minutos no escribió

nada. Con las piernas estiradas debajo de la mesa de madera, comía nueces y pasas. Luego, tomó las hojas de color rosa pálido que les habían distribuido y escribió su esquema en un borrador. Redactó la disertación de un tirón. Salió contenta. Cuando sus padres le preguntaron cómo había ido, les respondió: «Dije todo lo que tenía que decir». Durante esa semana de exámenes descubrió que podía sumergirse en un estado de intensa concentración. Después de las pruebas, los estudiantes se reunían para comentarlas. Algunos lloraban o comparaban sus resultados con los de otros compañeros. Se sentaban en el suelo, con las mochilas entre las rodillas, fumaban cigarrillos y había quien protestaba rabioso. Mia casi conseguía no verlos, ni siquiera oírlos. Se encerraba en sí misma, como esas bestias viscosas que viven escondidas en su caparazón. El día de las notas, caminó sin prisas hacia el gran portón negro en el que se mostraba la lista de los aprobados. Obtuvo un sobresaliente, a pesar de que en el examen de Árabe no consiguió la nota media. El liceo había terminado. Su vida podía comenzar.

Ese verano, Mia sintió como si flotara. No estaba realmente en Marruecos, pero tampoco en Francia todavía, el país donde se vería obligada a cuidar de sí misma. ¿Habría elegido irse por propia voluntad? Fatima le decía de mala manera: «La gente sueña con conseguir un visado y escapar de aquí, y tú, que puedes permitírtelo, te aferras a tu casa. ¿No te das cuenta de la suerte que tienes?». Para los jóvenes hijos de burgueses, todo estaba preparado, escrito de antemano, trazado como una autopista y avanzaba muy rápido, sin tiempo para mirar el paisaje.

En el liceo Descartes, la sala de informática llevaba el nombre de un chico asesinado por unos cabezas rapadas mientras estudiaba en un país de Europa del Este. Mia se imaginó que eso le podría pasar a ella. Con su pinta de africana, su pelo crespo y el apellido Daoud, no engañaría a nadie, la reconocerían. La perseguirían, la arrojarían por un puente, le partirían la cara en cualquier acera, le rajarían el cuello, de lado a lado; «la gran sonrisa de los árabes», como se suele decir. ¿Qué sabía ella sobre Francia? En la habitación de Mathilde, un retrato en blanco y negro colgaba a la derecha de la cama, en un bonito marco dorado. Georges y Anne Meyer. Sus bisabuelos. La sangre de ellos corría por sus venas —gracias a ellos gozaba de un pasaporte francés—, pero no se les parecía. Si la hubieran conocido, ¿la considerarían de la familia o la llamarían «cabecita negra», «morita», «extranjera»? Intentó convencerse de que Francia no sería tan diferente, que no tendría problemas para encontrar su lugar. Dominaba el idioma, los códigos y las costumbres. ¡Y París! Aunque solo había estado allí dos veces, durante unas cortas vacaciones, sentía que conocía esa ciudad como si fuera su propio cuerpo. La mansión Saccard en el parque Monceau. Los cafés del barrio de La Goutte d'Or, donde Gervaise sucumbe a la absenta. La casa de Aurélien en la novela de Aragon. De pronto, sintió pánico. ¿Tenía realmente Francia algo que ver con Zola, Balzac o Aragon? De hecho, en esas novelas, que ella admiraba más que nada en el mundo y que había metido en su equipaje, nunca había un personaje femenino que se pareciera a ella. Si no existía en los libros, ¿podría existir en la vida real?

Una tarde se tumbó en la terraza con el *walkman*. No oyó llegar a su

padre. Le puso la mano en el hombro y ella se sobresaltó. Le indicó que se quitara los auriculares.

«—¿Cuál es esa canción que escuchas todo el tiempo?

—*Losing My Religion*.»

Traía una cara que asustaba. Los ojos enrojecidos, ojeras y apestaba a alcohol. Quería hablar, decir algo, pero Mia se había vuelto a poner los cascos y movía la cabeza siguiendo el ritmo. Mehdi llevaba varias semanas observándola. Cuanto más dura se mostraba ella, más adivinaba él su sufrimiento. Cuanto más brillaba, cuanto más musculoso se volvía su cuerpo, más temía él que se viniera abajo. Su hija con un corazón de porcelana. Pronto habría desaparecido, a la manera de una hoja arrastrada por el viento. Mia se iba a marchar de casa. La vida con ella había pasado tan rápido que no se había dado cuenta de nada y, si se le enjuiciaba como padre, él se declararía culpable, por su ausencia, por su frialdad, por su torpeza. Aicha se había encargado de todo. Había ido tres veces a París para ver apartamentos, a cuál más oscuro. Los dueños desconfiaban. «¿Esa nómina que nos enseña usted está en dinares?» «No es que tengamos nada contra ustedes, es que nuestra experiencia con unos argelinos fue nefasta.» Acabó consiguiendo un estudio en un primer piso, cerca de la estación de metro Tolbiac. Mehdi pensó en su hija, tan lejos, en esa ciudad con un invierno interminable. ¿En qué se convertiría allá? ¿En una francesa? Lo dudaba. No te vuelves francés así, por las buenas, de eso estaba seguro. No debía dejar brotar sus sentimientos, debía prepararse para el momento en que la abrazara y se despidiera de ella. No dejarse vencer por la pena. Si lo hiciera Aicha, nadie se sorprendería. Todas las madres lloran cuando sus hijos se van. Pero un padre es distinto.

Llevaba semanas rehuyendo la casa y, cuando estaba allí, se enfadaba por cualquier motivo y hablaba con desgana. Aicha le preguntó: «¿Hay algo que te preocupa en el trabajo?», y él respondió, con una voz metálica, que dejase de hacerle preguntas. «Cuanto menos sepas, mejor para ti.» Después de la guerra del Golfo, el turismo se había acabado. Uno tras otro, los promotores se declararon en quiebra y se acumulaban las deudas del CCM. Y luego estaba La Hacienda, el inmenso proyecto turístico que le había encargado Palacio. Le habían hecho saber que un príncipe del Golfo tenía la vista puesta en una parte del terreno donde él quería construir una casa. «Imposible», había respondido Mehdi

secamente, y había escrito una carta, fría y racional, en la que explicaba que, por muy príncipe que fuera, debía renunciar.

Se desnudó y, mientras el agua caliente resbalaba por su espalda, afloró el recuerdo de su padre, lejano, brumoso. Mohamed Daoud, vestido con su chilaba blanca. Un día —Mehdi tendría unos doce años—, su padre lo llevó aparte y le habló sobre cómo comportarse. Temer a Dios. Ser una buena persona. Considerar a los demás. ¿Había hablado él mismo así con sus hijas, había pensado en esa historia de bondad y actitud hacia los otros? Ya era el momento de mantener una charla, de padre a hija, cumplir con su obligación y proporcionarle a Mia las armas para guiarse por la vida. No quería mostrarse ni débil ni condescendiente, quería evitar los estereotipos y las lecciones de moral. Se le hizo un nudo en la garganta, sintió ganas de llorar porque se sabía incapaz de aplicarse a sí mismo los consejos que debía darle a su hija.

Le hablaría de integridad, eso es, de una vida intensa, sin componendas. Le ocultaría sus propios fracasos, sus incertidumbres; se resistiría al deseo de convertirla en su confidente para seguir siendo, aún un tiempo más, su héroe. Debía demostrarle que la tenía en consideración. «Estoy orgulloso de ti.» Podría decir eso. Sí, estaba orgulloso de ella, de su seguridad en sí misma, su inteligencia, su cultura. Recordó el comentario de su maestro de primero de primaria —«Mia llegará lejos»— y, de repente, le sorprendió el doble sentido de esa frase. Y le dolió. ¿Acaso el alejamiento era la condición del éxito? Aicha se había encargado de los consejos prácticos: «No te montes en un coche con alguien que haya bebido»; «No te dejes influir»; «Evita las drogas». Con Mia no había necesidad de insistir en los riesgos del embarazo o los peligros de caer en las garras de un hombre.

Mehdi se secó con la toalla, se puso una camiseta limpia y unos pantalones de lino y buscó en el fondo de su maletín el libro que le había comprado a su hija. Acarició la portada y se sentó en la cama. Sí: mostrarse firme, no flaquear. Le sugeriría salir a caminar, le pondría la mano en el hombro, le sonreiría e intentaría hablarle con dulzura y explicarle que su marcha era importante, que determinaría toda una vida y, sin llorar —sí, sin llorar—, le ordenaría que nunca se diera la vuelta. «Mia, vete y no vuelvas.» Le hablaría de Hernán Cortés, el conquistador que, al llegar a la bahía de San Juan, decidió quemar sus naves para resistir a la tentación de dar marcha atrás. «No guardes fuerzas para el viaje de

regreso y sigue nadando lo más lejos que puedas. Yo lo entendí todo, ¿sabes?, y lo vi todo. Lo que te han hecho sufrir y lo que dirán de ti. Hija mía, has de pensar como una mujer fugitiva, porque la nostalgia es lo que arruina a los criminales que huyen. Un cumpleaños, un funeral o, simplemente, la añoranza de tu tierra. El extrañamiento los trae de vuelta y luego se arrepienten. No hay que volver a Ítaca, sino buscar una isla como la de los lotófagos, una isla donde olvidarse de regresar, para no sentir ni siquiera el deseo de regresar.» Él lo había hecho bien. Le proponía el mismo destino, el de un hombre sin pasado. «Por supuesto, la gente intentará convencerte. Pensarás que tienes algo que hacer aquí, que puedes ser útil. No les hagas caso. Ponte cera en los oídos, átate al mástil y recuerda mis palabras. No vuelvas. Esas historias de raíces no son más que una forma de clavarte en el suelo, así que poco importan el pasado, el hogar, los objetos, los recuerdos. Provoca un gran incendio y llévate el fuego. No te digo hasta la vista, mi vida, te digo adiós. Te empujo desde el acantilado, suelto la cuerda y te veo nadar. Tesoro, no transijas con la libertad, desconfía del calorcito de tu propia casa.»

Y luego le entregaría el libro. Ella colocaría el paquete en su regazo. «Gracias, papá.» Lentamente, rasgaría el papel: *La vida está en otra parte*.

«Estoy seguro de que te gustará Kundera.»

Mia descubrió lo que era una vida gris. Los escalones a orillas del Sena en la ciudad más bella y triste del mundo. Los despertares en la habitación helada. Cómo costaba madrugar. A veces se quedaba dormida en clase, con la cabeza recostada sobre el brazo doblado encima de la mesa. Por más que intentaba resistir, abriendo los ojos, estirando los hombros, el sueño la arrastraba hacia su abismo. Descubrió las mañanas frías y el café barato bebido frente a la ventana empañada de vapor de su pequeño estudio. Sola. Espaguetis para comer, todos los días. Sola. Los supermercados, donde, en las primeras semanas, sintió una emoción infantil frente a los estantes repletos de productos desconocidos. Elegía lo que se le antojaba; no había nadie que le impusiera un menú y llenaba el carrito con salchichas envasadas al vacío, barritas de chocolate, *croque-monsieurs* y ensaladas preparadas. Engordó y gastó demasiado dinero.

Vivía en un apartamento oscuro en el distrito 13. Desde la ventana de la cocina, veía brillar el letrero de neón de un restaurante tailandés. En octubre, las aceras se cubrieron de hojas secas mojadas y en varias ocasiones estuvo a punto de resbalarse. Luego llegó noviembre y el otoño dio paso a un invierno interminable. Los días se iban acortando y, cuando cogía el autobús por la mañana para ir al Barrio Latino, todavía era de noche. Los rostros de los demás viajeros parecían afligidos y cansados. Se empujaban por conseguir un asiento libre, y ella, la mayor parte del tiempo, viajaba de pie. Tras la grisura llegó la lluvia, y el frío se filtraba a través de su ropa, le helaba los huesos, la aplastaba, la agotaba. Caminaba con las manos en los bolsillos de su parka marrón, con la espalda encorvada y los músculos tensos. El frío la volvía melancólica, y temía que el invierno nunca terminara, que la luz nunca regresara, que sus huesos nunca se calentaran. Iba de su estudio al liceo Henri-IV, luego del liceo al estudio, siempre el mismo recorrido, rezando en el banco helado de la parada del autobús para que este llegara lo más rápido posible y no estuviera hasta los topes. Las pocas veces que salía a pasear, llevaba en el bolsillo un pequeño plano de París con tapas azules y le daba vergüenza consultarlo a la vista de todos.

París no olía como Rabat. El portal de su edificio, donde dormía

todas las noches un vagabundo que la llamaba «princesa», apestaba a vino barato. Luego estaba el olor de las panaderías, el de los bistrós, a cerveza derramada y a trapo húmedo. El olor ácido y repugnante de las estaciones de metro. Sentía miedo en el metro y nunca recordaba los números de las líneas. Sus amigos parisinos la impresionaban, le decían con naturalidad: «Toma la 5 y cambias en La Bastille». Se imaginaba que por esos largos pasillos oscuros la asaltarían y le robarían su mochila, en la que llevaba sus apuntes, su monedero y las llaves de su estudio. Una de las pocas veces que tomó la famosa línea 5, se sorprendió al ver que la mayoría de los pasajeros eran negros y magrebíes. Le inspiraban miedo.

En el liceo Henri-IV, unos sesenta estudiantes se preparaban para las pruebas de acceso a las grandes escuelas de comercio. La mayoría de ellos eran parisinos, procedentes de los mejores liceos —Carnot, Fénelon, Condorcet—, o venían de provincias y habían estudiado en centros de excelencia —Fermat, Kléber—. En su clase, ella era la única marroquí. Los demás marroquíes del liceo eran estudiantes de clases preparatorias científicas y tenían fama de ser excelentes en Matemáticas. Los únicos extranjeros que estudiaban con ella eran una argelina que había huido de Blida y de la guerra, y una chica de Yibuti cuya tez dorada se iba apagando cada vez más a medida que se acercaba el invierno. Los estudiantes solo se preocupaban de sus clases y sus calificaciones. Se comparaban entre sí, se evaluaban, se retaban con preguntas capciosas. A finales de septiembre, el profesor le entregó a Mia sus primeros deberes de Historia corregidos. «Tres sobre veinte, Mademoiselle Daoud; no ha tratado usted lo que se le pedía.» También le costaba la asignatura de Economía, pero brillaba en Matemáticas y Filosofía. A finales de noviembre, la estudiante de Yibuti abandonó. Estaba deprimida y extrañaba su país. Repetía una y otra vez «nunca lo conseguiré», y nadie la convencía de lo contrario. A menudo, los compañeros estallaban en sollozos después de una evaluación o de una prueba. En el patio circulaban rumores sobre una estudiante del curso preparatorio para la Escuela Normal Superior que había intentado suicidarse tras ser humillada en público en la clase de Latín. Los profesores les insistían en que ellos eran la flor y nata, la futura élite de ese país, unos privilegiados, y los trataban con crueldad. Mia luchaba contra la tristeza que le encogía el corazón y contra el deseo de llorar, especialmente al final del día o por la mañana temprano. Le parecía que su vida carecía de sentido y se veía a

sí misma ridícula por haber imaginado que algo grande le esperaba. No, nada era grande. Todo lo que constituía su vida en París era mezquino, pequeño, estrecho, canijo. Antes de subir a su apartamento, a veces se compraba sopa en el chino. La gente se expresaba así. «El chino.» «El árabe de la esquina.» Siempre pedía lo mismo: sopa de raviolis con extra de cilantro. Y el dueño chino, que la veía casi a diario, nunca la reconocía ni le sonreía. Se sentía sola, sola como para ponerse a gritar, y los domingos iba a una cabina telefónica de la Rue de Tolbiac y llamaba a sus padres con una tarjeta. La mayoría de las veces, respondía Fatima. Gritaba de alegría cuando escuchaba su voz, y Mia, al ver que el saldo bajaba, apenas respondía a sus preguntas: «¿No pasas demasiado frío?»; «¿Es cierto que las francesas andan por la calle medio desnudas?». Le rogaba que le pasara a su madre. Reprimía un sollozo cuando oía la voz dulce de Aicha. Le hubiera gustado quejarse —del frío, de la soledad, de lo difícil que eran los estudios, de esa inhóspita ciudad—, pero temía disgustarla o, peor aún, oírla decir que tenía que ser valiente y centrarse. Así que disimulaba su tristeza y la tranquilizaba: «Sí, me alimento bien»; «Sí, mis amigos son majos y estudio mucho»; «Sí, tengo mucha suerte de vivir en París».

Después de hablar con su familia, sentía aún más nostalgia. Pensaba en la luz de Rabat, en los fríos días de invierno en los que el cielo seguía siendo de un azul inmaculado; y en la primavera, que se presentaba enseguida y hacía florecer la bignonia que se enredaba en la tapia del jardín. Extrañaba a su hermana más de lo que hubiera podido imaginar, y a su amigo Hakim, que se había quedado en Rabat para estudiar Medicina. En su desordenado apartamento, la ropa sucia se amontonaba y había un olor sospechoso en la cocina sin que ella lograra saber de dónde provenía. Soñaba con los deliciosos platos que cocinaba su madre, las cestas llenas de naranjas y los ramitos de hierbabuena. Echaba de menos el cuscús de los viernes y el olor a limpio de las sábanas y de la ropa secándose al sol. Ya no soportaba el McDonald's de la Rue Soufflot, ni las *crêpes* de jamón y queso ni los raviolis al vapor gomosos de las tiendas asiáticas de comida para llevar. Habría dado cualquier cosa por estar allí, con ellos, bromeando en *dariya* y yendo a un bungaló de la playa a beber cervezas y fumar unos porritos frente al mar. Fue durante ese invierno parisino cuando se dio cuenta por primera vez de cuánto echaba de menos esa capacidad de los marroquíes para reírse de todo, el

modo en que el humor unía a la gente. Se imaginaba la sonrisa desdentada del vendedor de pinchitos de Temara y oía las sonoras carcajadas de Fatima en la cocina. Y le venía a la mente la palabra *hanan*, cariño. Tuvo que irse lejos para entenderla. Ya se lo había dicho su padre: «Para ver una isla, hay que salir de ella».

En el liceo Henry-IV, sus compañeros eran unos esnobs. Y demasiado serios. Se sentía incómoda, incomprendida y celosa de la complicidad que los unía. Hacían chistes que ella no entendía, y sospechaba que exageraban, que se referían deliberadamente a cosas que ella no podía saber. Programas de televisión, humoristas de moda, marcas de las que nunca había oído hablar. Se había mosqueado una vez cuando mencionaron al cómico argelino Smain, porque parecían estar seguros de que a ella le gustaría. Mia los consideraba, sobre todo, unos tacaños y sin elegancia ninguna. Justo antes de las vacaciones de Todos los Santos, una alumna llamada Sonia, que medía un metro y medio, invitó a algunos amigos a cenar a su casa. Esa noche, Mia eligió la blusa más bonita que tenía —la planchó en la encimera de la cocina— y una chaqueta de terciopelo azul noche. Se puso perfume Rocabar, que su madre le había regalado antes de su viaje a Francia, y compró, a pesar de su ajustado presupuesto, un ramo de rosas rojas. Sonia le abrió la puerta. Estaba descalza y vestía sus habituales zaragüelles de rayas amarillas y marrones. Agarró el ramo y Mia la siguió a la cocina, donde los demás estaban sentados alrededor de una mesa de madera.

«—¡Qué elegante estás! —le comentó Clémence, una rubia muy guapa que siempre sacaba las mejores notas sin requerirle ningún esfuerzo.

—Vengo de otra fiesta, es por eso.»

De pronto, Mia sintió mucho calor con la chaqueta de terciopelo.

Sonia encargó unas pizzas por teléfono y envió a Jean-Baptiste y a Florian a recogerlas. «Comprad también una botella de vino del árabe de la esquina. El de la Rue des Écoles, porque el otro es un ladrón; la última vez me vendió un zumo de naranja caducado.»

Esa noche bebieron vino barato, comieron pizza y hablaron del profesor de Filosofía, que les había hecho estudiar durante más de un mes las tres primeras páginas de la *Ética a Nicómaco*.

«—Se burla de nosotros —repetía una y otra vez Jean-Baptiste.

—El problema es que no se toma en serio las clases preparatorias de

la HEC. Solo le importan sus alumnos de Letras —se lamentó Sonia.»

A medianoche, todos se levantaron. No podían perder el último metro. Sonia abrió un cajón, sacó un bolígrafo e hizo una división en la caja de cartón de una de las pizzas.

«Sale a veinte francos por persona, vino incluido.»

El domingo siguiente, Mia le contó la cena a Aicha. «Me hicieron pagar por lo que comí, ¿te lo puedes creer?» Estaba de vacaciones y nadie le había preguntado si tenía planes o si sus padres vendrían a verla. Intentó convencerse de que no le importaba, que debía repasar y solo repasar, pero esa soledad le pesaba y la avergonzaba. Se avergonzaba de su aburrimiento, de los fines de semana sin hacer nada más que ecuaciones y esquemas. A finales de noviembre, aparecieron decoraciones luminosas en los árboles del Boulevard Saint-Michel. Los Papás Noel brillaban con luces intermitentes en los escaparates, y la ciudad le resultó más hostil que nunca. Caminaba espiando a los otros, que se reían en las mesas de los restaurantes y compraban ropa en las boutiques. A los otros, que corrían por las escaleras del metro o detrás de un autobús porque alguien los estaba esperando y llegaban tarde. A los otros, que disfrutaban de una vida intensa. En París, incluso las casas parecían despreciarla y burlarse de ella, como si tuvieran ojos y la observaran fríamente. En todas partes se exigía un código de acceso.

Los días iban pasando, las clases, las cenas mientras repasaba, la rígida rutina que se autoimponía. Hora de despertar, asignaturas que estudiar, tiempo para hacer la compra, lavarse, dormir. Algo se le resistía, y era como si la ciudad estuviera rodeada por una fina capa de cristal o de plástico, invisible al principio, pero contra la que chocaban todos los que intentaban entrar. Mia daba puñetazos a la pared y luego fingía que no le importaba. Fingió no querer pertenecer al mundo de las Claire, las Julie, las Louise, los Thomas y los Robert. Al mundo de las casas de campo en Chartres o Chantilly. Los pollos asados de los domingos. Las sesiones de cine por la tarde. Los recuerdos: «¿La primera vez que fui a la Comédie-Française? Debía de tener doce años». El programa de televisión *Le Club Dorothée*. Los chistes del grupo de cómicos Les Nuls, que a ella no le hacían ninguna gracia. Las bromas racistas sobre el famoso caso de Omar Raddad, acusado de un crimen por error, sobre la base de un fallo gramatical. El café con leche en un bol. La radio de las mañanas. Los diferentes quesos, cuyos nombres tienes que conocer obligatoriamente.

La copita en cualquier ocasión. El cafecito. Las vacaciones de esquí. La película *Los bronceados*. Los drogadictos de la Gare du Nord. Patrick Bruel y Jean-Jacques Goldman. Los tallarines al salmón.

En el segundo trimestre, se hizo amiga de Fatna. La chica argelina era muy guapa, con una melena castaña, larga y lisa, y pómulos salientes y pronunciados. Sus mejillas estaban hundidas como si le hubieran extraído las muelas. Una tarde de febrero, Mia se la encontró sentada en un banco de la parada de autobús y entabló conversación con ella.

«—¿Vives en el distrito 13?

—Sí, el CROUS me ha concedido un alojamiento universitario —respondió Fatna—. Suelo ir andando, pero hoy estoy cansada. Llevo dos días sin dormir.

—¿Es por los exámenes simulados? A mí también me estresan. Me duele el estómago solo de mencionarlos.»

Fatna sonrió y permaneció en silencio. Más tarde, Mia se enteraría de que no eran los exámenes simulados lo que le quitaba el sueño a Fatna. Por la noche, en su habitación de estudiante, se quedaba mirando el techo azul y pensaba en sus padres, en Blida. Se negaba a cerrar los ojos y a dejar que las imágenes de matanzas y masacres la asaltaran. Compraba los periódicos a diario, no porque el profesor de Economía lo exigiera, sino porque estaba ansiosa por saber qué pasaba en su país. Los leía durante la comida y en los recreos. Una mañana había leído *Libération* en el autobús y llegó a clase con el rostro cubierto de manchas negras. La tinta había desteñido en sus dedos.

Mientras que Fatna era discreta y nunca mencionaba a su familia ni sus orígenes, Mia, en cambio, siempre hablaba de lo mismo: Marruecos. En cada conversación se las arreglaba para dejar entrever que ella no era de Francia. Provenía de otro lugar, era diferente, nada que ver con los hijos de magrebíes, con los *beurs*. Y una chica que se llamaba Castille y vivía en la Rue du Cardinal-Lemoine le respondió un día, harta: «Marroquí, ¿pero marroquí francesa?». Mia describía su casa, el exuberante jardín, la piscina donde a veces nadaba a la hora de la comida, el chófer que la llevaba y la traía del liceo. Fatna la miraba extrañada, como si la considerase patética. Odiaba la forma en que su amiga vendía su país como un remanso de paz, justicia y tolerancia. Y, además, ¿qué se creía ella? ¿Que por ser una árabe burguesa la respetarían? Mia quería derrotar a un enemigo más fuerte que ella y restaurar por sí sola la

imagen de los árabes en Francia. ¡Desde luego que no sería ella quien se rebajaría, como los humoristas magrebíes de turno, a hacer bromas sobre los árabes, afirmando que eran todos unos ladrones que se pudrían en la cárcel! Aunque, una o dos veces, al ver la risa que provocaba, Mia imitó el acento marroquí o, mejor aún, el acento alsaciano de su abuela cuando hablaba árabe. Calificaba a Hassan II de político brillante, capaz de expresarse en un francés más refinado que el de los propios franceses. Se alteraba mucho cuando sus compañeros le hacían comentarios sobre las flagrantes desigualdades, el acoso callejero en la medina de Marrakech o el oscurantismo de los musulmanes. Cuando citaban las palabras que el rey de Marruecos había dicho a la presentadora de televisión Anne Sinclair: «Los marroquíes de Francia nunca se convertirán en buenos franceses», palabras que le habían encantado a Jean-Marie Le Pen. «Vosotros no sabéis de lo que habláis», les decía enfadada.

Ella quería que entendieran que tenía un lugar al que regresar, aunque la verdad era que estaba asustada. Temía cambiar, olvidarse de sí misma, traicionarse. Temía volverse como ellos y que la Mia de antes fuese sustituida por otra. Intuía que para asimilarse había que disolverse, borrarse, anular el pasado. Que el precio de la integración pasaba por la pérdida de cierta integridad. Ella era la Sirenita y, si deseaba tener piernas, si deseaba caminar por el mundo de los humanos, guapos y maravillosos, debía pagar un precio. Pero no se decidía a enmudecer.

A veces, Mia y Fatna iban a comer al libanés de la Rue Blainville o a tomar una copa al *pub* Saint-Hilaire, en la montaña de Sainte-Geneviève. A Mia le encantaba jugar al billar, cuyo paño estaba empapado de cerveza y apestaba. En los servicios, el gerente había colocado carteles de prevención del sida. Una noche, Fatna aceptó jugar una partida.

«—¿Dónde aprendiste a jugar? —le preguntó Mia—. Juegas mucho mejor de lo que pensaba.

—Me enseñó mi padre.

—Y tu padre, ¿qué hace?

—Es profesor, como mi madre. Enseña Historia; y ella, Derecho.

—¿También fuiste al liceo francés?

—Yo iba a un instituto de enseñanza pública. —Fatna se inclinó sobre la mesa de billar, cerró un ojo y falló el tiro—. Tu turno.»

Le hubiera gustado hacerle más preguntas, pero Fatna era una de esas personas cuya dulzura rayaba en la firmeza, y era imposible insistirle. No

hablaría de la guerra, no mencionaría Argelia, no se quejaría de la nueva política de visados puesta en marcha por Charles Pasqua. No entraría en el jueguecito de Mia, que consistía en hablar árabe delante de los otros o comparar sus países. «No quiero ofenderte», dijo un día Mia, riendo, «pero Marruecos es conocido por tener la gastronomía más refinada del Magreb». Fatna respondió con desgana: «Te creo».

A partir de finales de marzo, los días se fueron haciendo más largos y, una tarde, Mia y Fatna decidieron repasar su examen simulado a orillas del Sena. Compraron *paninis* de queso de cabra sobre los que el vendedor indio roció aceite de oliva con albahaca, y caminaron bajo los árboles cubiertos de brotes. Durante dos horas, se turnaron para hacerse preguntas, sentadas al borde del agua. Poco a poco fueron perdiendo la concentración y se pusieron a mirar alrededor de ellas. Observaban a las parejas tumbadas sobre los adoquines o apoyadas contra las paredes, besándose con lengua y deslizando las manos bajo la ropa. Envidiaban a un grupo de estudiantes que habían improvisado un pícnic con bolsas de patatas fritas y vino rosado. Mia lio un porro, comprado a un pequeño traficante del barrio Les Olympiades. Fatna se negó a probarlo. Tenía frío y Mia le dio su chaqueta Adidas con rayas azules y blancas en los hombros. La noche fue cayendo lentamente, como si el cielo se dilatara y el centelleante Sena absorbiera todo ese azul. Dos hombres pasaron junto a ellas. Habían estado bebiendo, y uno de ellos, un tipo delgado de pelo rizado cuyos pantalones parecían a punto de caérsele, se giró varias veces. Al principio, Mia pensó que era por el porro, luego supuso que querían pedirles dinero o, peor aún, robarles. «Vámonos», le dijo a Fatna, y, mientras guardaban sus cosas, el hombre alto y delgado se acercó a ellas. «Venga, bolleras, ¿os venís con nosotros?» Se echó a reír a carcajadas, y su compañero también. Mia salió disparada, presa del pánico. Fatna gritó «¡espera!», pero ella seguía corriendo. Subió a toda prisa las escaleras hacia el puente, y allí fue donde Fatna la alcanzó. Llevaba en la mano la mochila de Mia. «No te preocupes. Son unos imbéciles. No hay por qué tenerles miedo.»

Mia se negó a hablar del incidente. Agarró su mochila y se dirigió hacia el metro. Sentía vergüenza. Vergüenza, no por lo que ella era, sino por el miedo que no había sabido dominar. Fatna la había visto huir como una cobarde, como un animal perseguido. Aquella noche, en los pasillos del metro, caminaba con la mirada fija en las puntas de sus

zapatos, intentando no llamar la atención. Esperaba que la confundieran con un chico, algo que le ocurría muy a menudo: «Disculpe, jovencito. ¡Oh, lo siento, señorita!». En esa ciudad, ella no sabía quiénes eran sus aliados ni sus enemigos, y se juró a sí misma que desconfiaría, que no olvidaría que, diez años atrás, la policía había organizado redadas en los bares del Marais. Que para algunos el sida era un castigo divino. Aquí, Dios tampoco los quería y «la gente como ella» tenía que contentarse con el «Día de la Desesperación», organizado por el movimiento Act-Up, y con el llanto en público de la actriz Romane Bohringer por el director Cyril Collard, muerto de sida.

«La gente como yo», se repetía a sí misma, «nunca es feliz».

Junio de 1993

Querida Mia:

Espero que estés bien. Muchas gracias por las casetes que le diste a mamá. Vi los clips y los episodios de *Sensación de vivir*. ¿Puedes grabarme la continuación? Adoro a Dylan y odio a esa zorra de Kelly. Me recuerda a una chica rubia que había en mi clase el año pasado. Una verdadera bruja. Aquí todo sigue igual. La abuela vino a casa el fin de semana. Fuimos al Marjane, el nuevo centro comercial, y ella quería comprar de todo. Había mucha gente, familias enteras paseando, mirando los escaparates, y la abuela llenaba el carrito y parecía feliz. Se puso a hablar con una mujer que llevaba un *hiyab* gris y una túnica amplia. Le preguntó: «¿Por qué vas vestida así?». Me sentí avergonzada y un poco asustada también, porque la mujer se enfadó mucho y la insultó. La trató de sucia cristiana y le dijo que se metiera en sus asuntos. El domingo me quiso complacer y fuimos a Casablanca, a un McDonald's. La abuela siempre dice que lo mejor está en Casablanca. A mí no me pareció que fuera tan genial. Los sándwiches estaban fríos y las patatas fritas no eran tan buenas como las de Fatima.

El sábado invité a unas amigas a casa, pero cuando llegaron no supe realmente qué hacer con ellas. Quería quedarme en mi habitación o ver una película mientras merendaba. Le pregunté a mamá si podíamos llamar a sus padres para que vinieran a recogerlas. Ya la conoces. Me dijo: «Eso no se hace». Ah, y el abuelo comentó algo que me hizo pensar en ti. «Nada crece bien a la sombra de un gran árbol.»

Te mando muchos besos,
INÈS

P. D.: En cuanto a papá, no sé qué decirte. No me han contado nada. Lleva tres semanas sin salir de casa.

INTERMEDIO

Aterricé en el aeropuerto de Fez a finales del mes de agosto de 2022. El policía al que le entregué mi pasaporte me preguntó cuál era mi profesión.

«—Escritora.

—¿Periodista?

—No, escritora.

—¿Y qué escribes?

—Novelas policiacas.»

Me dirigí al aparcamiento. Envuelta en un viento caliente, aspiré el polvo que coches y motocicletas levantaban tras ellos. Se me acercaron tres hombres. «Taxi grande.» Tenían pinta de agresivos. Se empujaban, parecían negociar, me lanzaban en árabe unas cifras que no estaba muy segura de entender. No quería que se dieran cuenta de que solía confundir dieciséis con sesenta, y mil con cien. Fingí que me hartaban y los traté como a unos críos revoltosos y agotadores. Elegí al que se había rendido más fácilmente a mis palabras. Le indiqué adónde quería ir. A la «hacienda Belhach», en la carretera de Meknés.

Me abrió la puerta de un viejo Mercedes blanco y se plantó allí, de pie, en el aparcamiento.

«—¿A qué estamos esperando? —le pregunté.

—A que vengan más clientes.»

Le dije que no quería viajar con otros pasajeros y que pagaría lo necesario por ello. Se aclaró la garganta y escupió en el suelo. «Como gustes, hija, como gustes.» Parecía contento de haber enganchado un pez gordo. Una jovencita de Francia con los bolsillos a rebosar de euros. Me rogó que me pusiera cómoda. «Puedes fumar si quieres.» Encendí un cigarrillo mientras enfilábamos la autopista. En realidad, no me apetecía fumar y me entraron náuseas. Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento. Por la ventanilla veía agitarse las adelfas cubiertas de flores blancas. El conductor era un charlatán. Me contó que venía de Errachidía y que se había quedado a vivir en la región por su esposa. La vida estaba difícil, el dinero escaseaba, y, luego, en un tono sobreexcitado, añadió algo que no entendí. Me pareció oír las palabras «comprar» y «difícil», aunque no

capté el sentido de esas frases. Se giró para hablar conmigo. Quería ordenarle que mirara hacia adelante, pero noté que esperaba que yo asintiera. Así que murmuré: «Tienes razón», y, de la alegría, le dio un manotazo al volante. No pude añadir nada más y sentí que mi silencio lo había decepcionado. Yo solo poseía una lengua infantil, la de los caprichos, aprendida con Fatima: el idioma de quien quiere beber, comer y no puede esperar, y cuyos deseos son órdenes.

En la radio sonaba una canción de Taylor Swift, y, aunque el chófer no se sabía la letra, seguía el ritmo moviendo la cabeza. Observé que ahora una autopista conducía a la finca. De pequeñas soñábamos con que construyeran una, mientras vomitábamos en los asientos de ante marrón del coche de papá. Un inmenso centro comercial se alzaba a unos metros de la salida hacia la hacienda. Mujeres con *hiyab*, otras veladas de arriba abajo empujaban carritos en el aparcamiento. Reconocí en el horizonte la hilera de cipreses y le indiqué al taxista la dirección de casa. Mientras nos acercábamos, vi a lo lejos enormes toboganes de plástico azul y, en letras gigantes, el cartel AQUALAND.

Junto a la cancela sobre la que se leía HACIENDA BELHACH estaba sentado un anciano. No recordaba su nombre, pero sabía que era él quien nos llevaba a Inès y a mí a pasear en burro por las hileras de naranjos. Fue él quien lloró como un crío en la camioneta donde yacía el cuerpo de Mathilde. Fue él también quien consiguió al sacerdote beninés que había aceptado rezar junto al imán ante la tumba de mi abuela. Bajé la ventanilla. Le dije quién era yo. Me disculpé por no haber avisado, por no haber telefoneado. Se quitó la gorra y se rascó la nuca. No se acordaba de mí y se sentía violento. Pagué al taxista y seguí al empleado por el camino hacia la casa. Se presentó, «Tibari», y añadió que era el capataz; continuaba dirigiendo la hacienda. Pasamos delante de los invernaderos, donde unas mujeres en cuclillas estaban plantando pimpollos en la tierra. Supervisaba la cosecha de aceitunas y de uva, pero hacía mucho tiempo que no entraba en la casa. «El año pasado, las ratas se comieron las canalizaciones e invadieron toda un ala de la vivienda. Acabaron con las alfombras y las cortinas. Podría haber sido peor. Traje a algunos hombres y las matamos, una por una. ¡Unos bichos así de grandes!» Me entraron escalofríos. Me avergoncé de mí misma y de mi disparatada ocurrencia. ¿Qué pintaba yo allí? ¿Cómo pude haber pensado que me iba a instalar, que iba a dormir en aquella casa aislada? Estaba atrapada en mi propia

trampa. Creía que regresaba a mi hogar y no era más que una forastera.

El capataz me iba guiando —«Es por aquí»— y quise decirle que lo sabía, porque había jugado allí, bajo la gran palmera cubierta de hiedra, atenta al ruido que hacía el generador cuando arrancaba. Se detuvo frente a la puerta de cristal esmerilado y encontré el timbre, colocado tan alto que Mathilde y yo éramos las únicas que podíamos alcanzarlo. Aunque se alzaban de puntillas, Amín e Inès no lo lograban. Tibari se puso en movimiento. Abrió los postigos y las ventanas. Parecía incómodo, como si me estuviera recibiendo en su casa y no hubiera nada listo. Yo quería que se fuera. Quería estar sola para admirar un viejo retrato de Amín, tomado entre los olivos, y sus láminas de agronomía con marcos dorados, que colgaban de la pared.

Subí los peldaños y entré en el salón. Era difícil de creer, difícil de imaginar, y, sin embargo, nada había cambiado. La casa parecía un sarcófago. Se diría que un sortilegio hubiera detenido el tiempo y mi infancia, las vidas pasadas, como en la ciudad de Pompeya. Solo quedaban objetos paralizados bajo el polvo y las cenizas, una existencia reducida al estado de fósil. En el borde del lavabo, en el cuarto de baño de la entrada, un trozo de jabón cuarteado se había enmohecido. La bata de Mathilde seguía colgada detrás de la puerta. Abrí el armario. El armario de las cosas ricas, que mi abuela siempre mantenía cerrado y cuya llave escondía en su sujetador. Las latas de gaseosa y las conservas habían estallado. Todo su contenido estaba derramado por los estantes. Los platos con motivos alsacianos seguían en su lugar, en el aparador. Las tazas blancas, con las florecitas de color naranja, yacían sobre la mesa. Pensé en la novela de Dickens, en la llegada de Pip a Satis House, en la pobre Miss Havisham con su vestido de encaje ajado.

Me costaba creer que hubiera habido vida aquí. Costaba recordar que de pequeña me tumbaba en el suelo de baldosas para huir del calor de las tardes de verano. Un día, en este salón habían resonado gritos. En este salón habían entrado abetos gigantescos que Mathilde, incluso ya en su vejez, decoraba con alegría infantil. Angelitos dorados. Pájaros plateados que sujetaba con pinzas de la ropa. En torno a esta mesa estallaban discusiones, las cenas eran siempre demasiado largas y los hombres se hartaban de la insolencia de los niños. Miro las paredes desconchadas, la piscina vacía, la hierba quemada, y, como en superposición, aparece la casa de antaño y, tras el silencio, me llega el sonido de las conversaciones.

Está lo que veo y lo que imagino, lo que recuerdo y lo que observo, y todo se mezcla hasta tal punto que ya no logro trazar una frontera entre presente y pasado, verdad y fantasía.

Esa noche no pude dormir. Me instalé en la habitación de mi abuela, me tendí en su cama y me quedé mirando durante horas el retrato de Georges y Anne Meyer. Pensaba en mi padre. ¿Habló conmigo antes de irme a Francia? ¿Me dijo que no volviera? No tengo recuerdos concretos de ninguna conversación, pero creo que sí, que me dijo eso. «Vete y no vuelvas. Si regresaras, tendrías problemas.» Dijo algo sobre que yo era demasiado libre o que hablaba demasiado. Que no estaba hecha para mi propio país. Lo que sí es cierto es que él quería que yo escribiera.

Hace unos años intenté escribir sobre él. Empecé a buscar documentos y no los encontré por ningún lado. Había tomado notas después de una conversación con mi madre, pero no estaban en ningún cuaderno… Por más páginas que pasara, solo encontraba historias inventadas, personajes que creé e inmediatamente condené. También hubo cartas, cartas que mi padre recibió en la cárcel y que se habían perdido. No puedo haberlo soñado. Esos documentos existieron y conspiran contra mí. Desaparecen para volverme loca, para impedir que confiera realidad a este relato. Algo está intentando escapar de mí. En cambio, sé lo que no existe. No puedo saber cómo era su letra. Nunca me escribió. Ni siquiera una notita, un apunte, una felicitación de cumpleaños. No es que yo haya perdido sus palabras, fue él quien nunca me las escribió. Tampoco hay fotografías de mis abuelos paternos, Farida y Mohamed, y es como si mi padre hubiera nacido de sí mismo, el primero de su estirpe. Nunca vi una foto de él de cuando era pequeño.

No me he traído ningún libro. He dejado de leer. Tampoco escribo. Llevo semanas sin encender el portátil y estas palabras las estoy anotando en uno de mis viejos cuadernos. El rojo, el azul, el verde agua. Me aferro a ellos y a la esperanza de que me ayuden a reconstruir los acontecimientos, para llevar a cabo una arqueología de mí misma. Cito en él unos nombres que ya no me dicen nada, unos hechos de los que no tengo el más mínimo recuerdo. Por supuesto, las drogas y el alcohol influyen en mi olvido. Sí, te ríes, hablas mucho, bailas y haces tonterías. Unas tonterías de las que te avergüenzas, y por eso se olvidan. Para no arrastrar ese bochorno, esa pesada carga de palabras mal dichas, de gestos

tristes. ¿Acaso la gente que olvida sigue viva? ¿En qué nos convertimos al perder la memoria? La vida de antes existe como las imágenes de una película que se proyectan sin que nadie sepa a quién pertenece esa historia. Las conversaciones son inaudibles, solo bullicio. Y está mi cuerpo, que se zambulle y luego flota en el agua helada… Mi cuerpo, al que dejo con hambre, y, como no siento casi nada, soy feliz. He desaparecido. Perdí mi rastro y, cuando miro hacia atrás, veo un valle de bruma. Se podría creer que al escribir he limpiado el cielo, clasificado los recuerdos, ordenado el pasado; se podría pensar que me he aclarado el alma. Ocurre lo contrario. Mi estado de ánimo me lleva a renegar de todo. Empecé a odiar todos esos libros que me mantenían alejada de la vida. Del amor. Todos esos libros que me han emparedado entre palabras. Los libros que leí y en los que mi padre escribía sus iniciales, que son las mismas que las mías. Y luego los otros, los míos, los que he escrito. Mis libros me aplastan, me asfixian, me son ajenos, y a veces tengo la impresión de que son como niños, unos niños desconocidos, pálidos y de ojos grandes. «Toma, estos son tuyos», me diría alguien, empujándolos hacia mí. «Eres su madre y tienes que cuidarlos.» Pero yo querría abandonarlos en medio de un bosque y huir corriendo lo más rápido, lo más lejos posible.

Y, pese a todo, mis libros me pusieron tras su pista. En varias ocasiones, me ha ocurrido que la gente se me acerque en las ferias literarias o con motivo de una firma de libros. Unos desconocidos que quieren hablar conmigo sobre mi padre. Uno de ellos había sido amigo suyo en los años cincuenta, en Fez, y, en la carta que me dejó sobre la mesa de una librería de Estrasburgo, describía las tardes que pasaba con mi padre en la casa familiar. Una casa que nunca conocí. En otra ocasión, alguien dejó también un sobre a mi lado. No vi la cara de esa persona, yo estaba inclinada sobre un libro que firmaba en ese momento. Dentro del sobre había una fotografía de Mehdi, sentado detrás de un gran escritorio de madera. Inclinado también sobre un expediente. Y luego aquella mujer que me esperaba en la calle. Me puso la mano en el brazo y me dijo que, como mi padre, ella había vivido encima del cine Rex, en un piso cuyo cuarto de baño daba a la sala de proyecciones. «Es increíble, ¿verdad?» Yo estaba segura de habérmelo inventado.

Una noche de mayo de 1993, mi padre llegó a casa y dijo: «Ya está, se

acabó». Una fórmula típica de un asesino a sueldo. Unas personas habían ido a quejarse al rey. Unas personas cuyos nombres conozco, pero me los callaré. «Tenemos problemas con el presidente del CCM.» Parece ser que el rey respondió: «Apártenlo de mi camino». Llevó un minuto o dos, una llamada telefónica; mi padre recogió sus cosas y se fue a casa. Al día siguiente, se presentó la policía y se llevó su portátil y el teléfono del coche. En todos estos años, intenté comprender. Las personas a quienes preguntaba se limitaban a mover la cabeza y a adoptar un aire misterioso. «El pobre fue víctima de un ajuste de cuentas.» Entonces escribí en el buscador de internet «ajuste de cuentas CCM» y me salió una página que proponía conseguirme un crédito. Encontré artículos escritos en árabe y no entendí nada. Quizá no había nada que entender, ninguna lógica ni explicación racional. La única lógica era la de la arbitrariedad, la del majzén, la de la maledicencia. Hizo enemigos y un día lo desconectaron. Unas semanas antes de que despidieran a mi padre de su trabajo, el primer ministro de Francia, Pierre Bérégovoy, se había pegado un tiro, y recuerdo que en ese momento pensé: «Menos mal que mi padre no tiene un revólver».

Ayer caminé por el jardín, invadido por unas ortigas tan altas que casi me llegaban a las rodillas. Bajo los naranjos, el pequeño tobogán se había oxidado y no quedaba nada de las matas de geranios ni de las hileras de amarilis que Mathilde cuidaba con tanto esmero. Anduve hasta el cobertizo, donde mi madre había guardado unas cajas tras la mudanza de la casa de la avenida de Zaers. Ella dice que no se encariña con las cosas materiales. Como los demás miembros de esta familia, teme a los objetos y a las herencias, desconfía de todo lo que tiene que ver con el pasado. Por eso metió mi infancia en cajas, mis fotos de Marilyn y mis pantalones de pana, mis discos y mis cuadernos escolares. Tibari abrió la puerta del cobertizo. Olía a humedad. El capataz se quedó en la entrada mientras yo sacaba las cajas. Encontré libros cuyas cubiertas me evocaron el momento preciso en que los había leído. Pero no tenía ningún recuerdo del argumento. Me llevé un vestido verde con pájaros y una chaqueta de papá. Cuando metí la mano en el fondo de una caja, sentí que algo se movía. Grité y Tibari acudió corriendo. Me dijo que tuviera cuidado. Unas serpientes habían anidado en la ropa vieja de mi madre.

SEGUNDA PARTE

Un loro del Gabón, de plumaje gris y ralo, caminaba por la hierba. Bordeó la piscina y se acercó a la tapia baja. Sus garras se aferraron a las ramas de la buganvilla y comenzó a trepar hasta desaparecer entre las hojas violeta. «Le cortaron las alas», les había contado Mehdi a sus hijas cuando se lo regaló. Nunca se habían encariñado con él, y el animal vivía libre y abandonado en el inmenso jardín. El loro empezó a gritar «¡Fatima!», y la criada, que era la única a quien le importaba el pájaro, le ordenó que se callara. Lo alimentaba como al perro, que se pasaba el tiempo durmiendo frente a la puerta de la cocina. Le guisaba a Levin unos restos de huesos y de pasta, y él los devoraba lanzando gruñidos de satisfacción.

Eran las diez de la mañana del 14 de noviembre de 1997. Hora de pasar la aljofifa por el suelo antes de pelar las verduras para la comida. Eran las diez y el señor aún no se había levantado. Fatima cruzó la casa. Se detuvo frente al dormitorio y pegó el oído a la puerta. ¿Se estaría duchando? ¿Quizá leía en la cama o andaba ocupado con alguna de esas actividades extrañas que ella nunca había entendido? Seguía con el oído pegado a la puerta. No le llegaba ningún sonido y empezó a preocuparse. Él nunca había dormido hasta tan tarde y, si le había ocurrido algo, le echarían la culpa a ella. Aicha la acusaría y las chicas la maldecirían. Todos se volverían contra ella. Llamó a la puerta. Esperó unos instantes. No pasaba nada. Así que golpeó de nuevo, más fuerte. Y lo llamó: «¿*Sidi*?». Entonces oyó su voz. «¿Qué pasa?» Fatima se mordió el labio. Seguro que se iba a enfadar, le reprocharía que se tomara tantas confianzas, como si la casa fuera suya. «Unos hombres han traído las sillas del jardín. Hay que pagarles, *sidi*, y la señora no ha dejado dinero.»

Mehdi se despertó tan sobresaltado que no sabía dónde estaba. Se despejó un poco y miró a su alrededor durante un buen rato. El dormitorio, enorme, y la puerta de cristal frente a la cama. A la izquierda, un sofá con los vestidos de Aicha desparramados por encima y, a la derecha, la puerta del cuarto de baño y de la sauna, que tanto había insistido en construir y que solo había usado dos veces. Se conocía esa habitación de memoria, cada bibelot, cada rasguño de los cajones de la

mesita de noche. Conocía aquella casa hasta la náusea. Buscó su reloj. Eran más de las diez y eso le hizo avergonzarse. Hasta entonces siempre había conseguido disimular, mantener las apariencias. Durante los cuatro años que llevaba en paro, siempre se había despertado a la misma hora que su mujer y su hija. Se sentaba con ellas a desayunar, ya duchado y afeitado, y se comportaba como un hombre que tiene por delante una larga jornada de trabajo. Les untaba las tostadas con mantequilla, que ellas apenas tomaban. Hacía comentarios sobre la ropa de Inès: «Esa falda es demasiado corta. Ve a cambiarte». Estaba seguro de que escondía maquillaje en su mochila del liceo y tal vez incluso alguna minifalda que él le prohibía usar. A sus espaldas, su hija lo trataba de ayatolá. Siempre se retrasaban, y él las veía irse apresuradas. Sus mujeres hablaban un idioma que él no entendía, y, mientras salían de casa, oía el sonido de sus voces, similares a los ruidos de los pájaros en el campo al amanecer. Cuando ya se habían marchado, Fatima le llevaba un termo con café caliente. Sabía que Mehdi se quedaría un buen rato en la bella galería acristalada que daba al jardín. En lugar de mirar las flores o el árbol inclinado bajo el peso de las naranjas, observaría la huella del carmín rojo en el borde de la taza de Aicha. Y, con la punta del dedo, la borraría.

Pero esa mañana no se despertó temprano. No es que hubiera ocurrido algo excepcional la víspera. No hubo nada especial. No había bebido más de lo habitual ni se había acostado más tarde. Habían visto una película y, como siempre, Aicha se había quedado dormida a la mitad y luego se había ido al ala de la casa destinada a las niñas.

«¡Ya voy!», gritó Mehdi, y oyó las babuchas de Fatima deslizarse por el suelo. «Esta majadera se ha puesto a vigilarme», pensó. «¿Quién se cree que es para despertarme? No soy ninguna de las crías que tiene que cuidar.» Se juró a sí mismo que se lo diría. Que se ocupara de sus obligaciones —o sea, cocinar y limpiar la casa— y que no se le volviera a ocurrir llamar a su puerta sin que nadie se lo pidiera. Se incorporó, se acomodó el almohadón detrás de la espalda y permaneció allí, sentado en la cama, mirando las cortinas. «¿Tendré derecho, aunque sea por una sola vez, a estar verdaderamente solo? ¿Podré algún día no salir de esta cama, no ducharme, dejar de fingir que el lento trascurrir de los días todavía tiene sentido?» Le apetecía acostarse de lado, hacerse un ovillo y permanecer así hasta que regresara su esposa. Se imaginó que entonces ella intentaría hacerlo entrar en razón. «¿Y a ti qué te pasa?» Él le

opondría su silencio y, quién sabe, tal vez se echaría a llorar. ¿Qué sentido tiene ocultar la tristeza?

Se destapó, puso los pies en el suelo helado y le recorrió un escalofrío. El cuerpo se le había quedado sin fuerzas, y cruzó por su mente la idea de que podría estar enfermo. Nunca se había sentido tan cansado. De mala gana, se dirigió al cuarto de baño. Se dio una ducha muy caliente, abriendo bien la boca bajo el chorro de agua. Se secó, sin quitar el vaho de los espejos, sin ver ni una sola vez su reflejo, y caminó, desnudo, hacia el vestidor. Sacó unos pantalones de pana y un polo de un estante. Se agachó y cogió unos calcetines y unos calzoncillos. Al ir a cerrar la puerta, una corbata se quedó trabada. Decenas de ellas colgaban a ambos lados de unos ganchos, que, según el arquitecto que había construido la casa, eran la última moda en Europa. Se quedó mirando esas tiras de tela y, al principio, tuvo ganas de reírse de lo ridículo que le parecía ese accesorio. Esa miserable lengua de tejido que rodea el cuello como si fuera la soga de un ahorcado. Se las quedó mirando y agarró una. Una corbata pasada de moda y algo vulgar, con florecitas de colores. ¿Él había llevado eso? Se la puso alrededor del cuello y empezó a hacer un nudo. «Es como andar en bici», se dijo, «nunca te olvidas», y le temblaron los dedos. El nudo quedó perfecto. Había aprendido a hacérselo sin que nadie le enseñara y no tendría que enseñarle a nadie. Su padre había usado chilaba y él solo tenía hijas.

Con un poco de esfuerzo, ¿podría recordar las circunstancias en las que se había anudado al cuello esa corbata de florecitas? No solía prestarles mucha atención, y era Aicha quien elegía su ropa cada mañana. La colocaba sobre el sofá: el pantalón y la chaqueta del traje, la camisa y una corbata. ¿Por qué las conservó todas? Ahora sentía que lo desafiaban, al igual que ese par de zapatos de cuero que hacía años que no se ponía. Le invadió una rabia incontrolable. Hubiera deseado arrancar las puertas de sus goznes, dar un puñetazo a la pared, con tal fuerza que la casa se derrumbaría sobre él. Regresó al cuarto de baño y cogió un par de tijeras grandes de color rosa. Tiró de las corbatas y, una a una, las fue cortando. Algunas, de lana o tejidas a croché, eran más difíciles de despedazar, y las rasgaba con rabia. Las convirtió en confeti, que se esparció por el suelo, luego atacó las chaquetas de los trajes, que desgarró con maliciosa alegría, y los pantalones, cortando a veces la entrepierna, otras veces los bajos. Ya se imaginaba lo que diría Aicha. «Podríamos haberles dado la ropa a

personas que la necesitan.» Ella no mencionaría ni el dolor ni la frustración. No le haría caso a su rabia y lo trataría de niño egoísta y malcriado. Se encontró desnudo en el vestidor, con el suelo cubierto de ropa hecha jirones. ¡Mierda! ¿Qué le iba a decir ahora a Fatima? ¿Qué pensaría ella cuando limpiara la habitación? Se puso el polo. Uno viejo y sin forma, que le sobraba por todas partes, de color azul. Le pareció que no solo había perdido peso, sino que se había borrado. Los músculos, los huesos se le habían derretido. Estaba convencido de que incluso había perdido uno o dos centímetros de estatura.

Salió del dormitorio y, con lo que le quedaba de fuerza y dignidad, fue a pagar a los repartidores. Unos días antes, Aicha se había enfadado y le había reprochado que nunca la ayudara, que ella tuviera que encargarse de todo. «Las sillas del jardín están rotas, ¿te costaría mucho ir a la tienda y elegir otras?» Se sentó en su lugar habitual, en el lado derecho del sofá, cuya tapicería se había vuelto negra por el humo de sus pipas y cigarrillos. ¿Qué pasaría si los repartidores lo vieran sentado allí, sin hacer nada? ¿Qué pensarían de él? ¿Se pondrían a murmurar con las criadas y con el guarda, y se burlarían de ese banquero destronado, de ese burgués humillado que se pasaba la vida esperando? Ojalá no hubiera nadie por allí. Ojalá no le hubiera dado tanta vergüenza, a sus años, que lo sorprendieran durmiendo hasta tan tarde.

También podría salir a la calle y, como todos los desempleados de este país, sentarse en una terraza, pedir un *ness-ness* y, mientras se tomaba su café con leche, leer el periódico, espiando a los clientes de las mesas de al lado. Podría asumir el papel de un hombre que no hace nada, un hombre inútil, mantenido por su esposa, en lugar de sentarse allí, desesperadamente solo, con montones de libros a sus pies. Fatima acababa de pasar la aljofifa por el suelo y en el salón flotaba un olor a jabón y a cilantro picado. Las voces de las criadas llegaban hasta él y sintió envidia de que estuvieran atareadas. Levin entró, colocó su hocico sobre las rodillas de Mehdi y movió la cola. La gente solía preguntarle por qué le había puesto ese nombre a su perro. «¿Levin? ¿Significaba algo?»

¡Qué interminables se le hacían los días! A media tarde, cuando las criadas dormían la siesta, se le ocurría pensar que aquella espera era un sinsentido. La vida no le tenía reservado nada más. El paso de las horas lo estaba volviendo medio loco y rebuscaba dentro de él, como cuando un perro escarba la tierra, rebuscaba para encontrar al hombre que él había

sido, encontrar sus últimas fuerzas. ¡Tanto tiempo para pensar! Al principio de que lo apartaran de su puesto, se distraía con unas aficiones que le duraban poco. Unas aficiones en las que se sumergió hasta el extremo de ahogarse, hasta el extremo de asquearse de sí mismo. En los primeros meses de su despido, en mayo de 1993, se interesó por las filosofías orientales. Leyó todo lo que encontraba sobre la historia del Tíbet, la práctica del *zazen* y la metempsicosis. Había encargado un cojín de meditación de cuero blanco y negro, y durante una época se levantó al alba para hacer los ejercicios en el jardín. Ante Aicha e Inès, disertaba sobre la perfección de las rosas y el crujido sosegador de las hojas del álamo. Casi les hizo creer que nada podía afectarlo, que era un hombre sereno, liberado de las vanidades del mundo terrenal. Parecía que ya no le preocupaba su propio destino ni las acusaciones que pesaban sobre él: mala gestión, malversación de fondos públicos y otros delitos. Pero pronto se hartó de la meditación. Profundizar en sí mismo solo le produjo rabia y un deseo de actuar, de existir. Se dedicó entonces a la fotografía y montó en el garaje un cuarto de revelado. Soñaba con aquella habitación oscura, una excusa para que no lo molestaran. Y, una vez que instaló el equipo, compró los líquidos, gastó unas sumas disparatadas en traer aparatos de última generación de Francia y Estados Unidos, se cansó. Para ser fotógrafo, habría tenido que salir, cruzar las puertas de casa, viajar por el mundo, como lo hacía Selim. Habría tenido que alimentar una curiosidad por los demás de la que ahora carecía. ¿Qué podía decirles a aquellos que en las callejuelas de la medina afirmaban que las fotografías te robaban el alma? Pensó en fotografiar a su hija, a su mujer, en fotografiarse a sí mismo, aunque le asustó la idea de ver su rostro aparecer, día tras día, en las cubas de revelado.

Pensó, entonces, en pintar y encargó lienzos y tubos de *gouache*. Las criadas metieron en cajas el material y el equipo fotográficos y, en su lugar, colocaron un caballete. Durante varios meses pintó escafandras, tempestades y cielos quebrados. Pintó de memoria la cara de su esposa. De vez en cuando, Inès se lo encontraba sentado en el suelo del taller, con las manos cubiertas de colores y el rostro tenso por la duda. Le decía: «¿Y esto qué es?», y la pregunta parecía disgustar a su padre. Ella añadía: «Es bonito», y eso era peor aún. Mehdi se encogía de hombros. Era un incomprendido.

Así que recuperó el libro que había abandonado treinta años atrás. Se

convenció de que lo ocurrido no había sucedido en vano. Sus sueños volvían a él a modo de bumerán y por fin lograría cumplirlos. Esta lamentable situación había sido en realidad un regalo del destino, y pronto la gloria le sonreiría. Las criadas guardaron los lienzos y el caballete, y en el taller dispusieron un tablón de madera con unas patas. Compró un ordenador y estaba resentido con Aicha porque parecía pensar que era un gasto innecesario. Se encerró durante días y semanas. No dejaba entrar a nadie. Fatima se desesperaba al ver el polvo acumularse en los estantes. Lo sermoneaba: «Déjeme solamente vaciar los ceniceros y abrir la ventana». El escritorio estaba repleto de hojas en las que había garabateado unas notas incomprensibles, con su letra picuda. Escribía mientras fumaba decenas de cigarrillos y al final del día estaba asqueado por su estilo y le dolían los pulmones. Quería escribir como quien se venga y arrojar su verdad a la cara del mundo. Frente a su ordenador encendido, fantaseaba con su gloria futura. Robaba fragmentos de frases y partes de metáforas de libros ajenos; se apoyaba en las obras de los grandes autores que le gustaban, rezando para encontrar la fuerza que lo convirtiera en uno de ellos. Comenzaba una novela y luego soñaba con escribir poesía. Se sonrojaba por las lágrimas que brotaban de sus ojos. Descubrió que era frágil y sentimental. Evaluó hasta qué punto haber vivido en el entorno del majzén había dañado las palabras en su interior. Habría tenido que recorrer un largo camino de vuelta a su juventud, a su infancia, un trayecto imposible para reavivar en su corazón la pureza que allí se ocultaba. Se hundía en su sillón, reclinaba la cabeza hacia atrás y pensaba en las lecturas de antaño: en *Martin Eden*, en *El húsar en el tejado*. En aquellos héroes que lo habían inspirado y a quienes había traicionado. Movía los labios. El encuentro de los personajes de Giono, Angelo y Pauline, y el gato. ¿Había soñado con un gato o era el de la novela? Los apuntes se iban acumulando. Rebosaba de ideas, pero no era capaz de conectarlas entre sí y, algunos días, cuando releía lo escrito, sentía ganas de tirar por los aires el tablón y las patas de la mesa. Prender con ellos una hoguera.

Luego empezó a beber. De todas las ocupaciones, esa era la más dulce, la más precisa. La única que lo consolaba. Se dedicó con rigor a esa nueva pasión. Leía durante toda la mañana libros de historia, ensayos políticos y luego la prensa. En el almuerzo, se concedía dos copas de vino blanco y, en la sobremesa, se dedicaba a leer una novela. Luego, alrededor

de las cuatro, cuando lo atenazaba la ansiedad, se servía su primer whisky en un vaso grande, azul y abombado. Y tres cubitos de hielo, cuyo tintineo contra el cristal le gustaba oír. Con independencia de la época del año, el alcohol le proporcionaba motivos de alegría. En invierno, el whisky lo ayudaba a sobrellevar el cielo gris y la lluvia que caía sobre la piscina, enturbiando su superficie. En primavera, se maravillaba como un crío ante el regreso de los pájaros y debía contenerse para no llamar a alguien, a quien fuera, para que presenciara con él la belleza de la naturaleza. Bebía despacio mientras fumaba cigarrillos, dando cada calada con avidez. Luego esperaba, fingiendo calma, para servirse otro whisky. Lo único que le preocupaba, que lo consumía por dentro, era la mirada de desaprobación de Aicha. Al fin y al cabo, ella era la que compraba las botellas, la que pagaba los cigarrillos. Se sentía culpable cuando oía a Fatima enumerar la lista de la compra y terminar con «la botella para *sidi*». Pero en medio de los vapores del alcohol, se disolvían el dolor y la culpa. Tenía por delante mil vidas, mil aventuras se abrían ante él, y se reía solo, en su rincón del sofá, mientras Levin le posaba el hocico sobre sus rodillas. Cuando Inès llegaba del liceo en torno a las seis, la abrazaba y le rozaba la mejilla con los dedos amarillentos por la nicotina. La miraba fijamente con sus ojos vidriosos y le proponía sentarse a ver la televisión con él.

Durante esas tardes interminables, solía soñar. Llamaban a la puerta. Sonaba el teléfono. Le anunciaban que todo había terminado y que el mundo exterior contaba con él. Le presentaban disculpas y, magnánimo, las aceptaba. Le ofrecían un puesto de embajador en un país africano desconocido. Aunque no fuera glorioso, era mejor que nada. Se había acabado la espera y de nuevo era alguien. Por fin le tendían la mano y volvía a montarse en el carrusel en marcha. Todo quedaría olvidado. Las traiciones, los disgustos, los lamentos. Todo regresaría a la normalidad, no habría que rendir cuentas. Había resistido tanto tiempo que incluso la sed de venganza se había apagado. Cuando sonaba el teléfono, por pudor, contenía el gesto de descolgar. Pero le costaba no gritar «¿quién era?». La llamada nunca era para él. Se enfadaba cuando Inès ocupaba la línea. Estallaba de rabia contra Mathilde, que siempre llamaba a la hora de las comidas. «Estoy pendiente de una llamada», decía en un tono conspirador.

También solía soñar con su infancia. Con el sol en la azotea de su

casa en Fez. Con el escorpión que se había escondido en el zapato de su hermano y casi le pica. Hacía años que no veía a sus hermanos. ¿Dónde estarían? ¿Qué clase de vida llevaban? ¿Se habrían alegrado al enterarse de que Mehdi, tan arrogante y alejado de ellos, había caído de su pedestal? Durante la siesta, al cerrar los ojos, veía el rostro amable de su padre, las uñas cubiertas de manchitas blancas, las manos siempre frías, los párpados azulados. Su padre, del que se avergonzaba porque no sabía leer y no hablaba francés. Su padre, al que le faltaban dientes y, a pesar de ello, abría mucho la boca para reírse de unos chistes estúpidos. Su madre tenía razón. Farida afirmaba que Mehdi se había convertido en un extraño en su propia casa, en su propio país, y que se arrepentiría de haber intentado imitar a los extranjeros. No los había invitado a su boda y nunca los hizo partícipes de sus éxitos. En una ocasión —de eso hacía varios años ya—, uno de sus hermanos se había presentado en su casa en Rabat, y Mehdi le había pedido a Fatima que le dijera que estaba fuera. Desde la ventana de su dormitorio, lo había visto en la entrada, panzudo y con bigote, sosteniendo en la mano una gastada bolsa de cuero. Más tarde se enteró de que había venido a hablar con él sobre la salud de su padre. Luego Mohamed murió de cáncer de pulmón, y él no asistió al entierro. Estaba de viaje en Londres. Cuando pensaba en ello, le parecía que había sido una locura, una insensatez. Inadmisible. ¿Qué hombre no va al entierro de su padre? Quizá ahora estaba pagando por sus pecados y lo que le sucedía era un castigo por haber sido un mal hijo, un hijo ingrato y egoísta. Cuando estaba muy bebido, se imaginaba que podía tomar la carretera y, enseguida, en tres horas, quizá menos, estaría en Fez. Pasaría frente al cine Rex, subiría los dos pisos que conducían a la casa de sus padres, y allí nada habría cambiado. Todos estarían reunidos, igual que siempre. Su madre, con sus gritos estridentes. Su padre, sentado en el diván del salón, encogiéndose de hombros como disculpándose por existir. Olería a miel y a fritura, y sus hermanos bajarían armando escándalo por las escaleras del edificio. La vecina golpearía la pared. Igual que antaño. Y la nostalgia lo invadía. Se servía otro whisky y se aferraba con tristeza al vaso grande, azul y abombado.

Los amigos ya no pasaban a verlo. Al principio, se presentaban de camino a casa después del trabajo, para tomar una copa y charlar. Se preocupaban por él, le hacían preguntas a las que respondía con frases crípticas. Abdellah llegaba después de los cursos en la universidad y

despotricaba contra ese poder corrupto y los tejemanejes del majzén, que había querido apartar a Mehdi. Dos años antes, en diciembre de 1995, el ministro del Interior, Dris Basri, había lanzado una campaña de saneamiento contra la corrupción, la evasión fiscal y el tráfico de drogas. Empresarios, banqueros, comerciantes y funcionarios habían sido detenidos y encarcelados. Palacio quería recordar a esa élite económica que no se permitiría ninguna disidencia y que solo debía su fortuna a la buena voluntad del serrallo. «Cuentan que los hombres de negocios dejan sus maletas listas en sus oficinas por si alguien se presenta a arrestarlos. Incluso aunque no tengan nada que reprocharse, saben que quienes están en el poder se inventarán algo, cualquier cosa.» La campaña del miedo, como se la llamó entonces, evocaba las antiguas harcas, cuando el sultán se montaba en su caballo e iba a restablecer el orden en las cabilas rebeldes. «Durante años, miraron para otro lado. Y ahora quieren asegurarse de que nadie muerda la mano que les da de comer», se lamentaba Abdellah.

En la capital reinaba un clima de paranoia. El teléfono dejó de sonar y Mehdi comprendió que si las visitas habían desaparecido, no era únicamente por cobardía o maldad. Quien cae en desgracia desprende un aroma muy particular. Los otros lo olfateaban y se alejaban de ti, pasito a pasito, retirándose hacia las sombras, sin que entendieras inicialmente por qué. Con caras contritas, torcían los labios y mentían sin motivo. «Se cubren las espaldas», se dijo. «Piensan que caer en desgracia es algo contagioso y temen, al seguir viniendo a esta casa, ser arrastrados al gran abismo de la adversidad.»

A final del día, Mehdi esperaba a Aicha como un perro a su amo. Cuando se acercaba el momento en que ella llegaba a casa, se agitaba. Se ponía nervioso. Si se retrasaba, llamaba a Inès para que acudiera al salón. «¿Qué hora es?» Aunque él tenía reloj y su hija no. Le pedía que telefoneara a la clínica y cuando ella le decía que ya se había ido, se tranquilizaba. Llegaría pronto. Aicha, su aliento, su aire que venía del exterior. Llegaría. Y con ella, las noticias del mundo, los murmullos de la vida, de la existencia de los otros, de los fragmentos de historias a las que él ya no tenía derecho, excepto en los libros. Llegaría impregnada de los aromas de la calle, de las charlas de sus pacientes, de los cotilleos del barrio. Tocaba el claxon, él oía el sonido de la puerta abriéndose y los

primeros pasos de Aicha dentro de la casa. Debía soportar que no lo atendiera de inmediato. Que se lavara las manos, que se pusiera el jersey y los calcetines de lana, imprescindibles por lo friolera que era. Que besara a su hija y se preocupara de sus deberes escolares. Cuando por fin cumplía con todas estas tareas, se acercaba a él y, sin duda para complacerlo, con ternura, le decía: «¿Sabes a quién vi hoy en el supermercado? Te manda saludos. Piensa en ti». Mehdi sonreía. Así que el mundo no había desaparecido. Porque cuando caía la noche se ponía a pensar que fuera de la casa no existía nada relacionado con él. Cada día que pasaba, el mundo exterior se volvía más hostil y ajeno. Adquiría unas tonalidades desconocidas, adoptaba una lógica insondable. Aicha le contaba la vida, que seguía su curso, la vida estúpida e insignificante, la vida maravillosa. Le detallaba los problemas de salud de las amigas, que, aunque ya no iban a verlos, solo confiaban en ella cuando se ponían enfermas.

Era el hombre que espera. Esposa de marino, esposa de soldado, esposa de preso, madre rezando por el regreso de su hijo, amante que anhela la carta de su amado. Mehdi, por momentos, se decía que si hubiera sido mujer, esta caída en desgracia habría sido menos dolorosa. Admiraba en las mujeres su capacidad para llenar las horas con mil tareas. Habría ido a la compra, habría cocinado, habría pasado la tarde en la peluquería. Se habría sumergido por completo en un proyecto de renovación del salón. Selma era la única que se atrevía a decirle las cosas a la cara. Aicha lo trataba como un objeto frágil, a punto de romperse en pedazos, pero Selma, cuando iba a visitarlos, no mostraba ningún tacto. Lo animaba a moverse, a salir. «¿Ya no tienes amigos? ¡Pues consíguete otros!» Se ofreció a presentarle a gente y, cuando él se negaba, se ponía furiosa. «A lo mejor mi círculo de amigos no es lo suficientemente bueno para ti.» Un mes antes, había hablado a solas con él. «¿Recuerdas que pronto será el cumpleaños de tu esposa?» Le costaba creerlo: el 16 de noviembre de 1997 Aicha cumpliría cincuenta años. «Como no tienes gran cosa que hacer, tal vez podrías organizarle algo, ¿no crees? Invitaremos a viejos amigos, a la familia, pondremos música. Se lo debes.»

Mia quiso echarse a reír, me di cuenta de cómo me miró, de cómo escudriñó mi vestimenta —«Son graciosos tus vaqueros»—, y fingí que no me había sentado mal, que no estaba desilusionada. Ella no tiene maldad, qué va; de hecho, parecía arrepentida y en la cena habló más de lo habitual. Del trabajo en Londres, con el que soñaba, y la cantidad de veces que repitió «¿sabes?, en el banco», y esa manera de colar palabras en inglés por todas partes, y, además, pagó ella la cuenta. Me dio una sensación extraña verla sacar una tarjeta de crédito del bolsillo y llamar a la camarera vietnamita. «Esto lo pago yo.» Nunca lleva bolso, guarda la billetera en el bolsillo trasero del pantalón y el móvil en la chaqueta. No le dije que podía perder sus cosas. Que se las arregle, ya tiene veintitrés años, se ha licenciado en la HEC, esa gran escuela de negocios, paga en el restaurante, no necesita que yo le llame la atención sobre esas cosas. No volveré a ponerme estos vaqueros. Me los compré esta mañana, un poco caros, la verdad, pero me sentí bien en el probador, diferente, más moderna; la vendedora me guiñó un ojo, aunque sé que son los típicos métodos de venta, pura comedia. Parece ser que en esos probadores ponen espejos que favorecen para animarte a comprar. Esta noche es diferente. Si me hubiera visto en este espejo, en este cuarto de baño mal iluminado, probablemente no los habría comprado. Por suerte, insistí en lo del hotel. Mañana iré a ver el apartamento de Mia, hablaremos de la próxima llegada de Inès, nos organizaremos. Mientras tanto, disfruto de una habitación de hotel para mí sola, puedo tomarme un baño o ver una película, y es una lástima que no tenga hambre, pues podría haberle pedido algo al *room service*. París, las calles, las salas de cine, y no estar obligada a hablar por compromiso. La soledad. Me acostumbro. Me hago a la idea. De todos modos, es como si Inès ya se hubiera ido de casa. En mi cumpleaños estaba con la cara larga, y supe que no se ocuparía de la tarta ni de mis velitas, además de que creo que no me hizo ningún regalo. Tiene prisa por huir de nosotros. La entiendo. A partir de ahora, me voy a encontrar a solas con él. Como antaño, aunque no exactamente, porque yo, durante todo este tiempo, he vivido para *ellas*. Selma se pondría frenética al oírme hablar así. Pero es la verdad, no me da vergüenza: he

vivido para ellas, para mis hijas; Mehdi no diría eso, y no porque las quiera menos que yo, sino porque los hombres no dicen eso; ellos viven para algo, están obsesionados con cumplir unos objetivos, conquistar un estatus, y jamás escuché a un hombre decir: «He vivido para mis hijos». Mañana iré a ver el apartamento, ojalá no me pase como el otro día, aunque no tengo el vientre hinchado ni ningún calambre, así que creo que me voy a librar. Mehdi no podía creérselo cuando me pasó, cuando comencé a llorar en el desayuno y hablé de desesperación y de tirarme por la ventana. Parecía asustado, estuvo a punto de disculparse, de pedirme perdón por la desgracia. No lo dejé hablar. Dije «la menopausia» y eso lo hizo sentirse incómodo y aliviado al mismo tiempo. La menopausia, y él estaba feliz porque era muy buena excusa. A los hombres les conviene pensar que estamos en uno «de esos días». «Está irascible, pobrecita, no se lo tengas en cuenta, se pone como una fiera, como un demonio.» «Está bien, está bien», dijo, y quería que le ahorrara los detalles. A nadie le apetece hablar de eso, y a mí menos; no sé cómo se me ocurrió hacerle la pregunta a mamá, solo intentaba saber a qué edad le pasó a ella, porque en general es un buen indicador, o eso dicen. No le gustó nada mi pregunta: «No tengo ni idea». No la creo, no veo cómo pudo haberlo olvidado; en fin, me digo que yo no olvidaré lo que se siente con el cuero cabelludo sudando a borbotones y despertándote en mitad de la noche convencida de que te has orinado en la cama. Creí que por fin acabaría con esa pesadilla: los calambres, las compresas, los tampones, los trozos de papel higiénico doblados en ocho partes. Es lo que les digo a las pacientes que se quejan: «¿No es un alivio, después de todo?». En Estrasburgo había un catedrático —¿qué es lo que decía?; ah, sí— que la llamaba la «edad crítica». O la «edad peligrosa», ya no lo sé; en todo caso, decía cosas sobre la melancolía de las mujeres que se ven privadas de futuro e inútiles. A las ancianas que guardaban la sangre mala en su interior las llamaban brujas, se las acusaba de escupir su veneno a las chicas más jóvenes que ellas. Ay, creo que voy a vomitar, no debería pensar en eso, pero no hay forma, las veo en cuanto cierro los ojos: las dos moscas muertas, sí, dos moscas enormes, en el moño de la vieja Bartoli. La próxima vez, me esconderé, le diré que es imposible, que no puedo recibirla, ¿acaso no se da cuenta de que es una pesadilla verla desnudarse y abrirse de piernas? En un manicomio, allí debería estar, con sus delirios sobre embarazos y acontecimientos felices. «Lo siento

moverse, doctora. Lo siento», y no tengo el valor de explicarle que su vientre está seco y que nada se moverá allí dentro, y aunque Rachid se enfade conmigo, aunque las secretarias repitan que ambas estamos igual de locas, tanto la una como la otra, no puedo evitar sentir lástima. ¡Menudos gritos daba! Eran casi peores que las moscas muertas de su moño, menudos gritos los de la vieja Bartoli cuando intenté introducirle el espéculo. *Fusión total de las paredes vaginales anterior y posterior, aproximadamente a* 1 *cm del introito vulvar. Imposibilidad de realizar el examen ginecológico.* Mehdi habría dicho: «Esta no se ha comido una rosca en su vida»; le encanta burlarse de las mujeres frígidas o mal folladas; está convencido de que por eso Fatima está de tan mal humor, como si los hombres nos volvieran más simpáticas por follarnos. Hace un rato, en la farmacia, frente al estante de los condones había un chico de pie, muy guapo, un magrebí, estoy segura, lo miré y solo Dios sabe cómo voló mi imaginación, los ruidos y los gestos, el comienzo de la vida amorosa, su torpeza, y algo noté. Empecé a sudar, sentí tanto calor que podría haberme desnudado allí en medio, pero la sensación no era de deseo, más bien lo contrario, estaba aterrorizada. Pensé en Bartoli, en las vaginas que se cosen, se necrosan, caen a tiras, y en la vida de las mal folladas que nunca sabrán lo que es sentir unas manos que te acarician. Esta noche no podré conciliar el sueño, no porque sea un mal día, aunque pronto llegará. A veces me digo que entre los muslos es por donde se cuela la muerte y cose las vaginas del mismo modo que se cose una herida. El origen del mundo, permitidme que me tronche de la risa. He visto lo suficiente como para saber que la Parca no besa en la boca, sino en las mucosas. No el origen del mundo, sino el lugar de su pérdida. Ah, no, no vamos a añadir el mal humor a las arrugas, no vamos a dejar que las lágrimas corran por esos rostros marchitos, ¡lo que faltaba! Cada mañana coloca tus palmas en las mejillas y estira para encontrar, aunque solo sea un instante, algo que se parezca al yo de antaño, baja la frente, cuenta las canas, la longitud de las raíces y pregúntate ¿cuánto más durará esto? ¿Cómo hacer para ser mujer a partir de ahora? Me gustaría ver cómo somos por dentro. Las demás están obsesionadas con las patas de gallo, los labios caídos, los pelos blancos de las cejas. No es que no me importe, pero me gustaría ver cómo es un estómago que ha digerido durante cincuenta años y, luego, este pobre corazón que late, que lleva tanto tiempo latiendo. Lady Di ha muerto y yo sigo con la melena corta, como

la de ella, lo cual estuvo bien, porque con la edad ya no te dejas el pelo largo, y ahora vuelvo a ver a esas malditas moscas y su reflejo verdoso en el moño de la Bartoli. Mehdi no entendía por qué yo lloraba tanto: «Es triste, y es verdad que era joven y guapa, pero, bueno, de todos modos no la conocemos». En realidad, yo no estaba llorando por Lady Di, sino por mis hijas, y me imaginé cómo sería si yo ya no estuviera aquí para vivir para ellas y quería saber —sí, quería saber, desesperadamente— cómo sería su pena.

En septiembre de 1997, el día que comenzó su último año de secundaria, los profesores de Inès distribuyeron una ficha que los alumnos debían cumplimentar. Apellido, nombre, fecha de nacimiento, número de hermanos y hermanas inscritos en el liceo, interés por la materia estudiada, profesión de la madre y del padre. Para congraciarse con el profesor de Francés, fingió haber leído libros cuyos títulos y argumentos conocía gracias a Mia, a quien precisamente había mencionado en la respuesta sobre hermanos y hermanas, lo que le valió los mismos comentarios de siempre: «Si es usted tan brillante como su hermana mayor, vamos a tener muy buen curso». La pregunta que más le preocupó fue la de la profesión de los padres. La de su madre fue fácil. Puso médica. En cambio, con la de su padre dudó. Podía dejarlo en blanco, lo que sin duda despertaría la curiosidad de sus profesores. Pensarían que su padre había muerto o la había abandonado o, tal vez, que estaba en paro. Esta última opción sería, en el fondo, la menos creíble. Pues si bien muchas madres no trabajaban, los padres de sus compañeros contaban en general con flamantes puestos en la industria, en la alta administración pública, en la abogacía o en el comercio. Decidió dejar la respuesta en blanco.

En las semanas siguientes, notó que los profesores la observaban con una mirada tierna, indulgente. No se atrevían a decir nada, parecían compartir un secreto con ella. Saboreó la felicidad de ser huérfana estando su padre vivo y supo lo que se siente al despertar la compasión de los adultos. Pero no pudo disfrutar de ese engaño. «Todo acaba sabiéndose», afirmaba Aicha, lo que es una auténtica mala suerte para las mentirosas con imaginación. En octubre de 1997 aparecieron en la prensa artículos sobre Mehdi. Unos periodistas escribieron, por encargo, unas acusaciones grotescas: malversación de dinero para construirse palacios en Portugal y cubrir de joyas a sus hijas. En clase, los alumnos se burlaron de Inès. «Mentirosa e hija de mentiroso.»

Siempre había tenido tendencia a mentir, aunque en el liceo fue a mayores. O, mejor dicho, ya no se beneficiaba de la duda ni de la indulgencia de sus compañeros. Antaño le perdonaron alguna vez sus

fabulaciones y sus delirios porque era pequeña y guapa. Ahora estaban enfadados con ella por haberlos tomado por tontos. Como aquella vez que juró que iba a posar para un anuncio de Benetton junto a otras modelos internacionales. «Sí», había afirmado, «ahora la gente piensa que las árabes son bellas, incluso las de pelo rizado y cejas demasiado pobladas». Como todas las chicas de su generación, estaba obsesionada con las supermodelos —Claudia, Cindy, Naomi—, por las que sentía una envidia tremenda. Les contó a sus amigas que tenía un novio en Francia, un chico de dieciocho años que había conocido en una discoteca y que estaba perdidamente enamorado de ella. Escribió falsas cartas de amor, intentando cambiar su letra, y las blandía ante la mirada afligida de sus amigas. «Basta ya, Inès; sabemos que eres tú quien las escribe.» En lugar de admitirlo o de pedir perdón, persistió en sus mentiras, con lo que la situación era aún más patética y desagradable. Estaba dispuesta a cualquier cosa para que la creyeran, para que le prestaran la atención que consideraba merecer.

Un día de noviembre, llegó a casa antes de lo esperado. Su padre estaba viendo la televisión. Fatima pelaba patatas sobre la mesa de fórmica de la cocina. Inès había sentido frío en las aulas sin calefacción y decidió darse un baño. Se sumergió en el agua caliente, dirigió el chorro de agua del cabezal de la ducha hacia su vagina y se masturbó. Una, dos, tres, cuatro veces. Hasta que las manos se le arrugaron con tanta agua y el rostro se le enrojeció de placer y de calor. Aturdida, sin pensarlo, sin premeditar nada, apoyó la cabeza en el borde de la bañera y comenzó a golpearse la mejilla contra este. Golpeaba cada vez más fuerte y, para su sorpresa, soportó el dolor. Luego se pellizcó la mejilla herida entre dos dedos para acentuar el hematoma y la hinchazón. Cuando Aicha llegó a casa por la tarde, entró en pánico. «¿Qué te ha ocurrido?» Se inventó que se había lastimado haciendo deporte, y su madre no cesaba de repetir: «Podrías haber muerto o haber perdido un ojo».

Esa noche, Inès rezó para que se le hinchara la mejilla, para que la marca fuera lo más impresionante posible, y, cuando se despertó, tenía, efectivamente, un cardenal azul debajo del ojo izquierdo. Cuando sus compañeros la vieron en el patio le hicieron preguntas, e Inès les sonrió. «No es nada»; luego se dio la vuelta, convencida de que a sus espaldas ya empezaban a correr rumores. Era una niña maltratada. Sin duda, por su padre. Quizá no solo por él. La golpeaban, y eso explicaba su extraño

comportamiento. Si mentía, no era porque fuese estúpida o falsa, sino para enmascarar un dolor inmenso e inconfesable. Así se explicaba todo y, de ahora en adelante, querrían conocerla, quererla, protegerla. Le pedirían perdón por no haberlo entendido antes. Suponía que al compadecerla la absolverían, pero no sabía que las desgracias no te hacen más deseable a los ojos de la gente.

Tenía mil razones para mentir. Por cansancio. Porque la vida pasaba lenta y los días eran iguales. Para no quedarse dormida sobre su cuaderno por la tarde durante la clase. El profesor de Inglés les daba unos temas de redacción de un aburrimiento infinito, y ella respondía con historias extravagantes. «Cuenten sus vacaciones.» Y se lanzaba a relatar la historia inverosímil de una semana en Nueva York con su tío Selim, que, en su imaginación, conocía a personajes famosos y le había presentado a Claudia Schiffer o a Julia Roberts. «¿Qué hicieron el domingo?» En lugar de decir que no había hecho nada en absoluto, se inventaba a unos amigos. También mentía por amor, y por un chico montó aquella historia del anuncio con Benetton. Era un francés llamado Éric, que vestía camisas a cuadros y un vaquero que le quedaba tan grande que se podía ver la marca de sus calzoncillos. Era alto y rubio, y estaba convencida de que él jamás se enamoraría de una chica como ella, de piel morena y cuya melena rizada olía a aceite de argán. Pensaba constantemente en los chicos y, para que se fijaran en ella, se comportaba como una chica fácil. A sus diecisiete años se hacía la experta. «Me gusta y sé cómo hacerlo.» Se había convencido de que los chicos preferían a las chicas liberadas como Ophélie Winter, Madonna o Sharon Stone en *Instinto básico*. Era obvio que ella nunca sería tan rubia ni tan guapa como esas mujeres, pero también podría abrir las piernas y olvidarse de llevar bragas.

No, se decía a sí misma, no era más fea que cualquier otra, y sentía cómo los hombres fijaban sus miradas en ella. Se estremecía pensando en las guarrerías que ellos ocultaban, guarrerías que aún no conocía, que soñaba con descubrir. Quería ver a los hombres desnudos. No tenía hermanos varones, ni primos, ni amigos a quienes pudiera pedirles que se desabrocharan la bragueta y se bajaran los pantalones. Le parecía que la única manera de ser libre, de convertirse en ella misma, era ensuciándose. Para eliminar a aquella niña con mirada de novilla, sentada con un vestido de nido de abeja en el escaparate de una boutique. Su madre hablaba a menudo de eso con Mathilde o Selma. Hablaban de hombres, y, aunque

se quejaban, hablaban mucho de ellos. Les brillaban los ojos, les ardía el rostro cuando los mencionaban, a los propios y a los ajenos, a los sinvergüenzas y a los maravillosos. A veces susurraban y alguna de ellas se reía por lo bajo. Compartían secretos y recetas de la abuela, viejos hechizos eficaces para castigarlos o mantenerlos cerca. Hombres sin los cuales habrían sido más felices. Hombres que habían enamorado a alguna y mentido a otra. Ellos decidían en nombre de toda la familia. Conducían coches con la ventanilla abierta y los brazos bronceados apoyados en la puerta. Querían ser libres. No podían quedarse quietos. Con ellos nunca debías exigir, ni imponerte, ni ser pesada o celosa. Nunca había que preguntar «¿cuándo nos volveremos a ver?». Es lo que le había dicho Selma, e Inès la creía.

Las criadas hablaban de ellos cuando se sentaban en un cuarto contiguo a la cocina. Lloraban por sus sobrinos, que habían suspendido un examen o se habían ahogado cruzando «el río», como se llamaba entonces al Estrecho de Gibraltar. Los hombres se marchaban, comprendió Inès. Los hombres abandonaban su país por otro continente, el campo por la ciudad, la esposa por la amante. En sus pesadillas, se imaginaba un mundo poblado solo por mujeres. Calles por las que únicamente caminaban chicas jóvenes con los tobillos torcidos por los tacones altos y ancianas con la barbilla tatuada. Se imaginaba la finca de sus abuelos sin pastores, sin conductores de tractor y sin el hombre que les vendía las aves de corral. Por todas partes, casas vacías donde las mujeres estaban condenadas a esperar sin perder la esperanza.

Inès creía que todo cambiaba si un hombre se enamoraba de ti, si te elegía. Conforme se hacía mayor, más impenetrable era el misterio masculino. En su presencia se comportaba sin ningún pudor. Cuando ellos se sentaban, ella se quedaba mirándoles la entrepierna. Con una mezcla de temor y apetito, observaba el bulto de los pantalones y se preguntaba qué aspecto tendría, cuál sería el color, la consistencia, la belleza. Su padre a veces la fulminaba con la mirada. ¿Sospecharía algo? Tal vez recordaba que una noche, cuando ella solo tenía seis o siete años, se había deslizado en la cama de sus padres. Al estar mal cerradas las cortinas, dejaban pasar la tenue luz del amanecer. Había visto los cuerpos desnudos de sus padres, iluminados por una aureola azul. Las piernas de su padre estaban cubiertas con una sábana, e Inès, poco a poco, se había acercado. Había saltado con cuidado por encima del cuerpo de Aicha,

que dormía profundamente, con una mano colocada sobre un pecho. Se acostó junto a su padre y, mientras intentaba apartar, con ligeros movimientos de los pies, la sábana que lo ocultaba, este se despertó. Abrió sus ojos negros y la miró con una dureza que le provocó unos tremendos deseos de llorar. «¡Aicha!», Mehdi sacudió el hombro de su esposa. «Tu hija está en nuestra cama. Sácala de aquí.» A partir de ese día, la puerta del dormitorio estaba siempre cerrada con llave.

Una vez al año, a finales de mayo, los alumnos del liceo francés organizaban un espectáculo en el teatro Mohamed V. Era un acontecimiento al que acudían todos los padres. El año anterior, Inès había asistido con su madre a una representación de *Un tranvía llamado Deseo* y había sido una de las noches más bellas y desgarradoras de su joven vida. La obra la conmovió. Aquel tranvía, en esa ciudad triste y perdida, las dos hermanas que podrían haber sido Mia y ella. Se enamoró un poco del chico que interpretaba a Stanley, un marroquí de piel oscura y labios morados, cuyos bíceps resaltaban bajo una camiseta demasiado ajustada. Los decorados eran *kitsch* y los papeles secundarios poco convincentes. Un actor tuvo un fallo de memoria y hubo un problema con la iluminación. Pero la actriz que interpretaba a Blanche era impresionante, y, con su gracia, mantuvo emocionado a todo el público. Su rostro desaparecía detrás de una larga melena rizada cuando movía la cabeza y, con la mirada en el vacío y las manos apoyadas en el pecho, se echaba a reír. En el liceo, era una chica bastante discreta que siempre llevaba jerséis muy amplios de *mohair* y gafas. En el escenario ya no era la misma; su rostro se volvía radiante, parecía haber vivido vidas distintas de la suya. Cayó el telón, estallaron los aplausos y la actriz saludó. «¡Bravo!», gritaba el público, y una niña pequeña subió al escenario y le entregó un ramo de flores. Y a partir de ese día, a sus diecisiete años, Inès deseó eso, que la mirasen, que el director de la obra se acercara a ella y la besara en la frente como si fuera un tesoro que ofreciera al mundo.

En enero, se presentó a unas pruebas de teatro. Éric Baillard, el profesor de Literatura y director del grupo, estaba preparando una adaptación de *My Fair Lady*, y los alumnos debían proponer una canción. Vestía chaquetas de colores llamativos y corbatas con estampados infantiles; era famoso en todo el liceo. Inès había oído comentar que a veces daba las clases en el jardín. Durante varios días ella estuvo practicando delante del espejo del cuarto de baño. Eligió una canción de Dalida, *Tenía dieciocho años*, y cuando decía «y un poco más de rímel en los ojos» o «puse en orden mis cabellos», hacía unos gestos ampulosos y melancólicos. Practicaba frente a su madre, que la miraba embelesada,

como cuando recitaba, de pequeña, unas cancioncillas bobas. En las pruebas le tocó el turno detrás de dos chicos que solo se habían presentado para divertirse y gritar «Frère Jacques» con los ojos enrojecidos por el canuto que se habían fumado en el patio. Inès subió al escenario. Le hormigueaban las piernas y tenía la garganta tan seca que pensó que no le saldría ningún sonido. «Más cerca», ordenó Baillard. Avanzó hasta el borde del escenario. «Cuando quieras.» Su voz no era especialmente bonita, pero cantaba con buen oído y, trabajándolo un poco, todo iría bien. Eso fue lo que dijo Baillard aquella tarde cuando anunció en voz alta los nombres de los alumnos seleccionados.

A partir de ese día, Inès no pensaba más que en él. Por la mañana se vestía para él. Escondía en su mochila faldas y pantalones cortos que su padre nunca le hubiera dejado usar y le robaba a su madre una barra de labios. En clase se aplicó a estudiar como nunca. Deseaba que él se fijara en ella, que su presencia lo conmoviera, lo deslumbrara. Soñaba con florecer, con destacar en medio de la masa de alumnos gamberros e idiotas. Por la tarde, cuando regresaba a casa, se encerraba en su habitación y pensaba en él. Ponía una casete de Eros Ramazzotti o de Céline Dion, evocaba escenas de películas —*Ghost*, *Pretty Woman*— y soñaba que él la besaba en el cuello, que le hundía los dedos en su melena. Apretaba las piernas, contraía la vulva, se metía la mano dentro de las bragas, rebobinaba la cinta y volvía a escucharla. En un cuaderno de notas, le escribió cartas en las que intentaba explicarle, con palabras torpes, lo que sentía por él. Nunca pensó en mandárselas. No era tan ingenua como para creerse que él podría estar interesado en ella. De vez en cuando se cansaba de sus propias fantasías, se avergonzaba de ellas y empezaba a buscarle defectos. Lo observaba, lo escudriñaba, esperando notar algo que pudiera decepcionarla o, mejor aún, disgustarla y romper el encanto para siempre.

Un sábado por la tarde se dejó convencer por sus compañeros y se saltó un ensayo, pese a que en la propuesta no había nada excepcional. Se trataba de dar paseos en coche, fumar porros y beber cervezas con chicos mayores en un aparcamiento cerca de la playa. Pero se dijo a sí misma que estaría bien volver a las distracciones propias de su edad para huir de ese hombre que la obsesionaba. El lunes siguiente, durante la clase de Francés, Baillard se mostró frío y cortante. Todo parecía molestarle y envió a una alumna al director porque había vuelto a olvidar su libro. Al

terminar la clase le pidió a Inès que se quedara. Esperó, de pie junto al escritorio del profesor, hasta que todos los alumnos se hubieron ido tras lanzarle alguna pulla. «¿Qué? ¿Haciéndole la pelota?»

En el aula ya desierta, Baillard mantuvo los ojos pegados a su cartera, en la que guardaba lentamente sus apuntes de clase.

«—No viniste al ensayo el sábado.

—Estaba enferma.

—Era un ensayo muy importante y cuando no estás no podemos avanzar.

—Lo sé. Estaba enferma.

—Eso no es cierto. No estabas enferma. Preferiste ir a divertirte con tus amigos. Me has decepcionado. Pensé que esta obra era importante para ti.

—Es muy importante para mí. Se lo aseguro. Es importantísima, y, si quiere usted, recuperaré las horas de ensayo esta semana.

—No es solo eso.»

Buscó la mirada de su profesor, que mantenía la cara agachada. Quería ponerle la mano en el brazo y jurarle de rodillas que nunca volvería a cometer ese tipo de error. Durante los pocos segundos en los que él se quedó en silencio, ella se imaginó mil cosas. Le iba a quitar su papel y elegiría a otra alumna, más talentosa y más guapa que ella. O se quedaría, pero él ya no confiaría en ella y nunca más tendría esas miradas ni esos gestos tiernos que la colmaban de felicidad y alimentaban el guion de las películas que ella se inventaba.

«No es solo eso», repitió Baillard, volviendo el rostro hacia Inès. Entonces le pareció que el profesor había palidecido. Sus ojos se llenaron de una tristeza que ella no entendía. ¿Cómo un acontecimiento tan idiota, una simple ausencia, una pequeña traición, podía ponerlo en tal estado? «Verás, Inès, está el corazón y está la razón y, a veces, los dos entran en conflicto y no desean lo mismo. ¿Entiendes lo que te digo?»

Asintió. Sí, ella lo entendía. Ella lo entendía muy bien, y su corazón latía tan fuerte que le costaba mantener la calma. Estaba viviendo una experiencia de la que querría recordar cada detalle. Se concentró por completo en las palabras que él usó, en la forma en que colocó sus largos dedos sobre la mesa.

«No debería decírtelo… Estoy completamente loco, ¿entiendes? Me vuelves loco. Solo pienso en eso y sé que no está bien, sé que no tiene

ningún sentido, pero ya no puedo…»

Inès puso la mano sobre el brazo de Baillard. Se acercó y pegó su cuerpo al de él. Ella no dijo nada, respiró hondo, con la nariz sobre la camisa blanca del profesor. Y pensó: «¿Cómo es posible?». Quería reír, gritar de alegría: «¿Cómo se ha fijado en mí este hombre tan inaccesible?». Así que este tipo de cosas no suceden únicamente en los libros o en las películas. Unos hombres que crees que son para las demás pueden amarte en secreto. Selma tenía razón. El deseo influía en el mundo y terminabas consiguiendo lo que te proponías.

La abrazó tan fuerte como pudo y, suavemente, la levantó para sentarla en el escritorio. Inès cerró los ojos y luego los volvió a abrir. Observaba la extraña escena como desde fuera. Baillard inclinado sobre ella, con sus labios sobre los suyos. Qué manera más extraña de besar. ¿Entonces esto es lo que hacen los adultos? Sus besos estaban llenos de seriedad y trascendencia. La besaba como si esa fuera la última vez.

Entonces comenzó para ellos una vida de aventura, de mentiras y disimulos. Una vida donde se contaban secretos con una mirada, durante una clase, un ensayo o incluso cruzándose en el pasillo del liceo. Inès no perdió la cabeza. Al contrario, durante las semanas siguientes se llenó de orgullo, convencida de que se había convertido en adulta, y se obligó a comportarse como tal. Comenzó a ponerse chaquetas y blusas, y le rogó a su madre que le comprara unos zapatos de tacón. Las demás alumnas adoptaban el estilo *grunge* o gótico. Era la moda de los pantalones rotos y la barra de labios de color negro, pero Inès se vestía de secretaria de los años cincuenta. Estudió más duro que de costumbre, porque no quería humillarse delante de ese hombre al que adoraba. Después de todo, él era su profesor. La besaba, le acariciaba los senos, le introducía el dedo medio en la vagina y luego corregía sus disertaciones y debatía sobre sus notas con los demás profesores. Pero a veces la trataba con desdén, como cuando dudó de que ella fuera capaz de sacar sobresaliente, como Mia, en su examen de bachillerato. Le prohibió cortarse el pelo y muchas veces se burlaba de su ingenuidad y de su incultura. Curiosamente, a ella le gustaba eso. La manera que él tenía de desairarla, de reprocharle cosas. La forma a veces condescendiente en que le hablaba, repitiendo «¿qué sabrás tú?» o «algún día lo verás». Ella no se ofendía, no se mostraba enfadada. Quería reaccionar como una mujer y sentía, cuando mantenían ese tipo de conversaciones, que estaban jugando a ser papá y mamá. No era una

chiquilla, puesto que un hombre, un hombre mucho mayor, se había interesado por ella. Baillard tenía treinta y siete años, y ella, ninguna idea de lo que eso significaba. ¿Qué has vivido cuando tienes treinta y siete años?

Para estar con su amante, el profesor se arriesgaba mucho. Había obtenido el horario de las aulas de todo el centro y quedaba con ella en las que estaban desocupadas, que cerraba con llave. Para que no pudieran ser vistos a través del cristal de la puerta, se tumbaban en el suelo y se esforzaban en permanecer lo más silenciosos posible. Baillard le desabrochaba la blusa y le levantaba la falda. Le quitaba las bragas, que siempre se guardaba en el bolsillo. «Para no perderlas.» La primera vez que él le lamió el sexo, ella casi se echó a reír. Estaba muy avergonzada y no sabía qué hacer con las manos ni con las piernas. ¿Extenderlas, separarlas o, por el contrario, cruzarlas por encima de los hombros de Monsieur Baillard? Él puso sus manos en las nalgas de Inès y enseguida desaparecieron sus ganas de reír. Abrió mucho la boca y empezó a soplar, como las mujeres cuando dan a luz. Agarró el cabello de Baillard: quería lastimarlo y hacerlo entrar en ella por completo. Inès gozó y, cuando abrió los ojos, él estaba allí, encima de ella, con la mirada brillante y el rostro húmedo.

El sexo lo volvía loco. Su deseo era cada vez más apremiante, más apasionado y, en ocasiones, incluso le costaba hablar hasta que no le quitaba las bragas y le ponía la mano entre las piernas. A ella le parecía extraordinario y muy improbable vivir una historia así. Se sentía excepcional y nunca se le ocurrió que para él también fuera un milagro besar los pechos y los muslos de una jovencita de diecisiete años. Se sintió halagada por que él no fuera capaz de «contenerse», y veía en la urgencia de ese deseo una prueba irrefutable de que la amaba. Cuando hacían el amor, le excitaba mirarle la cara, la mueca cuando se corría. A menudo le parecía que duraba demasiado y que le dolía.

Podía ocurrir que se mostrara sombrío, angustiado. Se sobresaltaba al menor ruido, veía enemigos por todas partes. Ella no parecía tan afectada como él por los obstáculos a los que se enfrentaban. No lo entendía, era demasiado joven y no sabía lo que era estar casado y con dos hijos. Él se ponía las manos en la frente, se echaba el pelo hacia atrás. Ya no soportaba esos escarceos furtivos. Solía llevarla a la playa, aparcaba su

coche en un camino desierto y, si hacía frío, encendía la calefacción. Los días de sol, caminaban por la arena y se decían que si alguien los sorprendía, solo tendrían que sumergirse en el agua fría y nadar hasta donde los llevaran sus fuerzas. En otra ocasión, agotado por las citas clandestinas en el liceo, Baillard tuvo la idea de reservar una habitación de hotel cerca de la estación. Inès sintió miedo… Por primera vez, se angustió y se sinceró con él. No habló de su temor a quedarse embarazada o a contraer alguna de esas terribles enfermedades de las que había visto fotografías en las revistas médicas de su madre. Le comentó que en Marruecos las parejas no casadas no podían encontrarse en un hotel, eso lo sabía incluso ella y no quería acabar en la parte trasera de un furgón de la policía, como les había sucedido a varias de sus amigas. Baillard la tranquilizó. Le había dado al recepcionista una propina para garantizar su discreción. Él entraría primero al cuarto y ella llegaría luego, sin que nadie le prestara atención. Y esa tarde, tumbada en una cama del hotel Ibis, se dijo que había hecho bien en hacerle caso y que no había nada más maravilloso que unas sábanas blancas, una cama, unas persianas que se cerraban y un cuerpo cálido y desnudo contra el cual echarse una siesta.

Le hubiera gustado hablar de ello con alguien. Con un amigo, como lo fue Hakim para Mia, un confidente con quien compartir sus nuevas experiencias. Le habría contado el tiempo que pasó antes de que él la besara por primera vez. Solo unos segundos. Unos segundos de los que habría tenido mucho que decir. Unos segundos de los que hablaría durante horas y que habían cambiado su vida.

Un día, cuando tuvo que llevarla a casa después de un ensayo —«Dale las gracias de mi parte», había dicho Aicha—, Baillard decidió robar unos minutos más de amor y condujo hasta el bosque en las lindes del campo de golf de Dar Essalam. En el coche, ella se quitó el sujetador, él la besó en el cuello, le dijo lo guapa que era. Inès colocó su mano en la entrepierna de Baillard y, a través de su pantalón, acarició sus testículos. Sostuvo su miembro entre el pulgar y el dedo medio, y luego, con la mano, moldeó su forma, subió, volvió a bajar y el pene se endureció. En las yemas de sus dedos, podía sentir la sangre palpitar en el glande. En ese momento hubiera querido un mundo silencioso, vacío de palabras. Un mundo donde solo existieran el cuerpo y sus ruidos.

Él solía pellizcarle el pezón con el pulgar y el índice y presionar

suavemente hasta que ella se ponía a gemir. Tenía los ojos cerrados cuando oyó que alguien golpeaba el cristal. Reconoció de inmediato el uniforme y leyó, en el coche aparcado bajo un árbol, *Gendarmerie Royale*. Se abotonó la blusa, repitió «¡oh, Dios mío; oh, Dios mío!», y Baillard, también angustiado, mantuvo las manos en el volante. Terminó abriendo la ventanilla.

«¡Documentación!» El policía era un hombre de unos cincuenta años, delgado y de piel muy oscura. Al igual que el otro que lo acompañaba, que permaneció sentado en el vehículo, lucía un espeso bigote.

Baillard abrió la guantera con cuidado de no rozar las piernas desnudas de Inès. Le entregó la documentación al policía y ella escuchó una voz que no reconocía. La de un niño, temblorosa y tímida.

«—Aquí tiene, *monsieur.* —El policía regresó al coche e Inès y Baillard esperaron sin decir palabra. A Inès le ardían las mejillas. El tipo volvió con los papeles.

—¿Qué estáis haciendo aquí vosotros? —Hablaba francés con fuerte acento.

—Ella es mi alumna. Venimos de un ensayo de teatro y la iba a llevar a su casa.»

El policía miró a Inès. Se fijó en sus piernas y, luego, en el suelo del coche, en el pequeño sujetador blanco.

«—¿Eres marroquí? —Se dirigía ahora a Inès en árabe—. ¿Qué pintas con este viejo francés? No pareces una puta.

—Es mi profesor, volvíamos de un ensayo…

—Los papeles de la chica.

—Mire, no hicimos nada malo y nos vamos a ir enseguida. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo. —Baillard temblaba.

—No hay acuerdo que valga… —El policía se volvió hacia su compañero, que, de pie, delante del coche, hablaba por la radio—. Los llevamos a comisaría… No es normal lo que estáis haciendo aquí. En Marruecos está prohibido, *monsieur*. Esto no es Suecia.»

A continuación, se alejó como si quisiera dejarle tiempo para pensar. Inès le rogó a su amante que les diera dinero. Baillard abrió la puerta del coche y salió. Ella lo vio alejarse con el policía. Estaban hablando bajo un árbol y pensó: «Hablan de mí, están negociando, como si yo fuera una mercancía; entre ellos deciden mi destino». Se echó a llorar. Pensó en sus padres cuando recibieran la llamada de la policía. En la decepción de su

madre, en la rabia de su padre. Se imaginó, como en las películas, tumbada en el banco de una celda, entre putas y matones. Baillard entró en el coche. Arrancó, le temblaban los dedos, e hizo el esfuerzo de sonreírle al gendarme y saludarlo con la mano.

«¿Le diste dinero?»

No respondió.

En junio, Inès triunfó en *My Fair Lady*. Incluso Mehdi acudió al teatro, a pesar de la vergüenza, del miedo a enfrentarse a la sociedad de Rabat. Felicitó a su hija. «Tienes un porte de reina.» La noche del estreno, ella salió con sus amigos a celebrarlo y Baillard le montó una escena. Le decía que debía irse a la cama temprano, que era el director y no el amante quien hablaba. Pero a Inès le pesaba cada vez más. Se interponía en su camino y ya no soportaba arrastrarlo como una carga. Todo el mundo conocía su relación y un día alguien deslizó una carta amenazadora por debajo de la puerta del aula. El miedo, que había alimentado su excitación durante meses, comenzó a consumirla. El encanto se había roto, y fue como si a Baillard lo iluminara un potente foco de luz que resaltaba sus defectos, volviéndolos repugnantes. Decidió romper con él, convencida de que en el amor de ese hombre no había generosidad. No quería que ella aprobase, pues eso significaba alejarse de él. Se había matriculado en París, en Medicina, y todos parecían pensar que respondía a una llamada, a una vocación familiar. La verdad era que no sabía qué elegir. Admiraba a las personas con convicciones, ideas, principios. Nada la impresionaba más que las almas puras y los corazones intransigentes. Sabía que era influenciable. Siempre creía al último en hablar y a menudo se encontraba repitiendo, sin entenderlas, frases que Baillard le había dicho. Todo le parecía borroso y era incapaz de trazar límites entre el bien y el mal, entre lo permitido y lo prohibido.

«¿Medicina?», le preguntó un amigo. «Yo nunca podría, tengo demasiado miedo a la sangre.» Inès pensó que era una estupidez. ¿Por qué sentir miedo de la sangre? No, a ella no le asustaban el cuerpo, las lesiones o la visión de las entrañas, sino las lágrimas. Descubrió que nada la asustaba más que un hombre llorando. Estaba en el barrio de Agdal, en el apartamento de Baillard, y, sentado en el borde de la cama, el profesor sollozaba, descalzo… Durante unos minutos, Inès solo podía mirar sus pies peludos, con unas uñas muy largas. El dolor de su amante la paralizó y repitió las mismas palabras inútiles: «Lo siento». Siempre había pensado que lo más difícil era decir «te amo», pero se dio cuenta de que era más doloroso, que hacía falta mucho más valor para confesar: «Ya no te amo».

La historia de ellos no tenía futuro y fue ella, desde su experiencia de joven de diecisiete años, quien tuvo que explicárselo. «Me iré pronto a París, conoceré a gente de mi edad. Lo entiendes, ¿no?» Él no lo entendía. Baillard insistió, entre sollozos: «No puedo vivir sin ti. Tengo el corazón roto. ¿Te das cuenta de todo lo que he hecho por ti?». Y luego añadió: «No eres más que una zorra. Una puta».

Salió del apartamento y cogió un taxi en dirección a la avenida de Temara. No sentía nada, ni siquiera culpabilidad. Vacío y frío. ¿Entonces así son los hombres? Pensó en su padre, siempre sentado en el mismo lugar, con el aliento cargado de alcohol. Se imaginó a Amín, el patriarca, con la mirada perdida en el vacío, convencido de que había un fantasma sentado en el borde de su cama. ¿Entonces así son los hombres? Se imaginó a ese anciano, que gritaba para que lo llevaran a la ducha, al váter, a la ventana a contemplar los árboles que había plantado y cuyos nombres ya no podía pronunciar. Siempre le habían dicho que las mujeres querían poseer y los hombres, huir, y ahora no estaba tan segura de que eso fuera cierto.

Selma le había dado una llave y, después de llamar dos veces a la puerta, Inès entró en el apartamento. «¿Estás en casa?» Oyó la voz de su tía procedente del fondo del pasillo. Selma estaba acostada en la cama, con un cojín debajo de la pierna accidentada. Llevaba grandes gafas de montura transparente. Había revistas femeninas y guías de viaje esparcidas a su alrededor. Escocia, Florida, el sur de Italia. Podía pasar tardes enteras hojeándolas. Las leía como quien se masturba, con vergüenza y deleite, y, cuando se quedaba dormida y con la boca seca, caminaba en sueños por las calles de Edimburgo o subía a un tren en Perú.

Inès se tendió a su lado. Le gustaba refugiarse allí, escapar de su casa, donde reinaba un silencio pesado. Desde que su padre había dejado el banco CCM, no le habían explicado nada. Su madre trabajaba más que nunca —había que pagar las facturas y los estudios de Mia— y la joven arrastraba su aburrimiento por una casa vacía. Dentro de un mes se habría ido. El curso no empezaba hasta finales de septiembre, pero había convencido a sus padres para que la dejaran pasar el verano en París. Quería aprovechar y disfrutar de su hermana antes de que se mudara a Londres, a finales de agosto, donde había encontrado un puesto en un prestigioso banco financiero.

«—¿Cómo te ha ido? —le preguntó Selma.

—Se echó a llorar.

—Lo superará.

—Me da igual. Ya no lo soportaba. No aguantaba ese modo que tenía de querer poseerme. Me ponía mala.»

Inès tomó la guía de Italia. Miró la imagen de la cubierta. Un muro alto por el que trepaban unas buganvillas de color naranja, y una mujer conduciendo una Vespa.

«—Me gustaría estar ya en París. No soporto el liceo, ni a mis padres, ni Marruecos. Mamá me recuerda a Blanche Dubois en *Un tranvía llamado Deseo*. Sonríe como si todo fuera normal, aunque sé que está fingiendo. Preferiría verla llorar.

—No deberías ser tan dura. —Selma se levantó y se dirigió al armario —. Todas fingimos, ya sabes. Fingimos gozar, para que la cosa vaya más rápido. Reírnos, para no parecer susceptibles o histéricas. Fingimos no sentir dolor —dijo, entregándole unos zapatos de tacón alto—. Fingimos que no tenemos hambre y nos comemos una ensalada de lechuga cuando en realidad soñamos con unas patatas fritas y una buena salsa. Es una de las primeras cosas que aprende una mujer. A fingir. —Colocó sobre la cama un vestido de seda negra, resbaladiza, con tirantes finos.»

Inès se encogió de hombros.

«—¿Y mi padre? ¿Por qué se queda aquí? En su lugar yo habría huido, aunque eso implicara arrastrarme por las alcantarillas. Dice una y otra vez que cree en la justicia de su país. ¿La justicia? ¿Cuál? ¿La que nos encarcelaría a Mia y a mí por nuestras costumbres? ¿Qué más necesita entender?

—Vamos, cálmate. Ten, pruébate este vestido negro y estos zapatos. Me encantaban esos tacones.»

Inès se desnudó. Su delgadez era conmovedora. Selma comprendió, observándola, que enloquecería a los hombres. Ese cuerpo diminuto, esas costillas salientes, esas nalgas firmes que cabían en una mano, esas caderas que parecían frágiles, todo ello acompañado de una ardiente sensualidad. Como si fuera una especie de felina hambrienta, una fiera nocturna. Se volvió hacia su tía, luciendo los altos tacones. Estaba radiante.

«Perfecto. Puedes ponerlos allí, en esa bolsa. Todo lo que hay dentro es para ti. Tendrás todo un armamento que llevarte.» Selma le había

enseñado que un atuendo adecuado era la mejor manera de enmascarar una pena, de compensar la impresión de ser una niña perdida en un mundo desconocido. Con el «atuendo adecuado» se puede componer un personaje y nuestras tristezas serán en cierto modo las de otra.

Selma se dejó caer en la cama y encendió un cigarrillo.

«—Te irás y te vengarás. Prométeme que algún día vendrás a por mí. A mi edad no puedo empezar mi vida de nuevo, pero sí cuidar de ti.

—Te lo prometo, y que me muera si no cumplo con mi palabra.»

Inès se puso la mano en el pecho como para reafirmar su promesa.

Mia estaba fumando un cigarrillo en la acera. Agitó el brazo y gritó: «¡Inès! ¡Es aquí! Espera, que te ayudo con el equipaje». Abrió la puerta del taxi. Vestía vaqueros, una camiseta blanca y unas chanclas que dejaban al aire sus pies bronceados. Se acercó al conductor, un haitiano que había sintonizado Radio France Internationale durante todo el trayecto, y le pagó. Inès había tenido mucho miedo de que no le alcanzara el dinero. Nada más salir del aeropuerto de Orly se encontraron en un atasco. Ni siquiera había mirado el paisaje, estaba pendiente del contador y del importe, que iba aumentando al mismo ritmo que su angustia. Pero Mia estaba allí ahora y ella no tenía problemas de dinero. Había terminado la escuela de negocios HEC y había trabajado para la Junior-Enterprise. Durante un año, realizó sondeos y estudios de mercado y se ganó bien la vida. Desde que Mehdi había perdido su empleo, ella se había jurado a sí misma no ser una carga para nadie.

El apartamento estaba en el Boulevard de Sébastopol, 25. Mia sacó las dos maletas y las hizo rodar por el suelo de adoquines de un gran patio interior, luego subieron los cuatro pisos. Habían lustrado tanto los peldaños de madera que Inès estuvo a punto de resbalar dos veces. «Este es el salón.» Aunque pequeño, era luminoso gracias a los dos grandes ventanales que daban a la fuente de los Inocentes. Los árboles se mecían detrás de los cristales; a lo lejos, se veía la iglesia de Saint-Eustache y, al fondo, parte del centro comercial Forum des Halles. Entre las dos ventanas había una mesa redonda y cuatro sillas. A la derecha, pegado a la pared, el sofá. «Yo dormiré aquí, en el sofá cama», dijo Mia. «La cocina está ahí; hay que tener cuidado, la puerta del frigorífico no cierra bien. Y esa es tu habitación. Si necesitas una cómoda o un armario, dímelo. Esta es toda la casa.»

Inès arrastró la maleta hasta su habitación, que daba a la plaza. Se podía oír el agua de la fuente. Comenzó a deshacer su equipaje. Los vestidos de Selma, las bragas nuevas que le había comprado su madre y los jerséis de lana para el invierno. Mehdi no había ido a despedirla al aeropuerto. Dos meses antes, le habían informado por carta de que a partir de ese momento tenía prohibido salir del territorio marroquí. Un

funcionario se había presentado en la casa para llevarse su pasaporte y le había hecho firmar unos documentos. «¿No tiene usted otras nacionalidades?» «No», respondió y, tontamente, añadió: «Tengo confianza en la justicia de mi país». Por ello, no se atrevió a acompañar a su hija. Quizá temía que algún funcionario actuara con exceso de celo y le hiciera algún comentario, o puede que sintiera una tristeza tan grande ante la idea de ver a su hija pequeña partir que no habría podido retener el llanto. Aicha sí había llorado. Había abrazado a Inès y le había dicho que tuviera cuidado, que se lo prometiese. Que no bebiera demasiado. Que no se pusiera en peligro. Que no se metiera en líos.

Mia entró en la habitación. Se sentó en la cama y acarició la tela de un vestido morado estampado. «Venga, no tenemos tiempo para eso. Hoy es el partido. Vámonos.» Era el 12 de julio de 1998 y, desde hacía un mes, Francia vivía al ritmo del Mundial. En las calles de París solo se hablaba de fútbol. En todos los cafés, bares y bistrós de la ciudad había televisores encendidos y los clientes comentaban los pronósticos, los resultados y la estrategia del entrenador. Pequeñas banderas de todos los colores adornaban los escaparates de los establecimientos. Ese verano, las tiendas de comestibles batieron récords de venta de cerveza y, de madrugada, todas las fuentes de la ciudad estaban amarillas de orina. Las dos enfilaron el bulevar y a Inès le costaba seguir el paso de su hermana. Estaba deslumbrada por el bullicio de las calles, la belleza de la gente, la atmósfera de levedad que flotaba en el aire. Se detuvo frente al escaparate de una boutique que vendía zapatos altos de cuña y ropa. Delante de una verja, unos chicos fumaban porros. Mia le dijo: «Nunca cruces sola el parque de Les Halles. Si alguien te pide un cigarrillo, le dices que no fumas». Inès quería hacer muchas preguntas; sobre todo, «¿dónde estamos?» y «¿adónde vamos?». Observó a una pareja que sostenía un cartel en el que habían escrito: «Buscamos entradas para el partido». Mia le indicó que se diera prisa. «Es ahí.» Y llamaron a una puerta de la Rue Beauregard. El apartamento estaba en la planta baja e Inès siguió a su hermana, que parecía familiarizada con el lugar. Dos chicos y una chica estaban sentados en el sofá de un gran salón, frente a la pantalla del televisor. A la derecha habían colgado una hamaca, en la que Mia se tumbó después de coger una lata de cerveza.

«—Arthur, Tiago, Sarah, os presento a mi hermana Inès. Inès, estos son mis amigos.

—Hola, hermanita. —Inès no estaba segura, ¿era Tiago o Arthur? Debía de ser el dueño del apartamento porque se levantó y abrió la nevera—. ¿Te apetece una cerveza?

—Sí, mucho.»

Cuando se sentía intimidada, Inès solía hablar sin ton ni son. «Quédate calladita si no tienes nada que decir», se repitió, acariciando el cuello de la botella con la punta del pulgar. El chico que le había dado la cerveza —era Arthur y compartía casa con los otros dos— gesticulaba exageradamente para hacer reír a los demás. Su camisa azul marino estaba abierta e Inès miraba fijamente su pecho, dorado y sin vello. En cuanto a Tiago, parecía más preocupado por el partido, que estaba a punto de comenzar. Era portugués y vestía la camiseta brasileña.

«—Nuestro padre nos trajo camisetas así después de un viaje a Río —dijo Inès. Los demás se volvieron hacia ella. Temió haber dicho alguna estupidez, pero Mia levantó la cabeza de la hamaca en la que estaba tumbada.

—¿Recuerdas esa historia que siempre contaba?

—¿La del estadio de Maracaná?

—Sí, tomó un taxi, empezó a hablar de Maradona y…

—El taxista lo echó fuera.

—Se encontró completamente solo en mitad de una favela.

—En mitad de una favela, eso es lo que dice.»

Las dos se rieron. Los demás giraron la cabeza hacia la pantalla del televisor. En el fondo, eran hermanas, habían crecido juntas, compartían un idioma, unos secretos que nadie más podía entender. Durante la hora siguiente, bebieron cerveza y conversaron sobre geopolítica deportiva y estrategia de juego. Mia era la más apasionada, la más experta, y la escuchaban atentos. Sarah, una chica de muslos enormes y rostro de virgen renacentista, liaba porros con una maquinita que los hacía parecer simples cigarrillos. «¡Ah, ya empieza!», pero aún no era el partido. El campo de fútbol se cubrió con una gran tela azul celeste, retumbó la música —el *Bolero* de Ravel— y comenzó un desfile de mujeres. Las más bellas del mundo, esas supermodelos que tanto admiraba Inès y cuyas fotografías había pegado en las paredes de su habitación. «¡Carla! ¡Karen!», gritó Arthur, e Inès sintió gratitud hacia él. También le gustaban los tacones dorados y conocía todos los vestidos icónicos de Yves Saint Laurent. Pensó que París le estaba guiñando un ojo, que ese espectáculo

era para ella una forma de acogerla entre aquellas mujeres prodigiosas. Tal vez fue la cerveza, o el porro, pero no pudo evitar ver en ello un feliz augurio.

Cuando empezó el partido, Inès ya estaba muy bebida. Al principio, le costó concentrarse en el juego. Se fijó en los miles de cartones de colores distribuidos entre los espectadores y el sol reflejándose en esos tonos brillantes. Observó el rostro de su hermana, tenso, concentrado, y el de Arthur, que se mordía el labio y se arrancaba pellejitos con los dientes. Luego se dejó llevar por la euforia, la tensión, deseando la victoria como si su vida dependiera de ello. En un momento, Mia se levantó para ir al baño y, al regresar, se quedó justo detrás de Inès y le puso las manos en los hombros. Esas manos eran pesadas y cálidas, y ella hubiera deseado que su hermana las dejara siempre allí. Primer gol, Zinedine Zidane, de cabeza. Un grito. Un aullido continuo en el salón, en el edificio, en la calle; un aullido como un eco interminable que se extendió por toda la ciudad. A Mia le era imposible quedarse quieta. Sarah decía: «No puedo, no puedo», y no dejaba de ir y venir al baño o a la cocina. Estaba comiendo un melocotón cuando Zidane marcó el segundo gol.

Durante el descanso, Tiago se encontró aislado. Siguió repitiendo: «La suerte aún no está echada», y los demás se molestaron. Después de todo, estaban en Francia y podría haber tenido la elegancia de mostrarse solidario. El partido se reanudó y Mia se sentó en uno de los brazos del sofá con las manos entrelazadas. Le temblaba la pierna derecha. Expulsión de Desailly. Soltó un «¡mierda!» antes de llevarse las manos a la cabeza. ¿Sería consciente de cuánto se parecía a Mehdi?, se preguntó Inès. Fuera se oía el sonido de los cláxones y, a través de las ventanas abiertas, los gritos y las conversaciones. Toda la ciudad estaba borracha, tensa, pendiente de los últimos minutos: el alivio, la posibilidad de la victoria. Luego el tercer gol —¡Vieira, Petit!— y la ciudad estalló. Arthur tomó a Inès en sus brazos y Sarah rompió a llorar. «¡Somos campeones, joder, somos campeones del mundo!» A partir de ese momento, Inès tuvo la impresión de estar atrapada en una especie de sueño, dejándose arrastrar, como en la canción de Édith Piaf, por una multitud. Mia la besó en la boca. Los vecinos salieron al patio. Se abrazaban, pateaban los contenedores de basura. «¡Es increíble! ¡Te lo dije!»

Decidieron unirse a la gente en los Campos Elíseos y bajaron al metro. A su alrededor, familias, parejas, grupos de amigos saltaban

repitiendo: «Y uno y dos y tres a cero». El conductor del metro gritó por su micrófono: «¡Somos los campeones, somos los campeones!». Salieron a la parte baja de la avenida más bella del mundo y se vieron inmersos en una multitud compacta. La gente se empujaba y Mia cogió a Inès de la mano. «Quédate a mi lado.» Inès no oía nada. Su voz desaparecía bajo el sonido de las *darbukas* y las trompetas, bajo los gritos y los cánticos. Nunca hubiera imaginado tanta gente en un solo lugar. Eran millares, cientos de miles, y ella estaba ahí, en medio de esa marea de pelucas, camisetas y banderas azules, blancas y rojas. Había en su mayoría hombres, decenas de miles de hombres, blancos, negros, árabes, y, justo delante de ella, un chico que se parecía al tendero amazigh del barrio de Agdal, tocado con un gorro frigio. Algunos lucían maquillajes tricolores y los niños exigían que los subieran a hombros. La gente con la que se cruzaba le sonreía. En una calle adyacente vio a jóvenes trepando a los techos de los coches. No habría podido decir si eran gamberros o burgueses. Corrían sobre los vehículos que unos insensatos habían tenido la torpe idea de estacionar allí. Algunos se subían a las farolas o a las marquesinas de las paradas de autobús para ver mejor el rostro de Zidane proyectado en el Arco de Triunfo. «¡Zidane *président*!», y la multitud cantó *La Marsellesa*. Banderas argelinas y palestinas ondeaban en los Campos Elíseos, y una sola voz, la de la multitud, cantaba: «*Aux armes, citoyens*». Mia le gritó al oído: «¡La magia del fútbol!». Inès se dio cuenta de que era la primera vez en su vida que participaba en un acontecimiento colectivo, que era una más entre la multitud. En Rabat, su madre evitaba las concentraciones, huía de las aglomeraciones de público. En las ocasiones en que los titulados en paro protestaban frente al Parlamento, Aicha se preocupaba mucho: «La situación se saldrá de madre otra vez y llegaré tarde al trabajo». Como resultado, Inès nunca entendió lo que reclamaban los parados.

Perdieron a Arthur y a Tiago y se metieron en un bar donde el camarero sacaba una cerveza tras otra, que repartía a todos. Nadie pagaba, la vida era gratis, regalada. Inès se dejó llevar cuando un chico la cogió de la cintura y la subió a la barra. Ella le dijo: «¿Sabes?, yo nací durante un partido de fútbol». El chico, un apuesto moreno de unos veinte años, agitó el brazo. «Hay demasiado ruido…, no te oigo.» La besó largamente, un beso maravilloso que no significaba nada.

Mia, que también estaba borracha, hablaba con un grupo de

magrebíes.

«—Por suerte están los árabes. ¡Y cuando marcamos goles nos quieren!

—Argelinos, no árabes —respondió un tipo con los dientes descarnados—. Zidane es argelino.»

Las hermanas bailaron al son de *I Will Survive*, cambiaron de bar dos o tres veces e Inès estuvo charlando un buen rato con una chica de la que no recordaría nada al día siguiente, ni su cara ni lo que se dijeron. En un momento dado, Mia le hizo una seña para que la siguiera. «Tengo ganas de hacer pis.» Su hermana se agachó entre dos coches. «Venga, vámonos.» Regresaron a pie. Hacía muy buena noche y las aceras estaban cubiertas de cascos de botellas y banderas. Les zumbaban los oídos y se agarraban de la cintura para no caerse.

«¡Papá debe de estar feliz! ¡Menudo partido, qué partidazo!», repitió Mia. Llegaron al Boulevard de Sébastopol de madrugada. Alguien había vomitado en la calle. Se dejaron caer sobre la cama de Inès y se quedaron dormidas, la una junto a la otra, sin tan siquiera descalzarse.

Al día siguiente, Inès terminó de guardar su ropa en el armario del dormitorio. Tuvo que echarse una siesta por la resaca. «¡Emborracharse con cerveza, nunca más!», juró Mia, que tenía arcadas como si fuera a vomitar. Se quedaron en el apartamento sin hacer nada durante todo el día. Mia fumaba cigarrillos en el balcón y se cortó las uñas de los pies en el sofá. Vieron la televisión en silencio y Mia bajó a comprar algo de comer a Pizza Pino, además de dos botes de helado Häagen-Dazs. Le regaló a su hermana su pequeño plano de París de tapas azules, pero ese verano Inès no tuvo que utilizarlo. Seguía a Mia a todos lados. Fue un verano festivo, el más bonito que jamás había vivido. Envidiaba lo natural que era su hermana con la gente, su encanto y la forma en que los hacía reír. Ya no era la Mia sombría y desconfiada que se había ido de casa, sino una chica luminosa y segura de sí misma que contaba chistes subidos de tono y bebía tragos de tequila. A partir de media tarde, Mia y sus amigas se reunían a tomar algo en la terraza del café Beaubourg, luego iban a cenar, aunque no comían nada, pues se ponían a esnifar rayas de coca en los servicios. El camarero regresaba varias veces preguntando: «¿Ya han terminado?». No les importaba que se llevara el pollo apenas empezado o la sopa sin tocar. A menudo pasaban la tarde sin hacer nada en el apartamento o en casa de Arthur. Tiago era actor, Arthur creaba

accesorios para Dior y Paco Rabanne, y Sarah vendía helados en un cine de la zona de Les Grands Boulevards. Compraban vino, bolsas de patatas fritas y salsa griega *tarama*, y, cuando los vecinos llamaban a la puerta a la una de la madrugada para quejarse del ruido, los invitaban a una copa o les ofrecían un porro. Inès no quería avergonzar a Mia, ser una carga u objeto de burla. Debía adaptarse al ritmo de ellos. Demostrarles que ella también sabía divertirse, drogarse, emborracharse.

Mia se ocupaba de ella. La llevó a comprarse un Nokia amarillo y la acompañó al banco para abrirse una cuenta. Le mostró cómo funcionaba la lavandería de autoservicio y le presentó al tendero de la esquina, un tunecino de la isla de Yerba que se quedaba abierto toda la noche. «Los tunecinos no dicen *shukran* sino *aishek* para dar las gracias; es curioso, ¿verdad?» Descubrió la *happy hour* y la caña de cerveza por cinco francos. Esnifó *popper* y durante quince segundos notó un subidón, calor y la sensación de que se iba. Se colgó de las redes de cuerda gruesa que adornaban el techo de la discoteca Queen y acabó con las manos cubiertas de sangre. Un día, conoció a Björk y a Alexander McQueen en una tienda de ropa. Cuando se lo contó a Mia, esta le dijo: «Pues yo vi a Naomi Campbell en el hotel Les Bains». Una noche, presenció una pelea entre dos chicas a la salida de la discoteca lésbica Le Pulp y observó a un conocido humorista totalmente borracho en los asientos del club Banana Café.

Pasaban mucho tiempo en el barrio de Le Marais. Su hermana leía la revista gay *Têtu* y era clienta de la librería especializada en temas LGBT Les Mots à la Bouche, pero se negaba a hacer de «la lesbiana de turno». Un día, mientras estaban en una terraza de la Rue Vieille-du-Temple, Mia le contó a Inès: «Odio el musical *Priscilla, reina del desierto* y todas esas tonterías que dan de nosotras una imagen de *freaks*. No quiero ser ni una militante ni una atracción de feria. No van conmigo ni el estilo *Lesbia Magazine* ni las reuniones sobre mujeres oprimidas por el sistema patriarcal». Arthur alzó la vista al cielo, en señal de hartazgo. Esa noche Mia le presentó a Inès a su ligue del momento, Margaux, una guapa morena que había dejado a su novio por ella. Tenía una melena larga y lisa, y llevaba un top tan corto que se le podía ver el ombligo, donde brillaba un diamante. Se sentó frente a Mia, e Inès vio, por primera vez, a su hermana besarse con otra mujer. Un beso húmedo, ruidoso y lánguido. La mano de Mia se deslizó lentamente por el muslo de Margaux. ¿Cómo

harían el amor? Imaginó a su hermana con el rostro entre los muslos de su amante y pensó que ella también deseaba eso. Unos besos largos, paseos románticos a orillas del Sena, una lengua en su vagina, pero su hermana la vigilaba.

Mia había notado las miradas que los chicos le lanzaban a Inès. Su hermana exudaba sexo y eso la incomodaba, ese encanto que emanaba de ella, esa gracia animal. Ella no hacía nada en particular, no buscaba llamar la atención y eso era lo peor. Esa misma inocencia era lo que seducía a los hombres. En la calle, le guiñaban un ojo o se volvían a mirarla. Una vez, un tipo se subió al autobús en el último momento y le dio una nota. Mia le preguntó:

«—¿Qué te ha puesto?

—"Me gustaría volver a verte."

—¡Será gilipollas! —Y tiró el papel por la ventana.»

«Tu hermana es muy guapa», le comentó Arthur un día, como si se sorprendiera de que ella pudiera estar unida por lazos de sangre a una muñeca tan agraciada. Al llegar a París, Inès creyó haber descubierto la libertad. Por primera vez en su vida, tenía un apartamento propio en una ciudad donde podía ser una paseante que mira y es mirada. Sin embargo, por donde iba la perseguía la sombra de su hermana. Constantemente le preguntaba: «¿Adónde vas?», «¿Qué vas a hacer hoy?». Y le daba órdenes: «Hoy te vienes conmigo». Por las noches, cuando salía a discotecas o bares, a Mia le preocupaba que Inès estuviera borracha. No quería que los chicos la invitaran a copas y rechazaba con violencia a quienes se le acercaban. No podía dejar de pensar en lo que sabía sobre los hombres. En lo que les había oído decir, en lo que les había visto hacer. En Marruecos los chicos se follaban a putas y a criadas, eran vulgares y estúpidos, pero los chicos de París no eran mejores. En la HEC, durante las fiestas de estudiantes, los había visto beber hasta caer en coma etílico y apostar quién sería el primero en sodomizar a una chica en los servicios.

Arthur se burlaba de ella. «Te comportas como el peor de los machistas… ¿Quieres dejarla tranquila un rato? Pronto estarás en Londres, tendrá que vivir su vida.» En el apartamento, el ambiente era cada vez más tenso. Inès no decía nada, pero daba muestras de estar molesta. Se encerraba en el cuarto de baño durante horas. Sarah y ella se hacían confidencias y, cuando Mia quería saber de qué estaban hablando, respondía: «De nada». Mia quería a su hermana con un amor torpe y

excesivamente protector. Con ella le parecía que caminaba siempre sobre la cuerda floja, que una palabra de más o una determinada actitud podrían romper la extraña complicidad que las unía.

A mediados de agosto, Mia aceptó la invitación de Margaux a pasar dos días en su casa de campo. Los parisinos habían abandonado la ciudad, las tiendas estaban cerradas y le encantaba la perspectiva de bañarse desnudas juntas. Le daba igual que Margaux saliera con ella para contrariar a sus padres o a su exnovio, que le hablara usando el género masculino, que su único interés fuera hacer el amor con una mujer, con una verdadera lesbiana, con una bollera. Durante esos dos días en Aviñón, no pensó en Inès. Le obsesionaba el cuerpo de su amante: sus pechos de pezones oscuros, su vientre, aquellos muslos que podía acariciar durante horas. Le hizo el amor sobre la mesa de la cocina y Margaux gritaba, diciendo que nunca había experimentado algo así. Su vagina tenía un sabor dulce y la consistencia de la fruta, de los melones de piel gruesa y amarilla que comía en verano en Marruecos. Solo se bañaban de noche, por los enjambres de abejas que sobrevolaban la piscina durante el día, y por la tarde dormían la siesta con los postigos cerrados. En el tren de regreso a París, Mia se puso a soñar. Revivió cada gesto, cada escena hasta el más mínimo detalle y, por un momento, pensó en ir al servicio a masturbarse. Le envió un mensaje a Inès para informarla de su hora de llegada. Su hermana no respondió. «Todavía está enfadada», pensó. Se propuso hacer un esfuerzo. Podrían ir a alguna parte las dos juntas. Cambiar de aires. Sí, eso harían; le propondría viajar un fin de semana. A Ámsterdam, por ejemplo. «Fumaremos porros y nos reiremos.»

En el Boulevard de Sébastopol, dos turistas estudiaban un gran plano de París. Querían ir a Notre-Dame y Mia les mostró la dirección. Entró al edificio, metió la llave en la cerradura y, al abrir la puerta del apartamento, cuando estaba a punto de gritar «¡Inès!», oyó un ruido. Un gemido apenas perceptible, como si una persona dormida estuviera teniendo un sueño muy apacible. Luego un jadeo, más animal, y una voz que no reconoció. Se quedó inmóvil, en medio del salón, con el bolso en la mano. Se le encogió el corazón y no supo si era asco, vergüenza o rabia lo que sentía. «¡Ah!», ya no era un gemido, sino un grito, un grito asqueroso, vulgar, un grito como en las películas que veía con sus amigos del liceo. Dejó su bolso, apretó los puños y lo primero que pensó fue en encender la cadena

hi-fi y poner la música a todo volumen. Pero no solo le molestaba el ruido. La puerta estaba cerrada y, sin embargo, era como si los viera, ridículos, entrelazados, e incluso creía sentir el olor de su acoplamiento, un olor caliente y asqueroso. No puso la música. Podría haberse marchado a sentarse en la terraza de algún café y esperar a que aquello terminara. Pero la rabia le hizo perder toda lucidez. El odio la invadió, se deslizó por su garganta, por su estómago, como un alcohol muy fuerte. Gritó «¡Inès!» y, al cabo de unos segundos, su hermana apareció en la puerta del dormitorio, despeinada, con las mejillas sonrosadas y sosteniendo un vestido frente a su cuerpo desnudo. El olor, el olor a sudor, pesado, le subió hasta la nariz. La habitación estaba sumida en la penumbra. Mia tiró del brazo de su hermana y, delante del chico desnudo e indefenso, la abofeteó.

Esa noche, Mia hizo la maleta. A la mañana siguiente, tomó un tren a Londres.

Una mañana de abril de 1999, Amín estrelló su coche contra la palmera grande. Tibari, el capataz, oyó el sonido de un metal que crujía y acudió a toda prisa. No resultó herido. Estaba sentado tras el volante, con los ojos desorbitados y las manos temblorosas. Tibari se preocupó: «¿Está usted bien, patrón?». Amín, en ese instante, parecía un crío al que hubieran sorprendido cometiendo una travesura. A sus ochenta y dos años, ya no le permitían conducir, ni siquiera pasear solo por la finca. Los médicos le habían diagnosticado una demencia avanzada. Habían advertido a Mathilde: «No hay nada que hacer más que tener paciencia».

Tibari ayudó a Amín a bajarse del coche. Lo tranquilizó. Lo cogió del brazo y juntos caminaron de regreso a la casa. «Me ha vuelto a llamar Murad», le dijo a Mathilde, «y me contó un recuerdo de la guerra». Ella no le comentó a Aicha lo del choque contra el árbol. Su hija la habría regañado, insistiendo en que su padre fuera a Rabat a que lo examinaran a conciencia, le pusieran otro tratamiento, una medicación más fuerte o lo hospitalizaran si hacía falta. Pero Mathilde sabía que era inútil. Conocía a ese hombre mejor que a sí misma. Habían celebrado sus cincuenta años de matrimonio, medio siglo de vida bajo el mismo techo, viéndose envejecer, acumulando preocupaciones y recuerdos, compartiendo éxitos y alegrías. Amín desaparecía poco a poco. A diario, Mathilde medía hasta qué punto su marido se alejaba de ella. Vivía ajeno al tiempo y parecía irresistiblemente atraído por el pasado. Al final de la tarde, ella lo sentaba frente al televisor y él le preguntaba: «¿Ya han llegado los niños? Me gustaría cenar». Estaba preocupado porque llevaba tiempo sin ver a su amigo Dragan, que había muerto de cáncer veinte años atrás, y, por primera vez en su vida, ella lo oyó pronunciar unas palabras groseras y reírse de ello. Por momentos, Amín volvía a ser el joven que ella había conocido. Detrás de su rostro arrugado, su frente baja y su cabello gris, surgía el resplandor de la juventud. Entonces, ella se tendía a su lado y reían juntos.

En esa época, Mathilde se convirtió oficialmente en la administradora y jefa de la hacienda Belhach. No tuvo dificultad en imponer su autoridad a los obreros, que confiaban en ella y le mostraban respeto y gratitud.

Había visto trabajar a su marido y, al igual que él, trataba con los clientes, se ocupaba de las cosechas, las entregas, las operaciones bancarias y los salarios. Negociaba los precios, con frecuencia ayudada por Tibari, y se lamentaba de cómo las almendras chinas competían con las marroquíes, o se quejaba de los sinvergüenzas que manejaban el sector de la gran distribución. Mathilde también cambió algunas cosas. Decidió construir un gran estanque para almacenar el agua de lluvia. «El agua es el nervio de la guerra», le decía una y otra vez a Tibari. Se interesó por los nuevos métodos de cultivo, más respetuosos con el medio ambiente, y plantó vid frente a los campos de membrillo. Nunca tocó el escritorio de su marido. Amín a veces iba a sentarse allí y se quedaba mirando el retrato del rey y los recortes de prensa que hablaban de la hacienda Belhach, que Mathilde había enmarcado. Dispuso para ella una mesita sobre la que apenas cabían su máquina de escribir, el teléfono y una gran libreta. Allí era donde hacía las facturas y las cuentas. Allí también organizó la visita de una delegación de Libia que quería comprar miles de plantones de olivo.

Mathilde mandó preparar una comida que serviría en el jardín: un *mechui*, ensaladas variadas y té con hierbabuena, para que se digiriera mejor la grasa del cordero asado. Sabía que este tipo de delegaciones desaprobaban la presencia de mujeres en la mesa y eso la aliviaba. No tendría que verlos atiborrarse y, cuando estuvieran en plena digestión, los llevaría a pasear por la hacienda y les elogiaría las cualidades excepcionales de la variedad de sus olivos. A las once, mientras la olla a presión pitaba en la cocina y los manteles bordados se colocaban sobre las mesas, fue a buscar a Amín. Entró en su habitación, que olía a alcanfor y a medicinas. Su marido no estaba allí. Tampoco en su despacho ni en el jardín, adonde a veces le gustaba tomar café y escuchar la radio. Le preguntó a Tamo, la cocinera, y a Tibari. Nadie lo había visto.

Llegó la delegación libia. Mathilde los recibió en la puerta de la casa y se contuvo para no ofenderse por las miradas decepcionadas y despectivas de aquellos hombres. ¿Quién era esa anciana rubia? ¿Cómo iba a ser la dueña de la hacienda? Se dirigió a ellos en árabe clásico, y el que parecía el mayor del grupo, con una cara cuadrada de rey azteca, se demoró más de lo habitual estrechándole la mano. Les mostró la oficina. Se fijaron en las fotografías del rey, de Amín, en los recortes de prensa. No había fotos de ella. Los acompañó al jardín y corrió a la cocina. Se asomó a la ventana: «¿Seguimos sin noticias?», y Tamo asintió con

expresión preocupada.

Amín había oído el coche de los libios y, en lugar de coger el camino principal de tierra, se deslizó entre los árboles. Se empezó a reír por haber logrado escapar de ellos. Era un juego, aunque no supiera con quién estaba jugando. Hacía bueno a la sombra de los olivos, a cuyos pies crecían matorrales de capuchinas y amapolas de color rojo sangre. Anduvo hacia los invernaderos y, en un momento dado, ya no supo adónde ir. Ni siquiera estaba del todo seguro de quién era ni de cómo se llamaba. Se golpeó, furioso, la frente con el dedo índice, como si intentara perforarse el cráneo. Los pájaros volaban de árbol en árbol y alzó la vista para verlos. Esa noche iría a buscar a la pequeña Aicha a su habitación y con una linterna los iluminarían en la oscuridad y seguirían su vuelo. Avanzó por los campos. De los invernaderos emanaba un olor a tierra húmeda, el olor más dulce del mundo. Podía sentir, en su propio cuerpo, en sus manos, en las yemas de los dedos, el palpitar de las semillas bajo tierra, que se esforzaban por crecer. Sí, sentía todo eso, la magia de la vida contenida en esas plantas, en esos brotes, en las gruesas raíces del ficus. Tuvo la impresión de oír la savia deslizarse por las venas de los árboles. Se había pasado la vida tendiendo el oído para escuchar sus confidencias, comprendía su lenguaje, áspero y secreto. Una sensación cálida le llenó el pecho y respiró hondo. Del otro lado del camino estaba la almazara. Las obreras, sentadas en el suelo, clasificaban los frutos. Cantaban una canción que duraba desde siempre y que, temporada tras temporada, marcaba la cosecha de aceitunas, de almendras y de melocotones. Quería cantarla, pero le costaba abrir la boca, mover la mandíbula. A lo lejos, se le apareció el monte Zerhun, que parecía un hombre tendido de costado, un sabio descansando y disfrutando de la belleza de la primavera.

Frente a él, la tapia baja del cementerio, recién enjalbegada, brillaba al sol. Pasó cerca del huerto de senderos dorados. En los limoneros, los pájaros habían devorado la piel de los frutos y la pulpa blanca quedaba al descubierto. Le dio vergüenza, como si hubiera sido él el causante. Sintió pena, como si alguien a quien amas dijera algo feo o cruel. «Habrá que plantar más árboles», pensó. «Miles de árboles y almendros en flor para que Mathilde crea que es invierno y que la nieve ha cubierto la finca.» Mathilde. La extrañaba y se giró buscando la casa. Él y Mathilde siempre

les habían dicho a los niños: «Si os perdéis, no os mováis de vuestro sitio, nosotros os encontraremos». Así que él no se movió. Unas imágenes confusas se agolpaban en su mente. Se vio de nuevo en Alemania, en aquella pradera de tierra helada donde se había refugiado tras su fuga del campo de trabajo, y se le apareció el rostro del campesino que no lo había denunciado. Volvieron a él el olor de las manos de su madre y la risa de Selma cuando lo saludaba desde la azotea de la casa de Berrima. Le dolía la cabeza y sentía que su percepción visual se había reducido. Ya no podía ver la tapia baja del cementerio ni la montaña. Como si estuviera de pie en una barca balanceándose en medio de un mar embravecido y, en cualquier momento, pudiera ser arrojado al agua fría y oscura. Se puso las manos en la frente y se desplomó en el suelo. Unas obreras acudieron corriendo. Lo habían visto caer. Se agacharon a su alrededor. Tenía los ojos entreabiertos y las manos descansaban sobre el guijarral. Murmuró: «Perdonadme. Perdonadme».

En el jardín, los invitados libios comían ruidosamente y disfrutaban del té con hierbabuena muy azucarado que Mathilde había mandado servirles. Parecían haber olvidado por completo lo que los había llevado allí. Uno de ellos abrió media hogaza de pan y la llenó con carne y ensalada *shakshuka*. Mathilde estaba cortando en lonchas el cordero asado cuando vio a Tibari correr hacia la puerta de hierro forjado que daba a la piscina. Le hizo señas con las manos y ella lo supo de inmediato. Caminó despacio hasta la gran palmera y allí vio el cuerpo de su marido, tendido en la parte trasera de la camioneta. Alrededor del vehículo, las obreras lloraban, hablaban todas al mismo tiempo, y Mathilde no entendía nada de lo que decían.

«—Dame las llaves —le ordenó a Tibari.

—*Lala*, te acompaño.

—Ponte detrás, a su lado. Habla con él. Sobre todo, no dejes de hablarle.»

Se sentó al volante y condujo como loca en dirección a Rabat.

Al cabo de dos días ingresado en el hospital, Amín abrió los ojos. Mathilde dormía en un sillón junto a la cama. Él intentó decir algo, pero solo logró emitir un gruñido. Del pasillo le llegaban a Mathilde las voces de los médicos, de su hija con sus compañeros de facultad. Sabía muy

bien lo que comentaban. Amín estaba acabado, sin esperanzas, no se recuperaría. Decían: «Es un vegetal», y Mathilde quiso gritar: «¡No, él es un árbol! Mirad sus manos callosas, deformes, son las raíces de un magnolio, y sus piernas, las ramas de un olivo». En ese momento, sentada en el sillón de escay, recordó lo que le había dicho Amín en Alsacia, un día en el que estaban tumbados a orillas del Rin. Había afirmado que los árboles no morían, al menos no del modo en que mueren los seres humanos y los animales. «Un árbol», le explicó, «puede seguir creciendo durante decenas, cientos de años. Y si nada lo impide, si no es azotado por una tormenta o atacado por un parásito, seguirá creciendo y floreciendo».

En los meses siguientes, Mathilde lo cuidó como a un bebé que nunca fuera a crecer. Lo llevó de regreso a la hacienda y lo instaló en el dormitorio grande, el de ventanas altas que daban a la hilera de cipreses. Le enseñó a Tibari a cargar con él, a lavarlo en la bañera de esmalte azul. Le indicó cómo cortarle las uñas de las manos y los pies con un pequeño cortaúñas. A Tamo le encargó que lo alimentara con papillas y yogures. Cuando llegaban visitas, se aseguraba de que hubieran cambiado al bebé, que estuviera limpio y perfumado. Lo sentaban en una silla de ruedas, con una toallita fría sobre la frente, y lo llevaban al salón. Ella lo protegía, lo mimaba. Pero en los momentos de cansancio o de abatimiento, pensaba en el pasado y le asaltaba el deseo de venganza. Amín era un bebé, sí, pero un bebé que había vivido y que le había hecho daño a ella. Un bebé que la había engañado y mentido.

Ella también había mentido. O, más bien, no le había dicho nada sobre la muerte de Hassan II, el 23 de julio de 1999. Ese día, le confiscó la radio de pilas —«La voy a llevar a reparar»— y le eligió un programa de televisión. Era la segunda vez que asistía a la muerte de un rey desde que vivía en Marruecos, y recordaba, como si hubiera ocurrido la víspera, el entierro de Mohamed V en 1961. En aquella época, le habían parecido aterradoras las escenas de histeria colectiva, las mujeres arañándose la cara y gritando hasta quedarse sin voz. Se había burlado de las marroquíes que entraban en trance, con los ojos en blanco, como en las láminas de los libros sobre el doctor Charcot. Entonces, no había entendido el fervor que se había apoderado del pueblo y había dudado de la sinceridad de su dolor. Pero ahora todo era diferente y ella también había llorado frente al televisor. Un llanto de verdad, ruidoso y húmedo,

no como esos mezquinos quejidos, esas minúsculas lágrimas que corrían por las mejillas de sus primos en los entierros en Alsacia. Lloró al ver las imágenes del ataúd cubierto con un paño bordado en oro y seguido por líderes de todo el mundo. Se sintió orgullosa y llamó a Tibari y Tamo, que entraron en el salón y permanecieron de pie. «Él», les comentó, «el hombre bajito que sostiene con los demás el ataúd, es Buteflika, el argelino. Y ese de allá es Ben Ali, el presidente tunecino». Les mostró a Clinton, a Chirac, al príncipe Felipe, al anciano Arafat, que se apoyaba en Ben Ali, y también al israelí Ehud Barak. Tamo y Tibari asentían con la cabeza, emitiendo pequeños sonidos de «ah, ah», como si la grandeza de su rey, incluso muerto, siguiera causándoles una gran impresión. Hombres importantes enterraban a un hombre importante, el mundo entero se había dado cita en Rabat. El comentarista francés, que parecía añorar el esplendor de la monarquía, contó que el pueblo había caminado toda la noche para ver el cortejo y despedirse del soberano bienamado. Comenzó el azalá. Tibari y Tamo agacharon la cabeza. Empezaron a salmodiar, y Mathilde con ellos. Se sabía la oración de la *Fatiha* de memoria y compartía su fe. «Todo está en manos de Dios, Él nos ve y algún día nos recompensará por nuestra bondad y devoción.»

De pequeña, Aicha hablaba mucho de la muerte. De la suya y de la ajena. Un día le preguntó a su madre: «Cuando te mueras, ¿te enterrarán en Alsacia?». En aquel momento Mathilde no se tomó en serio la pregunta. «No lo sé», respondió sin pensarlo, «y de todos modos, todavía no voy a morirme». Ahora, a sus setenta y tres años, se preguntaba qué significaba Alsacia para ella. ¿En qué momento tu país deja de ser tuyo? Por supuesto, a veces soñaba con su tierra, con nostalgia, sobre todo en invierno, cuando la niebla cubría el campo, y recordaba las Navidades junto a la chimenea y el sabor del vino caliente. Pero cuanto más pasaban los años, más se daba cuenta de lo apegada que estaba a este país. Ya no era la jovencita de las orillas del Rin, los abetos azules y los torrentes de los Vosgos; ahora estaba hecha de tierra arenosa y sol abrasador, y del viento del sur que seca los ojos. Su rostro estaba marcado por el tiempo; sus pies, sus pies siempre descalzos, se habían ensanchado hasta el extremo de que solo podía usar zapatos de hombre. Mathilde se sentía ajena a su infancia, como si esa infancia no fuera una historia real, sino un sueño recurrente, un recuerdo incierto. Había vivido en Marruecos su vida de adulta, en esta casa en la colina. Se había acostumbrado a su

clima, a sus paisajes e incluso a la comida. Conocía las costumbres y, muchas veces, cuando estaba con extranjeros, se sentía marroquí… Sí, este país se había convertido en el suyo y no había mejor lugar para envejecer. En Marruecos no encerraban a los mayores en residencias de ancianos, no los abandonaban en manos de extraños, sin consideración ni ternura hacia ellos. Para una mujer, envejecer era la mejor venganza, porque por fin te respetaban. La gente te besaba el hombro y te bendecía. Una vez que los pechos se secan, que el sexo se cose y que la cara se surca de arrugas y desvelos, te toman finalmente en serio. En el crepúsculo de tu vida, terminan reconociendo que sí, que habías dado mucho, que había hecho falta paciencia y ternura para que los hijos crecieran y se convirtieran a su vez en padres. La edad le confirió el poder del que siempre había carecido, la respetabilidad a la que había aspirado. Las mujeres viejas podían convertirse en tiranas, en autócratas, en soberanas absolutas, usar su bastón para golpear y regañar, para gritar, para exigir. Nadie se atrevía a contradecirlas.

La enterrarían aquí, en el pequeño cementerio. Al día siguiente, le habló de ello a Tibari: una tumba muy sencilla, al lado de su marido. Él tendría que cuidarla y mantenerla limpia. Para la ceremonia quería un sacerdote y un imán, y, antes de que Tibari pudiera responder, le advirtió: «Será así, ya encontrarás tú una solución». Ella le confesó que temía morir antes que Amín. Después de todo, también era mayor. Había sobrevivido a una cirugía de riñón y de cadera. Le habían implantado un marcapasos. «Soy fuerte», concluyó, «pero no eterna».

Hiciera lo que hiciera, y pese a sus intentos de convencerse a sí misma, Inès temía a la policía. En París, nunca cometió ningún delito, no compró droga en la calle y resistió el impulso de robar unos pendientes en los almacenes Monoprix. Se negó a participar junto a sus compañeros de la Facultad de Medicina en una manifestación, donde algunos acabaron detenidos en la comisaría. A veces se preguntaba si era por Baillard y por el incidente con la gendarmería en el bosque. ¿O era porque su padre vivía bajo la amenaza constante de un juicio del que no le decían nada? Cada vez que se encontraba frente a los representantes de la ley y del orden, se ponía a temblar. En Francia, cuando entregaba su pasaporte a la policía de fronteras, sonreía como una boba, sirviéndose de un lenguaje protocolario para hacerse respetar. Tenía pasaporte francés, derecho a viajar por el mundo entero, pero vivía con el miedo de que los agentes no la creyeran, la trataran de impostora y le dijeran: «Espere un momento, tengo que ir a comprobar algo». Se sentía dispuesta a confesar delitos que no había cometido, a pedir perdón de rodillas, siempre que la dejaran en paz.

En el año 2000, el mes de ramadán coincidió con las vacaciones de Navidad. Aicha advirtió a su hija antes de que aterrizara en Rabat: «Ni se te ocurra masticar chicle en el aeropuerto o encender un cigarrillo». Durante el mes sagrado, todos se transforman en devotos. Se trata de ver quién se muestra más piadoso, quién tiene el rostro más pálido, las ojeras más marcadas por el ayuno. Los hombres, acostumbrados al traje y a los bares de hotel, ahora se pasean en chilaba y tocados con un bonete. Las mujeres abandonan el perfume y el maquillaje, y decretan que no es lícito lavarse los dientes durante el ayuno.

Inès presentó su pasaporte francés al policía: «¿Inès, de origen marroquí?». Y cuando estaba a punto de salir, oyó a un aduanero que la llamaba. Lucía la típica mancha oscura en la frente, la *zbiba*, la marca de las prosternaciones. «Abre la maleta.» Lentamente, el aduanero levantó los montones de camisetas y pantalones, y apartó las bragas y los sujetadores. Ella sabía muy bien que su maleta no contenía nada reprensible, pero la invadió la angustia. Ya se veía con las manos

esposadas a la espalda, acusada de transportar drogas o armas. La blusa estaba empapada de sudor.

«—¿Y esto qué es? —le preguntó el funcionario, señalando dos paquetes envueltos en papel de regalo rojo y verde.

—¿Eso? Son regalos de Navidad —dijo con una voz demasiado aguda.

—Aquí no hay Navidad. —El aduanero suspiró, e Inès se mordió el labio—. ¡Venga, recógelo todo! Puedes irte.»

No les contó lo ocurrido a sus padres. Habrían pensado que era estúpida, una inconsciente, y no quería arruinar la alegría del reencuentro. Habían transcurrido dos años desde que se había ido a Francia, dos años que pasaron volando, pues había estudiado tanto, se había agotado tanto aprendiendo de memoria los temas de Anatomía y Bioquímica… Había aprobado el examen de acceso y, mientras besaba a su madre en el vestíbulo del aeropuerto, pensó que ella también sería médica. Una médica como mamá, aunque jamás elegiría una especialidad tan repugnante como la ginecología. El corazón, sí, le gustaría sanar los corazones. Las calles de Rabat estaban vacías, se acercaba la hora de romper el ayuno y Aicha conducía muy despacio, casi apoyada sobre el volante. Inès apenas tuvo tiempo de saludar a su padre y dejar el equipaje en su cuarto cuando sonó la llamada a la oración. Apareció Fatima, había envejecido. «Bienvenida, *benti*, hija mía.» Regresó a la cocina y subió el volumen de la radio, que estaba difundiendo aleyas del Corán.

Se sentaron a cenar ante una sopera de *harira*, comieron huevos duros, dulces de miel y bebieron leche agria. Mehdi vestía sus viejos pantalones de pana y un jersey sin forma. Tres días antes, había decidido dejar de fumar. En realidad, la ocasión era demasiado bonita y estaba feliz de volver a ver a su hija, así que se iba a permitir uno, solo uno, y se sentó en el sofá a encender un cigarrillo. Hassan II había muerto un año antes y el país rezumaba optimismo. Se hablaba de la «movida» marroquí, de la liberación de la palabra, de la lucha contra la desigualdad bajo la égida del nuevo monarca, apodado el «rey de los pobres». Durante todo el verano circularon rumores de que se había encontrado un enorme yacimiento de petróleo y gas en la meseta occidental. «No creo que debamos alegrarnos», le explicó Mehdi a su hija. «El petróleo siempre ha traído mala suerte a los árabes.» Mohamed VI también despertó esperanzas

entre las mujeres al prometer revisar su estatuto personal y reformar el código de familia, la *Mudawana*. Pero el país estaba dividido. En marzo, los islamistas se habían manifestado en Casablanca, mientras los «modernistas» lo hacían en la capital. Inès había visto en los periódicos imágenes de cientos de miles de mujeres con *hiyab*, fustigando a las «élites occidentalizadas» y pidiendo «respeto por los valores del islam». Le costaba entender que las mujeres pudieran oponerse a una mayor igualdad. «¿Qué sabrás tú de lo que me conviene a mí? ¿Crees que por vivir ahora en Francia lo conoces todo?», le preguntó Fatima mientras charlaban en la cocina. Inès se quedó mirando la espalda de la criada, que estaba inclinada sobre una olla, y pensó: «Me amarraba a su espalda con un paño mientras yo dormía. Me soné la nariz con su delantal», y se avergonzó de hablar con Fatima de ese modo sobre la libertad. La criada siempre decía que Dios amaba a los sumisos y a los obedientes, a los que no hacían preguntas inútiles, como el profeta Abraham, que incluso aceptó sacrificar a su hijo. Fatima se giró con una cuchara de madera en la mano: «Esto no es Suecia. Si la gente no está contenta con los valores de su país, que se vaya a vivir a otro lugar». Le hubiera gustado contarle cómo era vivir en Francia, en un país donde no corrías el riesgo de que te detuviera la policía por comer públicamente durante el mes del ayuno o por ser homosexual. Habría querido hablarle de laicidad, un principio que no se aplicaba en Marruecos, pero desconocía el término equivalente en *dariya.* Podría haber mencionado los matrimonios de menores, el analfabetismo que afecta a dos tercios de las mujeres marroquíes o la violencia de la repudiación. Si hubiera tenido las palabras, le habría contado ese recuerdo que surgió de repente, el de esa mujer divorciada a la que el marido impedía ver a sus hijos y que merodeaba por los alrededores de su escuela primaria. Durante los recreos, intentaba verlos a través de la verja. Los observaba jugar y, cuando no lo soportaba más, les decía algo, los llamaba, y solo entonces reaccionaba el personal de la escuela. Sentían lástima de ella. Aunque les rompía el corazón, se acercaban a ella y le pedían que fuese sensata. «Lo entiendo», le decía la maestra, «de juro que lo entiendo. Pero comprenda usted que altera a los niños». Inès quería decir todo eso, pero carecía de las palabras adecuadas en *dariya*, no hablaba la lengua de su país. Y entonces pensó que quizá Fatima llevaba razón. Ella no era más que una impía, una extranjera en su propia tierra, y los incrédulos como ella debían mantener un perfil bajo.

¿Cuál era su lugar allí? ¿Acaso sus padres, su hermana o ella misma estaban haciendo algo malo? Si se pasaban el tiempo mintiendo y escondiéndose era porque se sentían culpables por algo.

Con la edad, Fatima se había vuelto susceptible y gruñona. Mehdi la llamaba «Marte, el dios de la guerra» y tuvo que contenerse para no sermonearla el día en que ella le anunció que, a partir de ese momento, se negaba a tocar las botellas de vino y que él tendría que enjuagar sus propias copas. «Si usted quiere ir al infierno, es asunto suyo.» A menudo, se arrepentía de sus arrebatos y se acusaba de ser una ingrata. Se preguntaba: «¿Son los Daoud mi familia? Después de más de veinte años de convivencia, ¿puedo decir que son mi familia? Porque, aparte de Dios y de los tuyos, ¿con quién puedes contar?». Quería especialmente a las niñas. Las había mimado de pequeñitas, las había cargado a la espalda, amarradas con una pañoleta, y habían comido con ella cuscús con las manos. Quería a esas niñas, a las que había bañado, vestido y peinado, y a quienes se dirigía llamándolas «mis niñas», «mis tesoros». También sabía que podía contar con Aicha, que la cuidaría, del mismo modo que ella cuidaría a su señora si llegaba el día en que tuviera que limpiarle sus partes íntimas o, si fuera necesario, incluso llevarla a la espalda. Pero sus costumbres podían asquearla; su forma de vida, la libertad que les daba el dinero. Los juzgaba y —de tanto escuchar en la tele y en la radio los sermones de los predicadores, que cubrían de oprobio a los judíos, a los occidentales y a los homosexuales—, de pronto, los odiaba. Un día, Aicha le había dicho que ella era inteligente. Sabía escribir un poco: *li bouli*, para referirse al pollo que ponía a congelar, y *soss tumat*, para la salsa de tomate. Lamentaba no haber ido a la escuela y, al mismo tiempo, había oído cosas terribles sobre ella: huelgas, detenciones, unos sueños que se alimentan para luego frustrarse por completo. Cuando Fatima regresaba a su barrio, se preguntaba si todavía formaba parte de ese mundo. En las chabolas donde vivía, introdujo nuevos hábitos. Reproducía las recetas de Aicha. «¿Una tarta de puerros?», y sus sobrinas ponían caras de asco. Repetía frases que había oído o rumores que solo la gente rica conocía. Se burlaba de algunos parientes porque ponían un tazón de agua salada sobre el contador de la luz para que funcionara más despacio o colgaban de la antena de televisión una vieja vaporera de hacer cuscús a modo de parabólica. Ella ya no era de allí ni tampoco de allá. Simplemente pasaba el dinero de un mundo a otro.

Unos meses antes, durante el verano, había creído que su destino cambiaría por fin. Un hombre le había propuesto matrimonio y el domingo, cuando Fatima llegó a la casa de su madre en el barrio de chabolas, la encontró sonriente y entusiasmada. Se organizó una cita en un café que tenía sillas de plástico rojas. El hombre no era apuesto. Le faltaban dientes y fumaba mucho. Apenas hablaron entre ellos. Él decía unas cuantas palabras y luego se callaba. Ella dejó reinar el silencio, tomó un sorbo de té y le hizo una pregunta. El hombre era viudo con tres hijos, y a Fatima no le costó nada entender que buscaba a alguien que cuidara de su casa y vigilara a sus hijos. Lo que quería era una criada. Y que le saliera gratis. Esa tarde, Fatima regresó al barrio de Los Embajadores, a casa de los Daoud, sin pasar por la suya, se metió en la cama y se sumió en un sueño cargado de odio. En este país solo contaba el dinero, los sentimientos no existían.

No hubo champán en Navidad, pero para Año Nuevo los Daoud fueron a casa de Abdellah, que seguía proclamando «Dios ha muerto» y a quien le gustaba recitar poemas del sufí Rumi que celebraban la embriaguez. «¡Hago lo que quiero con mi vida, maldita sea! El alcohol me inspira a amar a los otros», exclamó exaltado el catedrático de Filosofía cuando Aicha le preguntó si no era peligroso abrir una botella de vino justo después del ramadán. Ella le aconsejó que escondiera los cascos vacíos en una bolsa de plástico opaca y los tirara en algún contenedor de basura lejos de su casa. Había oído comentar que unas milicias vecinales atacaban a quien consumía alcohol, a personas marginales y a fumadores de hachís. Ella misma había sufrido el desplante de un hombre que se negó a estrecharle la mano, y le habían contado que uno de sus colegas ginecólogos había denunciado a una madre soltera a la policía. Hakim, que estudiaba Medicina en Rabat, asintió: «Ven a un aula de la facultad y lo verás. Se ha vuelto casi normal que los chicos y las chicas se sienten separados. En cuanto a los profesores, algunos son brillantes, y otros, unos auténticos fanáticos que nos enseñan ciencias repitiendo *in shaa allah* al final de cada frase».

Relajados por efecto del vino, los mayores se pusieron a evocar su juventud y los años setenta, supuestamente fabulosos, en los que la religión no tenía tanto peso, las chicas fumaban en los bancos de la facultad y algunos comían en público durante el mes de ramadán sin

sentirse juzgados. Hakim llevó a Inès al balcón, aburrido de los arrebatos nostálgicos de sus padres. Ahora era aún más guapo que antes, se había cortado el pelo muy corto y ella se sentía intimidada.

«—Entonces, ¿tú también has optado por Medicina? —Ella asintió —. ¿Sabes qué especialidad quieres hacer?

—Cardiología, quizá. Tu padre me ha dicho que has elegido Neurología.

—Sí, creo que haré mi especialidad en Francia.»

El piso de Abdellah estaba situado en el centro de la ciudad, encima de un restaurante libanés. Desde el balcón se podía ver la plaza Pietri y, a lo lejos, las arcadas del zoco de las flores.

«—La niña en el escaparate.

—¿Qué?

—La niña en el escaparate de la boutique. Eras tú, ¿verdad? A veces te observaba los sábados. Me asomaba al balcón y me quedaba mirándote.

—Nunca me lo dijiste. —Se rio.

—A quien no le dije nada fue a tu hermana. Era muy protectora contigo. No le habría gustado que yo te mirara así.»

Y la miró. Así. Como si nunca la hubiera mirado antes. La miró como Amín miraba sus árboles, respetuoso y asombrado, sin esperar nada más que verlos florecer.

Hasta el final de sus días, Mathilde sintió un odio feroz, salvaje y eterno hacia Osama Bin Laden. Algunos dirían que fue ese odio el que le infundió la energía para aguantar durante tantos años, incluso después de la muerte del terrorista. Su rencor no tenía nada que ver con que Bin Laden fuera un asesino, un fanático, un loco o un misógino. Un criminal responsable de la muerte de miles de inocentes. No, el saudí, el «asqueroso barbudo», como ella lo llamaba, le había robado lo que entonces era lo más preciado para ella: el dolor y la pena en el momento de enterrar al hombre de su vida.

Estaba vigilando la cocción de los tayines de carne con nabos para la cena del tercer día de duelo cuando oyó los gritos en el comedor. La voz de Mehdi repitiendo «¡increíble!», «¡será posible!», y llamando a Selim. Llevaban varios días en los que en la casa no se oían más que susurros. Todos hablaban en voz baja por la agonía de Amín y luego por respeto a sus restos mortales. Mathilde se sobresaltó al oír los gritos, como alguien que de repente despierta de un largo sueño. Se secó las manos con un paño. Tenía miedo de mancharse la chilaba blanca con la cúrcuma que acababa de añadir al tayín y avanzó por el pasillo. Mehdi, Aicha, Selma, Selim…, todos estaban sentados frente a la pantalla del televisor, indiferentes a su pena y, olvidándose de todo decoro, le hicieron señas para que se acercara a ellos. «Mira esto», dijo Mehdi. «Dos aviones acaban de estrellarse contra las Torres Gemelas del World Trade Center. Dicen que probablemente sean palestinos.» Mathilde no se sentó, sino que se apoyó en la pared y, como ausente, giró la cara hacia la pantalla. Un avión impactaba contra una de las torres y se oían los gritos de la gente, una especie de gran «oh». Mathilde les comentó: «No sé si habrá suficientes tayines. Quizá debería asar dos pollos». Pero ya estaban hablando entre ellos. De cómo cambiaría el futuro del mundo a partir de ese momento. Guerra, guerra, guerra.

Mathilde regresó a la cocina. Tamo estaba pelando los nabos. «Están llenos de fibra», se lamentó. «Ha hecho demasiado calor estas últimas semanas.» En el patio trasero, unos veinte trabajadores estaban sentados en los escalones o en el suelo. Habían venido de lejos para dar el último

adiós al patrón y bebían en silencio un té con hierbabuena. La víspera, cuando el cuerpo de Amín fue trasladado en una camioneta al cementerio, los obreros se habían colocado a ambos lados de la carretera para homenajearlo. Mathilde, que no pudo asistir al entierro por ser mujer, los observó y se sintió orgullosa de ese gesto, lo que alivió un poco su dolor. Bebían un té y se secaban con sus rudas manos de campesinos el sudor de la frente y del cuello. Septiembre no había dado respiro, hacía incluso más calor que en agosto. Cuando Amín cayó en coma, aparecieron en la hacienda unos bichitos negros diminutos, unas arañuelas, en tal cantidad que oscurecían el aire y se metían en la nariz y en los oídos. El viento había dejado de soplar y las ramas de los árboles estaban tan inmóviles que parecía que el tiempo se hubiera detenido. Cuanto más se acercaba Amín a la muerte, más se encaminaba su alma a Dios y más aumentaba el calor. En el dormitorio, al borde de la cama del padre, los hijos se habían sentido como aplastados por el bochorno. Hasta los párpados les sudaban, y habían guardado silencio. Pero ahora, en el comedor, con las ventanas abiertas, discutían acaloradamente, con el volumen del televisor al máximo, y eso avergonzaba a Mathilde, porque los obreros lo oirían y sabrían que esos jóvenes de la ciudad estaban ocupados en otras cuestiones, en lugar de llorar al difunto.

Mathilde sacó dos pollos del frigorífico. Los untó con aceite de oliva y mantequilla. Los espolvoreó con ajo picado y tomillo, y le encargó a Tamo la tarea de asarlos. Cruzó el corredor y se detuvo delante del dormitorio de su marido, del que emanaba un fuerte olor a amoniaco. El colchón todavía estaba húmedo, al igual que la alfombra, que los lavadores del difunto no habían enrollado para protegerla del agua. Habían cerrado la puerta, sin dejar entrar a nadie, excepto a Tibari, quien los ayudó a desvestir a Amín. Se habían negado a que Mathilde asistiera al ritual y casi la hicieron reír ante tal despropósito. Ella lo sabía todo sobre el cuerpo de su marido y no tenía nada que ver con el sexo. No, el sexo era historia pasada; día a día, había visto las uñas de Amín volverse duras y gruesas como una piedra y sus ojos adquirir un tinte lechoso que infundía a su mirada un aspecto turbador. Le había limpiado sus nalgas descarnadas, esas pobres nalgas que no eran más que pliegues. Entró en su habitación, se tendió en su cama y cerró los ojos. Esperó a que alguien acudiera, a que alguien se preocupara de la viuda que, al fin y al cabo, también estaba vieja, cansada por los años y por el duelo. No llegó nadie

y se quedó dormida. No soñó.

Cuando se despertó, la almohada estaba empapada de saliva, y la chilaba blanca, arrugada. Temió haber dormido demasiado tiempo y que el tayín se hubiera quemado, y que las visitas, bastante numerosas, la estuvieran esperando en el despacho o en el salón. Regresó a la cocina y levantó la tapa de la olla. Las verduras estaban arrugadas, pero la salsa…, la salsa estaba perfecta, reducida, casi caramelizada, y sintió una enorme satisfacción. Seguían en el comedor, en el mismo sitio, y, sobre la mesa, el cenicero rebosaba de colillas. Selim estaba pálido, con la cabeza apoyada entre las manos y Aicha le acariciaba la espalda. Mathilde hubiera querido creer que su hermana lo consolaba, que estaban unidos en ese momento por un dolor común, un dolor que no les pertenecía más que a ellos. Oyó la voz del periodista de la tele y estas palabras: «Si sintonizan ustedes en este momento, son las seis de la tarde y Estados Unidos acaba de sufrir el peor atentado terrorista de su historia». Un comentarista explicaba: «Solo un grupo sin raíces podría haber cometido algo semejante. Una entidad terrorista, no un Estado». Se apoderó de ella una furia irrefrenable y ciega, y se dirigió al patio trasero gritando: «¡Tibari!». El capataz llegó corriendo y vio a la señora alzarse los bajos de la chilaba y subir por la escalera que conducía al tejado. La acompañó sin decir nada, tal vez la tristeza la estaba volviendo loca, y a él le habían enseñado que a los locos había que seguirles la corriente. Cuando estuvieron frente a la gran antena parabólica gris, ella le ordenó:

«—Ayúdame.

—¿Qué pasa, *lala*? ¿No funciona?

—Sí, funciona. Por eso me tienes que ayudar a arrancarla. —Colocó las manos en el borde de la antena y comenzó a tirar de ella.

—Espera —dijo Tibari suavemente—. Basta con sacar este cable.»

Y así lo hizo ella. Mientras bajaba la escalera, alzándose la chilaba, oyó los gritos de frustración que venían del comedor y sintió una alegría perversa. Era su hogar, era su duelo y esperaba que todos lo respetaran. «La televisión ya no funciona», se lamentó su hijo, de pie en la cocina, igual de pálido que los nabos que Tamo había pelado para el tayín. Mathilde tuvo ganas de echarse a reír o de pegarle. En cambio, puso cara de tristeza y lo cogió de la mano. «Qué lástima que no pudieras venir antes. Aunque tu padre ya no hablaba, se habría alegrado de verte.»

Las visitas iban llegando, aunque eran menos de las que Mathilde

esperaba, y no hizo falta servir los dos pollos asados. Se sentaron alrededor de las mesas cubiertas con manteles blancos. Los burgueses de Meknés, los viejos amigos, los propietarios de fincas vecinas…, pero Mathilde no conseguía sacar temas de conversación. No era por el cansancio o la pena, sino porque estaba concentrada en la cantidad de sillas vacías, y furiosa, como si no hubiera cumplido una promesa hecha a su marido. A su derecha se sentaba Hamza, el amigo recién enviudado, y, frente a ellos, su nueva acompañante, que llevaba un pañuelo de Hermès sobre la chilaba y había colgado el bolso de marca del respaldo de la silla. Hamza puso la mano sobre el brazo de Mathilde.

«Era un hombre honrado. El más honrado que he conocido. Un gran trabajador.»

Ella asintió. «Cuando llegamos aquí, solo había pedruscos y matorrales de palmito. Ni una gota de agua. Se mató trabajando por mí y por sus hijos.» Por sus hijos, que estaban sentados a la mesa que daba al jardín; sus hijos, que seguían hablando de Nueva York como si el asunto tuviera algo que ver con ellos, como si, incluso esta noche, en esta parcela de campo aplastada por el calor, el mundo tuviera que seguir existiendo. Claro que no era un drama. Era triste, pero no una tragedia. Había muerto un anciano de ochenta y cinco años, su anciano, y ella hubiera podido esperar de ellos algunas lágrimas, en lugar de esa indiferencia o incluso esa sensación de alivio. «Es lo mejor que le podía pasar», decía la gente.

Aicha se levantó para hablar con sus hijas por teléfono. Mia se había tenido que quedar en Londres, donde trabajaba en un banco, e Inès acababa de comenzar unas prácticas en cardiología. Aicha decía: «A partir de ahora puede ocurrir cualquier cosa, nunca estaremos tranquilos».

El dentista, amigo de la familia, estaba hablando con Mehdi, convencido de que los árabes no habían podido organizar eso por sí solos.

«—Detrás está la CIA, es imposible sin ella.

—¿Y por qué haría eso la CIA? No tiene sentido —dijo Selim, irritado.

—¿Acaso sabes lo que trama la CIA?

—Que Dios acoja a esas víctimas inocentes —interrumpió el viejo Rachid, propietario de un viñedo a dos kilómetros de allí—. Esos desgraciados pagan por la arrogancia de Estados Unidos. No se puede

despreciar y humillar a los pueblos impunemente.

—Os equivocáis al alegraros —les advirtió Selma, con las uñas manchadas de salsa de cúrcuma, y, lamiéndose las puntas de los dedos, añadió—: Los árabes serán los que paguen por esto.»

Mathilde deseaba levantarse y hacerlos callar, como cuando eran pequeños… Podría darles un pescozón o pellizcarles el hombro. No se movió. Acercó el tayín de carne con nabos a la amante de Hamza. «Sírvase, por favor. No está usted comiendo nada.» Eso era todo lo que debía hacer: ser una buena anfitriona para esos ingratos… Los únicos que lloraban de verdad eran los obreros de la hacienda, sentados más lejos, alrededor de las mesas que habían dispuesto en el jardín. Eran los únicos que podían entender. No es que ignoraran lo que había sucedido en Nueva York. Lo sabían muy bien. También habían visto la televisión. Habían hablado por teléfono con un hermano o un primo. Algunos les habían contado que en el suburbio Carrières Centrales de Casablanca se disponían a sacrificar un cordero o un ternero para celebrarlo. Allí se habían oído gritos de alegría: «*Allahu akbar!*». Un famoso predicador había proclamado que era un día bendito.

Selim se levantó. Encendió un cigarrillo, entró en el despacho y se sentó detrás del escritorio y, por quinta o sexta vez en ese día, intentó comunicarse con Cynthia. Escuchó dos pitidos y luego nada más. Ni siquiera pudo dejar un mensaje para decirle que estaba pensando en ellos. La víspera había hablado largamente con ella. Cynthia le preguntó cómo había sido la ceremonia y quiso conocer cada detalle —«¿Es verdad que no lo entierran en un ataúd? ¿Y que las viudas visten de blanco?»—, luego quiso hablar con Mathilde para darle el pésame. «Barrett y yo estamos de todo corazón con vosotros.» ¿Dónde se hallaban ahora? ¿Dónde estaban cuando se estrelló el primer avión? ¿Y cuando se derrumbó la primera torre? Esa tarde, mientras miraba la pantalla del televisor, Selim los buscó por todas partes. Se imaginó a Cynthia cubierta de cenizas y a Thomas corriendo hacia el norte por la Quinta Avenida. Aicha le había acariciado el hombro. Le había dicho: «Me alegro de que estés aquí. Estás mejor aquí, con nosotros». ¿Acaso era estúpida su hermana?, se preguntó. ¿Cómo podía pensar que él estaba mejor allí, en medio de la nada, en lugar de en su casa?

Salió al jardín y caminó alrededor de la gran palmera. El cielo estaba salpicado de estrellas, y la luna, minúscula, apareció ante él entre dos

ramas. Desde su llegada, el calor era tal que la noche y el día se confundían y había perdido la noción del tiempo. Sintió una rabia enorme. Hacia su madre, que había arrancado los cables de la antena parabólica. Hacia Mehdi, quien, por haber leído unos cuantos libros, se creía legitimado a exponer sus confusas teorías sobre el islamismo y la geopolítica estadounidense. Y estaba especialmente enojado con su padre, como si hubiera sido el propio Amín quien hubiera planeado ese atentado, como si, mientras ascendía al cielo, el apocalipsis hubiera sido su última voluntad. Su padre lo había encerrado allí, sin posibilidad de huir. Todos los vuelos habían sido cancelados, y los aeropuertos y fronteras, cerrados. Estados Unidos se había convertido en una isla y a él lo habían excomulgado. No, no estaba mejor aquí con ellos, aunque no habría podido explicar a su hermana lo que le ocurría. El sentimiento de frustración al verse excluido de ese momento, de ese momento único, fundador, del que —estaba seguro de ello— se seguiría hablando dentro de diez o veinte años. La gente preguntaría: «¿Y tú? ¿Tú qué estabas haciendo ese día?». Sus amigos de Nueva York empezarían a contar. El miedo, la loca carrera hacia el norte, las lágrimas y la comunión con extraños, con unos simples transeúntes que te abrazaban. Él no tendría nada que decir y la gente repetiría: «Tú no estabas aquí, no sabes lo que fue». Sí, Selim había sentido pena frente al televisor, pena y una ardiente envidia de esa mujer, con el rostro cubierto de polvo, entrevistada por un periodista. Envidia del cámara que filmó las imágenes de la primera torre y de aquellas personas anónimas que repartían agua y comida a los bomberos.

La víspera, durante el levantamiento del cadáver, no lloró. Acompañó hasta el pequeño cementerio a los hombres, en su mayoría campesinos que le daban palmaditas en el hombro, como si ahora él fuera el patrón. «El hombre de la familia», dijeron. El heredero, que incluso tenía derecho al doble de lo que recibiría su hermana —«Es la ley islámica», se lamentó Mathilde—, y Selim se sentía condenado al deshonor. Llevaba tres días intentando comprender los sentimientos que surgían en él. No por la muerte de su padre —era ley de vida—, sino por la casa de su padre, la tierra, los campos, los árboles y los trabajadores, que se quitaban el bonete de la cabeza ante él. Pensó en los inmigrantes ilegales que al llegar a su destino quemaban sus papeles para no poder regresar a su país. Los *harragas*, que se inventaban identidades ficticias, y, como ellos, él quería

vivir liberado de su padre y de Dios, liberado de esta tierra bajo la que descansaba el cadáver de Amín. «Deja a tus hijas en paz», le había ordenado Mehdi a Aicha hacía un rato. «Están bien donde están.» «Ojalá mi padre hubiera dicho lo mismo», pensó Selim. «Ojalá fuera de los que querían que saliéramos de aquí, en lugar de los que esperaban que regresáramos.»

Por la ventana, veía a su madre vestida con una chilaba blanca y a Mehdi fumando un cigarrillo. Selma también estaba fumando, sentada en el sillón de terciopelo rojo: ahora que su hermano había muerto, ya no necesitaba esconderse. Selim dio un paso atrás y consideró que la composición era muy lograda. ¿Por qué no se tomaban fotografías en los entierros? Se fotografían los cumpleaños, las bodas, los bautizos…, ¿por qué no conservar un recuerdo de los entierros? Había empezado a dedicarse a la fotografía por casualidad. Tras una temporada en Ibiza, donde conoció a Thomas Barrett, se instaló en un modesto estudio en el Lower East Side. No sabía qué hacer con su vida, así que se pasaba los días caminando por las calles y haciendo fotografías. Había conservado la cámara robada en Esauira, una Leica que siempre tenía en algún sitio, guardada en algún cajón. Un aparato increíble. En las calles de Nueva York fotografió la extrañeza. Dos hombres besándose en la boca. Un grupo de chicas, muy delgadas, con vestidos extravagantes y calzadas con botas altas de tacón rojo. Una anciana tirando de la oreja a su perro en un banco de Central Park. Un negro sentado a horcajadas sobre las barreras de acceso al metro. En esa época, apenas hablaba inglés y la cámara de fotos parecía brindarle la posibilidad de expresarse en otro idioma. Algunos transeúntes le sonreían, posaban para él, y algunas chicas coqueteaban con él y parecían decepcionadas cuando se alejaba, receloso y con la mirada baja. Revelaba sus fotografías donde podía. Un viejo armenio que regentaba una farmacia y una tienda de comestibles en el barrio le ofreció un buen precio a cambio de que retratara a su familia: una esposa obesa y dos hijas bigotudas. Gracias a Thomas, lo contrataron como asistente de un fotógrafo de moda, un hombre delgadísimo cuyos enormes dedos eran casi transparentes. Selim se sorprendía de la inmensidad de la ciudad, de su suciedad, de su violencia. En su barrio, los muros estaban cubiertos de grafitis indecentes. Nueva York lo llevaba a tal estado de agotamiento que le sorprendía que allí vivieran ancianos, que la ciudad no los hubiera matado. Pero los estadounidenses eran

resistentes. Fue lo que aprendió con el tiempo, y admiró su altanería, su confianza en sí mismos. Consideraba su patriotismo un poco ridículo, pero nunca se lo comentó a nadie. Su primera exposición tuvo lugar a mediados de los años ochenta en un sórdido bar-galería, y la tituló *Don't Be a Stranger.*

¿Los árabes? Cuando llegó a Estados Unidos, nadie sabía de dónde venía él. No entendían nada. Selim repetía: «Morocco», y sus interlocutores fruncían el ceño o sonreían. «¿Mónaco?» Algunos creían saber que Marruecos estaba en Asia y lo confundían con Turquía u Omán. Con el paso de los años, había optado por lo más sencillo. Decía que era de Francia y eso impresionaba a la gente. Suponían, por lógica, que era refinado e insolente, culto y arrogante. En el mundo de la moda, ese *french touch* lo había ayudado, y nunca confesó que jamás había vivido allí y que solo conocía París como turista. Era fácil mentir. En esa época apenas había marroquíes en Nueva York, y no corría el riesgo de que lo tomaran por uno. Se divertía con esas identidades cambiantes que se inventaba según le convenía.

Con la edad —después de todo, acababa de cumplir cincuenta años — se sorprendió a sí mismo sintiendo nostalgia, un deseo —tal vez algo infantil— de reconectar con sus orígenes. Había conocido a un peluquero marroquí en el barrio de Astoria, donde vivía una importante comunidad árabe. Se llamaba Bilal, provenía de Jemiset y había ganado la *green card* en la lotería. En el escaparate de su local había pegado fotografías del alminar de la mezquita de la Kutubia y del santuario de Mulay Idris, y eso fue lo que llevó a Selim a entrar. El peluquero le elogió su pelo, tan rubio y tan suave. Parecía sorprendido de que un hombre como Selim, elegante y atlético, apareciera en su peluquería cochambrosa, donde una pequeña radio transmitía unas aleyas del Corán. Selim se sentó en un viejo sillón de cuero. Mientras el peluquero cogía un cepillo pequeño, redondo y de plástico rosa —el mismo que usaba Amín—, Selim le preguntó cómo había adquirido el oficio. Bilal se encogió de hombros. «Lo aprendí yo solo, con la práctica. Dejé la escuela a los trece años. Cuando llegué aquí, no sabía hacer nada. Pero tenía un primo (en nuestro país todos somos primos); en fin, me dio una oportunidad; yo lo observaba trabajar y así aprendí.» Comenzó a masajear el cráneo de Selim con fuerza. Curiosamente, no era desagradable. Le giró la cabeza de un lado a otro. Se podía oír el crujido de las cervicales. «No intentes hacerle esto a nadie

en tu casa. ¡Podrías matar a tu mujer!», y el peluquero soltó una carcajada. Selim regresaba al barrio de Astoria a menudo. Solía sentarse en un café a comer una regaifa cubierta de miel o un tayín de pollo. Caminaba por las calles, donde te encontrabas una carnicería *halal* al lado de un café egipcio o de una tienda de alimentación regentada por yemeníes. Le gustaba charlar con Bilal. El peluquero era de una inteligencia muy vivaz, y su inglés, bastante torpe, muy hermoso. Se quejaba del estrés, del ruido y de los chinos que fumaban mucho y escupían en las aceras. «Hablan tan fuerte que a veces me dan ganas de darles un golpe.» Selim nunca le confesó que él también era marroquí. Un día, le preguntó a Bilal si extrañaba su tierra y si alguna vez había pensado en regresar. El peluquero puso cara de disgusto. «Regresar es una vergüenza. Solo regresan los *losers*. Cuanto menos vuelves a tu pueblo, más se creen que has triunfado, y eso los pone contentos.» Selim le deslizó un billete de diez dólares, volvió a ponerse la chaqueta y, antes de irse, le preguntó si alguna vez podría fotografiarlo en su local. «Trabajo para una revista y creo que les gustaría.» Pero Bilal agitó los brazos y, como se había marchado de Marruecos en mitad de los años de plomo, exclamó en un tono agudo: «No quiero líos, no me interesa la política».

Esa noche, antes de quedarse dormido, Selim volvió a pensar en Bilal. «No te interesa la política, pero pronto la política se interesará por ti.» Llegará un momento en que uno tendrá que elegir, demostrar su lealtad, exhibir una bandera en la fachada de su casa. Estaban condenados a vivir en una especie de purgatorio, atrapados entre el odio de los islamistas y la ignorancia de Occidente. Se preguntó: «¿Se puede querer a un país que no te quiere? ¿Ser de aquí y de allá al mismo tiempo?».

Una tarde de octubre de 2002, Aicha se cruzó con Umaima al salir de la clínica. La abogada vestía un traje de chaqueta beis muy entallado y un enorme collar de perlas negras que no dejaba de tocar como si temiera que la estrangulase.

«—¿Buscas a Rachid? —le preguntó—. Creo que está realizando una cesárea.

—No, es a ti a quien vengo a ver.»

Tomó a Aicha del brazo y la condujo al cuarto que utilizaban los médicos para descansar. Cerró la puerta y le susurró:

«—Mehdi recibió una citación, ¿verdad?

—Sí, me lo ha dicho. Está convocado ante el juez mañana por la mañana en Casablanca.»

Umaima se mordió el labio y permaneció en silencio.

«—¿Qué ocurre? ¿Crees que debería preocuparme?

—Ya sabes cómo van las cosas aquí. Circulan todo tipo de rumores. Quizá la cita con el juez se prolongue. Quiero decir…, creo que lo van a meter en la cárcel.»

Antes de que Aicha pudiera decir nada, antes de que Umaima tuviera que tranquilizarla o consolarla, esta añadió: «No le comentes nada, no tiene sentido que se preocupe. Solo asegúrate de que no se vaya sin nada. Que tenga suficientes cigarrillos. Algo de comer».

Umaima sacó su paquete de Marlboro y encendió un pitillo. Ella era de piel muy tostada y labios oscuros, y unas arrugas profundas le surcaban la frente. «Yo no llevo ese tipo de casos. Te encontraré a alguien. Ya no es momento de mostrarse orgulloso, tu marido tiene que defenderse.» Apagó el cigarrillo, besó a Aicha en la mejilla durante un largo rato y cerró la puerta tras ella.

Antes de irse a casa, Aicha pasó por el supermercado. Estuvo recorriendo los pasillos, agarrada a su carrito de la compra vacío. «Ojalá no me encuentre con alguien conocido», y se topó, cara a cara, con una paciente. Conversó con ella, pero sus pensamientos estaban en otra parte. Quería comprar algo, algo para Mehdi, y al mismo tiempo se decía a sí misma que no debía hacerlo porque sería una forma de forzar el destino.

Si se olvidaba de lo que le había dicho Umaima, si decidía que era un rumor malintencionado, tal vez no pasaría nada. La cajera, que la veía casi todos los días y a quien recientemente había recetado la píldora anticonceptiva, se sorprendió. «¿Eso es todo lo que se lleva, doctora?» En la cinta transportadora había una tableta de chocolate y una cajita de queso Kiri.

Esa noche cenaron viendo una película que Mehdi había elegido y, por una vez, Aicha se abstuvo de criticar esa pésima película de acción americana. No le hizo ningún comentario sobre los cigarrillos, que fumó uno tras otro, y fue ella quien se ofreció a servirle otro whisky cuando vació su vaso. Luego se levantó, le dio las buenas noches, cruzó el largo pasillo y se acostó en la habitación de Inès. Por un momento, dudó ante la idea de ir a acostarse al dormitorio de ellos. Tenderse junto a su marido, recostar la cabeza en su hombro y expresarle toda la ternura que ahora la invadía. También sabía que eso podría crear malentendidos. Tal vez él pensaría que ella quería hacer el amor o, peor aún, entendería que tenía miedo. No durmió. Cuando salió el sol, preparó café e hizo unas tostadas. Apareció Mehdi. Se había puesto uno de sus viejos trajes, uno de los pocos que habían sobrevivido al destrozo, y el pantalón le quedaba grande. Bebieron café, de pie, en la cocina. Él dijo: «No tardaré», y, sin mirarlo a los ojos, con un nudo en la garganta y conteniendo un sollozo, Aicha le entregó una bolsita. «Ten, toma», murmuró, y salió.

En la clínica nadie notó nada. Aicha había llegado puntual, vestida con un traje de chaqueta de lino beis y unos tacones altos. Se puso la bata, cogió los historiales de ese día y se lavó las manos a fondo bajo el agua muy caliente. Quería que el tiempo pasara lo más rápido posible y le avergonzaba desear que las pacientes tuvieran enfermedades graves y complicadas para que le ocuparan la mente, la obligaran a pensar en otra cosa y se sintiera útil. A las tres de la tarde entró en la consulta una mujer a la que Aicha trataba desde hacía tiempo; la había atendido en el parto de sus dos hijos. Se desnudó detrás del biombo mientras le hablaba de sus niños —«¡Están creciendo tan rápido!»— y se quejaba de sofocos. Se tendió desnuda sobre la camilla, y Aicha, sentada en un pequeño taburete blanco con ruedas, se disponía a examinarla. Estaba a punto de coger el espéculo cuando sonó el teléfono. Se sobresaltó.

«Discúlpeme un segundo.»

Descolgó el auricular. «Es su marido, doctora. Se lo paso.»

Le dio la espalda a su paciente, y la voz de Mehdi llegó hasta ella. «Soy yo.» Él marcó una pausa. «Acabo de salir del despacho del juez, que me ha notificado mi inculpación y encarcelamiento inmediato. Me trasladan a Salé en un furgón de la policía.» Aicha tragó saliva. «No me esperes esta noche.» La voz de Mehdi se deshizo en sollozos. Colgó. Aicha dejó el teléfono sobre su escritorio, se dio la vuelta y giró el taburete. Tomó el espéculo y lo introdujo en la vagina de la paciente. Permaneció así varios minutos, con la mirada fija en su entrepierna, sin hacer nada, aterrorizada ante la idea de que la paciente viera su rostro descompuesto y las lágrimas que le corrían por las mejillas. Colocó sus manos frías sobre los muslos de la mujer, y esta se estremeció, Aicha siguió mirando, como se mira algo por primera vez. «¿Qué pasa, doctora? ¿Es grave?» La mujer parecía preocupada. Si Aicha no se hubiera contenido, habría apoyado la cabeza sobre el vientre de la paciente y se habría echado a llorar diciendo: «Sí, es muy grave». En cambio, se secó los mocos y las lágrimas con la manga de la bata y regresó a su escritorio. «Quédese tranquila, todo está bien.»

¿Cómo afrontar la mirada de sus secretarias, sus pacientes, sus amigos, sus vecinos? Estaba segura de ello: todos lo sabían. Cogió el móvil y llamó a Umaima. Esta respondió después de que sonara tres o cuatro veces, un tiempo que se le hizo eterno. Cuando su amiga oyó la voz apagada de Aicha, suspiró. «El abogado del que te hablé se pondrá en contacto contigo. Vete a casa en cuanto puedas, no te quedes ahí.» Eso fue lo que hizo. Arrojó la bata sobre la camilla de reconocimiento, agarró el bolso y salió de la clínica sin despedirse de nadie. Lloraba tanto que apenas podía distinguir los coches que llegaban en dirección contraria y, por un momento, pensó que le daba igual estrellarse contra un árbol. No entendía realmente lo que estaba pasando, qué consecuencias tendría, qué forma adquiriría. Todo era todavía muy impreciso. Lo que la obsesionaba eran sus hijas. ¿Debería decírselo o podría ocultárselo? Quizás el ingreso en prisión de Mehdi era una broma pesada, un error que se resolvería rápido y nadie se enteraría.

Al llegar a casa, se encerró en su habitación. Se sentó en la cama, con el bolso colgado del hombro, calzada con los tacones, y esperó. Media hora, quizá más, sin moverse, sin hablar, sin que ni un solo pensamiento sensato se formara en su mente. Estaba como aturdida, privada de todas sus facultades. Entonces sonó el teléfono. «¿Tiene usted algo con que

anotar?» Era el abogado. Tomó el lápiz de la mesita de noche. «Escriba usted: el número de preso de su esposo es el 13121. Su número de celda, el 16.» Le dijo que visitaría a su cliente lo antes posible. Aicha tenía mil preguntas que hacerle, pero no lograba ordenar sus ideas. Preguntó:

«—¿Podría usted llevarle algunas cosas? Se fue sin nada.

—Por supuesto. Prepáreme una maleta. Ponga ropa de abrigo.»

Eso era lo que necesitaba: una misión que cumplir. Aicha se levantó y corrió hacia su coche. Condujo a toda velocidad hasta el supermercado Marjane y, al fondo de la tienda, eligió dos maletas. También compró mantas de lana, calcetines, ropa interior, táperes de distintos tamaños, clínex y papel higiénico, un paquete de diez mecheros de todos los colores, café instantáneo, cuadernos, un termo, una radio, champú para lavado en seco y jabones de vainilla, paquetes de chicles y caramelos de menta. Regresó a casa y, ante la mirada atónita de Fatima, vació el maletero del coche. Llevó a la criada aparte y, con voz áspera, con una voz quebrada por el tormento y la amenaza, le anunció la noticia. Fatima cogió a Aicha de las manos y chasqueó la lengua contra el paladar. «¡Ah, *musiba*, qué desgracia! ¡Pobre *sidi*, *meskin*!» Cuando se dio cuenta de que ella sollozaba, intentó tranquilizarla. «No te preocupes, todo irá bien. Mi sobrino lleva seis meses en la cárcel por conducir una motocicleta sin seguro. No pudo aprobar el bachillerato por ese motivo. El marido de mi prima Hanan también está preso. Esas cosas suceden.» No, Fatima, no suceden.

Juntas, llenaron las dos maletas y, cuando Fatima ya se había dormido, el abogado llamó a la puerta. Al ver las maletas en la entrada, reaccionó sorprendido, casi divertido. «¡Cómo se le ocurre! Le dije algo de ropa de abrigo para que no pase frío. Para todo lo demás, ya veremos.» Cogió una manta, el papel higiénico y el café instantáneo. Le explicó el procedimiento que había que seguir y prometió mantenerla informada. «No hay razón para que esté en la cárcel. No es un peligro para la sociedad, en todo momento se ha puesto a disposición de la justicia. Dada su edad y su reputación, estoy seguro de que resolveremos esto enseguida.»

Esa noche, Aicha no cenó. Bebió el resto de la botella de vino que Mehdi había abierto la víspera y se tendió en la cama. Se quedó mirando el techo y pensó en el chocolate y en las virtudes del magnesio. Se preguntó si Mehdi habría sonreído o si, por el contrario, habría llorado al

abrir la bolsita que ella le había entregado esa mañana. ¿Encontró algún consuelo al morder el chocolate? Se lo imaginó sentado en su celda partiendo la tableta en pedacitos. Mehdi, su amor, su dolor, el padre de sus hijas. Mehdi, el mejor amigo que había tenido en la tierra, a quien había hecho confidencias en la oscuridad de la noche. Mehdi, que lo sabía todo sobre ella y, con un simple gesto, podía llenarla de felicidad o aniquilarla. Mehdi, a quien no entendía. Había vivido junto a él como quien vive junto a un misterio, respetuosa con su opacidad, quizá cobarde. Mehdi, a quien había ofrecido su cuerpo en todos los continentes, en todos los climas; Mehdi, con quien se había visto envejecer. Ahora lamentaba esos momentos en los que no le había hecho caso, en los que se mostró poco delicada con él. Quería arrepentirse y rectificar, se sentía dispuesta a todo, a hacer cualquier cosa para sacarlo de allí. Quizá ni siquiera había comido ese chocolate. Tal vez lo había compartido con los que dentro de poco se convertirían en sus compañeros de fatigas. El chocolate que ella había elegido para él se había derretido en aquellas bocas desconocidas.

Todo el mundo se enteró enseguida. Mathilde, al teléfono, lanzó unos gritos histéricos: «¡Voy para allá inmediatamente!». Pero Aicha le rogó que se quedara en la finca. Selma, en cambio, reaccionó con sosiego y pragmatismo. ¿La prisión de Salé? Iba allí a veces a visitar a una amiga que había asesinado a su marido con una plancha. Se ofreció a acompañarla en su primera visita. Aicha se negó. «Prefiero ir sola. Más adelante, ya veremos.» Estuvo cocinando toda la noche. Un tayín de pollo con aceitunas, una tortilla de queso, unas *briuats* rellenas de carne picada y una sémola con pasas y cebolla caramelizada. Cuando volvió a ver al abogado, este se mostró menos optimista. No quiso entrar en detalles, y ella, acostumbrada durante toda su vida a no hacer preguntas, aceptó sus breves explicaciones. Él le dijo que la comida en la cárcel era pésima y que, si se sentía capaz, tendría que llevarle cestas de provisiones a su marido cada dos o tres días.

Esa mañana, la de la primera visita en el locutorio, estaba lloviendo. Enfiló la carretera hacia la cárcel. Cruzó el puente sobre el Buregreg, entró en Salé y luego se perdió. Dos chicos de catorce o quince años estaban a resguardo bajo un portal. Abrió la ventanilla y les hizo una

seña. Corrieron hacia ella, protegiéndose la cabeza con un trozo de cartón.

«—¿Qué desea, señora?

—¿Sabéis dónde está la cárcel?»

Se oyó a sí misma decir esa frase y fue como si alguien hablara en su lugar, alguien que hubiera usurpado su identidad y vivido su destino, su extraño destino. El chico le dijo que acababa de dejarla atrás. «Está ahí.» Al darse la vuelta, vio el enorme edificio gris. Aparcó el coche. Llovía tan fuerte que se habían formado enormes charcos en el aparcamiento. Salió del coche y, a pesar de que se estaba empapando hasta los huesos y de que tenía que sostener la cesta cargada con sábanas y comida, se alegró de que fuera invierno. No habría soportado que fuera primavera. Y se imaginó, con pavor, que Mehdi seguiría allí, tras aquellos barrotes, cuando el valle de Buregreg se cubriera de amapolas y las cigüeñas volaran bajito sobre las casas. Todavía seguiría allí cuando los jacarandás y los flamboyanes estuvieran en flor y, luego, cuando los primeros calores llevaran a los bañistas a las playas de Salé y de los Udaya.

Paralizada por el miedo, se unió a las mujeres que hacían cola. Con los pies en el barro, empujadas por unas vigilantes brutales, dos de ellas se peleaban e insultaban, mostrando sus dientes de oro. Aicha observó sus espaldas, su ropa, sus uñas teñidas con alheña, los pañuelos que ocultaban sus cabellos sucios. La mayoría de ellas llevaba una única bolsa de plástico que contenía mandarinas, algunas peras, hogazas de pan y bolsitas de aceitunas negras. Aicha bajó los ojos, se sintió avergonzada. De repente, todo le pareció absurdo y ridículo: los nuevos táperes que había comprado especialmente para Mehdi, las servilletas de papel que había doblado con cuidado, el mismo cuidado que había puesto en cocinar esos platos. Incluso regañó a Fatima porque los cubiertos estaban desparejados. Esa cesta se había convertido en la cosa más triste y patética del mundo. Iba a llamar la atención con esa cesta limpia, con su pantalón de paño y su abrigo caro y de buen corte. Se sintió grotesca.

Llovía intensamente, como llueve en los países áridos. La fila no avanzaba. De vez en cuando una mujer se salía y entraba en la cárcel. Aicha escuchó una conversación entre dos visitantes. Una de ellas iba a ver a su marido. Había robado un toro.

«—Y bien, querida, ¿a quién venimos a ver?

—A mi marido.

—¿Qué ha hecho tu marido?

—Son cuestiones políticas.

—Ya, eso es, política… —repitió la vigilante, burlándose de su acento burgués. Se echó a reír, moviendo la cabeza como las actrices de las telenovelas turcas. Aicha nunca olvidaría esa cara redonda y congestionada por el alcohol. Tenía el pelo corto, mal teñido de rubio y llevaba un pantalón con estampado de camuflaje que le quedaba demasiado ceñido. Debía de utilizar una crema aclaradora en el rostro porque sus sienes estaban salpicadas de pequeñas manchas rosadas—. Abre la cesta, cariño. —Las otras mujeres observaban en silencio, aunque cómplices. Aicha puso la cesta en el suelo y la abrió—. Venga, abre los envases, rápido, uno por uno. —La celadora agarró el palo sucio que llevaba en la mano y lo sumergió con saña en cada uno de los táperes. Derramó la mitad, desgarró los trozos de carne y despedazó la tortilla. Arrodillándose ante ella, Aicha intentó reparar el daño—. ¿Y esto qué es? —Ebria de autoridad, había sacado del fondo de la cesta el cartón de Marlboro, los diez encendedores y un botiquín de medicinas—. Por esto, hermosa, tendrás que pagar».

Aicha metió la mano en el bolsillo y sintió la reconfortante redondez de un fajo enrollado de billetes contra el muslo. Sabía que daría demasiado y que se reirían de ella. Debía negociar si quería salirse con la suya la próxima vez. «Por los cigarrillos, vale, pero no por las medicinas. Tiene la tensión alta, las necesita.»

Una reja. Una puerta. El golpe de un palo contra la pared. Tres pasos. Otra reja, otra puerta, y, a lo lejos, el sonido del mar. Olas que rompían contra las rocas, la tormenta que estallaba en una costa fría. Era como si se hubiera acercado una caracola al oído. Entró en el locutorio. La sala era enorme y el techo, podrido y calado por la lluvia y el barro, estaba tan deformado que parecía que iba a derrumbarse. Unas mujeres llevaban a sus pequeños en brazos y los más mayores se pegaban a la pared. Esperaban, y Aicha miró a su alrededor. El llanto, los gritos de las mujeres, los silbidos de las conversaciones susurradas, las órdenes gritadas por los celadores, todo ello formaba un bullicio insoportable que impedía pensar, sentir. El asa de la cesta le lastimaba las manos y no sabía qué hacer consigo misma. Entonces las puertas se abrieron y vio a los reclusos entrar, uno tras otro. Esperaba ver expresiones amenazantes,

mejillas marcadas con cicatrices y rostros siniestros. Pero esos hombres no tenían nada que asustase. La mayoría de ellos caminaba con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. Mehdi no estaba allí. Mehdi no estaba allí y casi todas las mesas ya estaban ocupadas. Unas mesas sin sillas. Entonces vio a su marido. Su marido, con traje, sosteniendo un taburete de plástico. Él también la vio. Sus miradas se cruzaron; ella intentó sonreír, pero no tenía la menor idea de lo que expresaba su rostro en ese momento. Aicha levantó la mano. Mehdi dio media vuelta y desapareció.

Cuando regresó a casa, ya era de noche. Mandó a Fatima a acostarse. «No tengo hambre», y se sentó en el sofá del salón, en el lugar preferido de Mehdi. No sabía qué hacer. ¿Ver la televisión? ¿Ordenar los armarios? ¿Lavarse el pelo? ¿Dar de comer al perro? No sabía qué *convenía* hacer. Así había actuado siempre, eso era lo que la guiaba. Hacer lo que convenía en todo momento. Levin se acercó y se sentó frente a ella. La miró fijamente como si esperara que lo tranquilizara, como si preguntara: «¿Dónde está mi amo? ¿Qué haces tú en su lugar?». Aicha también lo miró fijamente y sintió ganas de ponerse a cuatro patas. «Ahora yo soy su perro y voy a morder. No voy a quedarme aquí esperando a que regrese para poner mi hocico mojado en su regazo, no voy a gemir, con el rabo entre las piernas, y regresar a mi caseta. ¡Fuera, chucho, fuera! Todo ha estallado, las normas han volado en pedazos, no sé qué es lo que conviene hacer, ya no hay ninguna lógica, ya no se sabe qué está bien y qué está mal. Debo volverme violenta. Demostrar que puedo ser otra mujer. Esta mañana, ese olor en el corredor y su rostro, de lejos, su rostro tan triste…, habría deseado que se acercara y tocarlo, llorar juntos. No, no lo culpo por huir, por no haber podido afrontar la situación; no estoy en su lugar, ¿qué sabré yo? No, nada es igual que antes, ya no hay normas, ya no hay cortesía, ¿qué sentido tendría hacer siempre lo conveniente? Me gustaría gritar, pegarle al perro, desnudarme, burlarme de los mendigos, comer con las manos atadas tras la espalda hundiendo la cabeza en el plato. Quisiera volverme loca y olvidarlo todo, loca antes que triste, loca como esas personas que van por la calle gritando insultos y arrastrando bolsas de plástico llenas de basura. Debo concentrarme para saber *qué* hacer. No consigo pensar, es como si la vida normal me pareciera extraña, la vida en la que comía sin preguntarme "¿qué estará comiendo Mehdi?", la vida en la que me tapaba los pies con una mantita sin pensar "¿estará pasando frío Mehdi?". No soy una ingenua, sé que todo el mundo me está mirando y, antes, en el supermercado, no pude… No, no pude; era la primera vez que me ocurría, no veía con claridad y me habría burlado, es cierto, de cualquier paciente que me hubiera descrito esos síntomas. "Ataque de pánico, por supuesto, está usted

histérica y carece de dignidad", eso es lo que hubiera pensado. Me lo merecía, y la gente que me vio llorar en el puesto de calabacines debió de reírse. Hacía mucho tiempo que no fumaba un cigarrillo. Voy a retomarlo, volveré a fumar en serio y me ayudará a recuperar la calma. Me pregunto cómo se roba un toro. ¿El hombre entró en la parcela del vecino? ¿Lo arrastró con una cuerda hasta la suya? Había una película así, una película que vi cuando era pequeña. No era un toro, era una vaca, y, además, no estoy segura de que fuera una historia sobre un robo. ¿Qué voy a hacer ahora? En esta casa que se ha vaciado, vaciado, vaciado hasta perder su sentido. Me sentaré en un rincón, cerraré las puertas o saldré y cavaré un hoyo en el jardín con mis propias manos. En esta casa no puedo pensar —las paredes se acercan cada vez más— y me trae recuerdos; debería haberle dicho eso a Fatima, debería haberle dicho que quitara todos los objetos que me traen recuerdos, aunque ella no habría entendido nada. No quiero recordar, no debo distraerme. Debo concentrarme en lo inmediato, en lo urgente. Aicha la Mártir. Y yo que me quejaba de todo lo que debía hacer. Daría cualquier cosa, Mehdi, ¿ves?, daría cualquier cosa por prepararles la cena a las niñas, hacer los deberes con ellas, ir a comprarles ropa, cambiar sábanas, dar órdenes, llevarlas a los espectáculos de danza, cuidarlas cuando se resfrían y organizar las vacaciones. Me decías que yo era una afortunada, que no me daba cuenta de cómo vivían las amas de casa. Es imposible que esa sea yo. El espejo está mal, yo no me parezco a esa. Es ridículo, nunca he tenido el cuello tan largo ni bolsas bajo los ojos, o quizá por eso Mehdi salió huyendo y, como siempre, no entendí nada. Necesito entender. Necesito saber y dejar de hacerme la boba. ¿Qué me importa ahora que me hubiera prohibido entrar en su despacho? Entraré y registraré sus cajones, aunque eso no me haga sentirme orgullosa, aunque me recuerde a mamá cuando le registraba los bolsillos a papá y olfateaba sus camisas o rebuscaba en la guantera del coche, y una vez escribió con su barra de labios CANALLA en el parabrisas y casi me muero de la vergüenza.»

Aicha entró en el despacho de Mehdi. Vació los cajones llenos de fotografías de ella y de sus hijas. No sabía qué buscaba. Quizá una respuesta, una explicación a aquel sinsentido. Abrió los expedientes del banco CCM, intentó descifrar los gráficos y las listas de cifras. No entendía nada y podría haberse golpeado la frente contra los estantes de

madera de cedro. «¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?», repetía en voz alta. En un sobre grande con cierre americano, encontró una carta con membrete del Banco Mundial, firmada por un tal Curtis O'Hare. En dos hojas elogiaba la admirable gestión de Mehdi y reconocía las dificultades coyunturales a las que se enfrentaba la entidad. Se le saltaron las lágrimas. Si ese Curtis hubiera estado allí, ese Curtis al que nunca había visto, lo habría abrazado. Dobló el sobre y se prometió entregarlo a primera hora de la mañana en el despacho del abogado. Estaba a punto de salir del cuarto cuando vio, sobre una pila de libros, un pequeño cuaderno Clairefontaine de tapas moradas. Lo abrió y, en la primera página, descubrió la letra torturada de Mehdi.

Mehdi Daoud, mi destino marroquí.

Nacido en Fez. Familia tradicional. Militante (de izquierdas, marxista, Unión Nacional de Estudiantes de Marruecos).

La elección.

a) Quedarse en los márgenes, militar, desaparecer sin estar seguro de que las cosas puedan cambiar.

b) Participar en los asuntos públicos, creer que se puede transformar el sistema desde dentro (también una elección familiar: esposa admirable, dos hijas, dar felicidad y un futuro).

Elegirá el entrismo.

Era el comienzo de un libro.

Aicha había llamado tres veces y grabado un mensaje en el buzón de voz. «Cariño, llámame. Es importante.» Mia dejó su BlackBerry debajo de una carpeta. No confiaba en el criterio de su madre para juzgar lo que era importante o no. O, mejor dicho, sabía lo que era importante para Aicha: «¿Te alimentas bien? ¿Descansas? No deberías trabajar tanto». Durante años, sintió que mantenía la misma conversación con su madre. Una conversación insulsa y sin objetivo en la que no se decían nada más que esos desvelos superficiales. A sus veintiocho años, ocultaba su vida, sus amores, el contenido de sus noches. Aicha, por su parte, le ahorraba sus preocupaciones y sus disgustos. Su teléfono volvió a vibrar. Insistía. Mia pensó entonces en un accidente o en un atentado. 1994, Marrakech; 1995, la estación de metro de Saint-Michel; 1999, la bomba en el *pub* Admiral Duncan para matar a homosexuales. Luego el 11 de septiembre, por supuesto; los atentados suicidas en Israel, Pakistán, Túnez. Sí, algo grave podría haber sucedido. Y, en caso contrario, abreviaría la conversación. Le susurraría: «Estoy en el trabajo», y Aicha susurraría a su vez: «Solo quería saber si estabas bien, ¿te estoy molestando?».

«¿Por qué no contestas? ¿Por qué no contestas sabiendo que te estoy diciendo que es importante?» Su madre estaba enfadada. Su voz no sonaba como de costumbre. Era como si hubiera estado llorando mucho o gritándole a alguien. Como si hubiera estado bebiendo. Del otro lado del espacio diáfano, un compañero de trabajo le sonríe a Mia. Ella le devuelve la sonrisa.

«¿Qué pasa, mamá? ¿Qué está sucediendo?»

Aicha hablaba de manera confusa, y Mia dedujo que se trataba de su padre.

«No entiendo nada… ¿Quién vino? ¿Adónde fue?»

Suavemente, murmuró: «A la cárcel. Se lo llevaron a la cárcel».

Mia se echó a reír. Sabía que no era una broma. Como si esa noticia fuera tan trágica que se volvía absurda. ¿Mehdi en prisión? Eso no tenía sentido. Lo habría entendido si su madre hubiera mencionado un accidente de coche, un cáncer, si su padre se hubiera largado con una chica de veinte años o incluso si hubiera desaparecido fingiendo que iba a

comprar tabaco. Todo eso era posible; dramático, en efecto, pero posible. Mia se puso de pie. «Espera un segundo. Me voy a un lugar más tranquilo.» Miró a su alrededor. No había ningún lugar donde aislarse. Allí se trabajaba a la vista de todos, con pantallas de ordenador filmadas por cámaras de seguridad para garantizar que los empleados no estuvieran viendo pornografía en lugar de hojas Excel. Se dirigió a los servicios y se encerró en una de las cabinas. «¿Qué cárcel? ¿De qué me hablas? ¿Qué ha hecho?»

Antes de que su madre pudiera responder, pensó: «Ha atropellado a alguien. Ha matado a un peatón que cruzaba la autopista y tendrá que pagar a la familia, se las arreglará con la policía. Le afectará mucho, a él, que es tan sensible y orgulloso, pero todo saldrá bien». «Ya sabes», respondió Aicha con una voz apagada, como si la estuvieran espiando. «No vamos a hablar de esto por teléfono. Necesito avisar a tu hermana. No sé cómo se lo voy a decir.» Más tarde, Mia se preguntaría qué había pasado por su mente y por qué había respondido: «Voy a ir. Yo se lo diré. Tomaré el tren a París esta tarde».

Regresó a su puesto. Apagó el ordenador, guardó su agenda en la mochila y, sin pensar en nada, con la mente vacía, salió del área diáfana. Oyó a alguien gritar: «¡Daoud!». A pesar de ello, presionó el botón, entró en el ascensor y supo que esa era la última vez que cruzaría el vestíbulo del banco Goodman Partner.

Caminó hasta su apartamento en Lexham Gardens, 93. Aunque eran las once de la mañana, se sentía como si estuviera borracha o drogada. Hacía movimientos extraños con la boca. Cerraba los ojos y apretaba los puños. La imagen de su padre se le aparecía, y ella la alejaba, moviendo la cabeza muy rápido, como si temiera que su corazón fuera a explotar. Quería mantenerse serena, quería pensar. La noticia fue tan impactante que la mareó. Cruzó Hyde Park. Una señora paseaba a un perro cojo. Unas niñeras asiáticas cogían de la mano a unos niños rubitos y, en un banco, una joven muy guapa leía. En otras circunstancias, Mia se habría sentado a su lado. Le habría preguntado qué estaba leyendo y le diría que a ella también le encantaba leer sola en los parques. Se sentía bien en Londres. La ciudad no tenía la personalidad de París ni su belleza desgarradora, pero disfrutaba de la elegancia de sus placitas, del encanto de sus edificios, de la calidez de sus *pubs*. Era una ciudad laboriosa y

alegre a la vez que atraía a jóvenes de todos los países. Uno de los lugares más libres del mundo, donde a medianoche, en medio del frío glacial, podías cruzarte con chicas en minifalda y apuntarte con ellas a fiestas que terminaban de madrugada. Una ciudad donde cada uno era libre de pensar y expresar lo que quisiera y, de pie sobre un cajón de plástico, defender públicamente la existencia de los marcianos o anunciar el apocalipsis. Y aunque Osama Bin Laden había mencionado al Reino Unido como un aliado del Satanás estadounidense y lo había designado como un objetivo, los londinenses no estaban dispuestos a abandonar su legendaria flema ni su indolencia. A quienes le preguntaban si no estaba cansada de la lluvia y la grisura, les respondía que la gente tenía una idea equivocada del clima británico. De hecho, disfrutaba de las tardes ventosas y de cómo caía la noche. Le encantaba perderse y caminar sin rumbo por aquella ciudad, tan vasta que parecía que nunca podría conocerla por completo. Comprar en una tienda de comestibles jamaicana o cruzarte en Edgware Road con una multitud de mujeres-cuervo, cubiertas de negro de arriba abajo. No le importaba en absoluto no ser inglesa, pensar en ello le parecía fuera de lugar. Aquí no hacía falta pertenecer al país para ser feliz. Se había imaginado un pueblo frío y distante y seguía sorprendiéndose cuando un taxista la llamaba *darling* o una cajera del súper le sonreía: «*Have a nice day, my love*». Y, además, le encantaba hablar inglés. Se sentía aliviada de haber abandonado sus lenguas materna y paterna en favor de una tercera, más neutra, que quería hacer suya. Al principio, se sintió molesta cuando se dio cuenta de que la gente no la entendía. En un *pub* de su barrio pidió un *American coffee* y la camarera le respondió que si quería «*a bacon cheeseburger*». En otra ocasión, pasó la tarde intentando pronunciar correctamente la palabra *plunger* porque la ducha estaba obstruida y necesitaba comprar un desatascador de goma.

Llegó a su casa. Estaba situada en un primer piso y la compartía con dos bailarinas. Dos chicas que dejaban su ropa por todos lados, pero le conseguían los mejores planes para salir. Elvira era venezolana, tenía las cejas afeitadas, pómulos altos y los lóbulos de las orejas cubiertos de aritos plateados. Y luego Chris, que soñaba con París y el cabaret Crazy Horse. Mia pasaba poco tiempo en el apartamento, solo iba a cambiarse de ropa, lavarse y dormir unas horas. Podría haber vivido perfectamente en un hotel. Su vida estaba centrada en el trabajo. Cuando se había

incorporado al banco Goodman en 1998, el coordinador, un angoleño de unos treinta años, había reunido a los jóvenes del equipo en una sala de la última planta. A cada uno le asignó una misión y, luego, anunció con voz cantarina: «Las vais a pasar canutas, pero os vais a reír un montón». Le caía bien José. Era exigente y justo, capaz de explicarte sin gritar por qué habías cometido un error. Había crecido en Luanda, en un entorno acomodado, y había estudiado en Oxford. Le había comentado que pronto dejaría el banco para regresar a su país y dedicarse a la política. Un día, mientras se tomaban una ensalada, de pie, en la barra de un local de comida rápida, hablaron de sus respectivas infancias africanas. Ambos habían estudiado en liceos privados. Habían tenido chóferes, servicio y habían crecido en la ignorancia o, peor todavía, en la indiferencia hacia lo que los rodeaba. Los habían obligado a leer los libros de otros, los habían preparado para vivir en el país de los otros, y, si bien Mia sentía una especie de vergüenza por ello, José, en cambio, lo veía como un motivo de orgullo. Frente a ellos, un grupo de jóvenes operadores de Bolsa comían unos sándwiches. Sus mejillas estaban cubiertas de pecas rosadas y tenían un cabello tan fino como el de los bebés. José le puso la mano en el hombro a Mia y le susurró al oído: «¿Sabes? Nosotros, los hijos de los antiguos países colonizados, somos los verdaderos cosmopolitas. En el fondo, sabemos mucho más que esos rubitos. Podríamos vivir en cualquier lugar». En su equipo estaban Yilali, otro marroquí, y Michel, un libanés que había crecido en un barrio pobre de Trípoli. Unos meses antes, Yilali se había comprado un Maserati. Los había invitado a dar una vuelta, y Mia, que no estaba muy entusiasmada, acabó aceptando. «Al menos en Londres no es como en París: un árabe puede conducir un coche de lujo sin que lo confundan con un narcotraficante.»

Cuando entró a trabajar en Goodman, un veinticinco por ciento eran mujeres, la mayoría de las cuales tenían padres banqueros o abogados. Cuatro años después, ni siquiera alcanzaban el diez por ciento. Los hombres decían que era porque no aguantaban el ritmo, porque «físicamente» una chica no podía trabajar todos los días hasta la medianoche, salir a divertirse y dormir dos horas antes de volver a la oficina. No, ninguna chica estaba «físicamente» preparada para eso y, si tiraban la toalla, era por agotamiento y a su pesar. Ninguno de ellos dijo jamás que si las mujeres dimitían era también por los comentarios obscenos de los tipos que las rozaban en los ascensores o de alguno que

se jactaba, en medio del almuerzo, de las mamadas que una prostituta estonia le había hecho en Deauville. Tampoco se imaginaban que esas chicas pudieran tachar de absurda una vida sin amigos, sin familia, sin descanso, donde solo importaba el dinero.

A sus veintiocho años, Mia ganaba más que sus padres, unos trecientos mil euros al año, y acabó convencida de lo que le decía José: «Haces que los demás ganen mucho dinero, te lo mereces». En esa época, comprendió que el dinero era un mundo en sí mismo. Un mundo donde la raza y el género se disuelven en la cantidad de ceros. El dinero era un mundo donde no pensabas en el dinero. Donde te sientes como en casa en todas partes. Donde compras melocotones a diez libras cada uno en pleno invierno y coges taxis sin mirar el contador. Un mundo en el que terminas por no conocer a la gente y sin saber cómo viven. Descubrió lo que era pasar unas vacaciones en yate en Ibiza, donde la Black Card te abría todas las puertas y servía para hacer rayitas de coca en los servicios de los clubes privados. Comía en restaurantes sin preocuparse nunca por los precios. Llevaba a sus amantes a boutiques de lujo, donde no pierdes el tiempo corriendo detrás de una dependienta para que te atienda, donde siempre encuentras tu talla y una copa de champán. José le había preguntado si regresaba a menudo a Rabat. Le contestó que prefería ir a Beirut el fin de semana y bailar con unas chicas sublimes que no tenían miedo a nada y que confundían el sentimiento de impunidad con la emancipación. «¿Pero usted sabe quién soy yo?», les gustaba repetir. Mia se había acostumbrado rápidamente a esa vida. Ahora encargaba trajes de chaqueta a medida en las sastrerías para hombres de Savile Row, y, vestida con sus *blazers* de lana y cachemira, en alguna ocasión se acordó de la joven de antaño, vagando por las calles de París con su parka marrón. Y entonces regresaban esa sensación de soledad y la impresión hiriente de ser una extranjera y de no comprender el mundo que la rodeaba. Ya no era aquella chica que caminaba encorvada por el Boulevard Saint-Michel y que creía que nunca se acostumbraría al frío. Ahora sabía que, por el contrario, debía relajarse, que cuanto más intenso era el frío, más debía distender los hombros y mantenerse recta. El invierno no le preocupaba. Le gustaban la lluvia y el frescor de las mañanas.

Hizo su maleta —dos pares de vaqueros, tres camisas Pink, unas cuantas camisetas blancas y un par de zapatos Weston—, paró un taxi en Marloes Road y corrió por los pasillos de la estación para tomar el

Eurostar. Una vez sentada en el tren, con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada contra el respaldo del asiento, se permitió pensar en Mehdi. Su padre estaba preso. Miró a su alrededor y se preguntó cómo sería posible algún día pronunciar esa frase en voz alta. «Papá está preso», le diría pronto a Inès, y, al principio, la incredulidad se apoderó de ella. Su padre estaba en la cárcel, y en la cárcel encerraban a los criminales. ¿Era culpable de algo? Sabía que donde había dinero existía la posibilidad de un delito, y recordó el día en que, de pequeña, se metió en la cama de Inès y le dijo: «El trabajo de papá va de dinero». ¿Cuántas veces había oído hablar de banqueros que utilizaban el dinero de la empresa para alquilar *jets* privados? ¿Y los que estaban detenidos por abuso de información privilegiada? Un año antes, habían despedido a un empleado de Goodman por comprar acciones basándose en los datos que tenía. «Un imbécil», pensó. «Y mi padre no lo es. Tampoco es un santo», y ella no era tan ingenua ni tan ignorante como para creer que se pudiera ser completamente honrado en un país como Marruecos. Quería llamar a su madre. Ahora que estaba tranquila y sola, ahora que se sentía capaz de pensar, podría hacerle preguntas, pedirle detalles.

Compró una cerveza en el vagón restaurante y se la bebió despacio, mirando pasar el paisaje por la ventanilla. José le había dejado mensajes. Acababa de abandonar su trabajo de manera impulsiva y no sentía ninguna angustia ni ningún arrepentimiento. En cambio, la invadió una especie de euforia, como si por fin hubiera llegado al momento culminante de la historia. Por primera vez, sintió como si el caparazón en el que había vivido se estuviera resquebrajando. Otra vida estaba a punto de florecer. Todo lo ocurrido hasta ese momento solo podría leerse a la luz de este episodio. Las cosas adquirirían su verdadera dimensión. Dejaba atrás, definitivamente, las áridas y aburridas llanuras de la infancia. La niña malcriada había muerto, el mundo perfecto y los días felices saltaban en pedazos y se había acabado aquello de «lo afortunados que eran». Algo estaba sucediendo. ¡La desgracia, al fin!

¡La desgracia, al fin!

La primera noche, Mehdi pensó en el alcohol. En un vaso de whisky con cubitos de hielo. En una cerveza bien fría. En un trago de vino Saint-Estèphe. Se sentó en el borde de su jergón y fumó un cigarrillo tras otro. Vestía su traje de paño, y los compañeros de celda lo miraban con extrañeza. Nadie le había dirigido la palabra desde su ingreso. Eran cuatro y se limitaron a soltar un gruñido cuando lo vieron. «Me devorarán», se repetía a sí mismo, «me devorarán como los leones devoraban a los cristianos en el Coliseo de Roma». Pensó en la película *Quo vadis?* ¿Cómo se llamaba el autor de la novela? Un nombre polaco, muy complicado, un nombre que había visto un día escrito en una placa en una calle de Roma. No conseguía recordarlo. Intentó concentrarse en sacar a la superficie un poema hundido, como un pecio, en lo más profundo de sí mismo. Sentía que, si recitaba versos, se protegería.

Pendant que des grandeurs on monte les degrés
Un bruit d'illusions sèches et de regrets[1]

Durante dos días enteros, se sumió en un estado de inmensa confusión. No sabía qué hacer con su cuerpo. Tenía miedo de hablar, de dormir, de moverse. Miedo incluso de mirar la diminuta celda en la que estaba encerrado y los rostros de sus compañeros. Una celda sucia, llena de bolsas de plástico, montones de ropa y utensilios viejos tirados en barreños. Se negó a comer o a salir al patio y trató de recordar sus lecciones de meditación. Quería escapar de sí mismo, dejar que su alma huyera y vagara lejos de aquel sucio jergón.

El miércoles bajó al locutorio junto con los demás. No les prestó atención, pues estaba muy concentrado en las palabras que le iba a decir a Aicha, las tareas que le iba a encomendar. Toda la noche había oscilado entre un profundo desaliento y el deseo de luchar. En las escaleras, un guardia gritó: «¡Venga, avanzad, avanzad!», y cuando Mehdi la vio, a ella y sus ojos vivaces, a Aicha y la cesta que llevaba, retrocedió. Ni siquiera hizo un gesto con la mano, nada; huyó sin dar explicaciones y, una hora

después, un guardia se presentó con la cesta en su celda. Estaba tumbado y no quería que lo vieran llorar. Uno de los reclusos le dio una palmadita en el hombro. «¿Qué, no piensas compartir?»

«Me devorarán», pensó Mehdi, fijando la mirada en la pared mohosa.

«—Coge lo que quieras —le respondió sin girarse—. Sírvete.

—Aquí lo compartimos todo. ¡Vamos, patrón, levántate, a ver qué nos depara el destino en esa preciosa cesta!»

Sí, la cesta era preciosa, y no pudo evitar una sonrisa al descubrir las elegantes servilletas de papel, los cubiertos, los táperes nuevos rebosantes de comida. Sonrió al escuchar los comentarios de un chico con la cara mugrienta, cuyas manos parecían las de un anciano. Unas manos grandes, agrietadas y enrojecidas, como si las hubiera sumergido año tras año en productos químicos. Hacía reír a todos con su jerga callejera, y Mehdi volvió a sonreír al oír esas palabras olvidadas. Eran hermosas, más hermosas que muchos poemas.

«La patrona cocina bien. Qué suerte la tuya. Y la nuestra, por alojar a un burgués.»

Mehdi compartió sus cigarrillos, y la celda se llenó de humo. Armaron unos canutos enormes en forma de cono con un filtro de cigarrillo Marlboro en un extremo. Le picaban los ojos, pero no se atrevió a decir nada. Se mostraba prudente. Observó a sus compañeros mientras engullían la tortilla y el tayín de pollo. Taufiq, el muchacho de las manos envejecidas, era claramente el líder. Luego estaba Mamun, que se pasaba el tiempo con la oreja pegada a la puerta, como si estuviera esperando la llegada de alguien. El que dormía en la cama frente a él se hacía llamar Rasputín. Mehdi no le preguntó por qué. Comprendió que allí se hacían las mínimas preguntas posibles, y, sobre todo, ninguna del tipo «¿tú por qué estás aquí?». Sin embargo, sentía curiosidad por saber los delitos que habían cometido y se preguntaba de qué era culpable el frágil Mohamed, a quien todos llamaban Al-afrit, el diablo, que desgranaba todo el día un rosario e invocaba a Dios. ¿Proclamarían, como él, su inocencia? ¿Se preguntarían también qué había hecho él? Probablemente suponían que había robado, como todos los burgueses. Un tipo que se había aprovechado del sistema y este se había vuelto contra él.

Sentía miedo y no le tranquilizaba en absoluto saber que se encontraba en lo que la administración penitenciaria llamaba el «barrio europeo», por el gran número de presos extranjeros. En esa ala, las celdas

estaban abiertas desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, y los presos podían practicar deportes en el patio o distraerse con interminables partidas de cartas o de damas. No tenía nada que ver con la zona de los criminales ni con la de los islamistas, más aterradora todavía. Allí —contó una vez Taufiq— la violencia era cotidiana; aquel era otro mundo, con sus códigos, sus tradiciones, su jerarquía. En el nivel más bajo estaban los más pobres y los locos, sometidos a los poderosos, para quienes cocinaban y cuya ropa lavaban. Introducían drogas en la cárcel y distribuían en las celdas *karkubi*, hachís y alcohol. Y si los pillaban, nunca denunciaban a sus jefes. En la zona europea se encontraban detenidos gobernadores, caídes, militares, funcionarios y numerosos banqueros sospechosos de delitos financieros tras las sucesivas campañas contra la corrupción. Una élite que compartía su día a día con narcotraficantes españoles y holandeses o con algún ingenuo surfista que había aceptado ocultar un cargamento en su furgoneta. También había quienes pagaban por otros. Mehdi se enteró, más tarde, de que Taufiq era albañil y que trabajaba con Mamun, un humilde carretero que transportaba cemento para un alcalde corrupto, culpable de haber vendido terrenos para construcciones ilegales.

Taufiq encendió la radio. Un partido de fútbol. Mehdi se atrevió a hacer comentarios una o dos veces, y los demás asentían. Nunca lo habría creído posible y, sin embargo, estaba bien. ¡La desgracia, al fin! Una auténtica desgracia, con un decorado digno de ese nombre y de los personajes. No una desgracia de pacotilla como la que se había desarrollado, año tras año, en su casa.

Aicha iba a verlo una vez por semana. Al principio, él se había negado y le había hecho saber, a través de su abogado, que no quería recibir visitas. Especialmente las de sus hijas. La vergüenza lo había paralizado. El abogado, amigo de Umaima, era un tipo competente, fumador empedernido y con un humor negro que Mehdi llegaría a apreciar. En el primer encuentro, el abogado le habló en árabe clásico. Sintiéndose incómodo, le pidió que le hablara en francés. «Son términos legales, no estoy seguro de entenderlos.» El abogado continuó, pues, en francés. Tenía un acento muy marcado, arrastraba las erres y lo tuteaba. Mostraba cierta brusquedad. No quería que Mehdi sintiera lástima de sí mismo y, sobre todo, lo animó a no buscar explicaciones, a no intentar responder

racionalmente a una situación que no lo era. «La justicia, la injusticia, todo eso nos trae al fresco. Ya sabes cómo son las cosas: si tienen algo contra ti, son como perros que se niegan a soltar la pierna que están mordiendo.» Le pidió que tuviera iniciativa. Que escribiera cartas. A ministros, a diputados y, por supuesto, a Su Majestad. Mehdi no se decidía a hacerlo. Cada miércoles, en el locutorio, Aicha se enfadaba con él. Desde fuera de la cárcel, ella llamaba a todas las puertas, luchaba y no entendía por qué su marido se mostraba tan pasivo, tan desengañado. Era como si esos años de espera hubieran erosionado su espíritu de lucha, su capacidad de recuperarse y mirar hacia el futuro. Día tras día, Mehdi se sentía como si lo arrastraran hacia un abismo de dolor, y, por la noche, con la cara vuelta hacia la pared, se veía deslizándose, deslizándose hacia una soledad cada vez más profunda. A veces lloraba, no por la injusticia, sino por la estupidez de la situación. Su rabia no iba dirigida contra nadie, provenía de su incapacidad de encontrarles sentido a las cosas, un motivo. Había llegado al final. Después de la cárcel no quedaría nada. Sería incapaz de escribir esa parte de la historia, no tendría fuerzas, lo sabía. Sin fuerzas para mirarlos, para fingir, para seguir adelante. No habría un final feliz, ni un vuelco de la situación. En todo caso, nada que pudiera reparar esa mancha. Hasta entonces, ayudado por el whisky y las ilusiones, había creído en una salida. Se había imaginado yendo a la batalla para demostrar su inocencia, pero había llegado al final. No quedaba más que estar allí, mirar aquellos rostros que le aterrorizaban, pero que pertenecían a los hombres con quienes ahora vivía. Estaba escrito, y él no tenía nada que ver con aquello. Un gran escritor, sí, un gran escritor, sin duda, sería capaz de cambiar el destino. Él no era escritor.

Esos muros lo mantenían cautivo a la vez que lo protegían, y el exterior se volvía cada día más abstracto. El universo carcelario es, para los hombres libres, lo que el mundo de los muertos para los vivos. Invisible, insondable. Mehdi se sentía como un niño que gritara detrás del grueso cristal de una ventana y al que nadie oyera. Y no se trataba de llorar, de golpear con los puños, de patalear, de quejarse como un crío: «No fui yo, yo no he hecho nada». Con el tiempo, aprendió a desconfiar de las historias que contaban los reclusos. Decían ser inocentes y parecían creérselo. La inocencia. Nadie era inocente, excepto quizá los animales y los niños. Ni una sola vez, durante los seis meses que estuvo preso, pensó en escapar. Eso le perturbaba. Cualquiera piensa en evadirse, es el primer

reflejo de todo hombre encerrado. Si se construyen barrotes es porque existe en cada persona, en cada animal, el deseo de escapar. Él era un hombre domesticado, privado de tendencias salvajes. Extrañaba a su perro. Recordó lo estúpidamente complacido que se sintió cuando Levin, a quien acababa de regañar, regresó con el rabo entre las patas traseras, algo dobladas. Todos los que había conocido, todos los hombres y mujeres que había tratado aceptaban las humillaciones e incluso llegaban a justificarlas. La cárcel era algo mucho más complejo de lo que había imaginado.

Tenía tiempo para pensar, aunque no del mismo modo que en su casa. Aquí el silencio y la soledad eran imposibles. Había que soportar ruidos corporales, toses, pedos, mocos, ronquidos y carraspeos. Había que vivir con la repugnante visión de unos cuerpos lastimados por el confinamiento. Piel verdosa e hinchada, cabello graso cubierto de piojos, forúnculos y uñas demasiado largas, micosis blanquecinas en la comisura de los labios. Le pidió a Aicha que le llevara una sábana grande y unas pinzas de tender, y trató de crear una separación entre su cama y las de los demás presos. Pero tan pronto como salió al patio a caminar, las pinzas desaparecieron. Pensó en la vida interior, en lo que es en sí inaccesible para los otros, y en la humillación, en el fuego que resiste y que intentaba, con las pocas fuerzas que le quedaban, mantener vivo. Ese fuego que necesitaba ser alimentado, aunque no fuera más que una llamita, algo que continuaría ardiendo. Era como un muerto que podía ver cómo la vida se desplegaba ante él y que medía, con toda la distancia y la ironía que confiere la muerte, la cuota de éxitos y de fracasos. Aicha decía: «He vivido para *ellas*». Y él se vio obligado a reconocer —o, más bien, se alegró al constatar— que *ellas* eran su mayor logro. Echaba de menos a las mujeres. Durante más de veinte años había vivido rodeado de mujeres y no extrañaba solo su dulzura, sino también su impulso vital. El sonido de sus conversaciones sobre la vida que continúa, sus risas y su amor.

Los miércoles, Aicha le llevaba libros, comida y ropa limpia. Él le entregaba su ropa sucia y los libros ya leídos. Hacía mucho frío en la celda y llevaba varios jerséis superpuestos. Cuando ella se preocupó por eso, él le dijo que lo prefería al calor. «En verano, esto será un horno.» En noviembre, Mehdi contrajo una bronquitis —fumaba casi dos paquetes de cigarrillos diarios y las paredes de la celda estaban cubiertas de moho

— y no pudo bajar al locutorio. La fiebre lo confinó en la cama y sintió tal cansancio que pensó que podría dormir, dormir el resto de su vida. Avisó a Aicha, y ella le envió medicinas y una carta. «Estoy haciendo un curso de pilotaje de helicópteros y te pido que vayas aprendiendo a agarrarte de un grueso cabo y a no soltarlo bajo ningún pretexto.»

Ya no temía a los demás presos… A medida que pasaban las semanas, le sorprendía comprobar que dentro de la cárcel se establecían las mismas jerarquías que fuera. Los reclusos lo llamaban «patrón» y le mostraban un respeto que lo incomodaba. Lo observaban leer libros escritos por extranjeros y limarse las uñas. Le estaban reconocidos por compartir con ellos su comida y sus cigarrillos. Mehdi quería agradecerles, a su manera, que no lo hubieran devorado. Por las mañanas, cuando estiraba las piernas en el patio de la cárcel, intentaba motivar a los que veía amenazados por la desesperación. «¡Venga, acompáñame!», le dijo un día a Mamun, «ven a caminar un poco conmigo. No te desanimes». Por primera vez en muchos años, se sintió útil. Le fascinaba la gente que lo rodeaba y, aunque extrañaba a su esposa, aunque pensaba en sus hijas, en su hogar, en la comodidad de su dormitorio y en el olor de los libros apilados cerca del sofá, algo lo retenía allí. Conoció a unos hombres con los que jamás se hubiera topado en su vida anterior a la cárcel. Unos hombres que, de haberse cruzado con ellos en alguna calle oscura de la capital, sin duda le habrían pegado o robado. En la mirada de los presos descubrió unas verdades esenciales. Se preguntaba: «¿Para quién he trabajado realmente?». Mehdi creía haber trabajado para el Estado, para el pueblo, y solo había sido un títere de la clase dominante. Se reía de sí mismo, de su propia mala fe, de la vanidad de sus decisiones. En un momento dado, los amigos le habían sugerido que huyera del país. ¿Para qué? ¿Para ser un viejo inmigrante en cualquier fría ciudad de Europa? ¿Un fugitivo y un cobarde en el país de los otros? Le vino a la mente una expresión de Kundera, de su novela *La inmortalidad*. «El aliado de sus sepultureros», eso es lo que era.

Por ser burgués y culto, los presos le pedían consejo, y su celda se convirtió en una especie de oficina donde recibía visitas durante toda la tarde. La mayoría de ellos se encontraba en prisión preventiva y algunos ni siquiera estaban seguros del motivo que los había llevado allí. Habían perdido la noción del tiempo y cada vez les llegaban menos noticias del exterior. Sus esposas no siempre podían ir a verlos; trabajaban, trabajaban

sin descanso para pagar a los abogados que no se presentaban en las audiencias y a los intermediarios que decían tener contactos en el Ministerio del Interior y en Palacio. Los presos le entregaban hojas de papel dobladas cuyo contenido eran incapaces de leer. Un acta. Un requerimiento de pago. Un informe de incautación de productos de contrabando. Mehdi se ocupó en particular del caso de Mamun, víctima de un trato absurdo e indignante. Al pobre hombre lo juzgaron en el Tribunal Especial como funcionario público cuando lo único que había hecho era transportar materiales en su carreta. A menudo lloraba por su burro, que la policía le había confiscado cuando lo detuvo. «Solo Dios sabrá dónde está y qué le estarán haciendo. Dios es testigo de que nunca he maltratado a un animal. Mi burro es lo único que tengo.» Mehdi le pidió a Aicha que le llevara su pequeño cuaderno. «Es un cuaderno Clairefontaine de tapas moradas Lo encontrarás en mi despacho, en uno de los estantes.» Y cada día escribía las historias que le contaban.

A medida que se acercaba la Navidad, la bronquitis empeoró. La tos —con flemas y continua— le impedía dormir y molestaba a los demás. La fiebre ya no bajaba y Taufiq comenzó a preocuparse. «Necesitas ver a un médico, patrón. Aquí hay uno, ya sabes, el tipo ese que es más listo que el hambre y que tiene un ordenador por cabeza.» Mehdi se echó a reír, lo que le provocó otro ataque de tos. Esa misma tarde, el médico se presentó en su celda. Solía atender a los guardias, quienes a cambio sacaban recetas de la cárcel y le suministraban el material: un estetoscopio, una linterna frontal o depresores linguales de cartón. Examinó a Mehdi.

«—Es una infección pulmonar. Puede usted solicitar que le lleven al hospital, aunque aquí todo es muy lento. Una vez esperé dos días para conseguir un bolígrafo. No es mi especialidad, pero diría que una buena dosis de antibióticos le debería ayudar a ponerse bien.

—¿Cuál es su especialidad? —le preguntó Mehdi.

—¿No lo sabe? Soy ginecólogo. Por eso estoy aquí. —Miró al cielo y respiró hondo—. Aborto.»

El doctor Zuheir estaba en lo cierto y, al cabo de una semana, Mehdi recuperó fuerzas. Tenía la respiración entrecortada, seguía tosiendo, pero la fiebre había desaparecido y le había vuelto el apetito. Diariamente, el médico pasaba a verlo. Mehdi le había comentado que su esposa ejercía la misma especialidad y eso fue sin duda lo que hizo que Zuheir confiara en

él. Llevaba preso dos años y hasta entonces había evitado relacionarse con nadie. Recelaba de todos y pasaba el tiempo leyendo o escuchando música oriental. Una tarde, mientras los compañeros de celda de Mehdi jugaban una partida endiablada de dominó —«No me gusta jugar», repetía siempre el banquero—, Zuheir le contó lo que le había sucedido.

«—Me pillaron in fraganti en el quirófano. Todavía llevaba la bata, la mascarilla y los guantes puestos cuando me metieron en el furgón de la policía. Me tocó un juez completamente rabioso que empezó a gritar: "¡Ya sabemos cómo son los tipos como usted! ¡Extraen a los bebés y los matan!". Me sentenció a diez años. En la apelación, conseguí cuatro años. El segundo juez era menos fanático, pero un corrupto. Me enviaba mensajes al móvil para sacarme dinero. Usted debe saber que esas cosas no se realizan por gusto. Algunas mujeres lo necesitan, así que más vale hacerlo bien. No soy un activista ni un intelectual. Sucedió por casualidad, eso es todo. La primera vez, una mujer se presentó en mi consulta. Estaba muy pálida, un *hiyab* le cubría la cabeza y vestía una chilaba vieja. Me dijo que había abortado y que desde entonces no había parado de sangrar. No ocultaba su profesión; era una prostituta, ¿me entiende?, y tenía un hijo que mantener. Como sangraba continuamente, no podía trabajar. Y allí estaba, sin un céntimo. Yo no juzgo a nadie. Lo que la gente haga con su cuerpo no es asunto mío. Diagnostiqué retención intrauterina y le hice un legrado. El tipo que le había realizado el aborto era un auténtico carnicero, podría haberla matado. La mujer me besó las manos, el hombro, me bendijo y prometió ahorrar para pagarme. Regresó unas semanas después. Estaba tan elegante, tan de punta en blanco, que no la reconocí. Me dio mil dírhams. Desde entonces, todas las prostitutas venían a mi consulta. Atendí también a jóvenes estudiantes, a hijas de médicos o de abogados, e incluso a niñas de trece años, a discapacitadas cuyos tíos o padres habían dejado embarazadas. No se imagina usted todo lo que vi. —Deslizó la mano desde la frente hasta los ojos y la boca, como si intentara borrar un recuerdo impreso en la retina —. No le voy a mentir, yo quería ganar dinero. Su esposa debe de estar al corriente, ¿verdad? Los partos y el cáncer son menos rentables que los abortos. Con el aborto no hay regateo. O pagas o te vas. Me ganaba bien la vida. Liquidé el préstamo de mi consulta y hace dos años decidí dejarlo. Me había enterado de que cerca de Beni Melal habían detenido a un abortista. Estaba decidido, se lo juro, pero entonces alguien me denunció.

Enviaron cartas al Colegio de Médicos, al comisario, al fiscal. Y caí.»

Movía la cabeza lentamente, como si todavía se negara a creer que algo así le hubiera sucedido.

«¿A quién le importan las historias de vaginas?», pensó Mehdi. Aicha podría haber estado en su lugar. Aicha la Santa. Aicha la Mártir.

Mientras tanto, Aicha no paraba. Llamaba a quien fuera, sin importarle su orgullo. Rogaba, molestaba, se sentaba horas y horas en salas de espera para que la recibieran. Ya no era sangre lo que corría por sus venas, sino lava incandescente, y se sentía lista para golpear, para morder. Todos la instaban a tener paciencia. «Quieren tranquilizar a la población, demostrar que están acabando con los corruptos. No te preocupes, las cosas se aclararán pronto», le prometió un exministro de Justicia. Ya no comía, ya no dormía, y Fatima le rogaba que descansara un poco. Mathilde se instaló en Rabat, a pesar de la negativa de su hija. Hacía la compra y se encargaba de las comidas. Selma también se fue a vivir con ellas. Dormía en la habitación de Inès y, al final del día, invitaba a sus conocidos. Expolicías, unos matones, unos tipos que podrían suministrarles información; todos insistían en lo mismo: «Tendréis que pagar». Una noche, cuando Aicha llegó a casa de la clínica, la sentaron en el sofá y le entregaron un billete de avión. «Mañana te vas a París», le ordenó su madre. «No quiero escuchar nada, no acepto un no. Selma y yo nos encargaremos de llevarle las cestas de comida a Mehdi y no le faltará de nada. Unos días con tus hijas te vendrán muy bien.»

Aicha obedeció a su madre. Arrancó la ropa de las perchas y la arrojó dentro de una maleta. Al día siguiente, a las seis de la tarde, aterrizaba en Orly. Con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento del taxi que avanzaba a toda velocidad, sintió un intenso alivio y gratitud hacia Mathilde y Selma. Hasta el momento, le había parecido impensable y, sin embargo, se sentía lejos de la prisión, de la desgracia, de la angustia. Las avenidas estaban iluminadas por Navidad, la vida continuaba, la gente llevaba grandes paquetes. Sus hijas habían ido a esperarla al aeropuerto. En el vestíbulo, sin mediar palabra, sin decir nada más que «mamá», se habían abrazado. Durante mucho rato. Mucho rato.

¡Qué mayores eran sus hijas, ya eran adultas! Habían decorado el apartamento —«Subir el árbol ha sido una auténtica proeza», le comentó Mia— y llenado el frigorífico. Para el día de Navidad, Aicha propuso

cocinar algo, aunque en París todo era diferente. No pudo encontrar las especias que necesitaba. La cocina era demasiado pequeña y estaba mal equipada. Sin Fatima, se sintió perdida y no sabía por dónde empezar. Al final, quemó la pularda y las judías verdes le quedaron muy saladas. «No se puede cocinar cuando no se tiene hambre», concluyó. En lugar de comer, bebieron champán. Las chicas no se atrevieron a hacer preguntas sobre la «situación». Mathilde les había dicho que Aicha necesitaba distraerse, así que se obligaron a hablar de cosas alegres. Estaban abriendo una botella de vino cuando sonó el móvil de Aicha. Lo llevaba siempre consigo, pendiente de las noticias sobre Mehdi.

«No me resulta familiar este número… Voy a responder de todos modos, por si es importante.» Se alejó un poco hacia el pasillo. «¿Sí? Dígame.» Y entonces le llegó la voz profunda y maravillosa de su marido. «Aicha, soy yo. No puedo hablar mucho. Me han prestado un móvil. Ya te contaré. ¿Están contigo las niñas?» Se tuvo que apoyar en la pared. Debió de poner una expresión muy rara porque Inès y Mia la miraron, preocupadas.

«—Sí, están aquí, a mi lado.

—Diles que se acerquen al teléfono. Hola, amores míos. Quería desearos feliz Navidad.»

27 de diciembre de 2002

Querido papá:

Esta carta te llegará con mamá, de quien nos separaremos, pues lamentablemente pronto regresará a Rabat. Voy a intentar escribir con buena letra porque mamá me dijo que te costaba leerme.

Pienso en ti todo el tiempo. Me siento un poco incómoda al decirte esto, como si tuviera miedo de que te preocuparas o te entristecieras. Mis pensamientos sobre ti no son tristes ni pesimistas. Vives en mí. Te sigo, te acompaño. Quizá tendría que hablarte de cosas anodinas, pero no estoy segura de poder hacerlo. Sé que mamá no quiere que comentemos la «situación». La entiendo. No hay necesidad de que sintamos lástima de nosotros ni de echarnos a llorar.

Pienso en ti todo el tiempo, en lo que ya no puedes hacer, y trato de vivir aún más, aún mejor. Duermo poco, leo mucho. Estoy aprendiendo cosas que tú ya conoces. Veo partidos de fútbol con Mia y grabé tus programas de los domingos por la mañana. Fui a ver una película de acción. No me gustó nada, pero sé que a ti te habría encantado.

Me parece que cada segundo ocupa su lugar, que las horas son más pesadas, más largas que antes. No hago un gesto que no esté dirigido a ti y, por momentos, me avergüenzo de mi aburrida libertad, de mis ocupaciones, de mis temores. En el autobús, en el trayecto hacia el hospital, en la terraza de algún café, trato de imaginar qué podría representar la ausencia de movimiento y de horizontes. Cuando duermo, el calor de las sábanas es para ti. Mi escasa felicidad es para ti. Eres como un miembro fantasma de mi cuerpo, papá.

Espero que sepas cuánto pensamos en ti Mia, mamá y yo, y cuánto te queremos. Entiendo que no desees vernos, pero has de saber que si cambias de opinión, seré lo suficientemente fuerte.

Tu hija,
INÈS

Comenzó por las manos. Alrededor de las falanges y en las palmas aparecieron unas manchitas blancas. Mia se las enseñó a Inès, y ella se encogió de hombros: «No sé mucho de dermatología, podría ser un hongo». Luego, las manchas se extendieron a los codos, a las rodillas e incluso al vientre. Las chicas con las que se acostaba se quedaban mirando su cuerpo con una curiosidad infantil, alzando el rostro, como quien intenta dar forma a las nubes. Amantes geógrafas trazaban con la punta del dedo índice los contornos de África. Amantes soñadoras adivinaban siluetas de aves, unicornios y sirenas. Terminó consultando a un médico, que fue categórico: vitíligo. Le explicó que era una enfermedad autoinmune. «El cuerpo atenta contra sí mismo.» Le preguntó si había sucedido algo en su vida recientemente, algún hecho grave que pudiera haber desencadenado la aparición de las manchas. «A veces sucede, ¿sabe usted?» Mia fingió que lo estaba pensando y le contestó: «No, no veo qué podría ser».

Desde que se había ido de Londres, no hacía nada. En realidad, solo caminaba y leía, iba al cine y se refugiaba en las iglesias cuando arreciaba el frío. Al principio leyó a Wilde, Kafka y Dostoievski, impulsada por el deseo absurdo de comprender lo que estaba viviendo su padre, de abrazar su dolor. Luego, compró poesía y devoró novelas americanas, especialmente las de Styron y Carson McCullers. Leía en cualquier lado y todo el tiempo. En la parada del autobús, en la cola del supermercado e incluso en la mesa, cuando estaba comiendo sola en un restaurante. Los libros la protegían, la salvaban de la vergüenza de su soledad. En ocasiones, sentía que París se aliaba a su dolor y la comprendía. Caminaba por los puentes y se decía a sí misma que podría tirarse al Sena o emborracharse bajo la luz amarilla de una *brasserie*, aturdida por el ruido de los camareros, las conversaciones de los clientes, el tintineo de los platos y los cubiertos. Bebía para liberar su rabia, para silenciar las voces que gritaban en su interior. La noche en que regresó a París, se detuvo en un bar antes de encontrarse con su hermana. Antes de contarle. A través de la cristalera del pequeño bistró donde se había sentado, vio un gran cartel publicitario en una parada de autobús. «Marruecos, el país más

bello del mundo.» Esa tarde esperó largamente a Inès en el rellano, hasta que apareció, más guapa, más delgada que cuando se habían separado. No sabía cómo expresar, cómo anunciarle la noticia, y le preguntó: «¿Tienes algo de beber?», y solo después de tomarse una copa, quizá dos, le dijo: «Papá está en la cárcel». A través de la ventana entreabierta, se oía el agua de la fuente de los Inocentes, e Inès ladeó la cara y sonrió con tristeza. Unas imágenes demasiado caricaturescas para ser compartidas acudieron a sus mentes: manos esposadas, barrotes, bola de hierro y cadena enganchada al tobillo, ruido metálico de las escudillas y gritos de desesperación. Un hombre enjaulado. El padre de ellas, enjaulado, un pájaro al que le han cortado las alas. Guardaron un vago recuerdo de esa noche. Bebieron y se rieron evocando su infancia, aferrándose al pasado para no soportar el presente. Mia, durante mucho tiempo, afirmaría que Inès se había quedado dormida en el suelo, e Inès, que su hermana había gritado en sueños, un grito como el de la sirena estridente de un barco al zarpar.

«No vengáis», les pidió Aicha, y desde ese día esperaron. Como unas niñas obedientes. A partir de ahora, perrito, no te muevas, da la patita, siéntate, quieto ahí. Se prohibieron a sí mismas causar problemas o líos. ¿Qué era peor? ¿El sufrimiento de mamá o el de papá? Y de los dos, ¿quién se portó del modo más admirable? Daba igual, pues sabían que ellas no podían hacer nada. No podían preguntarse «¿inocente o culpable?». Pero, sobre todo, ¿de qué lo acusaban? Y cuando hablaban por teléfono con su madre, lo hacían en clave, convencidas de que el teléfono estaba intervenido. Respetaron el deseo de Aicha de protegerlas. Fue entonces, a partir de esa noche y en los días de vagabundeo que siguieron, cuando emergió en Mia el viejo deseo de escribir, como cuando se dice del cuerpo de un ahogado que emerge a la superficie. La atormentaba la soledad de su padre, no solo la cárcel, no, también la soledad. Casi diez años de soledad en aquella casa grande, y ahora ella se autocondenaba al mismo castigo. Solo había una forma de escapar de la injusticia —se convenció de ello— y esa forma era la soledad, y la convirtió en una máscara, como las del teatro noh, una máscara impenetrable e insondable. Para escapar de la injusticia no hay que tomar ni dar nada. Escribir, en el mayor de los secretos.

Inès trabajaba sin parar, encadenaba una guardia tras otra y, por la

noche, cuando llegaba a casa, le hablaba a Mia de Jérôme. Jérôme, a quien había conocido en la facultad. Jérôme, que vivía al final de la Rue Soufflot, le había enviado rosas blancas cada viernes durante un mes. A él también le hablaba continuamente de ella. Le contaba lo maravillosa, divertida y valiente que era su hermana. «Mia ha leído de todo y ha viajado mucho.» «No tiene miedo de nada.» Y Jérôme estaba un poco harto de la manera en que elogiaba las cualidades de su hermana mayor. A veces a Inès le preocupaba lo que él decía sobre las mujeres, los homosexuales o la política internacional: «¡No comentes eso delante de Mia, por favor!», y a Jérôme le apetecía cada vez menos conocerla. Él no había armado tanto lío cuando la invitó a cenar a casa de sus padres. Llevaban saliendo más de un año, y ella se quedaba a dormir casi todas las noches en la buhardilla que ocupaba Jérôme en la última planta del edificio donde ellos vivían. Así que había llegado el momento de presentarla. Se había puesto muy nerviosa ese día. No había comprado rosas, sino un rosal, y se sintió un poco ridícula al sostener en las manos la enorme maceta cuando la madre de Jérôme la recibió en la puerta de la casa. «Es usted muy amable, de verdad. No era necesario.» La madre llevaba una rebeca azul marino con ribetes naranja, e Inès admiró su elegancia. La siguió hasta un salón cuyas ventanas daban a los Jardines de Luxemburgo. La decoración era algo antigua y aburrida, con unos sillones viejos cuya tapicería —de estilo Luis XV, como descubriría más tarde— estaba muy gastada, y una larga mesa de madera que les había tocado, tras una ardua negociación, en una herencia. Catherine, la madre, sonreía, y era el padre el que llevaba el peso de la conversación. Le salía el vello por las orejas y tenía dilatados los poros de la nariz y de la frente. Escribía libros y parecía muy orgulloso de ello, unos libros publicados en la editorial Presses Universitaires de France. Conocía a mucha gente del sector y en ese momento estaba trabajando en un proyecto de novela. «¿Marruecos? ¡Qué bien…!» Había viajado a Argelia en los años setenta, sí, después de la independencia; quería echarles una mano; «no se imagina usted lo pobre que era la gente, incluso lloré una vez, no tenían ni un cartón de leche para alimentar a sus hijos». «Y luego está Sadía», añadió la madre, «era marroquí, ¿verdad?». Sí, Sadía, que prácticamente había criado a Jérôme y a su hermana, y que había trabajado para ellos durante más de veinte años. Se separaron con pesar, por un incidente que prefieren no recordar. Se creían que complacían a Inès repitiéndole lo

hospitalario y tolerante que era Marruecos, y, sentada con las piernas cruzadas en un incómodo sillón, se limitaba a sonreír y asentir con la cabeza. Le habría gustado contarles lo demás, lo que la irritaba y la enfurecía. No se atrevió. Se debatía entre traicionar a su país o traicionarse a sí misma. No les habló de su padre. Desde que había ingresado en prisión, cada vez inventaba una historia diferente. A una amiga de la Facultad de Medicina le dijo que era un opositor al régimen, un mártir, un brillante intelectual encarcelado por sus ideas. A otros les hacía creer que Mehdi era un delincuente, una especie de mafioso que no temía ni a Dios ni al diablo. Pero a los padres de Jérôme no sabía qué mentira contarles. Así que guardó silencio.

Siempre que decía que era marroquí, sus interlocutores reaccionaban igual. Se sentían obligados a demostrar su interés o su apertura mental: ellos no eran de los que ponían a todos los árabes en el mismo saco ni se dejaban llevar por las generalizaciones. Cuando sonaba una canción de rai en una discoteca, la empujaban a la pista de baile. «¡Esa música es para ti!» Se sorprendían de que comiera cerdo y bebiera alcohol, y se emocionaban cuando decía que su hermana era lesbiana. «¡Impresionante!» Y luego estaban los que querían compadecerla, los que consideraban admirable que hubiera llegado hasta allí sabiendo de dónde venía. Estaban convencidos de que ella salía del arroyo, y, para ellos, Inès se inventaba ese arroyo, tan oscuro y maloliente como ellos se lo imaginaban. Nunca se enfadaba ni expresaba el más mínimo fastidio.

Parecía que la encontraban encantadora. «Y guapa, muy guapa», repetía el padre de Jérôme, como si se enorgulleciera del talento de cazador de su hijo. Se sentaron a comer y Catherine les sirvió una quiche mustia y sosa. Inès observaba a aquella pareja y no podía evitar pensar que se odiaban. Estaba segura de que el padre de Jérôme había engañado a menudo a su mujer y tal vez incluso la había golpeado en alguna ocasión. Una bofetada en un momento de enfado. Y, mientras él trinchaba el pollo, se lo imaginó levantando la mano derecha, con el ceño fruncido por la ira, como un padre tratando de asustar a su hijo. En aquella casa reinaba un fondo de tristeza y amargura. Catherine, sobre todo, irradiaba melancolía. Cuando Inès le había preguntado a Jérôme a qué se dedicaba su madre, él respondió: «Se ocupó de nosotros». No se atrevió a comentarle que le parecía extraño. A ella y a su hermana sus padres les habían enseñado que no se debía depender de un hombre.

Pero Jérôme era guapo, Jérôme era perfecto. Se le veía cómodo en cualquier lugar y en París tenía sus rutinas, sus amigos de la infancia, recuerdos en cada calle del distrito sexto. Jugaba al rugby y, una vez por semana, organizaba una «cena de chicos» de la que volvía a casa borracho. Siempre estaba al día de los últimos restaurantes de moda. La llevaba los fines de semana a la costa de Normandía o a la casa de campo de sus amigos. Les anunciaba: «Inès os va a preparar cuscús»; sus amigos estaban encantados y ella se pasaba toda la mañana en la cocina sudando. En verano, él iba a Córcega, a la casa familiar, y le prometió que un día enseñaría a esquiar a su bella africana, a quien no le gustaba el frío. A él le encantaba su melena densa y rizada, que lo excitaba y que agarraba con fuerza cuando hacían el amor. A veces Inès deseaba que él fuera menos mojigato, menos educado cuando la follaba. No se atrevía a decirle que quería que la insultara, que se mostrara vulgar o incluso brutal. Una vez se enojó porque ella se acarició mientras él estaba dentro de ella. Se enfadó, sentado desnudo en el borde de la cama. «Es como si no me necesitaras.»

Pronto se convertiría en un gran médico, en un catedrático de renombre, e Inès pensó que sería maravilloso tener un marido como él, un marido francés, con apellido francés, un marido de Francia con recuerdos de una niñez a orillas del estanque de los Jardines de Luxemburgo. Hablaba mucho de Jérôme a su madre y estaba segura de que a Aicha le hacía feliz saber que ella estaba en pareja, a salvo, que eso la tranquilizaba. Con Jérôme se sentiría segura, él no era el tipo de hombre que guardaba secretos, al menos no como Mehdi. No existía el riesgo de que acabara en prisión. Era un chico riguroso al que le gustaba ayudarla cuando ella tenía que hacer gestiones, repitiéndole que las cosas tenían que estar en orden. Inès le contaba todo a su madre. Se sentía adulta y pensaba como una niña. Quería amar a ese hombre para complacer a mamá.

Con Mia era diferente. Inès llevaba varias semanas maniobrando con evasivas para retrasar el momento de presentársela a su novio. Toda su vida había temido a su hermana, su violencia, y ahora temía a Jérôme. Se había convencido de que él era más inteligente y culto que ella, y admiraba que tuviera siempre una opinión sobre las cosas. Cuando discutían, él podía ser brusco y cruel. Un día se burló de la molesta tendencia de los musulmanes a decir *in shaa allah*. Pensaba que era de

cobardes y de irresponsables dejar siempre las cosas en manos de Dios y que esas historias sobre el destino eran tonterías. Esgrimía su propio punto de vista sobre la monarquía y sobre la sociedad burguesa, a la que pertenecía Inès, que empleaba a esclavos —«Sí, a esclavos»— y que vivía de explotar al pueblo. «Si todos se van, incluso los más ricos, a los que no les falta de nada, ¿quién desarrollará ese país?» Entendía a los que huían de la guerra o de la hambruna. «Pero ¿por qué molestarse en venir a Francia, a un país donde, admitámoslo, mucha gente no os quiere?» Ella estaba con Jérôme la noche del 21 de abril de 2002, cuando él rompió a llorar al ver aparecer a Jean-Marie Le Pen en la pantalla del televisor como ganador de la primera vuelta de las elecciones presidenciales. Inès no le confesó que no había votado en su vida y que solo conocía de la política francesa lo que veía en *Las noticias del guiñol*. Le preguntó por qué estaba tan disgustado. ¿Qué diferencia suponía que ganase Le Pen para un hombre como él? «¿No ves que es por ti por quien lloro?», le contestó Jérôme.

Mientras que a Mia le encantaba perderse en el bullicio de Barbès y oír a la gente hablar en árabe, Inès le daba la espalda a su país natal. Se repetía a sí misma: «Me siento francesa. Me siento francesa. Claro que soy francesa». Un día de marzo de 2003, cuando salía de un restaurante con los brazos cargados de paquetes, tropezó con una pareja en la Rue du Renard. Hablaba por el móvil con Aicha. Mehdi estaba cada vez más enfermo y existía la posibilidad de que saliera de la cárcel por razones de salud. «¡Razones de salud, quién se iba a creer semejante mentira! Es para que muera en casa», decía su madre, con rabia. Inès siguió caminando hacia Beaubourg y entonces oyó esa palabra: «¡Escoria!». La oyó varias veces. Finalmente, se dio la vuelta. Ni por un segundo pensó que iba dirigida a ella. No a ella. No a ella, porque era invisible, porque no era como ellos. No era esa clase de mujer árabe. Un hombre de unos cincuenta años la fulminaba con la mirada y su esposa mantenía la vista fija en el suelo, un poco avergonzada por la agresividad de su marido. Inès caminó despacio hacia ellos y con una voz dulce les preguntó si era a ella a quien se dirigían. Él le gritó que había empujado a su esposa, que podía haberse roto la cadera al tropezar, y que ella era una indeseable, sí, escoria. Inès no dejaba de sonreír. Debería haberse recogido el pelo, pero acababa de salir de una guardia y por eso tenía esas pintas de desaliñada. Con voz sosegada, se apresuró a disculparse, incluso exageró,

preguntándole a la mujer si la había lastimado. «Soy médica; bueno, en realidad, estudiante de Medicina. ¿La puedo invitar a un café? ¿Le gustaría sentarse un rato y descansar?» La mujer la miró con unos ojos grandes, claros y melancólicos. Inès quería complacerla y disculparse por la posible confusión, disculparse por toda la escoria, la escoria de la que ella no formaba parte; bueno, no realmente. Le explicó que no era una indeseable, sino una estudiante sobrecargada de trabajo y agobiada; una mujer, al igual que ella, o, mejor dicho, una chica, que no sabía qué hacer para cenar y que estaba hablando por teléfono con su madre. «Sí, sí», repitió la mujer, y su marido no supo qué decir. Murmuró: «Podría usted haber pedido perdón», e Inès asintió. «Sí, señor, tiene muchísima razón. Debería haber pedido perdón.» «Venga, vámonos», ordenó la mujer, incómoda por aquella situación, y agarró el brazo de su marido. Los vio alejarse y, en ese momento, se sintió llena de orgullo… Mientras caminaba hacia el Boulevard de Sébastopol, pensó que los había callado, los había dejado en ridículo con su cortesía, sus buenos modales y su linda sonrisa. En los días que siguieron, pensó en ello a menudo, y el orgullo se fue desvaneciendo poco a poco, dando paso al malestar. Repetía la escena en su mente, una y otra vez, y entonces se enfadaba, les decía que se fueran a la mierda o les hacía una peineta con el dedo. Le habría encantado encontrárselos de nuevo, por casualidad, y que la pareja le devolviera sus disculpas. No les contó nada ni a Mia ni a Jérôme. Estaba asqueada de sí misma. Había exagerado el papel de niña pequeña, tranquilizando a aquellos desconocidos: «Soy como ustedes, no como los otros». Había agachado la cabeza y se había dejado humillar. «¿Y si hubiera tenido acento?», pensó. «Si hubiera llevado *hiyab*, si me hubiera enfadado, ¿qué habría ocurrido?» Se preguntó: «¿He traicionado a los míos? Pero, sobre todo, ¿quiénes son los míos?».

«No vengáis», insistió Aicha cuando llegó la primavera. «Él necesita recuperarse.» Por razones de salud o por lo que fuera, Mehdi había salido de la cárcel. Una mañana, un celador le ordenó que recogiera sus cosas, y volvió a ponerse su traje de paño, que le quedaba enorme. Al igual que el primer día, se sentó en el borde del jergón y esperó. No quería albergar falsas ilusiones. Temía decepcionarse, como ya le había sucedido una o dos veces. El celador insistió: «Daoud, vámonos». Mehdi, cuya piel había adquirido el color ceniciento de la enfermedad, estrechó la mano de sus compañeros de celda. «Que Dios te guarde», le dijeron, y pensó: «De

ninguna manera, no, que no me guarde, que al menos tenga la decencia de dejarme ir».

Aicha lo estaba esperando en el aparcamiento y él se subió al coche: su marido envuelto en gris, su marido oliendo a humedad y a moho. En casa, las mujeres lo esperaban y se arrojaron sobre él, tan torpes e indefensas como Levin, que se orinó en la alfombra del salón. «¿Qué es lo que más te apetece?», le preguntó Mathilde. «Pide lo que quieras», añadió Selma. Él les sonrió: «Un whisky y un buen filete a la plancha». Selma se encargó del alcohol y Mathilde corrió a la carnicería. Cuando regresaron las dos, Mehdi dormía, sentado en el lado derecho del sofá, cuyo reposabrazos estaba negro por el humo de los cigarrillos. Parecía una de esas mujeres jirafa a las que les quitan los anillos del cuello y se les cae la cabeza, como la de un cisne muerto.

De esa época, Mia recordaría principalmente las palabras que no dijo. Una noche, sorprendió a su hermana en medio de una conversación telefónica con Hakim. Oyó la palabra «oncólogo», «protocolo», e Inès repitió varias veces la expresión «oportunidad perdida». Lo que sabía sobre el cáncer —la mera palabra la hacía estremecerse— lo había aprendido en películas con títulos desgarradores, *La fuerza del cariño* o *Elegir un amor* con Julia Roberts; historias de gente que se queda calva, que vomita en el váter; escenas de despedidas en camas de hospital, de gritos contra la injusticia. Esas películas siempre terminaban mal.

Una mañana, Levin desapareció. Fatima estaba preparándole su comida, se paró en la puerta de la cocina y gritó el nombre del perro, que le costaba pronunciar. Lo buscó en su caseta y en el jardín. Abrió la puerta de la calle y examinó la avenida desierta. Levin no estaba por ningún lado. Nunca quiso contar lo que pasó esa mañana. «Fue muy triste», les decía a las chicas que la acosaban a preguntas, «muy doloroso». Sí, es cierto, ella había presenciado todos los intentos de Aicha de reanimar a su marido, había oído los gritos, pero por Dios que ella no contaría nada.

«Tenéis que venir», ordenó Aicha una mañana de junio de 2003, e Inès buscó a Mia por todas partes. Su hermana no contestaba al teléfono. Precisamente en un día como ese, tenía el móvil apagado. Entró en todos los bares y cafés del barrio. «Una chica muy alta, morena, de pelo corto y con manchas en las manos.» Regresó al apartamento, compró dos billetes de avión y, cuando Mia llegó a casa, con las pupilas dilatadas por el porro que acababa de fumarse a orillas del Sena, Inès le gritó. «Para colmo, estás drogada. ¡Papá ha muerto y tú estás drogada!» Llevaba una hora intentando hacer la maleta. Nada parecía ajustarse a las circunstancias: ni el vestido negro de tirantes finos ni la blusa color crema que reservaba para ocasiones especiales. Mia, por su parte, comenzó a hurgar en la pila de libros que se había traído de Londres —«¿Qué diablos estás haciendo con tus libros?»— y quiso beber más, solo una copa antes de que llegara el taxi. «¡Me importa un comino, que me juzguen si quieren!» En el taxi, estaba casi alegre, a punto de echarse a reír, y eso es lo que debió de percibir el empleado encargado de la facturación del equipaje en el aeropuerto de Orly. Les sonrió, en especial a Inès.

«—¿Entonces nos vamos de vacaciones al sol, chicas?

—Sí, efectivamente —le respondió Mia—. Le deseo las mismas vacaciones, y lo antes posible.»

El avión tenía retraso y les vino bien. Mia compró una cerveza y un sándwich, que no sacó de su envoltorio. «Pasajeros del vuelo de Royal Air Maroc…» Cogió su bolso, aplastó la lata de Heineken en la mano y se dirigió a la puerta de embarque. Fue allí donde vio a Inès, de pie en

medio de la tienda libre de impuestos, frente al espejo, aplicándose sombra dorada en los párpados. Hundía su dedo índice en el maquillaje y lo extendía frenéticamente, ensimismada. Giró el rostro hacia su hermana y Mia vio que estaba llorando. Inès parecía un pavo real; lágrimas negras corrían por sus mejillas, como si sus ojos, sus hermosos ojos oscuros, destiñeran. Mia se acercó a ella, la abrazó, la cogió de la mano y hasta se rieron al verse agarradas, como dos amiguitas del cole, y no se soltaron en todo el viaje, incluso cuando les sirvieron una bandeja de comida asquerosa: «No, gracias, estamos bien así».

Una vez en casa, pocas lágrimas. Muy pocas lágrimas, ni siquiera las de Fatima o Mathilde, que solían echarse a llorar enseguida, pero Aicha las había aleccionado. Tenía un rostro de mármol, Aicha, un rostro como rejuvenecido por el dolor: ni una arruga, ni un temblor, y unos ojos aterradores que no parpadeaban. Ninguna lágrima, salvo al ver el cadáver, que estaba allí, tendido en el gran dormitorio, frente al ventanal. Era imposible contener las lágrimas, y, además, Aicha les aconsejó que entraran solas, una por una, y custodió la puerta, como el mítico can Cerbero. Era imposible contenerse ante ese cuerpo flaquísimo, esas mejillas hundidas y esa cabeza calva. Con los labios morados, como cuando se ha bebido demasiado vino tinto, y el contacto helado de su frente inmensa, desproporcionada. Carcomido por la enfermedad y la pena, Mehdi no era más que huesos. Esa noche todas durmieron en la misma habitación, lejos, muy muy lejos del cadáver, al final del ala de las chicas. Mathilde, Selma, Aicha y las dos hermanas, a las que seguían llamando «las niñas». Se acostaron sobre los colchones. Se había acabado: él era el último hombre, habían sobrevivido a él, e Inès, esa noche, en sus pesadillas, vio unas ciudades desiertas de toda presencia masculina, unas ciudades donde las mujeres esperaban un regreso que nunca llegaba. Aicha durmió profundamente, roncó. El dolor de todas se mezcló con el alivio. El calvario se había acabado, por fin, podrían hablar de otra cosa, recitar otras oraciones, alimentar nuevos sueños. Eran como niñas que hubieran jugado durante años al «Un, dos, tres, al escondite inglés» y que, por fin, abandonaban la gélida inmovilidad en la que las había aprisionado la mirada de Mehdi y echaban a correr.

Al amanecer aparecieron los maestros de ceremonias. Tres hombres, uno vestido con una capa y calzado con babuchas, y dos que llevaban

traje y gafas de sol. Saludaron a la viuda y a las huérfanas. Adoptaron una actitud afligida. Eran profesionales. El mayor se bajó la capucha de la capa y chasqueó la lengua contra el paladar. Le tendió la mano a Mia y recitó una fórmula incomprensible.

«—Tienes que decir amén, hija.

—Amén.»

Aquel día no les faltó valor, sino vocabulario. Inès le preguntó a Selma: «¿Qué se contesta cuando te dan el pésame? ¿Cuál es la fórmula?». Por más que Selma se la repitiera, ellas no podían recordarla y se limitaban a suspirar o inclinar la cabeza cuando alguien se dirigía a ellas. «Padre nuestro que estás en los cielos.» Era la única oración que Mia se sabía de memoria. Leída en libros un montón de veces. Escuchada en las películas un montón de veces. Ese día, enterró a su padre según unos ritos que no conocía, en nombre de un dios en el que no creía, en un idioma que no entendía. Pensó en las historias que le contaba su abuela cuando era pequeña. La del mundo anterior a Babel, donde todos los hombres estaban cerca de Dios, donde no existían malentendidos.

Se habían vestido con unas chilabas blancas que Selma había comprado en el último momento, unas chilabas de mala calidad cuya tela era igual que la de los manteles con los que el servicio de *catering* había cubierto las mesas. El cuerpo de Mehdi yacía en el centro del salón envuelto en un sudario, sobre el suelo helado. Los oficiantes se sentaron también en el suelo con las piernas cruzadas y comenzaron a salmodiar. El más alto, el que vestía un traje gris, tenía una voz muy bonita. Aicha retorció su pañuelo entre los dedos, molesta por la falta de un ataúd, y repetía: «A él no le habría gustado esto. A él no le habría gustado en absoluto». Ella habría preferido otros ritos, una gran tumba excavada en la tierra, un viaje en barco hacia el reino de los muertos. Un dios con cara de chacal habría pesado el corazón de su marido. ¿Cuánto pesaba el corazón de Mehdi? ¿Más o menos que una pluma de ave? Recordó una historia que le habían contado sobre los cadáveres quemados a orillas del Ganges, en la India. Los que habían sufrido, los que habían padecido angustia y penas tardaban más en consumirse y había que alimentar el fuego constantemente.

Allí estaban las cinco mujeres, vestidas de blanco y tocadas con un pañuelo que les cubría el pelo. Sin perfume ni maquillaje. Permanecían sentadas, eran como una hidra de cinco cabezas, una figura mitológica

imposible de derrotar. Un clan. Frente a aquella asamblea que rezaba a un mismo dios, parecía que esas mujeres también estaban unidas por un dogma común, una misma fe, un impulso místico que les daba la impresión de que su cuerpo era una prolongación del cuerpo de las demás. Aicha ocupó el lugar de Mehdi en el sofá y las demás se acurrucaron junto a ella. Allí estaban, en silencio, cómplices, y se pusieron de pie cuando la gente empezó a entrar. El banco CCM había alquilado dos autobuses para los antiguos empleados de Mehdi, llegados para presentar sus últimos respetos. Con el rostro empapado en sudor y tristeza, dedicaban una palabra de consuelo a cada una de ellas, un recuerdo feliz. Wafa, más rubia que nunca, con los ojos hinchados por el llanto. Hicham Benomar, Farid y todo el equipo informático estrecharon las manos de las huérfanas. «Un gran señor, no merecía lo que le pasó.» Era como si el tiempo se hubiera detenido, o, más bien, como si pasado y presente se hubieran fundido y el largo paréntesis de aislamiento y de inhabilitación no hubiera existido. La galería acristalada y el salón estaban abarrotados. Viejos amigos, conocidos, relaciones de trabajo. El entierro fue una cita mundana. Un anciano elegante, que nunca había salido de las callejuelas de la medina, hablaba con un general del ejército. Un médico judío, residente en Canadá, le dijo a Mia que había conocido a su padre en Fez en los años cincuenta. «Un auténtico genio, este Mehdi, siempre el primero de la clase.» Ella reconoció inmediatamente a su profesor Sliman. Su cabello y bigote habían encanecido, había engordado un poco, pero sus rasgos eran los mismos, suaves y armoniosos. El profesor de árabe se quedó en un rincón, tímido, sin saber qué hacer ni qué decir. Su antigua alumna se acercó a él. «Muchas gracias por venir.» Él puso la mano sobre el hombro de Mia. «Tu padre estaba muy orgulloso de ti, ¿sabes? Me lo decía cada vez que me cruzaba con él.» Sí, el pasado afloraba por momentos, y Mia reconoció entre la gente a antiguas compañeras del liceo. Unas chicas que había considerado guapas y que ahora tenían hijos, sobrepeso y, algunas de ellas, problemas con la bebida.

Entró en el salón el encargado de la ambulancia que trasladaría el cadáver al cementerio y se acercó a los oficiantes. Parecía tener prisa y varias veces miró la pantalla de su móvil. La gente respondía a las salmodias y, todos, a coro, repitieron «amén» y alzaron la mano izquierda. «Acompañan a los ángeles. Mira, el alma se va volando», le explicó Selma a Inès. ¿Ángeles? ¿Dónde estaban los ángeles todos estos años? Inès

sudaba, enfundada en aquella horrible chilaba de tejido sintético, y eso la enfureció. Le habría gustado llevar un bonito vestido negro, un sombrero con redecilla y calzar unos tacones altos. Frente a ella, unas mujeres sollozaban, tapándose los párpados con las manos, y recordó su ruptura con Jérôme la semana anterior. Recordó las palabras de él: «Esto es injusto, no lo entiendo…». Ella respondió: «No hay nada que entender, las cosas son así».

El encargado de la ambulancia parecía aliviado. Por fin se iban a poner en marcha. Levantaron el cuerpo y los hombres escoltaron al difunto hasta el cementerio marino, frente a la alcazaba de los Udaya. A las dos de la tarde, solo quedaban mujeres en la casa. Solo se oía el ruido de los pies calzados con chanclas yendo de un lado a otro. Mujeres vestidas con chilaba, amigas, secretarias, antiguas criadas de la casa, primas lejanas de nombres ya olvidados, sentadas, apoltronadas alrededor de las mesas, sudorosas, con los cuellos manchados por el maquillaje. Hundían el pan en la mantequilla derretida, lo untaban con miel y movían la cabeza con un gesto de gravedad. Aicha se refugió en el jardín. Se sentó en una silla de plástico debajo del jacarandá y encendió un cigarrillo. Le hubiera gustado disfrutar de su soledad, pero Kautar, una morena alta y elegante con los labios operados, se sentó a su lado. También era médica, y Aicha podía oler su aliento a alcohol, quizá a ginebra o a vodka. Se descalzó y Aicha se quedó mirando los pies violáceos e hinchados de su amiga.

«—No disfrutamos lo suficiente de nuestros jardines —dijo Kautar.

—Es cierto —le sonrió Aicha, sin ganas de hablar.

—¿Recuerdas el año en que nació Mia? Yo estaba embarazada de un niño y tuve un aborto espontáneo. Lo enterré debajo de nuestra pérgola. Yusef nunca lo entendió. Incluso se enfadó conmigo. Pero a mí me tranquilizaba, fue como un consuelo. A partir de entonces, sentí que me gustaba más mi jardín. —Sacó una petaca forrada de cuero beis del bolsillo de su chilaba—. ¿Sabes? No es tan malo ser viuda. Al principio, por supuesto, te perseguirán los recuerdos, sentirás una punzada en el corazón cuando guardes su ropa. Y ya no podrás comer lo que a él le gustaba. Cuando Yusef murió, no comí endivias durante al menos dos años. Ahora me encantan. Y a Mehdi, ¿qué le gustaba?»

Aicha tendió la mano hacia la petaca y respondió: «Le gustaba eso».

Kautar se quedó a dormir en un sofá. Estaba demasiado borracha

como para irse a casa y Selma le escondió las llaves de su coche. Ya de anochecida, un hombre apareció en la entrada. Insistió en ver a Aicha y, cuando Fatima le preguntó su nombre, dijo: «Rasputín, así me llaman». La criada fue a buscar a la señora, y esta entró en el salón acompañada de Selma. El hombre esperaba, con las manos en los bolsillos, intrigado por los cuadros colgados en la pared. Una espesa barba le cubría el rostro, y tenía el cabello sucio y enmarañado. Era alto, muy delgado. Pese a su ropa mal cortada, tenía una elegancia especial. Señaló un cuadro:

«¿El patrón pintó esto?»

Aicha asintió.

«Mi más sentido pésame. Era un gran señor. Nos conocimos allí, en Salé. Me ayudó. Así que quería decirle que si necesita algo, puede contar conmigo. Lo que sea.»

Con el pulgar, Rasputín hizo el gesto de cortarse la garganta.

[1] «Mientras ascienden los peldaños hacia lo más alto, / un ruido de ilusiones secas y de lamentos»; acto V, escena II de *Cyrano de Bergerac* (N. de la T.).

EPÍLOGO

Cuando salí de la hacienda no me llevé nada. Al principio pensé que querría escoger algunos bibelots, recuerdos, un libro o un álbum de fotos. Decidí no hacerlo. Cuanto más tiempo pasaba, más me costaba abrir cajones o armarios, comportarme como una saqueadora de tumbas. Los objetos que me rodeaban me provocaban pesadillas y por la noche me asaltaban imágenes de cadáveres. Tenía miedo de ver surgir secretos o mujeres amadas, de descubrir algunas manías, obsesiones repugnantes o caprichosas. No encontré el cuaderno de mi padre, el de tapas moradas, ni los cuentos que escribía mi abuela. Le ordené a Tibari que prendiera fuego a todas las cajas. Odio las novelas en las que se descubre un manuscrito perdido, casetes con confesiones, vestigios de una vida vivida por otros. Es demasiado fácil, no existe, y, con el tiempo, ya no hay secretos, sino misterios. «Cuanto menos sepas, mejor», solía decir mi padre, y acabé admitiéndolo. La verdad debe dejarse en manos de las familias que carecen de imaginación. Mathilde y Mehdi, que soñaban con ser escritores, quizá habían empezado a ver resquebrajarse la armadura del mundo. Creyeron que repararían algo, que darían a su existencia un suplemento de alma, un sentido, una satisfacción. ¿Qué perdieron? ¿Tiempo, talento, coraje? Mathilde juzgaba su vida interesante, pensaba que había suficiente para hacer de ella una buena historia, pero para Mehdi era distinto. Sospecho que quiso escribir porque sabía que era incapaz de renunciar, de contentarse con lo que tenía, y ahora me toca a mí enfrentarme a su opacidad. No puedo decir nada definitivo sobre él y, siempre que digo algo, me parece que también podría sostener lo contrario. Sí, tuve que ser yo quien contara la historia, y me vienen a la mente las mariposas carderas que comienzan un viaje épico desde África hasta el Círculo Polar Ártico, con el sol como único guía. Diminutas mariposas, extraordinarias migrantes que pesan apenas un cuarto de gramo, y las que se van nunca son las que llegan a su destino, sino sus descendientes. Esas eternas fugitivas desafían al sol que les quema las alas, al frío que las congela y, ciegas, esperan los vientos de la noche para sobrevolar los mares.

Siempre vi a mi padre como un personaje de novela, o, más bien,

terminó fundiéndose con los libros que me daba para leer, hasta el punto de que todas las pistas que conducían a él se han desdibujado. No creo que quisiera impedirme que lo conociera. Por el contrario, me estaba dando la clave de una faceta de él, más secreta y esencial: las fantasías que había alimentado, la idea que se había formado de sí mismo, el fuego que ardía en su interior. Han desaparecido el presidente-director general y el despacho del décimo piso, y recuerdo cómo se le saltaron las lágrimas cuando vio a Inès cantar *El blues del hombre de negocios.* Fue un actor sin escenario, encerrado en sí mismo, obligado a recorrer un largo camino hacia la humildad, y murió por cortesía. Terminemos con esto de una vez. Ha durado demasiado.

El neuropsiquiatra que me ha tratado me pidió que escribiera un cuaderno de la memoria. «Hay que descargar recursos cognitivos para asignarlos a otra cosa.» Quiere que aprenda a olvidar, a aligerarme de lo que me pesa, y, en cuanto algo me viene a la memoria, ya sea un recuerdo o una mentira, lo anoto en un *post-it.* Las paredes de mi habitación están cubiertas con ellos. Los pícnics de Mathilde en el cementerio. El piso sobre el cine Rex. El chucrut que mi madre sirvió al ministro de Industria. Unas veces, tengo la impresión de orientarme, como Pulgarcito, siguiendo el brillo de las piedrecitas blancas en medio del bosque, y otras, pierdo pie y ya no entiendo nada del sentido de esta historia. Cierro los ojos y trato de encontrar el sonido de las hojas de los álamos mecidas por el viento, el sabor de la bruma al regresar de un día de playa, la sensación de la mano callosa de Fatima en mi espalda. Lamento no haber hablado mejor sobre la felicidad. Sobre esa noche en la que a mi madre se le ocurrió que durmiéramos en una playa para admirar la luna. Sobre las travesuras de mi abuela, que casi nos mata en coche. Lamento no haber hablado sobre el aroma de los pétalos de geranio que Inès pegaba a los párpados de sus muñecas. No es cierto que te vayas porque has dejado de amar.

Mi madre está enfadada conmigo. No le gustó que pasara el verano en la hacienda, que profanara su historia. No soporta a las bestias que viven en mí. Quiere que sane, que me cuide. Insiste en que yo insista en ser feliz. Me hace muchas preguntas sobre el libro que estoy escribiendo. Sabe que habla de ellos y le molesta. Es como su padre. No le gustan esas fábulas del *romantic soldier*, se niega a que se estruje la vida para verter

relatos. Considera que me hace daño remover el pasado, dejar que emerjan las aguas sucias de la infancia. El agua es para beberla y olvidarse de todo. No cometer el error de los poetas, quienes, por locura o por orgullo, se obstinan en visitar el reino de los muertos. Mi madre ordena: «Acabemos de una vez con esa novela». Me amenaza: «Te prohíbo que entres en mi mente». A mí también me gustaría acabar y, al mismo tiempo, que nunca acabara. Dejar de hablar, vivir en mi libro como en un hogar, hacerlo y deshacerlo cada noche como el sudario de Penélope, nunca dárselo a leer a nadie. Pero a veces miro hacia fuera, me paseo por el exterior y surge en mí el deseo de vivir. Acabar con la habitación, con el escritorio, con el papel, con los libros anotados, con la vida vivida para escribirla, con el terror de la conversación. Con los fantasmas. Me imagino un día en el que ya no necesite libros entre la vida y yo, un día en el que pueda demorarme, pasar desapercibida, estar en las historias y no contarlas ya. Tal vez por eso pierdo la memoria. Ya no puedo recordar, domar a la mujer que hay en mí.

Hakim me ha escrito un mensaje: «No te imaginas lo feliz que estoy. ¿Te das cuenta de que es la primera vez, en veinte años, que hay una buena noticia sobre los musulmanes?». No le respondí. Esta noche, verá la semifinal de la Copa del Mundo entre Francia y Marruecos en su piso parisino y con Inès dibujarán en las mejillas de sus hijos la estrella verde de la bandera del reino, de un lado, y el gallo de Francia, del otro. Dirán: «Que gane el mejor. Pase lo que pase, nos alegrará». Temen que degenere, temen que lo paguen con los marroquíes o que estos se pongan a quemar coches. Temen que duden de su lealtad. Unos periodistas me han dejado mensajes. Quieren saber con qué equipo voy. Un escritor estadounidense me felicitó. Incluso mi madre solo habla de eso. «¿Has visto lo guapos que son? ¿Cómo nos hacen sentir orgullosos de ellos? ¿Sabes que la mayoría no ha nacido en Marruecos y que ni siquiera habla árabe?» Me envió el vídeo de Boufal bailando en el campo de fútbol con su madre. Parecen convencidos de que si Marruecos gana ese partido, todo se reparará, se hará justicia y se vencerá a Goliat. Se instaurará un nuevo orden mundial para todos los condenados de la tierra y se acabará con la humillación. ¡No me hagáis reír! «No es ni mejor ni peor aquí que allá.»

Con mi padre jugábamos a un juego: debíamos decir si tal o cual país, tal mar o tal montaña era un hombre o una mujer. ¿Marruecos? Un

hombre con bigote. ¿Francia? Una mujer fumando. ¿El Atlántico? Un hombre. ¿El Mediterráneo? Una mujer. Ninguna de nosotras lo dice abiertamente, pero todas pensamos en él. Se habría sentado en su esquina del sofá, con los ojos ardiendo de alegría y de orgullo. Siempre lo tengo presente: el temblor de su mano cuando fumaba sus cigarrillos, la forma en que aplastaba la colilla, la manera de sentarse, el ruido al pasar las páginas de un libro. Su sonrisa. Mi padre, tan ingenuo que creía que los muros caerían y que se construirían túneles. Ese túnel no existe o, si existe, es un lugar oscuro y frío por el que no he dejado de arrastrarme como una bestia ciega y obstinada. Con mi padre muerto, este partido de fútbol no sirve para nada, no me dará ninguna alegría. ¿Para qué intentar saber dónde está mi lugar, cuál es mi país, si ni siquiera sé quién soy? ¿Qué significa la identidad cuando has perdido la memoria? No la de los pueblos —no, esa me importa poco—, sino las historias que me contaba mi abuela, las fábulas que se inventaba mi padre, esos «érase una vez» murmurados que me constituyen y con los que cubro las paredes. Cuando me preguntan de dónde vengo, nunca sé qué decir, balbuceo como una tartamuda que intentara pronunciar una palabra y que, agotada, terminara renunciando a hablar. A mi padre, *The Great Pretender*, le gustaba hacerse pasar por quien no era y, como él, yo me he convertido en mi propia impostora, en una copia mala de una obra de arte, en una falsa moneda que no vale nada, salvo para los ingenuos que merecen que los estafes.

Aragon habla en un poema de «la maldad del hombre que se ahoga», y creo que mi padre era un dulce ahogado, dócil, sonriente ante la desgracia. Un hombrecillo en una jaula, un gran señor caído en desgracia, atrincherado tras la ciudadela que construía apilando libros a sus pies. En una época le propusieron irse del país. Otros lo habían hecho antes que él: empresarios corruptos, altos funcionarios que habían huido a España en una moto acuática. Una verdadera aventura, una epopeya como la del presidiario Papillon… Podría haberle gustado. Se negó a ello. Nunca se fue, y aun así siempre supe que estaba exiliado de algún lugar. Ocho años después de su muerte, mi padre fue exculpado de todos los cargos en su contra. Nos presentaron sus excusas. Pero la vergüenza le sobrevivió. Y el miedo. Ser inocente cuando estás muerto no sirve para nada. Solo en los libros existe la inocencia.

Mi más sincero agradecimiento al equipo de Villa Albertine en Nueva York —Gaëtan Bruel, Louise Quantin, Judith Roze, Anne y Raphaël Bourgois— por su amabilidad y su ayuda en mis investigaciones. Gracias también a la Fundación Dom Luís, que me acogió en la bella ciudad de Cascais para escribir allí. Toda mi gratitud a Nuno Costa Santos y a Sara Leal, que me hicieron descubrir las Azores, en el marco del Festival Arquipélago de Escritores. Volveré con frecuencia a escribir allí. A Emmanuel Delavenne, gracias por la «habitación propia» y el precioso escritorio.

Me gustaría agradecer también de todo corazón a Abdellah Labraiki, Moulay Arafa Alaoui, Said Boufaim, Azzedine El Mountassir y Ghislaine Benkirane, quienes compartieron conmigo recuerdos felices y a veces dolorosos sobre mi padre. Gracias a Dominique Lons, a Chafik Chraïbi y al doctor Jacques Hughon por haberme ilustrado tan generosamente con sus conocimientos médicos. Todo mi reconocimiento a Guillaume Badoual, mi exprofesor de Filosofía y amigo, por haber compartido conmigo sus recuerdos del liceo Descartes de los años noventa. A Reda Allali, Hicham Houdaifa y Abdellah Tourabi, mi gratitud por evocar con tanto humor y delicadeza vuestros años de adolescencia y la pasión por el fútbol. Por último, doy las gracias a aquellos cuyos nombres no puedo citar, mis amigos de siempre, que no tienen más elección que vivir su sexualidad en secreto. Este libro es para vosotros, os debo mucho y vuestro fuego arde en mí para siempre.

ÍNDICE

PRÓLOGO
PRIMERA PARTE
INTERMEDIO
SEGUNDA PARTE
EPÍLOGO

TÍTULOS DE LEILA SLIMANI EN CABARET VOLTAIRE

62. LEILA SLIMANI *Canción dulce*
67. LEILA SLIMANI *Sexo y mentiras*
74. LEILA SLIMANI *En el jardín del ogro*
86. LEILA SLIMANI *El país de los otros* (*Guerra, guerra, guerra*)
93. LEILA SLIMANI *El perfume de las flores de noche*
100. LEILA SLIMANI *Miradnos bailar*
112. LEILA SLIMANI *El diablo está en los detalles* / *Así escribo*

ME LLEVARÉ EL FUEGO
EL PAÍS DE LOS OTROS III
DE LEILA SLIMANI

EDITORIAL CABARET VOLTAIRE ESTA PRIMERA EDICIÓN SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN SEPTIEMBRE 2025 EN MADRID POR COFÁS ARTES GRÁFICAS